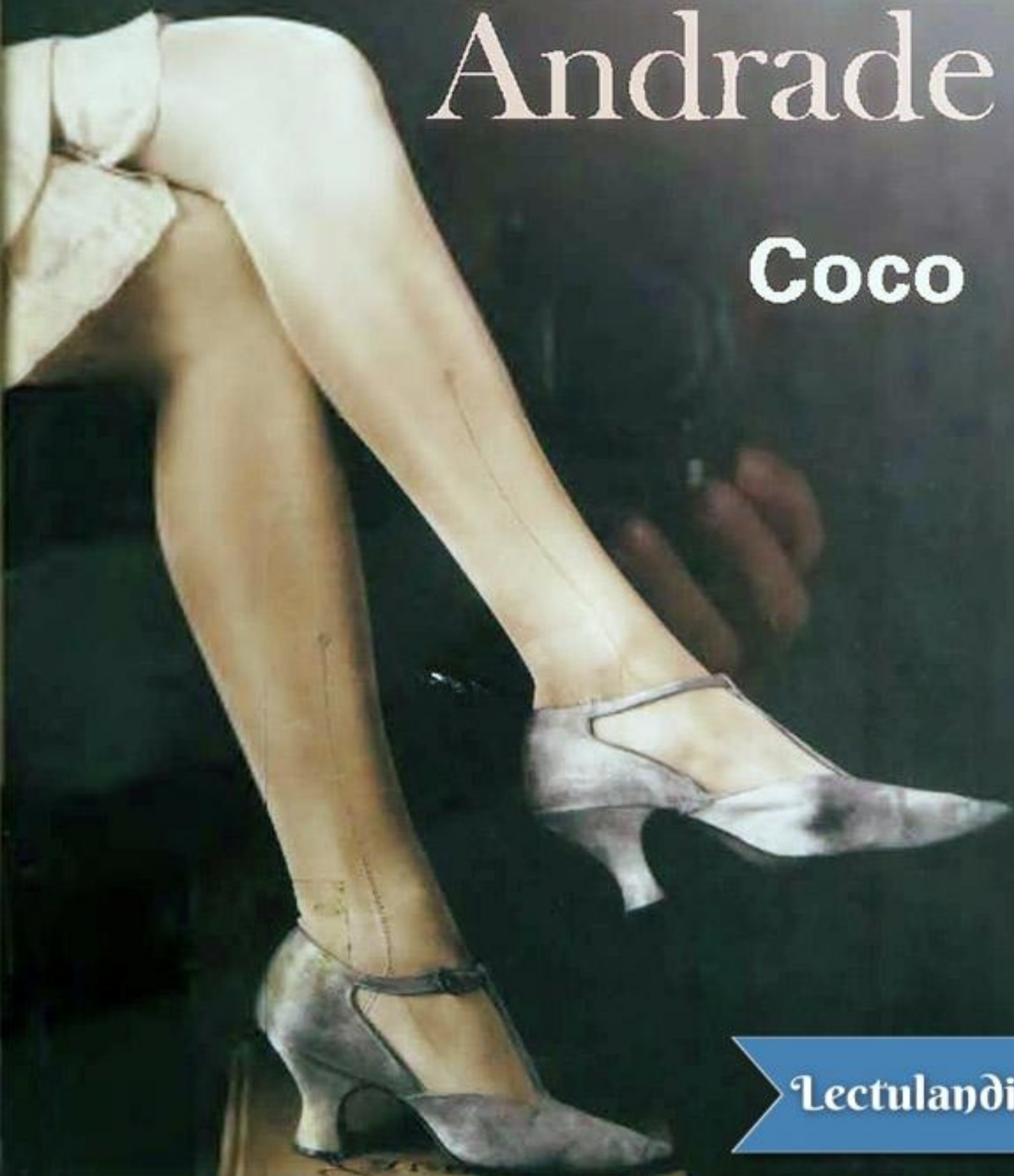


Cristina Sánchez- Andrade

Coco



Lectulandia

En la suite real del Hotel Ritz, una anciana de ochenta y ocho años vive la llegada del año nuevo hastiada y sola. A punto de salir descubre que alguien, apostado en algún rincón, acaba de disparar contra ella. Esa bala que se acerca la lleva a pasar revista a su propia existencia, su propio devenir y a descubrir la identidad de su asesino. Con una prosa contenida y de profunda sensualidad, Cristina Sánchez-Andrade novela la historia de una de las grandes mujeres del siglo xx sin la menor concesión al aura de romanticismo que siempre envolvió a la diseñadora; al tiempo que muestra algunos de los aspectos más glamurosos de su itinerario vital, su amistad con Picasso, Cocteau o Misia Sert, sus amoríos con el duque de Westminster o sus escarceos con Hollywood. Más allá de la creadora que iluminaba cualquier ambiente con sus sobrios vestidos de cóctel, sus trajes de chaqueta, sus collares de vueltas de perlas falsas o sus zapatos bicolor, descubrimos a una mujer perpetuamente insatisfecha y resentida, destrozada por el recuerdo de su infancia y de su madre, capaz de despreciar a su hermana, de traicionar a sus amigas y de humillar y tiranizar a sus empleadas. Rehuyendo preciosismos y sentimentalismos, la Coco de Sánchez-Andrade es una singular representación de la soledad más devastadora, la personal aproximación a una mujer que se creó a sí misma para escapar de lo que siempre temió en realidad ser.

Cristina Sánchez-Andrade

Coco

ePub r1.0

Titivillus 01.04.2020

Título original: *Coco*
Cristina Sánchez-Andrade, 2007
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Daniel

Lo que uno tiene por sí mismo, lo que le acompaña en la soledad sin que nadie se lo pueda dar o quitar, esto es mucho más importante que todo lo que posee o lo que es a los ojos de otros.

ARTHUR SCHOPENHAUER

1

Una vieja duerme en una de las suites del Hotel Ritz de París. Su rostro es pequeño y musculoso, como de india jíbara. Tiene el aspecto consumido de una hoja seca y se llama Coco. A las seis y media de la mañana siente la caricia fría de una bala rozándole la oreja. Abre los ojos de golpe y una idea estalla en su mente: hoy voy a morir.

Sucede que surge una vaga intuición. Inesperadamente, un buen día. A partir de entonces, la intuición se convierte en sombra. No conoce el hambre, ni la fatiga, ni el frío. Tiene el sigilo del leopardo y la obstinación bruta del toro. La intuición no es inteligente: es lista; capaz de forcejear con la razón hasta salirse con la suya. En este caso, la intuición habría sido capaz de ir a despertar al presidente de la República para hacerle llegar sus sospechas, porque tiene tanto miedo como Coco. Pero ésta no lo considera oportuno. En cambio, y para sentirse menos desamparada, opta por instalarse en el mejor hotel de París, en la suite real con cama *king size*. También se ha provisto de algunas cosas importantes; entre otras, de unas cartas que resumen su vida y una criada que no sabe que está allí para llamar a la recepción cuando su señora yazca muerta de un tiro en la cabeza en el rellano de la escalera.

Sucede que dentro de uno hay una fibra que avisa y se nutre de las pequeñeces que lo rodean: un olor ácido, como a limones o desinfectante; un hilo de saliva que cala las sábanas bordadas *H.R., París*; un ardor de vísceras o una caricia fría de bala que roza la oreja. Todo alimenta. En pocos minutos crece el débil embrión de la intuición. Engorda como una pelota de nieve, se torna aguda y amarga, hasta que se convierte en pánico.

Coco se yergue, desnuda y colosal, sobre la cama. A pesar de los años y con su cabello como crines de caballo sigue siendo una mujer atractiva —un pequeño toro de Camarga—, con unos ojos negros y feroces, hocico, ollares, morro y una inteligencia privilegiada. Intenta serenarse. A oscuras tira del cordón que pende a un lado y Céline, la camarera, aparece al instante. Has tardado *demasiado*, la increpa.

Mientras los dedos de los pies tantean el suelo en busca de las zapatillas, desliza los de la mano por la mesilla de noche para comprobar que el hatillo de cartas siga en su sitio. Con la ayuda de Céline se enfunda un camisón de raso, amplio y suelto. Su cuerpo aún conserva el tufo del sueño. Dice: Abres la caja fuerte y sacas un collar de vueltas, hoy es un día especial.

Y no sólo porque es Año Nuevo como piensa la camarera. Al fin y al cabo, años nuevos ha tenido muchos, con éste setenta y cinco. Céline la toma de un brazo y arrastra su cuerpo escuálido hasta el cuarto de baño. La parquedad de los muebles y lo que allí *no* hay —la relación de masas y vacíos, la desnudez decorativa abiertamente provocativa, libre de crestas y excrecencias, las paredes de la habitación desnudas, blancas como la celda de una monja— hablan del desprecio hacia la ternura y las necesidades mundanas. De no ser por el váter de mármol de Carrara, en cuyo borde se sienta ahora la vieja millonaria (pequeña, embobada, sonriendo con aire pensativo a las florecillas de la alfombra), nada hace pensar que aquélla es la suite real del Hotel Ritz.

Está sola. Sola y turbia, con el presagio de algo irremediable, anunciado por la palpitación de la carne. Para huir de la soledad y del miedo atroz, llamaría a sus hijos y haría lujosos regalos de Navidad a sus nietos si los tuviera. Pero no tiene hijos, ni nietos, ni marido, ni amantes, ni verdaderos amigos que la acompañen. Sola, con las asquerosas florecillas de la alfombra, piensa. Sola para beber champán, sola para abrir los regalos, para reír, para disfrutar de una buena comida y dar gracias a Dios por ella, para recibir el Año Nuevo, para abrazar y ser abrazada, para morir. Se muerde las uñas, cuidadas a diario por una manicurista, y vuelve a componer una sonrisa. Abre la boca mecánicamente: ¡Céeeeline! —grita—, ¡no pienso palmarla sentada en la taza del váter!

Céline, que había empezado a limpiar los cristales de la ventana, arroja los pertrechos al suelo y va corriendo hasta el cuarto de baño.

—¿Qué desea, *mademoiselle*? —pregunta asomándose por la puerta.

—Deseo... —dice Coco dubitativa—, saber lo que uno desea realmente no es tan fácil como algunos creen... —y con la mirada torva añade—: ¿Sabes qué deseo, tonta del bote? Pues *tener* un deseo..., ¡eso es lo que deseo!

A través de la ventana entreabierta, una bandada de gorriones apretados en torno a una farola. En el patio interior del hotel una neblina incolora y fría repta por las paredes; la calle está en silencio.

En la suite más silencio todavía; fuera, al menos las hojas de los magnolios de la calle Cambon crujen al ser mecidas por el viento. Coco coge las cartas de la mesilla y se sienta frente al tocador. Mientras ata el montoncito, le dice a la camarera que tiene que meterlo en la caja fuerte y sacar el abrigo de cuello de rabos de conejo, que hoy va a ir a trabajar (pero hoy es Año Nuevo, *mademoiselle*). Ata las cartas con una cinta de raso roja; hace y deshace un lazo con manos frenéticas, apretándolo mucho; se le caen al suelo, las recoge y las limpia, vuelve a hacer el lazo (me importa un carajo lo que sea hoy).

Odia esos días de fiesta, el escaso personal en el hotel, las luces del árbol de Navidad latiendo en la penumbra del comedor, los insoportables villancicos a todas horas, la falsa felicidad y el optimismo imbécil de la gente. A estas alturas de la vida, empachada de dinero y éxitos, lo único que desea (y espera) es no morir de aburrimiento, y así se lo explica a la camarera cuando le lleva el abrigo (mejor éste no, que huele a toca de vieja). Durante toda mi vida, Céline, he diseñado vestidos. Podría haber hecho cualquier otra cosa, criar cerdos, por ejemplo, que se dan muy bien en mi región. Nunca me han gustado los vestidos, continúa, aunque tampoco los cerdos. Lo que me gustaba era crear. Durante toda mi vida he creado de la misma forma que el cerdo *hurga*. Tanto el cerdo como yo *hurgamos* y ¿sabes por qué?, sencillamente porque ese «buscar» entre el estiércol nos ayuda a soportarnos a nosotros mismos, a aceptar el hecho de haber nacido. Y ahora no puedo soportar el desierto de dos días libres. No. Eso, no.

Lo único ingrato de la suite real es que cada dos o tres horas, haya o no haya alguien en la habitación, sube una doncella a cambiar las toallas, a comprobar que los botecitos de champú están llenos o a poner caramelos en la mesilla. O un camarero lleva la bandeja con comida: la cerveza bien helada, las puntitas de espárragos verdes a la vinagreta, las *toasts* melba sobre una servilleta blanca, el puré de patatas enanas y los guisantes; de postre, gorgonzola o gruyere y buen café. En todo caso, nada que ver con el colegio de niñas donde, junto a su hermana mayor, había sido abandonada por su madre a los siete años. Allí no se comía gorgonzola ni se cambiaban las toallas, sencillamente no existían.

Había sido una niña indómita y desabrida, con un padre que mercadeaba con sombreros, botones, guardapolvos y delantales de cocina, y una madre enclenque y tísica que tuvo que recorrer cincuenta kilómetros, valle abajo y con una tripa de ocho meses y medio, para sacar a su novio de la taberna y

hacerle saber que su embarazo no era empresa de una sola persona. O sales y te casas, o me pongo a parir aquí mismo, le dijo.

La boda no cambió nada. Él desaparecía durante temporadas más o menos largas para vender botones. Vivían en Saint-Croix, un pueblo situado en un valle profundo y oloroso, donde sólo había dos estaciones: invierno y verano. Terminaba el polvo rojizo y el calor pegajoso del verano y comenzaba el frío. El aire se volvía húmedo y duro. Los rostros de las gentes enrojecían, las mujeres se arrebujaban en sus chales negros y caían las primeras nieves. Coco y sus hermanos descalzos dejaban de jugar en el cementerio.

La madre, que no paraba de trajinar y estaba constantemente embarazada, murió en 1900, el mismo día que se inauguraba el dirigible alemán conocido como «zeppelin». Tenía tan sólo treinta y dos años y la boca desdentada. Dicen que murió de una pulmonía.

Abandonó este mundo sin conocer las seguridades y estabilidad del nuevo siglo, la técnica y los descubrimientos científicos. Murió sin haber sentido la felicidad trepidante de montar en automóvil, sin que el corazón se le apretara de miedo al ir al cine por primera vez.

Murió sin haberle dado a una clavija para encender la luz cuando uno de sus niños rompía a llorar en medio de la noche; sin subir en ascensor ni probar un fonógrafo; sin poder llamar a una amiga por teléfono y contarle que no era una pulmonía, sino las fatigas, la mala alimentación, los embarazos (tenía otros cinco hijos) y dar de mamar lo que la consumía.

Saint-Croix, el pueblo donde nació Coco, ciudad mercado a orillas del Loira y zona rica en cerdos y vino, seguiría siendo durante mucho tiempo lo que siempre fue: un lugar cerrado al devenir de la historia, un pueblo de cal y canto y mala muerte.

De mala muerte también era el colegio donde Coco se crió bajo la mirada escrutadora de las hermanas de la Congregación del Sagrado Corazón de María, unas monjas carnales que le colgaron el apodo de La Flaca, que llevaría el resto de su vida, y que tuvieron el mérito de enseñarle delicadas labores de aguja, manteles y dobladillos. Allí la dejó su madre antes de dar a luz a su tercer hijo y estuvo hasta los trece; momento en que decidió escaparse a París con su hermana para ir a cantar y bailar. Habían conseguido el dinero para el viaje sustituyendo a un vendedor de enaguas y cintas de la feria los domingos. Coco y su hermana Antoinette atendieron el tenderete a cambio de una comisión, y lo hicieron con tanto esmero que cuando contaron el dinero ganado, se dieron cuenta de que les alcanzaba para tomar el tren a París. Cualquier cosa antes que convertirse en mujer de un vendedor

ambulante como su madre, o en monja como las hermanas de la Congregación.

Las monjas le inculcaron el sentido de la austeridad de que hizo alarde durante toda su vida, la sencillez y el gusto por los muros de piedra desnuda, el jabón y la lejía. Pero el mundo no se reducía a las cuatro paredes del colegio, por muy limpias que estuvieran, y ella era partidaria de ampliar horizontes. A La Flaca, que no había salido nunca de Saint-Croix, París le impactó: mujeres que salían a la calle a manifestarse porque, por segunda vez, la Cámara de Diputados les negaba el derecho al voto en 1906; teatros que abrían sus puertas al vodevil, la ópera lírica y los espectáculos de variedades donde las artistas actuaban con vestidos de lentejuelas y exhibían escotes y piernas; avenidas repletas de elegantes tiendas de moda, perfumerías y droguerías, sombrererías y estaciones de metro de hierro y cristal con farolas que surgen de tallos metálicos como capullos; los primeros Mercedes-Benz y Rolls Royce, todavía torpes y ruidosos, con radiadores que había que rellenar continuamente. Y es que París era hierro y revolución; París era chapa y luces, cantonera y remache.

Cuando Coco se fijó en las mujeres que paseaban, descubrió que los sacos de arpillera de las monjas distaban mucho de estar a la moda. La indumentaria de la mayoría de las parisinas les confería un aire lánguido e infeliz: la cintura, estrecha como la de una avispa; las caderas y el trasero, marcados y prominentes; la espina dorsal —y también la mentalidad—, retorcida por el corsé; los cabellos, bajo un sombrero tambaleante y monstruoso adornado de verduras, recogidos hacia arriba, en innumerables bucles y trenzas, con horquillas, prendedores y peines que el propio peso del hierro acababa por derribar.

La moda femenina había recibido su impulso inicial cuando un sastre inglés, Charles Frederick Worth, entrenado en la conocidísima casa londinense Edgar and Swan, decidió abandonar su trabajo de proveedor de telas de la reina española Eugenia de Montijo y se fue a París donde comenzó a diseñar vestidos de seda. Después de unos años descubrió las ventajas de asociar en una sola empresa la fabricación de telas y la venta de los vestidos. Fue entonces cuando empezó a firmar sus modelos, como si de un pintor se tratara. Así se inventó la marca y se inició el proceso de la «alta costura».

Luego vino la ropa de confección, un sistema de producción que más tarde se conocería como *prêt-à-porter*. A continuación el poliéster y los vestidos cóctel, los chales, un cierre sin ganchos con dientes metálicos que se engranaban (algo parecido a las cremalleras), los leotardos de trapezista, los

jerséis inspirados en las toscas indumentarias de los pescadores nórdicos. Finalmente las maravillosas fajas de licra que realzaban la figura, la moda vaquera de los hippies, los tops de cuello halter con minishorts de lurex plateado, las viejas camisas de encaje con vaqueros centelleantes, los cocodrilos pegados a las camisetas y los ceñidísimos leggings de poliuretano.

En eso está pensando cuando la intuición vuelve a punzarle el corazón: ese 1 de enero de 1971, alguien quiere matarla, ahora está segura. Pero ¿quién? Hace un repaso a las personas que ha conocido a lo largo de su vida: Meg *la Larga*, no, ¿o sí?; la señora o el señor Desboutin..., ella podría tener motivos pero... ya serían ancianos o estarían muertos, vete tú a saber; Lucienne Rebaté, su fiel dependienta..., después de todo lo ocurrido, a lo mejor me guarda rencor pero... no; Misia, Misia era la candidata más probable... aunque qué tontería ¡no podía ser...! Marie, su fiel doncella de los años veinte...

Aparece la camarera con una jeringuilla:

—El sedol —dice, y se dispone a inyectárselo en una pierna.

—Hoy no —contesta Coco, y de un zarpazo la quita de en medio. Céline coge otro abrigo:

—¿Está usted segura de que quiere ir a trabajar hoy? —pregunta.

—Por supuesto que estoy segura, trabajar, trabajar, trabajar hasta reventar de cansancio —dice ella—, si me quedo aquí, en esta cama con olor a vieja, me convertiré en un caracol —y se enrosca el collar al cuello.

Un caracol con perlas pero sin amor. Y comienza a canturrear: tostadito por el sol, lento, lento caminando va mi amigo el caracol.

Abre la puerta de la suite y sale al pasillo de la quinta planta del hotel. Echa un vistazo a su alrededor. A través de la ventana del fondo se atisba el amanecer y la niebla sigue subiendo a través de los tejados abuhardillados de las casas. El corredor está desierto y el silencio le pita en los oídos. Sin embargo, siente que alguien, desde algún sitio, la escruta con intensidad (¿quién podría odiarla tanto?). En ese momento, Céline la llama desde la puerta todavía abierta: *mademoiselle*, dice, y calla unos instantes antes de esbozar una sonrisa, es que... está usted en camisón.

Coco se abre el abrigo y echa un vistazo. Bueno, dice. Es que casi podría ser un vestido..., no hay por qué agitarse, el sobresalto es uno de los sentimientos más desagradables, y entra de nuevo en su cuarto.

Se siente humillada por el despiste de vieja, pero en modo alguno permitiría que la camarera le quitara el camisón. Su piel marchita se le pega a los huesos, y los pechos cuelgan hasta la cintura; parece imposible pensar que

fue una mujer hermosa. A los veintitrés años conoció a su verdadero amor: Erny Capel, un inglés que jugaba al polo y montaba a caballo, veinte años mayor que ella, guapo, inteligente, culto, con una casa permanentemente abierta en Londres y un elegante apartamento en la avenida Gabriel. A ella le gustaba su olor: a sudor, a caballo, a limpieza de sillas. Coge el vestido y va hasta la caja fuerte de la que vuelve a sacar las cartas.

Sujetándolas con manos temblorosas, se aproxima hasta el tocador donde se sienta a deshacer el nudo. Las cuenta. Una, dos, 1886, 3 de mayo de 1895, 2 septiembre de 1896, nueve, once. Lanza un gemido lúgubre: ¡Falta una!, grita de pronto. Lanza una mirada fulminante a la camarera, que acaba de coger los pertrechos para limpiar la ventana. Pero en ese instante encuentra la carta en el suelo. Las apila de nuevo, como una baraja, rehace el nudo y se las mete entre el sujetador y el pecho. Sale al pasillo con intención de irse de una vez por todas, pero algo, una especie de tristeza sin fondo, hace que vuelva a entrar.

—¡Céline! —grita, (y aquello es un graznido de ave lanzado al aire)—. ¡Abrazame, por el amor de Dios, quíereme, Céline, no quiero morirme sola!

La doncella se acerca lentamente, dudando de si había oído bien, el cubo en una mano, y al ver que su señora está ahí, lloriqueando y tiritando como un animalillo enfebrecido, arroja el cubo al suelo y la abraza: dulcemente, embargada por una extraña y maternal ternura, abarcándola con todo el cuerpo, como lo habría hecho con su propia hija. La Flaca permanece jadeante e inmóvil, agarrada como el náufrago al tronco de un árbol, momento en que Céline aprovecha para alzarle el vestido por detrás y clavarle la aguja con el sedol: ¡Me matas!, cacarea ella.

Súbitamente, rechaza los brazos: quita, mema. Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y vuelve a salir al pasillo. Llama al ascensor. ¿Quién podía odiarla hasta el punto de desear su muerte?

Siente esa mirada de nuevo, pegada a la piel de su abrigo, subiendo y bajando a lo largo de su cuerpo y piensa que el odio —la tarea del odio— no consiste en otra cosa que odiarse a uno mismo. *Odiar es odiarse*. Está un lapso de tiempo esperando, el corazón galopándole en el pecho, cuando de nuevo le llega el olor ácido (¿o es amargo?). Oye cómo el ascensor comienza a subir y en segundos se ve envuelta de un sudor frío y pegajoso. En el indicador se van encendiendo los números: 1, 3, 5... Es un ascensor muy lento, con unos engranajes chirriantes que van al compás de una canción de Navidad que suena por el hilo musical. Vuelve a fijar la vista en el indicador:

ya está en la planta séptima. La puerta se abre, lentamente, y por un momento, tiene la sensación de que el corazón se le hincha como un sexo.

Entonces aparece una tierna doncella que la vieja conoce de vista. Sale y saluda reverencialmente (buenos días *mademoiselle* voy a cambiarle las toallas). Las ventanillas de la nariz de Coco se dilatan: ¡Fuera de aquí, estúpida! Dentro de la suite retumban los cristales que limpia la otra camarera.

Avanza por el pasillo hecha un basilisco. Por el camino tira varios ceniceros y arrambla con unas plantas, el abrigo abierto al viento. Ya nada la detendrá. Hoy irá a trabajar. Entonces oye el gatillo de una pistola. Su pecho raquítico sube y baja, un trozo de mujer, un esqueleto de vieja. Ve a alguien que no reconoce al instante, atiesándose en un gesto practicado cientos de veces; le parece ver un relámpago y una nubecilla de humo.

Ve una bala a dos metros.

La bala fría que había sentido rozándole la oreja a primera hora de la mañana va hacia ella a gran velocidad.

La bala que había estado acosándola durante toda la vida.

También va hacia ella su vida entera.

2

Aquella imagen de la bala acercándosele velozmente le resulta muy familiar (y hasta vagamente reconfortante, algo parecido a un final feliz de cuento de hadas). ¿Cuántos minutos, horas, días, años hay en dos metros?

De hecho, ya había sentido en sus carnes, muchas veces antes, de distinta forma, el pálpito de que «alguien» *tenía ganas* de matarla. La primera vez fue pocos días después de que Jeanne, su madre, tocara con el puño la puerta del colegio donde estuvo internada desde los siete hasta los trece años. Y al ver que la bala (o su vida entera) viene hacia ella, lo primero en que piensa es en eso: su madre tocando la puerta del colegio con el puño, la espera, los pasos cortos y afelpados, una voz catarrosa de mujer: *quién es*.

Jeanne estaba flaca y macilenta. Los embarazos consecutivos, junto con las interminables lactancias, le habían arrebatado casi todos los dientes. Además estaba enferma.

Soy yo, dijo. ¿Quién yo?, dijo la otra. Yo, repitió Jeanne con la voz pastosa de los desdentados. Mis hijos y yo. Queremos hablar con la directora. No hay directora, gritó la voz. Pues ábranos para hablar con la responsable. No hay responsable. La puerta se abrió y debió de salir alguien (también un intenso olor a desinfectante), aunque por un momento no vislumbraron nada. Sólo un bulto en la penumbra, una figura que llenaba el ámbito de un hálito turbio de vaca. Jeanne preguntó: ¿Quién es usted? Pero no hubo respuesta, sólo un relumbrar de pupilas y, de pronto, otra cara y un poderoso cuerpo de mujer. Dijo: Nadie.

Otra vez retornó el silencio sólo roto por un chapoteo, un ir y venir de pies por el corredor de canto rodado, muchas sombras y perfiles, ojos, caras, cuerpos de mujer.

Al ver a ese «nadie» —veinte o más monjas de cofia encañonada cuyos cuerpos impedían el acceso al interior del edificio, sonrientes, trenzadas de manos—, a Coco se le vino el alma a los pies. Su madre acudía a ese internado para niñas, con sus dos hijas mayores (ella y Antoinette) y un bebé de teta, en el crudo invierno de 1889, por no tener con qué alimentarles. Las

medidas sanitarias adoptadas por la Tercera República habían reducido el peligro del cólera gracias a los aparatos para depurar y filtrar las aguas, mejorar los desagües y limpiar las calles. Pero había otra amenaza no menos espectacular y aún más mortífera: la viruela que había matado ya a más de cincuenta niños del pueblo, y Jeanne tenía un miedo atroz. Una chica del pueblo le había hablado de la Liga de las Madres de Familia, que asistían y aconsejaban a las mujeres de clase obrera en cuestiones de salud y les daban la oportunidad de parir en su propio hogar y de buscar sustento posteriormente. ¡Parir en mi propio hogar!, exclamó Jeanne, ¡si lo que yo quiero es *no* tener que parir en ningún sitio!

El colegio era un monasterio por cuyos muros cundían las lagartijas, situado en un yermo salvaje de matojos y pedregales, a veinte kilómetros de Saint-Croix, adosado a una iglesia. Un monje apasionado había construido, en el siglo XVI, la iglesia y el convento con la ayuda de un puñado de vagabundos a los que había prometido la redención divina, un trozo de pan y queso y un vaso de vino todas las noches. Cuando el monasterio estuvo terminado, el monje se encerró en el interior y estableció una estricta regla que rechazaba las opulencias terrenales: encajes y pieles, tules y rasos, capuchas y calzas, cofias y toquillas, colchas y amores de colcha y cama, comidas delicadas en el refectorio y grasa o carne. Siglos después, ese monasterio se convirtió en un convento de mujeres y, posteriormente, en internado para señoritas. En 1889 todavía quedaba alguna reliquia, mechones de cabellos de santa conservados en arquetas de cristal y frascos con lágrimas y sangre. Lo regían veinte monjas que estaban allí como podían estar retozando a la sombra fresca de la higuera. Heredaron el sentido de la sencillez del monje: las niñas incluso iban vestidas con blusa blanca de algodón y falda negra, y recibían una educación escueta y fría.

Jeanne llegó allí con el firme propósito de dejar a sus dos hijas internas, aunque también a ella la imagen de la monja catarrosa junto a la puerta le heló la sangre. Traigo a estas dos, dijo sin pensarlo, rascando el liquen de los muros para no tener que mirar a la monja, mientras empujaba a las dos niñas hacia el interior en penumbra.

No muy lejos, los cuervos volaban bajos, negros y deformes como paraguas sin varillas; dentro se oyó una tos de niña. Me dijeron que aquí las cuidarían muy bien, que les darían una educación.

No le dijeron eso, ni muchísimo menos, sino todo lo contrario (sobre todo aquella mujer de la Liga de las Madres), pero a ella no le quedaba más remedio que creerlo a pies juntillas, porque al fin y al cabo la realidad nunca

es lo que parece sino lo que pensamos sobre ella —aparte de la criatura que llevaba enganchada al pecho, volvía a estar embarazada y su marido desaparecido del horizonte—. Más allá del liquen cisterciense de los muros de aquel convento, no había nada. La monja altísima y algo encorvada (Meg *la Larga*, como supo Coco poco después) dio un paso adelante. Tenía la piel cetrina y era cabezona, con una mirada extraña y un carácter de gacela espantadiza. Olía a lejía. Abarcó con la mirada a las dos niñas de siete y seis años que permanecían quietas, sin soltar sus maletitas de cuero. Nos gustaría ver a la directora, o a la responsable, repitió Jeanne muy bajito, me dijeron que... Sin darle tiempo a terminar, la monja sacó una mano del hábito y señaló a las niñas con el índice. Sentenció:

—Le costará quince francos al mes.

Se acercó a la mujer, que sintió en sus narices el hálito turbio de vaca y susurró: Están sucias.

Coco y Antoinette entraron sin poder despedirse de su madre, que prefirió dar media vuelta con su niño de teta.

A La Flaca le quedó grabada en la memoria esa mirada puesta en el suelo: en el brillo opaco de esos ojos relampagueaba el amor más intenso y descarnado, el de una madre hacia sus hijos, pero también la tristeza, la resignación, el desánimo y una pizca de desprecio.

Las niñas fueron conducidas a través de pasadizos desnudos, encalados de blanco, con vueltas y más vueltas hasta llegar a una enorme sala de baño común. Se trataba de un aposento muy amplio, que olía a jabón y desinfectante, con terrazo de piedra y una hilera de pilas que servían tanto para lavar ropa y vajilla como para el aseo personal de las inclusas. A zarpazos, las niñas fueron despojadas de sus vestidos y rodeadas por una veintena de monjas que, estropajo en mano, les propinaron inmisericordes friegas sobre la ropa interior. Las friegas arrancaban la suciedad, pero también toda suerte de apego o apetencia. El propósito de las monjas era que, a poco de entrar al monasterio, quedaran limpias de pasado. Una monja de escasa estatura fue hasta el grueso armario de roble del extremo y volvió con dos montones de ropa blanca. Luego indicó a las niñas que se quitaran las enaguas mojadas. Tenían tanto frío que les castañeaban los dientes. Una vez vestidas, las llevaron al comedor donde cenaban las otras. Comieron, en una mesa aparte, lentejas con piedras y manzana. Después se retiraron a su habitación.

Una habitación oscura en la que había un armario, una mesa y dos camas diminutas y angustiosas.

—Es que yo... —explicó Coco al día siguiente a las monjas— *tengo* que tener una habitación amplia, individual y luminosa.

—Tú lo que quieres es una habitación de hotel, ¿verdad, tesoro? —le dijeron ellas con retintín.

—Sí, eso; una habitación de hotel —asintió La Flaca, sin saber muy bien en qué consistía aquello.

La vida en el internado distaba mucho de la vida asilvestrada que las niñas habían llevado junto a sus padres, de pueblo en pueblo. Las monjas preparaban a las niñas para convertirse en amas de casa, y eso suponía sencillez. Todas, internas y monjas, parecían haber olvidado que en alguna parte del mundo existían hombres, gritos de gozo que rajan montañas, dedos, campos sin una flor, vino que emborracha y tumba, y el placer de hacer pis caliente en el mar helado.

Estas palabras tenían el aroma del verdadero mundo, alejado de esos muros, y cuando las pronunciaban a escondidas sus mejillas se encendían, como si comieran chocolate o chupasen un limón. Todo era una renuncia, pero ¿a qué?

Ventilaban las mañanas limpiando, estudiando y rezando en voz bajísima; después del almuerzo, las pupilas cosían a la luz escasa y loca del atardecer.

Cosían ajuares para mujeres casaderas y nidos de abeja para los camiones de la noche de bodas.

Por la noche, las maderas del internado lanzaban crujidos en la oscuridad, golpes secos, como pistoletazos. Coco se despertaba y aguzaba el oído sobre el catre; nunca lograba descifrar nada.

Cerca del edificio había un arroyuelo rodeado de pinos y chopos y, algunas tardes de verano, las inclusas se bañaban en enaguas. Lo hacían bajo la mirada chisporroteante de las monjitas que giraban los pies descalzos junto a la orilla, pensando en lo que «significa» nadar. Cada niña tenía que *nadar* o *hundirse*.

Siguiendo un sendero de piedras, bajo la sombra fresca de los perales, y respirando el aroma de la lavanda, se llegaba a un pueblo con cuatro casas y un ultramarinos atendido por un viejo de origen judío cuya mujer tenía una mano mecánica, una rudimentaria pinza que parecía estar hecha para agarrar espárragos. En aquella tienda que olía a manzanas y a sudores de bacalao, se vendía de todo: tuercas, cacharros de cocina, arenques en un barril de madera, conservas, pan y hasta novelas. Las novelas de moda eran las que se publicaban por entregas en el periódico de provincias, y que las familias modernas recortaban, coleccionaban e intercambiaban. La última era un

ingenioso y divertido folletín escrito por Sybille de Mirabeau, la excéntrica condesa de Martel, que publicaba bajo el seudónimo de Gyp. Las heroínas de estos folletines eran muchachas con vestidos malva y propensión a la languidez, que saltaban por los balcones para encontrarse con algún muchacho enfermo de amor.

Toda la ilusión de la semana era que llegara el domingo para descender por el sendero, con los labios sellados, e ir a comprar caramelos de menta: monjas y niñas juntas (una única criatura de treinta cabezas, cien piernas y cien brazos) caminaban al mismo ritmo, con una leve resonancia militar.

¿Cómo era posible tanta felicidad ante la perspectiva de unos caramelos de menta?

Un día se encontraron con que el ultramarinos estaba cerrado. La mujer del tendero explicó a las monjas que su marido se había ido a París para manifestarse a favor de un tal Dreyfus, y de paso visitar la Torre Eiffel, recientemente inaugurada. Explicó a las monjas que el capitán Dreyfus, un judío oficial del ejército, había sido declarado culpable de traición por un tribunal militar y aunque existían muchas pruebas que demostraban su inocencia, el ejército se negaba a revisar el caso. El país empieza a dividirse a causa de ese incidente, dijo alzando su mano de metal. Por un lado estaban los tradicionalistas, militaristas y monárquicos; por otro los republicanos de izquierda anticlericales. ¿Qué es la Torre Eiffel?, interrumpió Coco. Las hermanas callaron, pero enseguida entendieron que no tenían más remedio que contestar porque incluso la mujer del tendero esperaba una respuesta: una simple torre chabacana y vulgar; una fea aberración, hija mía.

Las monjas se despidieron muy sonrientes, pero a las internas se les prohibió volver al ultramarinos. Esos caramelos «republicanos» de menta pudren los dientes, les dijeron.

Obediencia y disciplina ritmaban las actividades diarias. Una obediencia sustentada en el miedo. Las niñas eran incapaces de preguntar, de levantar la cabeza de la labor, de pedir un poco más de sopa, de sonreír si no era a escondidas y hasta de moverse con desenvoltura. La Flaca comprendió que ese miedo era el amo que gobernaba no sólo a las niñas sino también a las monjas.

Ese miedo olía. Olía a limones y a desinfectante y, muchos años después, seguiría oliendo igual. Pero con el tiempo se dio cuenta de que ese amo, sin embargo, tenía un lado bueno que ayudaba a vencer el hastío y el delirio de la vida cotidiana.

Las niñas se refugiaban en la rutina, y esto las salvaba. Sin rutina, no habría vida.

Las hermanas del Sagrado Corazón carecían de fantasía. Hacía mucho que habían renunciado a los sentimientos exaltados, a la imaginación, a las pasiones. Eran borregas y atónitas, corderos del rebaño de Dios, y nada les causaba estupor, o al menos a eso aspiraban: a que nada les causara estupor. En cierta ocasión, una monja había chillado como una posesa porque habían descubierto la correspondencia secreta que mantenía con un hombre. Se había tirado al suelo y habían tenido que reducirla. Pero había sido un episodio tan fugaz que casi resultaba irreal.

En el fondo, sólo había una cosa que las embriagaba: la música de Ludwig van Beethoven. Todos los jueves, cuando terminaban de tomar la sopa de fideos y ante la mirada estupefacta de las niñas, las monjas se disponían en fila para desfilas con la vista perdida hacia la biblioteca. Allí, mientras las demás se sentaban de modo circunspecto en círculo, una de las monjas más jóvenes desenfundaba un hermoso Steinway & Sons que nada tenía que ver con la austeridad del internado. La Larga se sentaba en el taburete, ajustaba la altura con detenimiento, como si hubiera podido alterarse desde el jueves anterior, e interpretaba las sonatas del compositor alemán. Empezaba lentamente, después iba acelerándose, se erizaba toda ella, se encrespaba, hasta que la toca caía al suelo. No sudaba ni una gota. Parecía una leona.

La emoción que aquella música producía a las otras monjas era difícil de soportar: aullaban, gruñían, gañían (¡eran perras!). Pero al llegar a la sonata número 17, sin motivo aparente, la monja pianista despeinada detenía los dedos. Entonces apretaba mucho los párpados, soltaba un gañido, se ponía de codos y cerraba la tapa de golpe, ¡plam! Todos los jueves a las once de la noche, el mismo rito: primero el suave desfilas de los dedos sobre las teclas amarillentas, cada vez más rápido, mucho, los gruñidos y los aullidos, luego el silencio y el gañido de monja, ¡plam!

Algunas noches de mucho silencio, cuando las niñas no tosían, se oía el llanto de una de las hermanas. Era un llanto ahogado con las manos o la túnica, que buscaba no ser oído, dolido y minucioso, desgarrado. Coco sabía que era el llanto de Meg *la Larga*.

Las internas que cumplían trece años eran invitadas al ritual de modo que los trece tenían entre las niñas un significado especial. Ellas contaban los días para que llegara su cumpleaños porque haber sido invitadas confería una suerte de estatus, un no-se-qué-de-distinto que las hacía ingresar en un estadio

superior. Así que a partir de los doce y medio, las niñas se convertían en eso, en *espera*.

La Flaca tendría nueve años cuando por primera vez fue consciente de que por la puerta de la biblioteca entraban más niñas de las que salían. Además, las niñas que habían estado en la velada sufrían alguna transformación y eso no era casual. Se trataba de una transformación casi imperceptible (Antoinette, por ejemplo, no se había dado cuenta de nada), una cadencia distinta en el hablar, un brillo en los ojos, un leve balanceo en el andar, un algo que acercaba a las niñas a las monjas y las alejaba de la niñez.

Siempre hay, en los colegios, internados, orfanatos, una niña inconformista, como siempre hay una niña graciosa, una niña rechazada o una niña glamurosa. Una mañana una de las monjas le propinó a Coco una palmada en la mano por mojar el pan en la sopa (¡niña selvática!, le gritó). Ella levantó la cabeza y la midió de arriba abajo con una mirada llena de burla. Se trataba de una monja de aspecto hombruno y feroz, cabellos grises y manos entrelazadas sobre la pelvis. El pan está duro, se atrevió a decir Coco.

Siempre hay una niña contestataria. Está el rebaño de ovejas y la contestataria. El inconformismo no se aprende sino que bulle en alguna parte recóndita del cuerpo. El resto de las niñas sacaron las cabezas de la sopa y dejaron de sorber. Se hizo el silencio. ¿Conque duro, eh? dijo la monja. El inconformismo bulle en la sangre como el indicio de una pequeña revolución que se desarrolla más tarde, en algún momento de la vida. ¿Y me puedes decir qué consigues mojándolo en la sopa? Coco, sin pestañear: ¿Y me puede decir usted qué hacen los jueves por la noche? Los labios de la monja temblaron ligeramente, en modo alguno se esperaba esa pregunta. Eso no viene a cuento, dijo. La Flaca sacó el mendrugo de la sopa y lo sacudió frente a los ojos de la otra: consigo que esté más tierno, añadió.

La monja separó las manos y apretó los pliegues de su hábito hasta arrugarlos. Dijo: La ternura es una aberración, y salió corriendo por la puerta del comedor.

A menudo, en la cama, Coco y su hermana se acordaban del tiempo en que todavía estaban con sus padres y jugaban en el viejo cementerio del pueblo. Sentían las amapolas y las ortigas haciéndoles cosquillas en la pantorrilla; por las camas de otras niñas asomaban tumbas y cabras.

Pero también fantaseaban sobre el futuro. Entonces La Flaca preguntaba: ¿qué sombrero usarás cuando ya no estés aquí, Antoinette? Y como quiera que la niña se pasmaba ante la ventana, Coco continuaba: vamos a tomar el té. ¿El té?, decía su hermana, ¿dónde has visto que se tome el té? En las revistas

de moda. En París se toma el té; te guste o no, así es, decía Coco. Se pone la tetera bajo un *cosy*. Se invita a los amigos... ¡Cuidado, que eres tonta!

Una tarde, mientras las niñas espunteaban una sábana, a Coco le pareció percibir en los ojos de su hermana un brillo selvático. Sabía que Antoinette recordaba el incidente de la monja loca que se tiraba de los pelos y soltaba espumarajos de amor. La Flaca detuvo la aguja y fue al grano: ¿Qué te duele? Si el amor podía arrancar esa fuerza de una mujer tan indolente como la madre Magdalena, le contestó su hermana con las mejillas arreboladas, entonces es que ellas se estaban perdiendo algo muy importante de la vida. Lo dijo y volvió a la labor. Coco no dejó de escrutarla. ¿Acaso ése es tu horizonte?, le preguntó de pronto. Cumplir los trece, meterte en esa habitación de locas a escuchar el piano y luego... ¿el matrimonio? Antoinette levantó la vista: pues sí, contestó exultante, mira por dónde; ése es mi horizonte. La Flaca se puso en pie: ¡pues nadie debería vivir con unos horizontes tan bajos!, gritó hecha una furia. ¡Es que acaso no quieres subir a la Torre Eiffel!

Coco vivía obsesionada por las veladas de los jueves. El sonido del piano la perseguía, su mente la llevaba hacia algo muy hermoso y destruido. En sueños veía los dedos largos de Meg *la Larga* recorriendo el teclado, su chepa encorvada sobre las teclas, sus cabellos despeinados... y luego un golpe al cerrarse la tapa. Una noche, cuando tenía doce años y medio, se despertó sobresaltada. Intuyó que tenía que salir de ese lugar antes de que la «convirtieran». Comenzó a vagar por los corredores cuando oyó unas voces que parecían proceder de una de las habitaciones. Avanzó hasta allí pegada a la pared y quedó apostada en la puerta. Además de las voces, también había risas.

La puerta estaba entreabierta y echó un vistazo. Quedó estupefacta: en la habitación había dos monjas. Una de ellas era la que le había dicho aquello de que la ternura era una aberración; la otra, una hermana agria que casi siempre estaba sola. Estaban tumbadas bocabajo sobre la cama con las piernas entrelazadas, las pupilas fijas en una misma novela. Se trataba de uno de los folletines de Gyp, cuyos números yacían esparcidos por el suelo.

La Flaca sintió calor. Sintió la piel, el perfume y los humores de aquellas dos mujeres trepándole por el pecho. Sintió un gusto violento a menta. Las monjas levantaron la vista, y al ver a la niña en la puerta, reaccionaron de una manera instintiva: se abrazaron.

Poco después de ese incidente llamó a la puerta del colegio la mujer del tendero judío. Le caía por la cara un velo de crep negro y, a pesar del frío,

llevaba puesto un vestido con escote rebajado de fina batista y bordado inglés, cuyos bordes alzaba con la pinza de su mano metálica. Al pisar el vestíbulo extendió los brazos y giró sobre sí misma para que pudieran contemplar la falda tubo revolucionaria (ésas fueron sus palabras) que su marido le había traído de París.

Las niñas se apelotonaron a su alrededor. La mujer llevaba los bajos embarrados, y parte de la tela se había desgarrado, probablemente porque se había enganchado con los cardos que crecían a ambos lados del camino. También llevaba colgando alguna florecilla silvestre. Su exuberante pecho estaba liberado del corsé y tenía los labios pintados de rojo. Se enzarzó en una amarga discusión con una de las monjas que quiso saber qué hacía en un colegio de niñas sin corsé. Lo tiré al fuego, dijo la mujer del tendero. Y añadió: el primer paso hacia la liberación de la mujer. ¿Liberación?, le dijo una de las monjas. ¡Liberación!, replicó la tendera. El mismo salario para el mismo trabajo, protección para las parturientas, seguro de maternidad, remuneración del trabajo doméstico. Coco quedó fascinada, aunque lo que más le pasmó —a ella y a Antoinette— fue el enorme sombrero con aspecto de pantalla de lámpara, tiesto o jaula de pájaro, por debajo del cual caían sus bastos bucles.

En todo caso, y a pesar de la discusión, la mujer parecía encantada: vengo a traer a las niñas caramelos de menta, y añadió con una sonrisita de rata, y novelas de amor. Pero todo el mundo sabía que ella no estaba ahí ni por las novelas ni por los caramelos. Ni siquiera para defender los derechos de la mujer. Estaba allí porque aquél era día de feria y no había encontrado a nadie que alabara su falda tubo. Meg *la Larga* se acercó dando largas zancadas, dejando a su paso una estela de olor a lejía. La mujer fue expulsada inmediatamente. Pero se recogió la punta del vestido con su mano de mentira, rodeó el edificio (sus ojos también daban vueltas al edificio) y lanzó caramelos como si de piedras se tratara a las habitaciones de las niñas. ¡Locas!, ¡putas!, gritaba, y las niñas abrían las ventanas para atrapar con las manos esa lluvia de menta y puterío, ¡las niñas tienen derecho a leer novelas de amor!, ¡todas las niñas del mundo leen novelas de amor!, ¡que vivan las novelas de amor!

Las hermanas se agolparon para mirar por una de las ventanas. Estaban encogidas, los puños cerrados.

Por la tarde, Coco dio rienda suelta a su agitación. Arrancó unas cortinas de terciopelo malva de la biblioteca y las llevó a la sala de costura. La tela le ardía en las manos y comenzó a coser como en un trance. Durante tres horas

frenéticas cortó, dobló y remató, hasta que hubo confeccionado un vestido malva. El vestido tenía un cuello alto con unas cintas que se ataban por detrás con lazos y unas enaguas moradas a juego que recordaban mucho a las de sus heroínas de los folletines. Cuando estuvo terminado, La Flaca se lo enfundó y descendió la escalera del colegio. Dijo a todo el mundo que iría a misa con el vestido. El resultado fue el esperado: Muy bonito, respondieron las monjas con una calma helada que hacía presagiar la magnitud de la penitencia, francamente bonito, muy creativo. Unas simples cortinas transformadas en... eso... Pero ahora sube y cámbiate.

Por fin cumplió trece años. Cuando supo que todo estaba preparado para el jueves, se armó de valor y fue a hablar con Meg *la Larga*, que se encontraba en el huerto, sentada en un banco de piedra, pelando las cebollas recién recogidas y troceándolas con un cuchillo. La Flaca se sentó frente a ella, la miró de frente y le dijo que no quería asistir a la velada.

—Muy bien —dijo Meg *la Larga*, y se llevó un tajo de cebolla cruda a la boca, la vista fija en el paisaje—, pues no vayas.

Así, sin más. Seis años temiendo ese momento y ahora La Larga le venía con ésas. Coco no pudo evitar cierto desencanto, la melancolía que arrastra las cosas que ya se han acabado. Pidió permiso para levantarse e irse y estaba a punto de dejar la huerta, cuando volvió a oír la voz catarrosa de Meg.

—¿Sabes dónde lo compré? El Steinway, quiero decir...

De pronto, Coco pensó en el pasado de esa mujer con ojos grandes y estupefactos, algo deformados, que escrutaban a través de las lágrimas de la cebolla, pero que también podría estar en otro lado: ¿habría amado a algún hombre?, ¿habría alguien en el mundo soñando con ella, esperándola?, ¿dónde habría aprendido a tocar tan bien el piano?, ¿y por qué no era concertista si tenía el talento para serlo?, ¿qué anhelos, pájaros o suspiros llevaba dentro?, ¿qué vida secreta de océanos y escapadas habitaba en su cabeza?

—No tengo ni idea —contestó con despecho.

—Pues... muy lejos... en Nueva York.

La Flaca abrió mucho los ojos.

—¿Estuvo usted ahí?

La otra no contestó. Comenzó a hurgar entre las matas de tomates, las lechugas tiernas y los calabacines, las vainas con sus semillas dentro, duras como la piedra, para comprobar si habían madurado. Las monjas los plantaban en septiembre, en enero salían florecillas rosa palo y en abril estaban listos para vender en la plaza. También recogían las manzanas

(agrias) desperdigadas por la huerta, lentejas, garbanzos y repollos envueltos en capas de escarcha. Meg *la Larga* alzó los ojos y miró a la niña:

—¿Sabes cuál es mi mayor ilusión y, a la vez, mi mayor fracaso?

—No ser concertista —contestó Coco inmediatamente—. Salta a la vista, su fracaso es estar aquí metida cuando podría ser una de las mejores concertistas de piano del mundo. Su fracaso es no dar rienda suelta a su talento porque...

—El talento —le cortó la monja—, si se tiene, es lo más fácil de ejercitar. Acaba por salir, siempre, con la fuerza bruta de un animal.

Arrancó un tomate, lo observó durante un rato y luego le dio un mordisco.

—Ya está maduro —dijo entonces—. Todo acaba por madurar. Plantas una semilla y al cabo crece. La planta se pone hermosa y luego muere —quedó pensativa—, ha sido hermosa y muere; y su muerte, como su hermosura, no tiene mérito alguno.

Dentro del edificio no se oía nada; sólo el débil aleteo de las cortinas de la biblioteca. Se incorporó y tomó el cesto con las cebollas. Volvió a escrutar a la niña:

—Lo difícil, hija mía, es *resistirse*. Resistirse a ese talento.

Un tiempo después se celebraba la feria del pueblo. Como estaba relativamente cerca del colegio, las monjas dejaron que las niñas fueran solas a comprar pan y fiambre. Allí no sólo había puestos de frutas, pan, lentejas enanas, judías y demás comestibles, cerdos atados en fila, telas, ropa, cintas, botones, candelabros y cacharros de cocina, también había abundancia de mujeres para los hombres y abundancia de hombres para las mujeres. Coco y su hermana paseaban por los puestos con un cucurucho de castañas asadas cuando se acercó un feriante con su mujer y una tos que la sacudía entera. Tengo que llevarla al hospital, les dijo. Si me atendéis el puesto, os daré una propina. Coco volvió a meter la castaña que estaba comiendo en el cucurucho: ¿qué propina?, preguntó. Pues una propina, dijo el tendero. Coco le miró a los ojos. Dijo sin pestañear: una comisión en las ventas.

Las niñas vendieron cintas, chales, enaguas y sostenes durante toda la tarde. Se esmeraron tanto que el tendero tuvo que reconocer que las ganancias de esa tarde correspondían a las de casi una semana.

Una monja le había dicho: no tendrás dinero, puedes darte por satisfecha si te quiere un granjero. A Coco aquel pensamiento la atormentaba.

Al caer la tarde, volvieron al colegio pero no para dormir sino para hacer las maletas y llevarse lo que tenían. Por primera vez, La Flaca empezó a pensar que el dinero era la clave para salir adelante. Estaba convencida de que

era una mujer destinada a ser alguien y no deseaba pasar los días compartiendo la indolencia vital de sus compañeras del rebaño de Dios: ¿quién viene con nosotras?, preguntó antes de salir.

Nadie se apuntó. De camino a la estación, Coco y su hermana vieron pasar a una mujer en bicicleta. Tenía un bolso en bandolera, la mano puesta sobre las rodillas que subían y bajaban, la tela pegada al vientre y al pecho y el vestido levantado por el viento y la velocidad. Sus muslos poderosos de seda blanca tropezaban entre sí, hacían zipi-zap-zup, y a Coco le vino a la cabeza la melodía de una de las sonatas interpretadas por La Larga.

Pero ese zap-zup era mucho más delicioso. Cuando llegaron a la estación, la gente comentaba el incidente en corrillos. La mujer en bicicleta también había pasado por ahí y, según dijo una paisana, sin dejar de procurarse satisfacciones genitales. Otra dijo: y sin corsé. Antoinette quiso volver al colegio, pero La Flaca la agarró de la manga: ¿no ves que ya empezamos a vivir cosas fabulosas? Y añadió: ¿y si viajamos en primera? Tomaron dos billetes de segunda clase y el tren en dirección a París.

—¿Sabes? —dijo Coco—. Me gustaría intentar subir a lo alto de la Torre Eiffel, a ver qué se ve desde allá arriba.

—Vaya una manía que te ha entrado con esa torre.

Cuando el revisor vio que las dos muchachas se habían instalado en primera les hizo pagar la diferencia y una multa. Pero el ratito que estuvieron en primera mereció la pena, o al menos así lo vio Antoinette. Allí conoció al notario de una población cercana que la invitó a tomar un refresco en la cafetería del tren y que cubrió su mano de besos al despedirse.

La Flaca se había puesto su vestido de terciopelo malva. Estaba tan mal cosido que al bajarse del tren, una mujer le preguntó que cuánto valían esas cortinas.

3

Salí del internado para adentrarme como un murciélago en el siglo xx, piensa Coco junto al ascensor del Hotel Ritz, frente a la bala (o la vida) que viene hacia ella.

Pero este siglo fue cambiando muchas cosas. Ahora, en aquella estación envenenada de gatos y humos —que resultó no ser la de París, sino la de Paillers, una población a doscientos kilómetros de la capital—, aclarándole a esa mujer que las cortinas no eran «corrientes» sino «cistercienses» del siglo xvi, a Coco la vida volvía a palparle como un sapo entre las manos.

Tenía algo claro: no sería monja. No aprendería a tocar el piano. No viajaría a Nueva York para comprarse un Steinway & Sons para luego volver a un recóndito internado de monjas con la frustración y una Estatua de la Libertad en la maleta. En aquella estación de mala muerte decidió que a partir de ahora, cada día de su vida, se levantaría de la cama para *no* ducharse con el camisón puesto, para *no* coser nidos de abeja a la luz polvorienta del atardecer.

Porque la vida es una sucesión de «noes»; y el primer *no* que tuvo que afrontar era que la mujer no quería las cortinas cistercienses. Luego tuvo que reconocer que Paillers no era París, que ella y su hermana se habían bajado por equivocación y que ya no tenían más dinero para seguir hasta la capital.

Paillers era una ciudad de veintidós mil habitantes que se alzaba a orillas del río Allier, con un centro histórico medieval que olía a callejón y a gallinas de corral, con una fuerte impronta rural. De hecho, muchos de sus habitantes criaban cerdos, vacas y cabras en los patios traseros de sus casas. Las casas ricas tenían un solo grifo o una bomba en el patio, pero lo normal era transportar el agua desde las fuentes municipales en cubos y cántaros. Sólo las calles principales estaban pavimentadas, y casi todos hacían sus necesidades al aire libre; así que, a primera hora de la mañana y a última de la tarde, un reguero espeso flotaba calle abajo, dejando junto a la cuneta un chantillí espumoso de cacas, harapos carmesíes y mondas de naranja. Esta nata, junto

al agua jabonosa de los lavaderos y los residuos industriales de las fábricas iban a dar a los ríos, que eran un puro vertedero.

Algunos habitantes se contentaban pensando que vivían de la confección de sombreros y la producción de vinagre, pero lo que realmente generaba dinero eran las actividades que surgían en torno a los siete regimientos de caballería, entre los que destacaba el Décimo de la Caballería Ligera. Las mujeres confeccionaban y lavaban los uniformes de esos militares. Llegaban al río Allier a las seis de la mañana y casi nunca terminaban el trabajo antes de las siete de la tarde. Comían dulcecitos a la orilla del río para no desfallecer, golpeaban las casacas contra las piedras y de paso comentaban a voz en cuello si el teniente Veric de Caballería los tenía bien puestos (ésas eran palabras exactas, «bien puestos»), que si el que había ido el día anterior a dejar la camisa era bien parecido y si tenía *maitresse* o no. El trabajo en los talleres era aún más pesado: hervir las camisas, las prendas de lana y algodón. Pero siguiendo las pautas de otros países, las mujeres se habían constituido en sindicatos y grupos de tejedoras, encajeras, lavanderas, zapateras y sombrereras que enviaban delegadas a París y organizaban mítines y manifestaciones.

Las dos hermanas caminaban calle arriba cuando una muchedumbre les cortó el paso. Se trataba de una manifestación de mujeres que pedía la igualdad de salarios y la reducción de la jornada laboral. Muchas mujeres trabajadoras tenían que disfrazarse (de hombre) para recibir un salario de hombre, que era el doble. Las mujeres travestidas pululaban por la ciudad: una pulidora, una bomberera, una violinista, una ladrona. Pedían, además, que la Ley de Protección de la Maternidad, que había entrado en vigor hacía unos meses, se aplicara con todas sus consecuencias, y que si una mujer se quedaba embarazada, que no la pusieran de patitas en la calle. O lo que era peor, después de dar a luz, muchas trabajadoras escogían ir a trabajar con los niños de teta, y se les permitía hacerlo, siempre y cuando aceptaran que les descontaran dinero por el tiempo que empleaban en amamantarlos.

Sin embargo, la vida estaba hecha de «noes» y la baja por maternidad *no* era obligatoria.

Para desconsuelo de las feministas —ése era el motivo principal de la manifestación—, durante este periodo no se pagaba ningún tipo de subsidio. En París, los dos parlamentarios que apoyaban con mayor energía esta disposición, el senador Strausti y el diputado Bonnetty, consideraban la ley un primer paso; la segunda fase, indispensable, sería la baja por maternidad obligatoria y remunerada.

Las hermanas se cobijaron en el portal de una pequeña tienda de calcetería para esperar que pasase la riada humana. Entre la muchedumbre había algún que otro hombre desorientado (también pasaban cabras haciendo sonar sus campanillas), aunque la mayoría eran mujeres y niños. Algunas mujeres lavanderas acababan de terminar su jornada laboral y se sumaban a la manifestación con la ropa mojada entre cestones de mimbre crujientes. De pronto, una mujer salió de una casa, las agarró de un brazo y las hizo entrar.

—¿Quiénes sois? —les preguntó.

Se encontraron en una penumbra con un ligero olor a leche hervida, un ámbito increíblemente limpio. Limpia la cocina de mármoles nuevos, el piso y la mesa de madera, el aparador con varias fuentes de loza y las sillitas de mimbre con sus cojines gastados, pero impolutos. Limpia la mesa más pequeña que había al fondo con una máquina de coser y trozos de tela y retales, acericos, una cajita de dedales y un metro. La misma mujer era limpia hasta la náusea (y amable). Las hizo sentar y les dio un vaso de leche y unos bollos (somos niñas, respondieron). Echó un vistazo a la ventana y señaló con el mentón hacia los manifestantes. Aquí estaréis mejor, dijo.

Mientras mojaban los bollos en la leche, les explicó que esas mujeres pretendían un absurdo: cobrar por no trabajar. En qué cabeza cabe. Acabarán por perder sus puestos, dijo. Y lo que es peor: cuando tengan que volver, en lugar de trabajar diez horas al día, tendrán que hacerlo doce. Se calló y miró a las niñas de hito en hito. Ya no era joven —y esto lo sabía ella con una certeza exasperante—, pero conservaba un gran trasero de carnes de albaricoque. Para ser libre, dijo, uno tiene que ser capaz de hacer lo que quiere. Pero para poder hacer lo que se quiere, uno tiene que *saber* qué quiere, y esas pobres mujeres no saben ni quién fue la madre que las trajo al mundo. ¿Sabéis coser?, preguntó de pronto. Sí, dijo Coco. ¿Qué?, siguió la mujer. Nidos, dijo Coco, y al ver que la otra miraba sin entender, añadió: de abeja.

A cambio de su trabajo, las niñas fueron acogidas en la que resultó ser una popular tienda de ropa y complementos llamada Grampayre. Podían comer tres veces al día y disponían de la parte superior de la vivienda, una buhardilla limpia con dos camas, un armario, una mesa y una ventana abierta a la calle y a la buena compañía de las moscas. Los Desboutin, que así se llamaba el matrimonio que regentaba el negocio, contrataban a muchachitas educadas en colegios de monjas porque así se aseguraban de que cosían como ángeles. Coco estaba encantada de contar con «cierta» libertad para entrar y salir, mientras que Antoinette estaba resignada. Soñaba con que el notario que había conocido en el tren reapareciera, y por las noches se arrodillaba junto a

la cama para pedirle a Dios que volviese y que la pidiese en matrimonio. Si viene tu notario, le decía Coco, que lo dudo, vendrá porque tiene que venir y no porque te arrodilles cada noche como una mojigata, así que ahórrate el esfuerzo. Antoinette le contestaba que ella era feliz en el esfuerzo.

Los Desboutin eran un matrimonio ejemplar para todo el vecindario por su conducta comedida (comedida no: *irreprochable*).

Cuando terminaban de comer y ella de recoger la mesa, se sentaban alrededor de la chimenea para gozar del calor y la placidez. Él dormía, y ella cosía; a veces también pensaba en la muerte, o en viajar a Tombuctú.

Todos los días a las cinco y treinta de la tarde echaban el cerrojo a la tienda, y sorteando el reguerito de espumas y cacas, descendían del brazo calle abajo en dirección a Notre-Dame. En la catedral tenían reservado un banco en la capilla de la Virgen Negra. Se trataba de una capilla en forma de cruz latina, gélida, que siempre olía a cera, donde pedían por los niños con viruela, o por las madres que se arrojaban a la calle a reivindicar los derechos de la mujer. También pedían por las mujeres que montaban en bicicleta y por las que no usaban corsé. Luego, la señora Desboutin se hincaba de rodillas y metía la cabeza entre los senos, como un pajarillo desangelado, para hacer su petición personal, un secreto que el mismo señor Desboutin desconocía.

Al terminar el rezo, volvía a emerger al mundo y se despedía de su marido que se encaminaba al Logis Henri IV. Allí él se reunía con otros hombres que, sumergidos en un sillón y con las piernas en alto y un aperitivo en la mano, resolvían los problemas del mundo. Desboutin casi siempre decía: Si muere Gertrud, Dios quiera que no muera (;ni morirá!), haré un viaje por Europa.

Cuando volvía a casa con la cara violeta de haber fumado habanos, ella tenía preparada una deliciosa cena. Durante los días más fríos, un fuego en la chimenea para que se relajase. Le quitaba los zapatos y le hablaba en tono bajo y placentero, porque la vida de un hombre era ciertamente dura y su deber era proporcionarle un poco de ánimo. Minimizaba cualquier ruido. Le escuchaba, le dejaba hablar primero. Nunca se quejaba si llegaba tarde, o si después de ir al hotel pasaba por otros lugares de diversión sin ella.

Simplemente intentaba comprender su mundo de tensión y estrés y, sobre todo, recordaba que él era el «amo» de la casa.

Le animaba a poner en práctica sus aficiones e intereses, sirviéndole de apoyo sin ser excesivamente insistente. Si ella había tenido algún problema con las clientas, intentaba no aburrirle hablándole de eso; los problemas de las mujeres eran triviales comparados con los de los hombres.

Revolvían la sopa con la cuchara, en un silencio hecho de círculos concéntricos, remolinos que succionaban las anécdotas insignificantes del día, comentarios respetuosos (Myriam, la del tercero de calle de la Paix, está embarazada, o han dicho que el miércoles nevará), prácticamente amables, nunca insidiosos o agresivos; y cuando daban las diez y media, él se levantaba y subía ceremoniosamente la escalera que conducía al lecho matrimonial.

—Gertrud, ven.

Siempre, todas las noches igual.

—Sí, ya voy.

Una vez en la alcoba, ella ahuecaba rápidamente el edredón de plumas. Sabía que debía tener un aspecto inmejorable en la cama, y en cuanto a la posibilidad de relaciones íntimas, tenía bien presente sus obligaciones matrimoniales: si él sentía la necesidad de dormir, que así fuera. De modo alguno le presionaba o le estimulaba. Ahora bien, si su marido sugería la unión, entonces ella accedía humildemente, teniendo en cuenta que la satisfacción del hombre era más importante que la suya.

Cuando el señor Desboutin alcanzaba el momento culminante, un pequeño gemido por parte de ella era más que suficiente (desde sus camitas, Coco y su hermana oían: ¡oh!, y a veces: ¡oh!, ¡oh!). Si el señor pedía prácticas sexuales inusuales, ella era obediente. Después él solía caer en un sopor profundo, y ella aprovechaba para ordenar su ropa, refrescarse y aplicarse la crema facial. Ponía el despertador para estar en pie un poco antes que él: esto le permitía tener lista una taza de té para cuando él despertase.

Cuando su marido estaba dormido llegaba lo mejor del día: abría una vieja caja de latón con olor a polvo húmedo y a galletas de la que sacaba unas fotografías pringadas de papas. Nadie sabía a quién pertenecían porque las escondía como oro en paño; las chicas de la tienda comentaban que las miraba una y otra vez (y las besaba), hasta quedar dormida.

En cuanto él se despertaba, a la mañana siguiente, daba un saltito de alegría y salía corriendo por el pasillo como un loco, chocaba con las paredes, cosa que ella agradecía porque a esas horas de la mañana olía mal. El hombre olía a hombre, sábanas y pedos, cosa que no le habría confesado ni muerta.

A veces, él le compraba rosas en un puesto de la calle que solía tener las flores más frescas y hermosas de la ciudad. Llegaba haciendo sonar sus botines de nanquín; Coco imaginaba que detrás de esas flores había un bicho negro. Una chispa de odio.

Con el paso del tiempo, la señora Desboutin se dio cuenta de que Coco no sólo era hábil con la aguja y el hilo sino que tenía una especial gracia para

atender a las señoras. Le ofreció alternar su trabajo de costurera con el de dependienta. Las señoronas, nobleza y alta burguesía de una sociedad todavía muy estratificada, quedaban pasmadas ante la nueva moda de los calzones por debajo del vestido y los sostenes —cazos soperos— que comenzaban a sustituir a los corsés y a la ropa interior de encaje o seda. Aprovechando las ocasiones en que la señora Desboutin no andaba por allí, Coco emprendió su pequeña revolución: explicaba a las señoras que las cinturas de avispa habían pasado de moda, porque a los hombres lo que les gustaba era la carne, y que las ballenas de los corsés, aunque magnificaban el tamaño del busto, lo que verdaderamente hacían era exponer demasiado y «quien expone, quita».

Coco se levantaba muy temprano y se ponía a trabajar. Le gustaba diseñar lo que iba a coser, aunque luego improvisara. Le gustaba salir a media mañana a tomar café con leche en el local donde se reunían las feministas de la revista *La Fronde* para hablar de la subida de las fuerzas de la izquierda y de los anarcosindicalistas de la Confederación General de Trabajadores (CGT). Le gustaba echar un vistazo a los puestos del mercado de la plaza donde unas bocas desdentadas gritaban ¡melocotones!, ¡peras! Allí se exponían flores, chatarra de chamarilero, gallinas y crestas de gallinas, quesos caseros, foie-gras, legumbres y verduras. Le gustaba que se oyera la puerta cuando volvía; dar órdenes a las otras empleadas, aunque llevaban más tiempo en la casa que ella.

Coco se hizo muy popular entre las clientas que casi siempre preguntaban por ella o pedían su consejo cuando se compraban una prenda nueva. Al principio todo aquello la satisfacía. Pero poco a poco se le vino encima el aburrimiento. Aquella vida, las señoras que no conseguían liberarse del moho del siglo XIX, los sostenes, ¡y la ciudad olía a gallina tanto o más que el campo!, pensaba de codos sobre la mesa. Comenzó a añorar lo único que realmente había vivido: el internado, los baños en el río, los paseos al ultramarinos y los caramelos de menta. Añoraba la imagen de Meg *la Larga*, sus largas piernas avanzando por el pasillo. Ahora podía leer novelas de Glyn cuando quería, pero ya no le interesaban. Entró en una especie de modorra. Gritaba a las empleadas y despreciaba la amistad que le brindaban algunas de las clientas más jóvenes. Todo, empezando por ella, le resultaba insoportable.

A veces se hacía apuestas extrañas: si hoy veo a un enano caminando por la calle, es que mi vida va a dar un giro de ciento ochenta grados. Naturalmente, aquel día no veía a ningún enano caminando por la calle.

Antoinette le decía: tener la confianza puesta en un enano es más triste que tenerla en Dios.

Una tarde después de echar el cierre de la tienda, Coco se quedó en la trastienda, casi en penumbra, embebida en el diseño de una atrevida chaqueta recta, sin cuello. La señora había salido al funeral de un conocido empresario de Paillers. De pronto, entró el señor Desboutin, que comenzó a revolver en las estanterías donde se guardaban los sostenes que las señoras dejaban para arreglar. Había una luz extraña, hecha de polvo y lentejuelas; fuera pasaba la vacada del vecino y por la ventana abierta llegaban la fragancia del estiércol y el tintineo de los cencerros. Coco se escondió detrás de un gran butacón, más por instinto que por miedo o respeto. El señor Desboutin comenzó a sacar prendas de los cajones, faldas, cintas, blusas, hasta que se encontró con un sostén. Se pasó la lengua por los labios y echó una ojeada a su alrededor. Entonces, ante el pasmo de la muchacha, se llevó el sostén a la nariz y aspiró su aroma; a continuación se situó frente a un espejo, se lo pasó por la cintura, cerró el cierre y se lo probó.

A partir de entonces, casi todas las tardes cuando su mujer no estaba, el dueño de la Casa Grampayre, volvía a la carga. A hurtadillas, tropezando con los muebles, bajaba de su habitación y en la oscuridad de la trastienda se iba probando, uno tras de otro, los grandes sostenes de sus clientas. Primero cogía el blanco, luego el rojo de lunares y se le erizaban los pelos del brazo. Pasaba del grande al pequeño, del cosido al descosido, del de raso al de seda, la lengua le chasqueaba de puro gusto, los ojos se le salían de las órbitas, gemía, y casi se desplomaba del esfuerzo. Cuando terminaba abría la puerta de la galería y corría hacia el jardín; junto a un arbusto se desabrochaba la bragueta y orinaba copiosamente sobre las primulas. Luego volvía a entrar a la tienda, se sentaba en el butacón y se cubría la cara.

Unos días después de que Coco sorprendiera al señor Desboutin probándose los sostenes de las clientas, la señora la mandó llamar. Cuando subía las escaleras, Coco pensó que aquello era el fin de su relación laboral, que señoras tan amables y desprendidas no existen en la tierra y que si la hacía subir a su alcoba era porque sabía, la otra sabía que ella sabía lo que ella también sabía, es decir, lo de su marido. La señora Desboutin miraba por la ventana, embobada. Afuera, unos niños saltaban a la comba. Estoy muy orgullosa de ti, le dijo al verla entrar. La señora sostenía entre sus manos uno de los diseños de moda de la muchacha. Creo que tienes un talento especial, no sólo diseñando moda, sino también con las clientas.

Las palabras eran hermosas y Coco no pudo menos que sentirse halagada y reconocida. Pero los ojos de la señora, carentes de toda vida en otras

ocasiones, ahora la miraban con una luz insidiosa. El reproche le saltó a la cara.

De pronto sintió cómo el reproche subía desde el suelo, trepaba por las cortinas y le saltaba a la cara. Luego la señora se inclinó un poco con un crujido correoso de corsé y volvió a posar los ojos en la ventana: Son tan preciosos..., dijo refiriéndose a los niños.

Esa tarde llovía a mares (llevaba meses diluviando en toda Francia) y se acercó a la tienda un hombre. De vez en cuando alguno lo hacía. Eran hombres más o menos audaces, que desafiaban las convenciones atreviéndose a entrar para comprar alguna prenda para sus mujeres (o queridas). Coco y su hermana cosían en la trastienda cuando lo oyeron hablar con las otras empleadas. Hablaba de la tremenda inundación de París a raíz de la crecida excepcional del Sena. De pronto el hombre dejó de hablar de inundaciones y con mucha flema preguntó por un sostén. Un sostén de esos que llaman «divorciados», es decir, que separan los pechos. Al señor Desboutin, que fumaba un puro en su butacón, se le erizaron los pelos del brazo. La señora Desboutin, que contaba las facturas pendientes de pago, miró por encima de su monóculo. Las dependientas que lo atendían no pudieron evitar soltar unas risitas.

—No sé por qué se ríen, señoritas —dijo el hombre—, nunca he entendido por qué los pechos tienen que andar arrejuntados al desgaire.

Antoinette dejó caer la aguja y una sonrisa de felicidad se extendió por su rostro. La lluvia caía fuera, era como si cayeran gotas de zinc o elefantes de circo, porque al golpear contra la cubierta de la tienda hacía un ruido de metal, de cacharros que golpean cacharros y de felicidad. Coco la miró: tenía trenes en los ojos.

Antoinette se dirigió al mostrador. Sin pensarlo dos veces, arrebató de las manos el sostén «divorciado» que una de las dependientas había comenzado a mostrar al distinguido cliente con el fin de mostrárselo ella misma. Confirmó sus sospechas. El hombre era el notario que la había invitado a un refresco en el tren que tomaron desde los Cevernios. De eso hacía ya tres años y medio. El sostén es muy cómodo, le dijo abarcándole con la mirada.

Al notario también le crecieron trenes en los ojos. Estaba alojado en un hotel de Paillers, ciudad que visitaba con cierta frecuencia porque era allí el experto en herencias y testamentarías; de momento no podía volver a París por culpa de las inundaciones. Durante un par de semanas (ése fue el tiempo que se necesitó para drenar el agua de las plazas y calles principales de París y limpiarlas de desechos), Coco, su hermana y el notario salieron juntos a

pasear, porque no estaba bien que una señorita como Antoinette andara sola con un hombre.

Solían frecuentar un lúgubre local donde una pequeña orquesta amenizaba las veladas y los domingos y días festivos se daban *matinéés musicales*. Se trataba de una sala oscura con un pequeño escenario, que iluminaban con una luz blanquecina varias decenas de bombillas. Más arriba y al fondo, tras un fantástico enredo de cuerdas y telas decoradas, se abría el escenario. Cada vez con más frecuencia, Coco y Antoinette salían a cantar. Se pintaban los labios y se adornaban los párpados con horrendas pestañas artificiales, se vestían con lentejuelas, collares de abalorios y brazaletes de hojalata, desfilaban hacia el escenario (por el camino, los hombres intentaban tocarles el trasero, sin que el éxito o el fracaso en esa empresa alterara sus rostros lo más mínimo), se sentaban en una silla y, forzando una postura artística, entonaban cualquier canción.

Lo interesante de esos locales es que no hacían distinción de clases, los ricos se mezclaban con los obreros. De modo que la noche que cantaban demasiado mal (las chiquillas tenían encanto y un no-sé-qué ácido, pero su voz recordaba a la de las gallinas del atardecer), se podía ver a aristócratas y obreros castigándolas con una lluvia de huesos de cereza.

Al cabo de unos días, la señora Desboutin se sentó a hablar con ellas. Amablemente les dijo (no les dijo: les *insinuó*) que todavía eran muy jóvenes y que, con todo el respeto del mundo, el notario no lo era y aquel mundillo de las *matinéés* no era el más apropiado para ellas. Que simplemente tuvieran cuidado y averiguasen las intenciones de aquel hombre. Luego la señora Desboutin se levantó y alisó cuidadosamente la falda. Por cierto, dijo.

—Tenemos que pensar en ampliar el negocio.

Mientras pronunciaba esas palabras, ampliar-el-negocio, Coco la miró a los ojos: en el fondo negro de esos ojos negros, pensó, yace una espalda.

Una espalda, la espalda *del otro* que siempre es el preludio de algo que acaba de ocurrir.

Y al verla remontar la escalera pensó: una mujer gorda siempre tiene una espalda estrecha. También pensó que todos los gestos, toda la esencia de aquella mujer partían de ahí. Por la noche, desde su cama, Antoinette sacó a colación el consejo de la señora Desboutin. Dijo que agradecía mucho su amabilidad, y que para ella, la señora había actuado como si fuera su madre, ¿no te parece, Coco? Coco se incorporó súbitamente. Detestaba los consejos. ¿No se daba cuenta Antoinette de que la gente sólo da los consejos que son buenos para ellos?

Al día siguiente diseñó su primer vestido para mujeres gordas, que fue el éxito de la Casa Grampayre. Se trataba de una prenda holgada, con muchos pliegues, el talle bajo para evitar los traseros caídos. Un éxito, y así lo reconoció la señora Desboutin delante de todo el mundo; pero seguía observándola con una mirada torva.

Antoinette volvió a coger el tren para visitar a las monjas del internado. De algún modo, se sentía agradecida. Meg *la Larga* ya no toca el piano, le dijo a su hermana al volver. Las otras monjas le habían contado que un día de enero se despertó, se sentó frente al piano, se encogió sobre sí misma con intención de tocar y luego dijo: *se acabó*. Fue hasta el cobertizo, cogió un hacha, volvió a entrar en el edificio y se lió a hachazos con el piano. A *hachazos con el talento*, le contaron las monjas.

Hizo que otra hermana arrojara las astillas del Steinway por la ventana, mientras ella, los pelos revueltos sobre la cara, observaba con perverso placer.

Poco a poco, la Casa Grampayre encontró la manera de ampliar el negocio. Aprovechando la coyuntura (ése fue el argumento de la señora Desboutin), aparte de vender chales, faldas, sostenes, crespones y vestidos, comenzó a confeccionar y retocar los uniformes de los jóvenes del Décimo de la Caballería. Se trataba de apuestos oficiales, húsares y *chasseurs* vestidos con guerreras azul celeste con galones, alamares, trenzas de pasamanería, botones dorados y capotes forrados de pieles a la espalda. La señora trabajaba cada vez más, pero no dejó de visitar la catedral. En lugar de bajar una vez al día, bajaba dos: por la tarde rezaba por el mundo y por la mañana por la madre que la parió (o eso pensaba Coco). Cuando volvía, buscaba a la muchacha con la mirada. La escrutaba intensamente. Un día, Coco la sorprendió esnifando rapé mientras miraba fotos de su caja de latón. Cerró la caja de golpe y se disculpó diciendo que el rapé le despejaba la cabeza.

Por su parte, el señor Desboutin compraba flores cada vez con mayor asiduidad. Ella le esperaba en la puerta: has tardado, le decía.

Comenzaron a discutir en la cama. Palabras amargas, ininteligibles, que valen un instante e inmediatamente se pierden elevadas en la noche. Era extraño; a veces, cuando el señor Desboutin no estaba, Coco creía oír bramidos. Bramidos de vaca (o de mujer en celo) que rasgaban la oscuridad.

Una mañana, a eso de las once, vino un chico a recoger un enorme arcón que la señora Desboutin había preparado para que se llevaran. A las once y quince, ante la severa mirada de la señora (el señor Desboutin tenía la suya puesta en el suelo), un coche de caballos se alejaba calle abajo con el arcón. En la Casa Grampayre no volvieron a venderse sostenes.

En los locales de alterne, a los veintiún años, Coco conoció al que sería el primer hombre de su vida. Aquel día se había dicho: si hoy veo a un enano andando por la calle, entonces es que conoceré al hombre de mi vida. Aquel día no vio a ningún enano, pero sí conoció a Liébard Balsain, un oficial con cabellos espesos que siempre olían a champú. Acababa de ser promovido al Décimo Regimiento de la Caballería Ligera. Coco siempre había pensado que el amor llegaría de otro modo, con palpitaciones y sudores, la sangre corriendo por las venas como ríos de leche. No fue así, pero no le dio mucha importancia. Liébard era el más joven de tres hermanos, hijo de una familia que había hecho fortuna en la industria textil. Había pasado su infancia en un internado de Inglaterra, donde además de aprender inglés a la perfección se había aficionado a los caballos de manera apasionada. Por su parte, ella le contó que sus padres habían muerto, y que la habían educado unas tías ricas y bigotudas que eran propietarias de unos prados de hierba corta, mala para producir leche pero muy apreciada por los caballos. Las tías, unas mujeres pérfidas, engendros de la naturaleza, se dedicaban a la cría de caballos (caballos con cascos de vaca) que luego vendían al ejército.

Ahí, le dijo, aprendí a cabalgar a pelo y a ser limpia; y mientras decía esto, y muchos otros disparates, Coco se daba cuenta de que la niña Coco, o la adolescente Coco, es decir, ella, no era más que un «cuento» hecho de pedazos o jirones. Habitaba esa historia de tías ricas y malvadas como podía habitar cualquier otra. Y las palabras (tías, ricas, malvadas) eran redes tendidas para apresar en vano lo que nunca fue. El caso es que a Liébard le gustó. Además le conmovió su forma de bailar sobre el escenario, su mediocridad, su alborozo ante los aplausos, un alborozo hecho de vergüenza y complejo; tanto, que la invitó a pasar el domingo en las carreras.

Aquel ambiente de los hipódromos (Autuil o Chantilly) sedujo a la muchacha. Los establos, las pistas, los jinetes escuálidos con sus camisas de colores, el olor a heno y caca mezclado con el perfume de las vizcondesas, abejas en torno a un trozo de pastel. La Flaca observó esa danza histérica por excitar la libido masculina que terminaba convirtiendo a las mujeres en muñecas de busto y trasero prominente. Y sobre todo la moda y las conversaciones superficiales. Le sorprendió la variedad abigarrada de los trajes, los sombreros que parecían puestos de verduras hechos de tafetán y tul, encajes, martas y faldas que arrastraban por la hierba. Los hombres vestían chaqueta corta y entallada, suéteres de cachemir, polaina gris perla y cabello engominado aplastado sobre el cráneo.

Le impresionó la riqueza, y al observarla pensaba en cómo sería si aquello fuese suyo.

En aquel momento, el modisto de moda era Paul Poiret. Liébard le contó que era un hombre de origen muy modesto cuyo padre, un vendedor de telas, lo había colocado en una paraguitería que tenía un taller de fabricación propia. Pero el chico mostraba una curiosidad insaciable por el dibujo y la sastrería femenina y, con la ayuda y el estímulo de su madre que incluso le regaló un pequeño maniquí, comenzó a confeccionar los primeros trajes que luego mostró al ya consagrado modisto Doucet. Según Liébard, él era quien había roto los moldes de la alta costura tradicional.

El atuendo de los jinetes le pareció a Coco aún más fascinante: muchos años después sacaría de aquellas camisas de satén azul muchas de las ideas de sus magníficas colecciones. Liébard y Coco acudían una vez por semana a las carreras, a veces acompañados por Antoinette y el notario (que alquiló un piso en Paillers). Hablaban de política, de música, de arte, del nuevo idioma vegetal y animal del hierro colado del metro de París. Hablaban de un pintor contrahecho que pintaba a las prostitutas de los burdeles de París. Todo podía ser objeto de conversación y Coco lo asimilaba ávidamente.

Una tarde, al ir a tomar un té a la cafetería del hipódromo, a Coco le pareció distinguir entre un grupo de personas las espaldas estrechas de la señora Desboutin. Ese día, poco antes de salir de casa, mientras ésta cepillaba con esmero el traje de su marido y sabiendo que Coco iba a encontrarse con su novio, le había hablado sobre la felicidad que supone el matrimonio y la vida en común (no había dicho «noviazgo», había dicho «matrimonio»), sobre todo cuando una parte se esfuerza en complacer a la otra. Incluso se había aventurado a hablar de los hijos, aunque al decir esta palabra, no pudo por menos que bajar la cabeza.

Pero la mujer de espaldas estrechas no estaba sola en el hipódromo, sino acompañada por un jovencísimo oficial. Cómo va a ser la señora, le dijo Antoinette con reproche, tú siempre pensando mal. Coco se acercó a la barra para verla mejor. No le fue posible porque en ese preciso momento irrumpió un hombre contando a gritos que Marguerite Durand, la fundadora de la revista *La Fronde*, estaba colgada de la marquesina del hipódromo y que amenazaba con lanzarse a las pistas si no se reconocía la maternidad como «función social» («función social», eran las palabras que lanzaba a voz en cuello desde la marquesina). La mayoría de los presentes no tenían ni idea de lo que era aquello, pero sí entendieron las molestias que acarreaba. Primero, porque tuvieron que desalojar el edificio para que la policía pudiera actuar

con agilidad. Segundo, porque la señora Durand llevaba puestos unos pantalones de hombre.

Dos días después, cuando Marguerite Durand salía de la cárcel en París y era aclamada por un grupo de feministas, un hombre se presentó en la tienda. Estaba muy alterado, y preguntaba por la señora Desboutin. No tendría más de diecinueve años, un chico con las orejas de soplillo vestido con el uniforme de oficial de caballería. Las dependientas se echaron a reír, y él se alteró aún más. Sacó las prendas de las estanterías y las arrojó al suelo con despecho. Tiró los trajes colgados de los percheros; arrancó los foulards de los maniqués. Apenas se le entendía; pero entre sollozos parecía decir que la dueña de aquella tienda le había robado dinero y —aquí el chico miró hacia abajo lleno de pudor— le había «desvirgado». Las dependientas querían morirse de la risa y la señora Desboutin, que estaba revisando en la trastienda facturas con Coco, que escuchaba sin inmutarse, de vez en cuando hacía una mueca de asco.

El chico siguió erre que erre. A medida que hablaba, las palabras cobraban un tono más encendido. Entonces pasó a los detalles: aquella señora, dijo, por si no lo sabían las dependientas, se relacionaba con muchos oficiales de caballería, por eso la tienda estaba llena de casacas y capotes forrados. De pronto, desenvainó el sable. Las chicas dejaron de reír. En la trastienda, a la señora Desboutin se le cayeron las facturas al suelo.

El renacuajo prosiguió con los detalles, detalles demasiado íntimos para haber sido inventados, detalles que la señora no tuvo más remedio que oír (y englutir) mientras recogía los papeles del suelo, a cuatro patas, y unas gotitas de sudor le resbalaban por la frente: hablaba de la faja, de las medias, de las fotos ¡de los oficiales de caballería!, entre ellos él, que guardaba en una caja de galletas, del miriñaque, de sus gemidos a media noche, de que esnifaba rapé, oh.

Ya nadie tenía la osadía de mirar al chico. Y no sólo por el bochorno que provocaban las palabras. Aquello resultaba demasiado familiar. Increíblemente familiar. De pronto, surgió el señor Desboutin de alguna parte. Atravesó lentamente la trastienda, pasó delante de su señora y luego fue hasta la puerta que daba a la calle.

Durante unos minutos permaneció quieto, las manos colgando, los ojos muy abiertos, estupefactos, como si todo aquello no fuera con él.

Salió sin decir ni mu (la puerta se cerró tras de él), rozando las primulas meadas y dejando a su paso un perfume de pedos y sábanas.

4

Cada veinte metros, tenues lámparas violáceas proyectan haces de luz y justo a mitad del pasillo, delante de una de ellas, se halla el ascensor. Allí, frente a la bala que va a acabar con ella en dos o tres décimas de segundo (¿dos o tres?!), parece que la vida se alarga como goma de mascar.

El tiempo... un intervalo entre el ahora y el entonces, cosas que ocurren (*se mueven*) en el interior de los ojos. Como el señor y la señora Desboutin que, a pesar de lo ocurrido, por la terquedad de la rutina, siguieron como si nada, obedeciendo al impulso de la costumbre... Echar el cerrojo a las cinco y media y sortear la nata de orines para irse a comer a Dios a la catedral de Notre-Dame.

Y es que, se dijo Coco, hay cuerpos que están en reposo y cuerpos en movimiento.

La duda está en si, a veces, el movimiento no es exactamente lo mismo que el reposo o viceversa (la espina dorsal retorcida por el corsé, por ejemplo; o el sombrero haciendo equilibrios sobre una mezcla de almohadillas de seda, recogidos artificiales y mechas de cabello humano, ¿es reposo, o movimiento?).

El sueño del señor Desboutin consistía en que algún día el bicho escondido en el ramo de flores que entregaba todos los días a su mujer saltara. Le habría encantado que el bicho saltara a la cara de su señora y le dijese que le repugnaba el olor de su crema facial y sus rulos y su corsé; y estuvo a punto de saltar, pero cada vez que oía el crujido de sus faldas acercándose, él (o el bicho) se replegaban: se sentían cobardes, pequeños. Por costumbre (o más bien por corrupción), el bicho se amagaba entre las flores, al consuelo de la misa de siete, al edredón de plumas de gallina. Soñaba también en hacer un viaje por Europa cuando Gertrud muriera (pero Dios quiera que no muera, ¡ni morirá!). Así que por la noche el señor y la señora Desboutin se limitaban a revolver la sopa de silencios y subían al lecho conyugal a hacer que hacían sencillamente porque el movimiento (o la rutina) es terco como una mula y tiene miedo.

Incluso el día en que el joven revolucionario bosniano miembro de Mano Negra asesinó al heredero del imperio de los Habsburgo, en las calles de Sarajevo, el señor Desboutin no dejó de hacer lo de todos los días.

—Gertrud, ven —le gritó a su mujer desde el hueco de la escalera, con el tono infantil de siempre.

Mientras se extendía la crema facial, cuando él ya estaba dormido, ella repitió lo que había oído en la tienda durante todo el día: dicen que ella, la mujer del archiduque, la duquesa Sophie Chotek (¿o era condesa?) no era digna de él y que de ahí viene todo. De hecho, no quieren darle sepultura en el panteón imperial de los Habsburgo, y yo lo entiendo. La señora Desboutin se dio unas palmaditas en la papada y prosiguió: pero él estaba locamente enamorado y quiso llevarla a inspeccionar el ejército en Bosnia. Murió de un balazo en el estómago, la pobre, ¡el mismísimo día de su aniversario de boda! La señora Desboutin apretó un brazo a su marido. De pronto le asaltó la duda: ¿y si un día nos asesinan a nosotros?

Éste abrió un ojo y la miró de arriba abajo: es distinto, sentenció.

Cuerpo en reposo también Antoinette, cuya aspiración en la vida era que en la vida no pasase nada. Por eso siguió saliendo con el notario durante años, aun cuando descubrió que estaba casado. Lo descubrió el 25 de julio de 1909, día en que Paillers en pleno celebraba que Louis Blériot había sobrevolado el Canal de la Mancha con un avión monoplano de su propia fabricación. Para festejarlo, el alcalde —lejanamente emparentado con el héroe— invitó a rosca de frutas y a limonada. En un grupito de la calle en el que estaban Antoinette y el notario, se hablaba del motor del aeroplano, del tiempo que se había tomado el aviador para completar su hazaña y de si tendría familia. De pronto, alguien le preguntó al notario por su mujer. Se hizo un silencio. Con sólo mirarlo, Antoinette supo que no se trataba de una broma. Se enojó mucho, y hasta dejó de tratarle durante semanas, pero después reanudaron la relación porque en las personas, como también en los monoplanos (y en las balas que se acercan a toda velocidad para matarle a uno) está la inercia.

Cuerpos en movimiento, Marguerite Durand, gritando desde la marquesina del hipódromo, y las feministas abajo, reclamando el derecho de la mujer a incoar acciones de paternidad. Y es que, desde principios de siglo hasta el estallido de la Gran Guerra, el movimiento feminista, que englobaba a radicales y socialistas, comenzó a organizar conferencias, manifestaciones, a enviar delegaciones al Parlamento y a presentar peticiones y propuestas legislativas, en particular para proteger la maternidad. Coco pasó a engrosar las filas del Consejo Nacional de Mujeres Francesas, el CNMF, que en 1909

ya contaba con setenta y cinco mil miembros. Sin llegar a participar activamente, no podía evitar estar muy influida por la situación que atravesó su propia madre, asistía a los congresos que, iniciados con la Exposición Universal de 1900, comenzaban a adoptar posturas cada vez más ofensivas. En movimiento, pues, Coco, dejó la Casa Grampayre y se instaló en la finca de Liébard, en una habitación «individual y luminosa», como les había reclamado a las monjas del internado, en la que pasaba el día chupando caramelos de menta y leyendo novelas de amor.

Liébard le dijo que en el mundo había bloques enfrentados («bloques enfrentados», ésas fueron sus palabras), y que era mejor que una mujer estuviese a buen recaudo. Se trataba de una finca dedicada a la cría de caballos y vacas de raza roja, situada en una llanura atravesada por el Allier, a treinta kilómetros de Paillers, cuyas tierras oscuras y volcánicas contrastaban con el color de la colza y los girasoles.

En primavera, los establos de la finca se llenaban de mugidos: las bestias sentían una dulce nostalgia de la montaña. Con que, a mediados de mayo, llevaban las vacas a unos pastizales de hierbas tiernas. Pero la verdadera pasión de Liébard eran los caballos, que criaba para vender al ejército. Miraba su edad en la dentadura, acariciaba los menudillos para ver si estaban en buen estado. ¿Bloques enfrentados?, se dijo Coco un día, y se encogió de hombros.

La pregunta también es movimiento.

Así que si los cuerpos se mueven, no es porque ellos mismos lo *deseen*, sino porque algo los impulsa: la rutina (que mueve vacas y montañas) al matrimonio Desboutin; el miedo al fracaso y a la soledad, en el caso de Antoinette; el viento, en el de Marguerite Durand; la ambición o el hastío, en el caso de Coco; la nostalgia, en el de las vacas.

El clic en el gatillo del revólver en el caso de la bala, y de la vida entera, que ahora se aproxima a gran velocidad. Pero todo eso, ¿es movimiento, o es reposo?

Desde hacía un tiempo Coco se había vuelto difícil, caprichosa. Todo le irritaba. Le irritaba ponerse las medias para bajar a desayunar, le irritaba el olor de las tostadas, le irritaba la sumisión de los criados de Liébard, le irritaba la pulpa del zumo de naranja y los pastelitos cubiertos de polvo de azúcar, le irritaban los olores de la casa, le irritaba su irritabilidad. Qué feo es, pensaba algunas veces de su novio, *insignificante*, sobre todo cuando lo encontraba distraído, concentrándose en un plato de carne asada con patatas, o leyendo el periódico.

—Tú fíjate —le decía él—. Ahora dicen las feministas que quieren estudiar.

La Flaca se aburría; pasaba el día llorando. Las ovejas y las vacas dan lana, leche y carne, las vacas mugen en los establos, todo el mundo tiene un cometido menos yo, se decía. Echaba de menos su trabajo, sus charlas en la trastienda de la Casa Grampayre. Pensaba que las paredes de aquella finca mataban su sensibilidad. Sentía flojedad, ¿ganas de mugir?, y sin embargo, era incapaz de moverse. Tengo miedo de aburrirme, se decía al despertar por las mañanas.

A menudo pensaba en Antoinette, a la que hacía mucho que no veía, ¿seguiría con el notario? La imaginaba como años atrás, hincada junto a la cama, la cara arrebolada, ciega en su determinación de casarse con ese hombre que era la personificación de la mediocridad. En el fondo, envidiaba esa capacidad de doblegarse y amar el curso de lo cotidiano que avanza sin sobresaltos ni secretos, esa vida que no deja margen al riesgo. Le daba envidia esa facultad del alma que era su fe porque, en el fondo, la fe era como el talento: había que nacer con ella.

Y, en realidad, ¿por qué quiero yo complicarme?, pensaba, y miraba los jarrones, la plata, los tapices a su alrededor, ¿por qué existir es un problema para mí?

Antoinette existía ya siendo Antoinette. Ella sentía que todavía tenía que escribir el programa de su vida.

Los días de mucho sol, salía a la terraza a hacerse la manicura. Mientras se limaba las uñas, canturreaba. Y seguía cantando mucho después de haberse limado las uñas de los diez dedos, cuando el sol ya se había puesto y los criados daban las luces en la casa. A veces se acercaba a verla un joven de la finca vecina. Se sentaba junto a ella, los brazos cruzados sobre las rodillas muy juntas, y hablaban de todo un poco. A veces, Coco lo pillaba lanzándole miradas furtivas. La escrutaba con arrobó, como si estuviera ante una virgen o un ángel. Cuando las miradas se encontraban, él desviaba la suya, bajaba la cabeza y se ruborizaba un poco. Era alto y delgado, la frente ancha perlada de sudor, con un bigote del color de la paja. A ella no le interesaba lo más mínimo, pero algunas tardes calurosas en que no estaba Liébard, el chico era el mejor entretenimiento. Además, lo que más le gustaba en el mundo a La Flaca era gustar, sentirse admirada.

Un día el joven osó acercarse un poco más. Ella le secó el sudor de la frente con un pañuelo, y él se puso del color de las berenjenas. El pañuelo se

cayó al suelo y ella se agachó a recogerlo; por un momento quedó así, inclinada, mostrándole el inicio de sus pechos.

Al día siguiente él trajo un ramo de rosas y hasta se atrevió a hacer una confesión.

—Creo —dijo extendiendo el ramo, y no dejaba de mover los ojos de un lado a otro—, creo que... me he enamorado de usted.

Coco soltó una carcajada estrepitosa (cuidado que eres imbécil, le dijo). Pero al rato, al ver el rostro contraído del joven, los labios apretados, calló de golpe.

—Lo siento —dijo él.

Cogió el ramo de flores y se fue a toda velocidad. La Flaca no volvió a verlo nunca más.

Otras veces pedía a Liébard que le trajera flores, y cuando éste lo hacía (o más bien, lo hacían sus sirvientes), las contemplaba durante un rato con indiferencia y las arrojaba a la basura.

En aquel momento había gran número de eufemismos para designar a las mantenidas: trituradoras de diamantes, *irréguliére* o *cocot-te*, y a ella le encantaba pasar por una de ellas porque creía que una amante era algo dulce y a la vez terrible y desafiante. Le encantaba acompañar a Liébard a París y que la gente creyera que ella era su mantenida. Esperaba hacerse famosa por este motivo, y todas las mañanas se precipitaba sobre el periódico para ver si había salido su foto en la sección de sociedad.

Antes de que estallara la guerra, iban a París todos los fines de semana. Se hospedaban en el Hotel Bifou, en la calle de la Noit. Los sábados por la tarde asistían a las carreras. Ella salía de la habitación con aires de grandeza, dando palmadas al aire o gritando a los empleados por los pasillos, la cama de la 303 está sin hacer, ¡vaga!, parece mentira que en un hotel de esta categoría haya que estar recordándolo. Vestía faldas sueltas que no requerían corsé y jerséis de cuello alto inspirados en los de los pescadores de los mares del Norte, con botoncitos de madera a un lado del cuello. Eran prendas que ella misma había confeccionado, y para ello utilizaba el tejido de punto (tan denostado en ese momento por ser excesivamente blando) y la franela que tenía connotaciones obreras y masculinas. Las otras mujeres, que todavía lucían sombreros como hogazas, monumentos cargados de uvas y dátiles, o trajes con pliegues y plumas, empezaron a fijarse en ella. Y no sólo por ser la nueva *cocotte* de Liébard sino también por el atrevimiento de su vestimenta. Cuando estaban en público, él nunca la presentaba y a veces incluso fingía no conocerla. Un día que ella se había acercado a acariciar unos caballos le pareció que un grupo

de personas, entre las que estaba Liébard, la miraban y se reían de ella. Por la noche iban a los *café concert*, especialmente al Folies-Bergère. Entre paredes decoradas en estilo Luis XIII, se reunían damas de la sociedad, artistas, banqueros, periodistas, médicos. Había entretenimientos de tipo sentimental, romántico y patriótico, y espectáculos teatrales y religiosos donde participaban payasos, músicos y juglares; el público participaba lanzando huesos de ciruela y gritos. El número que daba más que hablar a la gente era el del «Kanguro Boxeador y la familia Birmana». Se trataba de una familia compuesta por padre, madre, hijo, hija y abuela, todos con barba. Siempre se metían en problemas, el Kanguro Boxeador se ocupaba de rociarles con champán.

París era una ciudad espléndida para pasear y mirar escaparates. París era damas elegantes, bullicio, luz tenue y fragancias de perfumes, cafés de los que salían risas, caballeros sudorosos y refinados. París era una pincelada dada por Toulouse-Lautrec en 1900, el leve pestañeo de una prostituta en 1902, una bota que resuena sobre los adoquines de los Campos Elíseos en 1906.

París era el París de la *Belle Époque*, de los labios pintados de rojo y del charlestón, de los años locos; la gente se divertía como se hacía cuando todavía había locos. La Torre Eiffel, ensamblada con más de siete millones de remaches, se alzaba a trescientos metros de altura.

—Es un edificio sin precedente que rivaliza con las construcciones del pasado: los campanarios, los campaniles, los torreones —le contó un día Liébard—. Artistas como Pissarro, Manet, Degas, Alejandro Dumas, hijo, Guy de Maupassant, han firmado un escrito de protesta en su contra. Otros opinan que es un «supositorio solitario».

Coco le contestó:

—¿Pues sabes qué me apetecería?

—Qué te apetecería...

—Subir al supositorio solitario; subir un día despejado y ver qué se siente a trescientos metros de altura.

Pero nunca subían. Pasaban los domingos en el hotel con los postigos cerrados a cal y canto, con pétalos de rosas esparcidos por las sábanas y champán helado que un camarero les llevaba por la mañana temprano. Si el camarero se retrasaba cinco minutos, ella le insultaba groseramente.

Volvían a la finca el lunes de madrugada, cuando el prado comenzaba a exhalar su fresco olor a hierba y boñiga. Era la hora en que las manzanas caían de golpe y los animales se dirigían a los pastos. A menudo, entre los lomos huesudos de las vacas, Coco distinguía a un ama de cría que se

apresuraba en dirección a una casa. Un poco más tarde, a lo lejos, una campesina con sombrero de paja plantaba nabos bajo los chopos. Tienen treinta y dos años. O cincuenta, son felices o infelices, solteras o casadas. Por lo menos ellas tienen una ocupación, un trabajo, pensaba Coco, observándolas con los codos sobre el alféizar muy estrecho.

Entonces veía cómo esas dos mujeres, el ama de cría y la campesina, detenían sus actividades. Se juntaban bajo la hilera de los tilos, miraban hacia arriba y señalaban la ventana donde ella estaba. Cuchicheaban. Las miradas se cruzaban. Evidentemente ella no sabía nada de esas mujeres. Sólo pasaban por ahí. No eran más que un sueño, pura imaginación. Sólo eso: ¿o no?

Porque nada le impedía imaginar que esas dos mujeres que ahora la miraban fijamente estuvieran pensando en matarla.

Un día en que Liébard estaba fuera, llamó a la puerta una mujer cuarentona; se veía que había sido muy hermosa, aunque ahora estaba ajada. Llevaba un traje de falda tubo, el pelo cortado hasta la nuca y un collar de perlas enrollado en la garganta que no denotaba desenfado y elegancia sino más bien asfixia. Un criado le abrió la puerta y, sin decir ni mu, se dirigió hasta el fondo del salón donde Coco leía una revista retrepada en el sofá, las piernas entrelazadas sobre el reposabrazos. Pasó por delante de ella sin apenas mirarla, esbozando una sonrisa de distante indiferencia. Cogió algo del aparador y se marchó dejando la puerta abierta. Entonces Coco se encogió ostensiblemente de hombros y pataleó hasta que llegó uno de los criados. Le lanzó un jarrón del siglo XVII que quedó hecho añicos. Le resultó muy hermoso arrojarlo así.

A partir de entonces a Coco empezó a atormentarle la idea de que en cualquier momento su novio podría cambiar de amante (tal vez, pensaba, ya tenía «otra»). Lo que estaba claro era que no quería depender siempre de los hombres, de sus caprichos, de su dinero. Se subió a una carreta de bueyes y fue a Paillers, a hablar con sus amigas de *La Fronde*. Pero éstas tenían todas sus energías puestas en el gran barullo mundial. Temían perder los derechos adquiridos, pero les tranquilizaba pensar que, si estallaba la guerra —ésta sería corta, una o dos grandes batallas—, sabrían desempeñar un papel relevante.

A la vuelta, encontró a Liébard tomando té y leyendo *L'Excelsior*. Coco le preguntó qué sería de ella. ¿Por qué lo dices?, dijo él sin levantar la vista del periódico. Como de costumbre, no la miraba a los ojos sino por encima: ¿acaso no estás bien aquí? Ella contestó que no pensaba pasarse la vida montando a caballo, que quería trabajar.

Por primera vez le habló de sombreros. Le dijo que tenía ideas. Muchas ideas para despojar a la cabeza de hogazas y frutas. Simples sombreros de campesina servirían. Campesinas que plantan nabos bajo los chopos. Ella los llenaría de cintas, blondas o alas y los convertiría en sombreros elegantes. Le dijo que no era nada nuevo para ella, que algunas amigas, que la habían visto en las carreras luciendo sus propios sombreros, ya le habían hecho encargos y que lo único que necesitaba era un préstamo para alquilar un piso.

La carcajada de Liébard estalló repentina; luego se quebró sorda. Dijo: tú sí que tienes la cabeza llena de hogazas y frutas. Se incorporó, ¿acaso te falta algo aquí?

—Estoy vacía —dijo Coco.

—Como todas las mujeres —repuso él. Añadió—: Es el vacío del útero, nena; la mujer es ante todo *hembra*, toda hembra está en el útero, y ese vacío, ese hueco abierto y pasivo, es lo que hay.

Entonces, para no seguir con el tema y distraerla un poco, creyó conveniente hablarle de cultivos, abono, ganado. En invierno los caballos están deprimidos, necesitan un aporte de energía. Coco bajó la cabeza. Estaba acalorada, roja (¡el útero!). Caía la noche; volaban los grajos.

—Vitaminas —dijo Liébard volviendo al periódico.

—Vitaminas —repitió Coco mecánicamente.

Y como seguía tensa y pensativa, Liébard consideró oportuno explicarle en aquel momento que en breve tendría que viajar a Argentina por cuestiones de negocios, pero antes, ¿por qué no le acompañaba a los Pirineos? Le habían invitado a la caza del zorro y se alojarían en un castillo del siglo XIII. Entre los otros invitados había dignatarios del gobierno, duques y gente de la aristocracia. Sería divertido que lo acompañase.

Coco alzó lentamente la cabeza.

—¿Has dicho duquesas?

5

El vacío planea, acecha, baja, gira, aletea como la semilla de un sicomoro, se viene encima, se apodera de uno, nos toma por los hombros; por fin se instala entre las dos de la tarde y las ocho de la noche, cuando una mujer desocupada termina de hacerse la manicura.

¿Y qué es lo que hace esa mujer ociosa para llenar el vacío?, piensa Coco junto al ascensor cincuenta y ocho años después, envuelta en su abrigo de rabos de conejo y a punto de ser asesinada: desempeñar trabajos benéficos, hacer cursos, compras, viajes, quedar con amigas ociosas e igualmente insoportables.

En suma, correr al encuentro de algo que lo colme. ¿Y qué ocurre con todo eso?

Pues que no sirve de nada porque la naturaleza del vacío no es el agujero, sino el «lleno».

Según Liébard, el vacío estaba en la mujer. Oh sí, le dijo aquella tarde en la terraza de buganvillas, sin ni siquiera molestarse en levantar la vista de *L'Excelsior*. Mejor dicho: en el útero de la mujer. En ese receptáculo que engorda y adelgaza, se contrae y retrae, se hincha y deshinch, dijo, y que si no se llena de niños, acaba por llenarse de emociones, histerismos, antojos y falsas querencias. Coco le miró con resentimiento.

Antes de salir para los Pirineos, volvió a Paillers para hablar con sus amigas de *La Fronde*. La revista tenía el apoyo de los partidarios de Dreyfus, así como del gobierno (que cada vez organizaba más congresos feministas) y del desarrollo del neomaltusianismo, una doctrina hedonista y utilitarista que, entre otras cosas, proclamaba que en la unión sexual, el bien último era el placer. Mándalo a la mierda, le dijeron. También ellas habían tenido que renunciar a muchos hombres. Pero a Coco no le pareció el momento de mandar a su amante a ninguna parte. Estaba en juego la caza del zorro, la estancia en el castillo y sobre todo la oportunidad de conocer a esa gente de tan alta alcurnia que —y aquí se permitió unas risitas para sus adentros— ellas, por su condición social, nunca llegarían a conocer.

Lo que Liébard nunca imaginó es que en los Pirineos Coco no sólo conocería a gente de alcurnia, sino también a la única persona que fue capaz de llenar (llenar no, porque el vacío no se llena nunca, *remover*) su vacío: Ernest Capel, a quien todo el mundo llamaba Erny. La única persona a la que fue capaz de amar en toda su vida.

Los Mercy-du-Pont, un siniestro —y, a decir de la prensa, nada honrado— matrimonio que se había enriquecido con la industria del hierro fundido, con las quince mil piezas y los dos millones y medio de remaches metálicos de la Torre Eiffel, y con las factorías de acero de Lorena (de las que salieron el Grand y el Petit Palais de París), organizaba todos los años varias cacerías a las que convocaban a unas treinta personas, empresarios, marqueses y vizcondesas, a los que daban alojamiento en su lujoso castillo. Se trataba de una construcción medieval, con seis torres macizas devoradas por las moras y el tiempo, que se alzaba sobre una planicie con el fondo nevado de las montañas. El interior era como los propietarios: un confuso laberinto de bóvedas, rejas, sótanos y pasadizos.

Al subir por primera vez la escalera que conducía a las sesenta y tres habitaciones con Liébard, Coco pidió a su amante que se detuviese. Habían hecho el trayecto en tren, y ella no paró de darle vueltas a la idea de que quería tener su propia vida, no ser un parásito de los demás. ¿Por qué «yo» quiero *algo*?, se decía encogida en el departamento del vagón de primera, mientras el tren atravesaba un valle profundo. Está claro que quien se opera la nariz lo hace porque quiere ser hermoso, o respirar mejor y no roncar. Finalmente creyó encontrar una respuesta: porque si uno se halla en un estado de apatía, falta de querer, se precipita irreversiblemente hacia el vacío.

La escalera con balaustrada de mármol del castillo le pareció un buen escenario para volver a insistir en su proyecto. Así que se plantó en el rellano, se hinchó como una gallina sin cresta, echó un vistazo displicente a armaduras, tapices, yelmos y bargueños, y dijo: todo esto es muy hermoso, pero la sombrerería... ¿qué?, ¿me ayudarás a financiarla?

Cuando Liébard contestó que no era el momento de hablar de sombreros, que ahora iban a saludar al matrimonio Mercy-du-Pont, ella comenzó a patalear como una niña.

En realidad, desde que se le metió la idea en la cabeza, lo acosaba a todas horas: al hacerse el nudo de la corbata, al enjuagarse la boca con Denfri (¡sólo tendrías que avalarme!, le chillaba desde la cama, dando puñetazos a la almohada), al mondar una manzana, al agacharse para recoger un botón, al

entrar en su Ford último modelo, al doblar la servilleta y hablar del tiempo mientras miraba por la ventana.

—Nevará si siguen pasando cuervos.

—¡Sólo un aval, y el resto lo hago yo!

Lo cierto es que de tanto oír «sombrerería», «sombrerería», la palabra estaba desposeída de contenido: los sombreros habían volado como en una tarde de viento; igual que los cuervos.

Coco vio a Erny por primera vez cuando éste conversaba con el matrimonio Du-Pont y otros huéspedes junto a la chimenea del salón principal y lo primero que pensó es que había en él algo de animal salvaje. Era un inglés que olía a jabón de limpiar monturas, más flaco que esbelto, cuya familia había amasado una fortuna en el comercio marítimo del carbón de Newcastle. Se decía que era hijo ilegítimo de un francés judío, o tal vez de uno de los hermanos Pereire, empresarios de los ferrocarriles franceses. El caso es que tenía una educación exquisita, hablaba francés a la perfección y en lugar de dilapidar la fortuna familiar, como casi todos los jóvenes ricos de la época, se dedicaba a la cría de caballos de polo. Erny hablaba con los otros huéspedes de la baja tasa de natalidad francesa de la que eran culpables el aborto, la emancipación de las mujeres y la propaganda neomaltusiana. ¿Alguien ha leído *Les Dames du Palais*?, preguntó una de las mujeres invitadas. Y esa misma mujer comenzó a hablar de la «ambición» y el egoísmo de la nueva mujer, esa mujer abogada o doctora que es capaz de sacrificar el amor y la maternidad por su carrera y que acabará amargada, envejecida, fea. ¡Consumida!, gritó Coco, a la que Liébard no había tenido la delicadeza de presentar (y pensó: tienes las tetas caídas, guapita, intentas subirlas con ese sostén de cazo, pero da igual).

También decían que Europa estaba que echaba chispas. Erny era amigo del que había sido primer ministro, Georges Clemenceau y, como él, opinaba que había mucho resentimiento, que en cualquier momento estallaría un conflicto. La anexión de Alsacia-Lorena, por ejemplo, impedía cualquier posibilidad de reconciliación entre Francia y Alemania, y de «germanización».

Durante el día los invitados se dedicaban a la caza del zorro. Salían al amanecer, con ocho perros de pelaje negro, grandes aulladores, cuando la luz abría boquetes y los mirlos cantaban sin saber por qué, y volvían sobre las tres de la tarde. Un día, Erny y Coco se separaron del grupo y cabalgaron hasta un marjal. Detuvieron los caballos junto a un arroyo. Erny se entretuvo arrojando florecillas que arrancaba de un arbusto al agua mientras lanzaba miradas a su

acompañante. Coco se sentó en un tronco y se concentró en observarlo. Iba vestida con una americana de hombre —de franela gris—, con corbata masculina y pantalones ajustados a la pantorrilla. Creo que también te dedicas a la moda, dijo. Así es, contestó La Flaca sin saber si era del todo cierto. Aunque había hecho alguna cosa para su uso personal, desde que estaba con Liébard no trabajaba en serio. Pues se nota, dijo Erny. ¿En qué?, preguntó ella. En tu elegancia. Erny siguió lanzando flores. Es una elegancia a la inversa, añadió, masculinizada. Hacía frío y empezaba a oscurecer. Una golondrina se posó en la orilla del arroyo para sorber un poco de agua. ¿Por qué has dicho «también»? preguntó Coco de pronto. Erny se azoró un poco. No, dijo, por nada...

De pronto él preguntó: ¿Y tú y Liébard?

Coco le clavó los ojos: fue una mirada dulce, a la vez terrible y desafiante. La noche anterior había oído a los otros invitados hablar de su cáscara dura, de su manera de abordar las cosas. Como buen inglés, Erny hablaba del tiempo, de las estaciones, de los cultivos, pero nunca llegaba a profundizar en nada, o eso decían. La cáscara parecía irritar a los demás porque en el fondo guardaba cierta prepotencia, una pepita de insolencia. A Coco no le pareció que esa pregunta fuera superficial.

A decir verdad, desde que lo conocía —tres o cuatro días— no le había llamado la atención ese silencio de desprecio del que hablaban los otros.

Tampoco su belleza, que otras mujeres consideraban excelsa. Ni siquiera le habían llamado la atención sus enormes ojos verdes, tan verdes y melancólicos que parecían transmitir sillas y mesas, mujeres que se caen; ni su espíritu de justicia, ni el dominio de sí mismo fundado en el dominio de lo que lo rodeaba, ni sus cabellos engominados, ni sus dientes de purasangre; ni su sangre de hijo de financiero educado en colegios ingleses; ni sus virtudes que abrían alas y respiraban en un sólido colchón económico.

La primera mañana que amaneció allí, una fragancia amarga, un olor a sudor o a cuero (o excrementos) atravesó las puertas del castillo, subió las escaleras, dobló bruscamente las esquinas y la despertó. Por la tarde, cuando los invitados tomaban una copa de vino en la terraza, Coco advirtió que aquello no procedía de los establos; era él, Erny, sentado frente a ella, quién despedía el olor. Olía a caballo y a bosque. Olía a limpieza de sillas. Mientras alguien soltaba un aburrido monólogo, se quitó un zapato por debajo de la mesa, buscó la pierna de Erny y la acarició con el pie desnudo; él se limitó a mirarla de reojo. ¿Yo y Liébard?, contestó Coco junto al arroyo. ¿Por qué me

lo preguntas? Vi cómo te trata Liébard, dijo Erny, y creo que te tiene muy descuidada.

A la vuelta de la excursión, a Coco los pensamientos le hervían en la cabeza como habas en una olla. Liébard la despreciaba, y se lo habían tenido que decir los demás. Nunca le ayudaría a montar su tienda de sombreros, no se tomaría la molestia, él ya tenía todo montado en la vida para que la vida no le molestase, para que la vida se callase. La trataba como a una niña. ¡No!, como a una niña no. Como a un caballo al que de vez en cuando acariciaba los menudillos y miraba los dientes. ¡Ah!, pero no. No la trataba como a un caballo, tampoco como a una niña. ¡Como a un útero! Nunca le ayudaría a ser independiente porque aquel hombre no quería mujeres independientes sino úteros. Úteros que se pasan el día esperándole sin hacer nada. Úteros que se quedan en la cama hasta mediodía leyendo novelas de tres al cuarto. Úteros que lloran cuando el hombre se va de juerga. Úteros que se llenan de niños. El dinero es lo que hace libres a las mujeres, se dijo. Y la libertad de las mujeres, la *posibilidad de libertad*, produce un miedo atroz a los hombres. Por eso es conveniente que el útero no trabaje, que se ensanche sí, pero que no trabaje.

Por la tarde, bajó al salón para charlar con la baronesa Diane de Tohschild, Kitty, y otras señoras. Hablaron del precio de los apartamentos, de la escasez de perros chihuahua en París y también de moda, de un nuevo corsé terapéutico y reductor hecho de goma, inventado por un tal doctor Walter que, según una de las señoras, había matado por asfixia a una mujer. Kitty comenzó a criticar al gran modisto Poiret. ¿No lo conocéis? Es ese tonto con ojos de langosta y barba a lo Francisco I que tiene un salón con alfombras rojas y sedas tricolores en el barrio de la Ópera, en una casa con jardín estilo Versalles, camino de gravilla y un guarda suizo uniformado. Con gran desparpajo contó que el muy mariquita se había escandalizado porque una vez ella se había desnudado en su salón para probarse un vestido de tarde, y que había tenido la osadía de echarla a empujones. Todas rieron. A continuación se hizo un silencio, y Kitty aprovechó para lanzar a Coco la pregunta que había tenido en mente desde su llegada:

—Luego..., ¿tú eres ahora *la nueva* de Étienne?

Nueva. Por la noche, en la cama, Coco no dejó de repetir la palabra: nueva, nueva, ¡nueva...! Luego, pronto estaré ¡usada! Cuando Liébard estiró el brazo para alcanzarla, ella le dijo que tenía dolor de riñones. Y de cabeza, añadió dándose la vuelta.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Liébard ya se había ido. Había dejado una nota sobre el aparador. Decía: «Nenita, como imagino que andas

con las incomodidades propias de la mujer, tan fastidiosas, me hago cargo (sé que por eso “pataleaste” el otro día en la escalinata), he pedido a la princesa Baba de Faucigny-Lucinge que me acompañe a la cacería».

Coco sintió un sofoco desde las puntas de los pies hasta las mejillas. Permaneció inmóvil, sin saber qué hacer, la nota entre las manos temblorosas. De pronto, la dejó caer al suelo y comenzó a rebuscar su ropa en el armario. No diría nada. Oh, no. Nada de gritos. Porque eso era lo que él quería, gritos. Sacó una falda, le echó un vistazo rápido y la arrojó contra la ventana. Se vestiría y a continuación bajaría. Entraría en el comedor como si tal cosa. Sacó una blusa de seda, pero también la lanzó por los aires. Desayunaría, en la mismísima mesa de la princesa Baba, donde seguramente también estaría Liébard. Hablaría del tiempo que hace hoy, de los espeluznantes y coloridos retratos de los fauvistas y de la Europa que está al borde del colapso. Muy sosegada (ella no estaba al borde del colapso), dejaría que su novio se fuera con la ociosa princesa, sin que en su rostro se dibujara la más mínima alteración.

Conteniendo apenas su exasperación, siguió buscando en el armario, hasta que por fin encontró la blusa que deseaba. Se vistió, se puso unos tacones altos y un sombrero de ala ancha y bajó. En el hall principal se encontró con otra de las señoras: pobre, dijo con cierto retintín y echándole una ojeada de arriba abajo, pues sí que estás mal. Coco no pudo responder, sólo emitió un sonido extraño, gutural. Luego el muy cretino les había contado a todos que estaba indispuesta. ¿Indispuesta? Muy bien, pues indispuesta.

Entró en el comedor situado junto a la galería, donde el resto de los huéspedes desayunaba caviar y champán. Coco buscó con la mirada. Como había imaginado, ahí estaba Liébard, desayunando con la princesa Baba de las narices. Atravesó el comedor taconeando alegremente, sabiendo que las cabezas se volverían a su paso. Sintió las miradas en sus carnes. Le pareció oír risas. Por fin llegó a la mesa. Buenos días, dijo, intentando aparentar serenidad aunque temblando. La princesa Baba de Faucigny-Lucinge la miró, abrió mucho los ojos y dio un respingo. Liébard no pareció alterarse: Ah, ya estás aquí.

Coco se sirvió tostaditas de caviar y café, y comenzó a comer con voracidad, en silencio. Liébard retomó el hilo de la conversación. El zorro de los Pirineos no tenía nada que ver con el de Moytisac. Estaba desnutrido por culpa de la nieve, era mucho más pequeño, raquítico. La princesa aparentaba estar escuchándole, pero en realidad no paraba de lanzar miradas a Coco que, replegada sobre sí misma, manejaba los cubiertos y sorbía el café haciendo un

ruido estrepitoso, como un sorber de vacas. Ahora, eso sí, decía Liébard mientras se servía más café, el zorro de los Pirineos es mucho más ágil, astuto, diría yo, y esto hace que la cacería sea más dinámica. Levantó la mirada y la fijó en Coco. Disculpad un momento, dijo risueño. La cogió con fuerza de un brazo y se la llevó a un rincón de la estancia:

—¿Crees que me hieres con tu comportamiento pueril y ridículo? —susurró.

—Eso espero —dijo Coco.

Él soltó su brazo bruscamente: pues aunque pusieras todo tu empeño en ello, nunca podrías herirme.

Volvieron a la mesa, donde esperaba, inquieta, la princesa Faucgny. Hoy saldremos un poco antes, prosiguió Liébard, esta vez dirigiéndose a ella; parece que hará menos frío que ayer. Qué bonito está el campo en marzo, ¿verdad?

De pronto, la cabeza de Coco se decantó hacia delante hasta que la cara se aplastó contra la mantequilla del cuenco. La princesa Baba pegó otro respingo y se echó hacia atrás, pero como Liébard seguía hablando, pensó que aquello podía ser normal y no dijo nada. El comedor entero fijó su atención en ese rostro sólido, resistente, hundido en la mantequilla; la gente cuchicheaba (¿estaría muerta?). Liébard comenzó a hablar de arte. Dicen que hay un pintor español que pinta putas y que tiene un cuadro que es una obra maestra, que en ellas está la geometría y sobre todo el cambio... En este momento, sin sacar la cara de la mantequilla, Coco habló. Dijo con voz de ultratumba: estoy indispuesta, muy indispuesta.

La princesa Baba agarró a Liébard del brazo. La geometría y el cambio..., prosiguió éste, pretendiendo no inmutarse, el cambio de los puntos, tragó saliva, de vista. La princesa empezó a sollozar. De pronto, Coco sacó la cabeza del plato, la escrutó ferozmente y le sonrió.

Una suave y sutil sonrisa de mantequilla que decía: eres una tonta ociosa que se sirve de doncellas para que te ciñan el corsé y te pongan las medias. La gente miraba para abajo, y era lo mejor que podían hacer porque en ese momento, Coco se encaramó a la mesa. Una vez arriba comenzó a patalear. Aquello fue demasiado para Liébard que se subió a una silla y la cogió del brazo. ¡Quién te crees que eres, eh!, la increpó. Coco le lanzó una mirada de loca: un útero, dijo. ¡Soy un útero! Liébard la sacó del comedor.

—Adiós, queridos —dijo ella, llevándose consigo una botella de champán y volviéndose hacia un público que ya empezaba a gozar con el espectáculo.

Una vez arriba, cuando Liébard la hubo dejado sola, fue al baño y se sentó en el váter. Comenzó a hipar y sollozar. Descorchó la botella y comenzó a beber. Y mientras bebía, se puso a orinar. La experiencia de hacer esas tres cosas a la vez —llorar, beber y orinar— le sorprendió. La sensación era insólita y maravillosa: el agua descendía hasta la boca en riachuelos resbalando por la nariz y las mejillas, el champán que orinaba establecía una continuidad con el que entraba por la garganta, que a su vez se mezclaba con el agua del llanto. Su cuerpo experimentaba una organización distinta. El nuevo circuito era mucho más directo, garganta, uretra.

Ya no existía el tiempo de espera, ni los intestinos, ni los riñones. Ni el útero.

El champán corría en vertical, libremente.

Atravesándola.

6

Érase, cincuenta y ocho años después, una joven y bella costurera (¿joven y bella?!), que dormía en su suite, a quien alguien decidió asesinar de un balazo. ¡Qué bonito cuento de hadas!, piensa Coco. Sólo que la bella costurera tenía los cabellos negros, no ralos mechones amarillentos, ni arrugas, ni venas gruesas, ni problemas para respirar, ni pechos como sacos de arena sobre el abdomen.

Sus ojos habían sido grandes, dueños del mundo, irresistibles; ahora, cuando apenas exploran su entorno, ven cómo la bala (su vida) avanza velozmente (¿velozmente?!), a la altura del ventanuco del pasillo alfombrado del Hotel Ritz (pero ¿qué siente uno cuando una bala nos atraviesa la frente?, ¿dolor?, ¿náuseas?, ¿oscuridad total?). Ella, la costurera, creyó que la bala nunca llegaría (la muerte, se dijo, es cosa de otros).

Tan largo como el trayecto de la bala fue aquel día que pasó encerrada en la habitación del castillo de los Mercy-du-Pont. Después de beberse la botella de champán, cogió los cojines, las almohadas y las mantas que encontró en la habitación y se construyó un refugio, una especie de casa o fuerte donde se tumbó y esperó, como una momia egipcia, que acabara el día. Y acabó.

Al día siguiente, abrió la puerta de golpe y salió como si nada hubiera ocurrido.

En el desayuno se enteró de que Erny volvía a París. Por la tarde, poco antes de la copa de coñac, que se ofrecía a las seis y media, fue a verle a su habitación. ¿Te vas?, preguntó desde la puerta entreabierta, examinando el interior con atención indiscreta. Por desgracia, sí, dijo el otro. ¿A qué hora? Coco entró y se sentó sobre la cama, donde él luchaba con el nudo de la corbata. Temprano, dijo Erny, que se sorprendió al sentir cómo una cosquilla extraña le subía desde los testículos hasta el estómago. Oye, dijo volviéndose un poco para disimular su sorpresa, me han contado lo que pasó en el comedor, creo que estuvo muy bien. Entonces Coco comenzó a hablar de su relación con Liébard. Hace calor, dijo, y se quitó su chaqueta de punto.

Mientras explicaba que Liébard no la respetaba, se quitó el sombrero y la blusa de jinete, las habitaciones son bonitas pero la calefacción está demasiado fuerte, ¿verdad? Le habló de la importancia del dinero, del dinero no, continuó mientras le deshacía el nudo de la corbata. Del trabajo. Mira, la mujer de hoy, dijo, y comenzó a desabotonarle la camisa con dedos pausados, como si aquello fuera algo del todo natural, como si ella estuviese allí precisamente para desabotonarle la camisa con dedos pausados, la mujer de hoy, es sólo un pretexto de riquezas, puntillas, martas cibelinas.

Erny estaba estupefacto. Me haces cosquillas con las uñas, acertó a decir. De chinchillas, dijo ella. Las colas de los vestidos sólo sirven para barrer el polvo. Todo debe ser mucho más sencillo, el adorno acaba con la línea, lo recargado asfixia. Me he fijado en tus pantalones de montar ajustados, dijo Erny. Y de que montas a horcajadas. Coco se bajó los pantalones y los arrojó con fuerza contra la ventana. La libertad de movimientos es poder, dijo, y añadió: No sé cómo puedes dormir con tanto calor, yo tengo abiertas las ventanas de par en par. Tengo muchas ideas en el terreno de la moda. Sí, dijo Erny esbozando una sonrisa, muchas ideas. Nunca antes se había encontrado con una mujer tan a ras de tierra en todos los sentidos, con una forma de ser tan descaradamente vivaz y ácida, con una belleza (belleza no, *encanto*) que dejaba sin habla. El trabajo dignifica a los hombres, prosiguió ella desabrochándose el sostén, pero también a las mujeres. Y mientras salían a la luz, lentos y hermosos, sus pechos tiernos como higuitos, Coco comenzó a contar la labor que había desempeñado en la Casa Grampayre, liberando a la mujer del sostén y bajando los calzones por debajo de las faldas. Erny no aguantó ni un segundo más. De pronto, toda su inmutabilidad de *gentleman* inglés, toda su reserva y contención se vinieron abajo como un castillo de naipes. Se arrancó los pantalones y se quitó las botas y los calcetines. Le tomó la mano y con ella recorrió su propio cuerpo, lentamente.

—Ardes —le dijo Liébard por la noche, cuando ella se introdujo en la cama.

—La fiebre —contestó Coco.

Al día siguiente, Liébard convenció a Erny de que se quedara un día más y le propuso jugar una partida de ajedrez. A mitad de la partida, después de haber hablado de los intentos de Alemania de separar a Rusia de Francia e Inglaterra, de la industria del carbón y de cómo evolucionaría ante una posible guerra, Liébard lanzó la pregunta. ¿A ti te gusta? Erny siguió con la vista fija en el tablero, hasta que movió un peón para hacer hueco a la reina. Liébard

podía estar hablándole de cualquier cosa, pero él no era bobo. Alzó la vista: por supuesto que sí, dijo. Entonces, añadió Liébard, tuya es, amigo.

—La que tiene que decidir es ella...

—Te equivocas; esto es un asunto de hombres y se arregla entre hombres.

Quizá porque, en el fondo, su orgullo estaba herido, antes de terminar la partida, Liébard mencionó la financiación de la sombrerería. Le dijo que le cedía a la chica, pero que ella no cejaría en su empeño de crear una boutique, y que si él no la ayudaba, encontraría a otro hombre que... No estoy seguro de poder costear la apertura de una tienda, dijo Erny, no tengo tanto dinero como parece a primera vista. No me importa echaros una mano, contestó Liébard. Ya que se empeña en dedicarse a la moda, podré cederle mi apartamento, pero eso es todo.

A la mañana siguiente, el inglés cogía el primer tren en dirección a París. Ella se presentó en la estación, sin maleta. Estaba decidida a irse con él, aunque en ningún momento habían hablado de ello. Al verla en el andén, insolente y altiva, con una chaquetilla ajustada que le ensalzaba el cuello de gacela, Erny se acercó. Le limpió una lágrima de frío. Dijo: ¿cómo sabes que te llevaré conmigo?

Erny disponía en París de un apartamento en la avenida Gabriel, una calle cercana a la plaza de la Concordia y al palacio presidencial (porque después de lo de ayer, tus testículos no te permitirían viajar solo, fue la respuesta de La Flaca). Cuando Coco entró por primera vez en la casa lanzó una mirada de asombro a los muebles, al pequeño espejo Mackintosh, al piano de cola, a una puerta de cristal tallado que daba paso a un comedor con una mesa oval, tres aparadores cubiertos de jarrones y fotos enmarcadas, paredes estucadas, sillones de terciopelo rojo y dos ventanas altas y anchas desde donde se vislumbraba el paseo de castaños que bordeaban el palacio del Elíseo. Al instante dijo: también aquí me pueden matar.

Entonces le contó a Erny que hacía tiempo que querían matarla. Se esconden en el interior de los muebles, acechan, espían, esperan. ¿Y por qué quieren matarte?, preguntó él. Porque ocupo sus espacios, respondió ella.

Pasaron lo que quedaba de invierno en la avenida Gabriel, sin apenas ver a nadie. La primera semana se quedaron en la cama hasta las doce. Invertían la mayor parte del tiempo en amarse, bromear y desayunar huevos fritos con champán. Pero eso, que comenzó siendo algo emocionante para Coco, terminó por aburrirla: al quinto día, esa rutina de los huevos empezó a incomodarla. Ella acostumbraba levantarse a las ocho, tomarse un café con

leche y leer una novela de amor, ahora, esos momentos de placer habían desaparecido.

Al sexto día le dijo a Erny que no quería huevos fritos. A la semana saltó de la cama a las ocho, se hundió en un butacón de terciopelo a leer una novela y dio por acabado el ritual.

A veces cenaban en Maxim's o en el restaurante del Pré Catalan en el Bois de Boulogne. Al día siguiente, sus fotos estaban en todos los periódicos. La revista *Vogue* comenzó a resaltar la elegancia de la nueva acompañante del empresario Capel, asociada a una moda «masculinizada» que, además de utilizarse en producciones teatrales, rompía con los cánones habituales de la belleza femenina. La consideró el embrión de la liberalización de la mujer.

Había una cosa que La Flaca tenía clara: jamás renunciaría a su sombrerería. Al poco tiempo de instalarse en la avenida Gabriel, instó a Erny a que anulara un compromiso que tenía con el ministro de Industria, con quien el inglés iba a charlar sobre el tema del carbón. Por más que le explicase que tal vez, a raíz del encuentro con el ministro, tendría la oportunidad de explotar nuevos yacimientos en Francia, ella no quiso ceder. Muy bien, le dijo Erny, iremos a cenar, pero te ocuparás de organizar una velada de señoras, con té y pastas, y alguien interpretando piezas al piano, y esas cosas, a la que asista la mujer del ministro. Tengo mucho interés en quedar bien con ella porque si agradamos a la mujer del ministro, le agradamos a él. Coco aceptó. Aquello era pan comido, sólo debía concederle un mes para convocar a las señoras, organizar un servicio de té y pastas y buscar un buen pianista.

Durante la cena, Coco sacó el tema de la sombrerería. Erny, que sabía —y esperaba— que lo hiciera, ya estaba preparado.

Quiero trabajar, dijo ella. Quiero hacer sombreros. Perfecto, respondió él, y le contó cómo Liébard la había «cedido» con esa «carga». Te desenvolverás perfectamente. Gastarás mucho dinero, pero eso no importa, hay que buscarte una ocupación. Preguntemos a Liébard si te cede su apartamento tal y como dijo.

Coco cogió aire: ¡así que tú y Liébard me tratasteis como si fuera mercancía! ¡Te la doy con esta «carga», y ahora tienes que buscarle una «ocupación»! ¡Como si no fuera más que un útero!

Con su flema británica, Erny le explicó que era mejor no ser tan radical. Al fin y al cabo, el resultado iba a ser el mismo: tú estás aquí. Y además, que a una mujer se le reconozca su capacidad creadora, no está tan mal ¿no? Lo que pasa es que os creéis que una cosa es incompatible con la otra. Tu

sombrerería, Coco, no tiene nada que ver con tu matriz, con los hijos maravillosos.

Coco echó un vistazo a su alrededor: te están mirando, dijo de pronto. Las mujeres te están mirando. Erny desplazó lentamente la cabeza. No es a mí, dijo, sino a ti.

En sólo tres días, Coco se las apañó para organizar la velada con las señoras. Le sorprendió comprobar que las mujeres sabían quién era ella, y que ninguna se mostrara reticente. Consiguió reunir a veinte, entre ellas a la mujer del ministro de Industria. El servicio de té no le supuso ninguna molestia. La Casa Grimpernaut, que llevaba años ocupándose de este tipo de veladas, le envió tres camareros, el té y las pastas. Coco preguntó entre sus conocidos por un músico; le dieron referencias de un pianista ruso que había dado conciertos por el mundo entero.

Erny se sintió muy satisfecho. Entonces Coco le reclamó un ramo de flores. Era su manera de demostrar que si deseaba tenerla junto a él, tendría que acostumbrarse a sus caprichos (y a sus excentricidades). Liébard me las compraba todos los días, dijo. Muy bien, contestó Erny, yo no seré menos.

A la media hora, llegaron las flores. Gardenias y azaleas, con un fondo de mimosas. Coco sonrió. Las puso en un florero y siguió con lo que estaba haciendo. Veinte minutos después, volvieron a llamar a la puerta: traían más flores. Esta vez, clavelinas de diversos colores. Coco buscó otro jarrón y buscó otro rincón de la casa. Al rato —no habían pasado ni quince minutos—, llegaron más flores. Abrió la puerta con una mueca, cogió las flores bruscamente y las sumergió en un jarrón, una a una, como si estuviese ahogando a alguien. Así durante toda la semana, hasta que la entrega de flores pasó a ser algo engorroso.

¿No querías flores?, dijo él cuando ella le pidió que detuviera aquello de una vez. Pues aquí tienes flores.

Liébard y Coco siguieron tratándose con total normalidad. Él se comportaba como si nada hubiera cambiado, salvo que ya no vivían juntos. Cuando volvió de Argentina, fue a verla a casa de Erny.

Le trajo como regalo una bolsa de limones. Ella la abrió; estaban podridos. Así pues, le preguntó él, ¿en qué momento estás con el inglés, nenita? En ese momento, dijo ella, en que acostumbran estar todo hombre y toda mujer.

Erny tenía amigos que no pertenecían al círculo de la aristocracia de los hipódromos. Pintores, escritores y gente del mundillo del teatro. Por aquel entonces, algunos artistas se sentían atraídos por el arte africano y oceánico, a

través del cual llegaban a lo «instintivo». Coco escuchaba las críticas, negativas en su mayor parte, acerca de esas tallas africanas, horrendos dioscecillos negros, diosas de senos cónicos, deformados y aborrecibles, y no podía evitar sentirse atraída. También empezaba a hablarse de un cuadro escandaloso de unas «señoritas» putas que un pintor español había encontrado en Aviñón y que, aunque no estaba expuesto al público, podía verse en círculos reducidos. Coco fue a verlo a casa de un amigo pintor y quedó fascinada: mujeres de ojos almendrados y hocicos, narices bestiales en forma de cuña, aquellas orejas descomunales, descaradamente sensuales. Otro pintor, Georges Braque, había dicho que para pintar aquel cuadro había que beber petróleo y luego escupir fuego. Pensó que no se podía morir sin conocer a ese pintor extraordinario.

Estuvo todo el día pensando en el cuadro; y por la noche, mientras cenaba en casa, comenzó a oír voces, gañidos de cerdo, gritos. Se levantó. Cuando Erny entró la encontró buscando bajo los sillones y las mesas, detrás del espejo Mackintosh y entre el aparador y la pared. Ayúdame, dijo. Alguien se ha metido en nuestra casa.

Entre los dos pusieron la casa patas arriba sin encontrar nada. Coco aseguraba con una insistencia exasperante que alguien se había introducido por la ventana —que había encontrado abierta— y que se dedicaba a hablar y gañir. Se acostaron a las tres de la mañana, después de que la policía registrara la casa de arriba abajo sin encontrar a nadie.

Desde que habló con el pianista ruso para la velada de señoras, a Coco le dio por pensar en la monja Meg. Ella sí que era una excelente pianista. ¡Podría haber pasado a la historia!, se dijo. Pero había arrojado su Steinway por la ventana, y con el Steinway su gloria. ¡Qué tonta! ¡Cuánto talento desperdiciado! Durante todo un día no paró de darle vueltas a la idea del talento (¡el talento de una mujer!) arrojado por la ventana, hecho astillas, una fría mañana de invierno. Sentía rabia por ella, ganas de ayudarla, pero ¿eran ganas de ayudar a la monja, o ganas de ayudarse a sí misma? La idea pasó por su mente, primero rápida como un relámpago; después, poco a poco, se fue aposentando: ¿y por qué no invitar a Meg *la Larga* para la velada de las señoras?

Se sintió invadida por una sensación nueva. E inmediatamente pensó de sí misma que era una mujer de gran corazón. Era muy buena.

Esa misma tarde, después de arreglar el apartamento que Liébard le había ofrecido para la sombrerería en el bulevar Malesherbes —que ella no dudó en aceptar— hizo unas cuantas averiguaciones sobre el internado de los

Cevernios. Porque tal vez, pensó, Meg *la Larga* ya no estaba allí. Tal vez ni siquiera existiese el internado. Un transportista que hacía el trayecto París-Paillers-Cevernios le dijo que había visto salir y entrar a las monjas con las niñas. Coco le dio un billete de diez francos y le pidió que averiguara si la hermana Meg seguía en activo. Por la noche, mientras se hacía la manicura, volvió a pensar en su propia naturaleza bondadosa. Unos nacen dadivosos, como yo, se dijo, y otros malos, no podemos evitarlo. Abrió el secreter, cogió pluma y papel y se puso a redactar una carta en la que pedía a Meg *la Larga* su participación en la velada.

El transportista volvió a los dos días: Meg *la Larga* seguía en el internado. Coco le extendió otro billete, y con el billete la carta: entonces llévele este sobre de mi parte.

Cuando el apartamento del bulevar Malesherbes estuvo acondicionado, Coco fue a las Galerías Lafayette. Preguntó por los sombreros. Le sacaron varios modelos; unos tenían plumas gigantescas, otros forma de tiesto o de jaula. Los rechazó con energía y preguntó si no tenían sombreros de paja. La dependienta la miró con desprecio: Tenían sombreros de paja, pero sólo los compraban las campesinas. Me llevaré veinte, dijo Coco.

Después de pagar, dirigió unas palabras amables a la empleada: disecada, le dijo. Trabajar aquí durante tantos años te ha dejado disecada.

Inició su negocio modificando esos sencillísimos sombreros a los que puso sus propios adornos, siempre limpios y elegantes. Tomaba como referentes a otras mujeres del mundo de la moda: madame Paquin (la «mujer de nácar»), Madeleine Vionnet y Jeanne Lanvin. Ésta le interesó especialmente porque también había sido aprendiz de costurera y más tarde había abierto su propia sombrerería. A veces se acercaba a sus boutiques y observaba. Hacía que las dependientas le descolgaran un chal de crep blanco mate ribeteado, por ejemplo, o que le dejaran probarse un sombrero diseñado por Lanvin. Durante un rato, vestida con esas ropas que no eran de su estilo se sumergía en otras vidas. Una condesa de padres rusos nacida en Berlín. Una baronesa que hablaba quince idiomas, loca de atar, con tres hijos varones que vive en Singapur. De esa experiencia, la experiencia de estar en la carne de *otra*, extraía un extraño placer. Después volvía a colocar el sombrero en el maniquí, colgaba el chal ribeteado en la percha, daba las gracias al personal y salía por la puerta.

Se levantaba muy temprano, como lo hacía en la Casa Grampayre, y dedicaba toda la jornada a gestionar su negocio en compañía de una modesta empleada llamada Lucienne Rebaté.

Entonces ¿ya te sientes satisfecha?, le preguntaba Erny por la noche. Ella se encogía de hombros. Tenía amor, el trabajo que siempre había deseado, éxito. Se sentía feliz, muy feliz, pero no podía evitar encogerse de hombros.

Por fin llegó una carta de Meg *la Larga*. Se alegraba de volver a oír de Coco, y de que —a decir por lo que ella misma le contaba— las cosas le fueran tan bien y tuviera tanto éxito. La vida en el internado seguía igual, las oraciones y la rutina, los perales en flor, los paseos por el río... Agradecía su ofrecimiento, pero no podía aceptarlo. Hacía mucho que no tocaba el piano (un percance hizo que lo perdiéramos...), y en cualquier caso, nunca había interpretado nada para un público tan selecto, menos para la mujer de un ministro... Ella era una vieja monja que cuidaba huérfanas, y se sentía muy satisfecha con su trabajo, el único que, según entendía, Dios le había encomendado. Pronto moriría, estaba convencida, pero eso no tenía mayor importancia. En todo caso, volvía a agradecerle su generosidad y le auguraba lo mejor.

Coco le escribió de nuevo: Será la gran oportunidad de su vida, Meg, incluso podría hacerse famosa, no la desperdicie.

Faltaba una semana para la velada y Erny estaba muy nervioso; deseaba que todo saliese bien, que la mujer del ministro se fuera con un buen sabor de boca. Coco le habló de su idea de traer a una monja (a una monja que, por supuesto, no había cuidado de ella en su infancia porque ella «nunca» había estado en un internado de niñas pobres). ¿A una monja?, le preguntó Erny. No sé, me resulta un poco excéntrico, pero desde luego que con ello conseguiríamos sorprenderla, ¿toca bien?

Esa misma tarde, Erny y Coco cogieron el coche y fueron a los Cevernios. Por el camino, Coco se inventó que había visitado aquel internado con sus «tías malvadas» cuando era una niña, y que recordaba que había una monja pianista. Era primavera y el campo estaba hermoso en su desorden de almendros en flor, espantapájaros con azadón y buche de paja, campesinos que recogían calabacines, hileras formidables de pájaros sobre los cables de teléfonos, y, sobre todo, masas de flores, jazmines, lavanda, amapolas, rosas pálidas y amarillas, color crema al llegar al patio central del edificio.

Meg había envejecido, estaba oscurecida, como si el paso del tiempo la hubiera quemado por dentro. Les recibió con una cordialidad impropia de ella, pero volvió a rechazar el ofrecimiento. Erny y Coco comprendieron que no era cuestión de dinero. A la vuelta, Erny le dijo a Coco que aquello no era buena idea, que no se podía sacar a una mujer de un sitio en el que había estado enclaustrada durante toda su vida para enfrentarla al gallinero de veinte

mujeres de la aristocracia francesa. En lugar de beneficiarla, le harías un daño terrible, le dijo. Además era ya una anciana.

Pero quedaban dos días, y Coco insistía. Aquellas gestiones habían dado un sentido renovado a su vida. Ella pensaba en los demás (en esa monja que no había sabido aprovechar su talento), hacía el bien, y esto parecía estar llenando su incontenible vacío. Volvió al internado, esta vez sola y después de hablar largo y tendido con la monja (empleó muchas veces las palabras «oportunidad», «triunfo», «responsabilidad», «misión en la vida») consiguió convencerla. Meg *la Larga* llegó el jueves por la tarde con su peste a lejía y una maleta marrón, desvalida a causa del viaje que había sido una paliza para una mujer anciana como ella, pero aun así, estuvo día y medio practicando. Estaba nerviosa, tenía miedo de que aquellas señoras se apercibieran de su falta de experiencia. Apenas comió y sólo se mostró extrañamente amable con Erny, que se mantenía escéptico pero con su cortesía habitual. Por la noche, antes de meterse en la cama, le dijo a Coco con un hilo de voz: no sé si esto es una buena idea; estoy muy cansada, el viaje ha sido demasiado... estoy vieja, Coco, creo que me ha llegado el momento de... Tú no tienes por qué estar a mi lado si te resulta incómodo...

Pero al día siguiente, La Larga se levantó como una rosa. La velada fue todo un éxito. Las señoras, viejas glorias ataviadas con vestidos de encaje, se mostraron excitadísimas ante la idea de que una monja interpretara Beethoven al piano. El servicio de té y pastas de la Casa Grimpernaut fue excelente. El hecho de que la perrita pequinuesa de la señora Bebi se escapara y echara una meadita en los faldones de Meg no tuvo ninguna importancia; tampoco que la vieja duquesa de Berry comenzara a roncar durante la interpretación.

Lo importante fue que la mujer del ministro quedó impresionada.

Cincuenta y siete años después, en el pasillo del Hotel Ritz, La Flaca vuelve a recordar la entrada de la monja en la sala: larga y Meg, solemne, fría como el edificio donde había vivido durante treinta años, temblándole todo el cuerpo (como a ella ahora ante su inminente muerte). En cuanto la monja se sentó frente al piano, volvió a encogerse sobre sí misma como en los viejos tiempos. Preparó las manos con crujidos violentos, desgranó unas notas rápidas y por fin comenzó a tocar. De los dedos salían músicas deliciosas: uno, dos, uno, dos, se daban a sí mismos ligerísimos impulsos y verdaderamente era como si se escaparan de la mano.

Al terminar se oyó el golpecito de la tapa. Luego un débil gruñido: hubo un aplauso.

Un aplauso que no estuvo mal, pero que se notó apresurado; el té ya estaba servido y las señoras tenían hambre (parece que huele a desinfectante..., dijo alguien).

Nadie se dio cuenta de que Meg *la Larga* tenía preparada otra pieza; el caso es que las pastas estaban a la vista y parecían deliciosas.

Pero Coco sí estaba en todo; con un susurro de vestido azul voló hasta la mesa. Cogió una cucharilla y la hizo tintinear contra un vaso. En cuanto se hizo un silencio, cogió el brazo de Meg y lo alzó: ¡un aplauso para la monja pianista!, gritó; y añadió: ¡un aplauso para la monja que ha dejado a Dios por unos días para reunirse con su talento y nosotras! Todas rieron y aplaudieron. A *La Larga* le temblaba la barbilla.

A continuación se sirvió el té y las mujeres olvidaron a la monja y el piano. Mientras Coco iba de grupo en grupo hablando con las señoras sobre lo bueno que era el servicio de la Casa Grimpernaut y lo cara que estaba la vida, Meg *la Larga* permanecía inmóvil, exactamente en el mismo sitio donde Coco la había dejado, encogida, el pecho palpitándole con una respiración angustiosa. Permaneció ahí el resto de la velada, dos o tres horas, hasta que alguien le dijo que podía sentarse.

Más tarde, cuando La Flaca entró a darle las buenas noches a la habitación de invitados, la encontró metida en la cama, pálida y tiritando, con muy mal aspecto.

—No tienes que quedarte aquí conmigo, si te resulta incómodo —dijo con un hilo de voz.

—No me resulta incómodo —dijo Coco algo extrañada.

—No; quiero decir que no tienes que quedarte aquí si va a ser engorroso para ti —insistió la otra.

Un mes después, Coco, que ya empezaba a aburrirse de nuevo, recibió una carta del internado. Decía: «Estimada Coco, le interesará saber que Meg *la Larga* ha muerto. Falleció dos días después de regresar de París. Esperamos que al menos esté usted contenta con el resultado del concierto. Atentamente».

La Flaca permaneció en silencio, la carta moviéndose un poco entre las manos. Pues vaya, se dijo después de un rato, encogiéndose de hombros y escondiendo el sobre en su secreter antes de que Erny pudiera verla, pues sí que es extraña esta monja... o *era*.

Por entonces, la revista *Vogue* comenzó a hablar de Coco y sus creaciones. Esos sombreros, decía, no tienen en cuenta la moda sino que siguen su propia línea. Sus primeras clientas fueron antiguas amantes de Liébard, que acudían como gallinas a comprar esa forma de vestir nueva, sencilla y, por qué no, algo excéntrica. ¿Pero cómo «acuden» las gallinas a comprar? Pues terriblemente ajetreadas, hablando alto, riéndose sin motivo, practicando el paso ladeado y los empujones, los atajos. Y una vez en la boutique, criticándolo todo: a los hombres, la política, el añil de las noches de septiembre, las feministas, los corsés y las hormigas, París y la existencia.

Coco las espiaba desde la cortinilla de la trastienda. La ropa que vestían hablaba de su condición social, de su edad, de lo que comían y de lo que *no* comían, de sus gustos, de la dominación que sufrían, de sus aspiraciones, de la resignación, de las pretensiones, de las carencias y las frustraciones. La ropa decía: Soy una nueva rica de la avenida Hausmann y me aburro porque mis hijos son mayores y mi marido me engaña con una veinteañera.

Entre estas clientas estaban la conocida actriz Cécile Sorel, la célebre Pauline de Saint-Sauver y sus ya conocidas, la princesa Baba de Faucigny-Lucinge y la baronesa Kitty que dejaba a su asquerosa perrita pequinuesa —*Lady Coid*— gimiendo de frío y miedo en la entrada. También Émilienne d'Alençon, una bailarina frívola y viciosa, con aire callejero y nariz de guerra, que saltó a la fama al presentar un número de conejos amaestrados blancos y

rosados en uno de los teatros más concurridos de la ciudad. Por entonces Émilienne tenía en el bote a Leopoldo, rey de los belgas, con el que freía tortillas a la francesa al atardecer.

A veces, mientras esas mujeres como gallinas desnudaban sus carnes tiernas en los probadores, los elegantes maridos flirteaban con Coco. Ellos gritaban: ¡una talla más, por favor!, y Coco se escabullía entre los sofás de la boutique en dirección a los armarios.

Pero, cincuenta y seis años después, a punto de ser asesinada en el pasillo alfombrado del Hotel Ritz, a Coco le vino a la cabeza la imagen de una fascinante mujer que un día pasó por la boutique.

—¿En qué puedo ayudarla?

La mujer puso los codos sobre el mostrador y esbozó una sonrisa enigmática. Llevaba un vestido de tul blanco, era pequeñita y estilizada. Borrosa.

—Sólo he venido a verla a usted —dijo.

Cuando se marchó, Rebaté le explicó a Coco que se trataba de una bailarina de origen americano que había triunfado en el Gaieté Lyrique. ¿No la conoce usted? Se llama Duncan. Isadora Duncan. Desde entonces, cada vez que una cliente decía que quería verla, Coco se escondía en la trastienda. Salga usted por mí, le decía a su empleada. Pero es que la cliente quiere verla a usted, respondía ella.

—¿Dónde está esa elegante señora de quien tanto hablan las revistas? —se oía entonces desde el otro lado del mostrador.

—¡Salga ya, *mademoiselle*!

—No puedo.

En poco tiempo, Coco se dio cuenta de que el secreto de su sombrerería no estaba en los sombreros, sino en ella. Esas mujeres de la alta sociedad acudían no sólo para comprar sombreros y vestidos. Estaban allí por sus consejos. Si una cliente bajita se decantaba por un cierto vestido, ella insinuaba que le subieran el talle por delante para que pareciera más alta; si la cliente tenía el culo escurrido, debía bajarse por detrás para evitar el trasero caído. Aunque también sabía que lo más conveniente era no aparecer («cliente vista, cliente perdida», se decía) y mantenerse distante. Más de una vez, aquellas señoras buscaron su amistad, la invitaron a tomar el té, a visitarlas en sus residencias, pero ella no necesitaba su amistad; es más, ella no necesitaba el afecto ni la compañía de mujeres ricas y vacías. La soledad formaba parte de su carácter, que era malo (de eso era consciente) y, poco a

poco, su corazón orgulloso y duro hizo que su cuerpo se volviera cada vez más resistente. Envejecería sola.

Por aquel entonces pensaba así. Su aprendizaje y su éxito en la vida se basarían en despreciar el afecto y lograr la soledad más absoluta y apacible, objetivos por los que luchaba con uñas y dientes contra las seducciones, las debilidades y los peligros que surgían.

Lo que sí reconocía es que era imprescindible rodearse de buenas dependientas.

Lucienne Rebaté lo era. Servicial, pero no servil. Procedía de una familia muy modesta (tanto o más que la de Coco) y había hecho carrera en la famosa boutique Maison Lewis, pasando de chica de los recados a probadora de segunda. Con el tiempo la relación entre ambas se convirtió en amistad. Coco aprendió mucho de la abnegación, probidad y sobriedad de su empleada y ésta copiaba el estilo y la decisión de su jefa. Acabó convirtiéndose en *premiere d'atelier*, en la intermediaria entre la jefa y su taller hasta el punto de que a veces incluso se ocupaba de la elección final del tejido de las creaciones, de los botones y otros detalles.

Rebaté tenía su historia. Un cuento de amor de apenas mes y medio que había vivido cuando era casi una niña, pero tan intenso que quedó marcada por el resto de su vida. Precisamente de esa zona en penumbra de las personas se acuerda Coco a punto de ser asesinada en el pasillo del Hotel Ritz. Porque somos extraños en nuestro propio cuerpo, se dice; está la persona, su presencia, pero también la ausencia.

Dos partes que se ignoran y que a la vez se complementan entre sí. La ausencia de la persona era un reducto de la intimidad al que uno, inconscientemente, cierra los ojos. Todo lo que por arbitrariedad del azar o tozudez del destino no se ha podido vivir y sin embargo pesa más que lo vivido. La ausencia no era un motor, ni un soporte de la presencia; tan sólo una manera de aparecer, de estar en el mundo.

Lucienne Rebaté, cinco años menor que Coco, era la sexta de diez hermanos. Cuando cumplió catorce, su padre, un vendedor de toros, la puso a servir en la casa del notario del pueblo.

Todo en aquella mansión impresionó a Lucienne: las camas con dosel, los muebles siempre encerados y brillantes, las cortinas de terciopelo de la biblioteca, los libros y los candelabros de plata, los cepillos de plata de la señora, la señora. La instalaron en un sórdido cuartito sin ventanas. Como era tan dispuesta y cuidaba tan bien a los niños, las demás doncellas le tenían envidia.

Un verano la señora se la llevó a la playa. Al ver el mar por primera vez, Lucienne quedó estupefacta: el brillo del sol, los tenderetes con chucherías, las sombrillas y los toldos, los bañadores de crep de China a rayas. Un día salió a dar una vuelta por el paseo marítimo. Un mozo se le acercó y la invitó a sentarse con él frente al mar. La convidó a sidra y a galletas, y acordaron verse en el mismo sitio el domingo siguiente, el día que Lucienne libraba. Una extraña alegría se arremolinó en el pecho de la muchacha: la vida era sencillamente maravillosa. Durante esa semana de espera, fue la persona más feliz de la tierra. Incluso la señora lo notó.

El domingo a las cuatro, Lucienne se puso su mejor vestido, salió de la casa, recorrió el paseo marítimo y buscó el banco donde se encontraría con el chico. Se sentó y esperó con la vista fija en el mar. El chico no vino. A las ocho y media, unos hombres desmontaron las sombrillas y los tenderetes. Cuando ya se había puesto el sol y apenas quedaba nadie en la playa, Lucienne se levantó y se fue. Al día siguiente, mientras jugaba con los niños en la playa, apareció el chico: perdona que no viniera, le dijo, tuve que atender unos asuntos importantes en la ciudad. Lucienne no pudo por menos que lanzarle una dulce mirada (¡era tan apuesto y respetuoso!).

No supo qué contestar, y de no ser porque estaba con los niños, habría echado a correr.

Volvieron a verse al domingo siguiente, y también al otro. Víctor, que así se llamaba el mozo, le habló de sus negocios en la ciudad. Lucienne escuchaba maravillada: ¡aquel chico tan joven que se interesaba por ella tenía negocios!, aunque no entendía nada de lo que oía. De hecho, cuando la señora le preguntó a qué se dedicaba el muchacho, no supo qué responder.

Cuando llegó el fin del verano y la señora tenía que volver a casa con los niños, Víctor le pidió que se quedara. Le dijo que deseaba casarse con ella. El viento era suave, el sol de septiembre todavía picaba en la piel. Se besaron; el primer beso (y el último) de Lucienne.

Lucienne habló con la señora. Le contó que quería quedarse allí, en la playa, porque su novio la había pedido en matrimonio. Le pidió el dinero que le debía y le explicó que pensaba alquilarse una habitación en un hotel barato mientras su novio terminaba de cerrar un negocio en la ciudad. La señora intentó disuadirla. Le dijo que en realidad no sabía nada de ese chico. Lucienne, sin embargo, estaba convencida de que su novio era honrado.

Así que la señora y los niños volvieron y ella se quedó esperando con la maleta hecha en la habitación de un hotel. Víctor le prometió que tres días después estaría de vuelta. Pasaron los tres días (por la noche, Lucienne sacaba

el camión de la maletita, y por la mañana lo volvía a meter), y cuatro, y cinco, y él no daba señales de vida. Al principio, Lucienne se consoló pensando que los negocios de su novio eran muy importantes y que, como ocurría con el señor de la casa en la que trabajaba, a veces surgían asuntos imprevisibles. El sol se ponía cada tarde y ella pensaba que a veces surgen cosas imprevistas. También pensaba que, a pesar de todo, quería a aquel hombre. Le quería con un sentimiento limpio, no se le ocurría que estaba sufriendo. Aquello rebasaba su entendimiento. Al sexto día, Víctor apareció. Olía a alcohol y tenía una barba de una semana. Le pidió dinero y como Lucienne se negó a dárselo, la tumbó con brusquedad sobre la cama. Con una mano le palpaba los senos mientras que con la otra le separaba las piernas. Ella consiguió desasirse y corrió escaleras abajo.

Vagó durante todo el día por la playa; de vez en cuando, le venían imágenes de los inmensos toros negros que cuidaba su padre montando brutalmente a las vacas. Sentía vértigo y náuseas, la extraña sensación de que descendía una escalera sin fin. Cuando cayó la noche durmió debajo de una hamaca. Después de dormir dos noches en la playa y de comer lo que encontraba por ahí, un hamaquero le dijo que en la Maison Lewis, en París, había trabajo. Él tenía pensado salir al amanecer, y podía llevarla.

Una semana después de que la bailarina Duncan acudiese a la tienda de Coco, ésta estaba en la cocina del apartamento de Erny preparando una crema de calabacín cuando tuvo el pálpito de que la bailarina había vuelto. Lo cierto es que cuando Coco estaba muy nerviosa, las idas y venidas por la casa —los registros por la casa— se multiplicaban hasta el anochecer: tenía la corazonada de que últimamente *la bailarina* se escondía en el hueco del piano. Descalza, para entrar debía adelgazarse al máximo, y arrastrando tras de sí su túnica. Luego comenzaba a rotar despacio. Su movimiento producía un estruendo especial, un efecto nada armonioso.

Estaba cortando cebolla y calabacín muy fino, cuando oyó un golpeteo de teclas, como un lento andar de gato pancho (o liebre) sobre el piano abierto. Dejó el cuchillo y aguzó el oído. Nada. Siguió cortando; después de arrojar la cebolla en el aceite, volvió a oír algo. Ya no era un lento andar de gato, sino más bien una barahúnda de pies o patas, una tropa de ovejas danzando sobre el piano. Sintió miedo. Cuchillo en mano fue hasta el salón porque nada le sentaría tan mal como no saber, o saber demasiado tarde que *hoy* ella —es decir, la bailarina— estaba ahí, escondida en el hueco. Erny tenía que llegar

de un momento a otro, pero daba igual. Sabía que él le mentía, que él sabía que había «gente» que se escondía en la casa; no entendía cómo era capaz de negarle ese hecho tan relevante. Y la policía también. Del piano comenzó a salir un rugido. Coco se acercó y, tomando fuerzas, preguntó: ¿quién hay ahí dentro?

Erny entró en ese momento. La encontró con la cabeza metida en el hueco del piano y a sus espaldas una humareda que olía a cebolla quemada. Tuvieron que llamar a los bomberos para apagar el fuego de la cocina (y también otros fuegos). Fue en ese momento de frenesí cuando Isadora Duncan aprovechó para escapar por la ventana.

Esa noche, Erny no consiguió conciliar el sueño; suspiraba de irritación en la cama.

El negocio de la sombrerería marchaba francamente bien. Poco a poco, Coco empezó a vender otros accesorios: tiras de perlas para enganchar alrededor del cuello, cinturones de cadena, pulseras y pendientes de aleaciones de distintos metales, y zapatos de dos tonos con traba y talón que encargaba a unos zapateros artesanos afincados en Pigalle. Ella era la primera en ponerse cuantos diseños ideaba y en exhibirlos en París, siempre con un éxito inmediato. El trabajo era intenso y agotador pero estaba claro que aquello era lo suyo. Además, La Flaca hacía vestidos y haciendo vestidos, se hacía a sí misma, se autofabricaba. Erny seguía con vago interés sus avances y sus creaciones, porque cada día estaba más absorbido por los negocios. Su amistad con el senador Georges Clemenceau iba en aumento. El viejo estadista era miembro del comité del Senado para Asuntos Extranjeros y el Ejército, y estaba muy preocupado por el conflicto que se avecinaba. Con el fin de divulgar que Alemania significaba guerra, Clemenceau fundó un diario, *L'homme libre*, del que también era editor.

A veces, cuando Coco llegaba a casa y Erny no estaba, se ponía a pensar en la mujer que debió haber sido y no era: la buena esposa, la panadera de vida impecable, la costurera de pueblo, la porquera. Sentía que esas mujeres que *no era* libraban batallas en su interior, forcejeaban y la mordían, ella queriendo ser ella misma. También pensaba en la gente que había conocido. Meg *la Larga*, la mujer-de-la-mano-de-metal del ultramarinos, madame Desboutin, las chicas de *La Fronde*. Raramente pensaba en su familia, en su «verdadera» familia. En Antoinette, en sus otros hermanos, en su padre. En su madre. Aun así, cuando lo hacía, un leve malestar le recorría el cuerpo, una incomodidad difusa, una china en el zapato, *palabras piedra* que golpean.

Madre. Había vaciado esa palabra de contenido. «Madre», «madre», «madre», «madre», «madre». Ahora era una palabra acartonada, un ruido absurdo e insignificante que no designaba nada.

Un día, en el verano de 1914, mientras veraneaban en Deauville, población enclavada en el Canal de la Mancha, se desplazaron a París para contemplar la última exposición del Salón de los Independientes. Se trataba de una muestra única: Picasso y Braque. La Flaca quería que la prensa tuviera constancia de que le interesaba el arte cubista y de que había estado allí con su amante Erny Capel. Por ello, con una insistencia que rayaba el paroxismo, había hecho venir a Erny desde Londres, donde se encontraba en viaje de negocios. Le había amenazado con poner fin a la relación e incluso hablar con la prensa sobre sus misteriosos negocios si no regresaba. Erny volvió a París. Y de París fue a Deauville a recoger a Coco, sin hacer un solo comentario. Pero en el trayecto de vuelta, ella mascó el malestar.

Se había puesto para la ocasión un elegante vestido de lamé dorado sobre encaje, un abrigo de terciopelo marrón con un forro interior de fulgurante satén y un sombrero a juego. Mucha gente reparó en su presencia: estaba realmente hermosa. Paseándose por allí, saltando de cuadro en cuadro, los hombres la devoraban con la mirada, y se dio cuenta de que su atractivo físico era un arma tremendamente poderosa. En un momento dado, cuando contemplaba un cuadro sola, un hombre (luego supo por Erny que era, nada más y nada menos, que el ministro de Economía) se le acercó y quiso invitarla a café: no, respondió ella con chulería. He venido acompañada y no es usted mi tipo.

En la exposición, Erny y ella se encontraron por casualidad con Antoinette y el notario. No se habían visto desde que ella se había instalado en la finca de Liébard, dos años antes. Dos años dan para mucho: para tener un empleo en el que uno ya sea reconocido, para formar una familia, tener un hijo que camine y diga mamá y papá, un hijo que parece haber estado siempre en la casa, y sin el que ya no se concibe la vida.

Coco encontró a su hermana algo más delgada, más refinada y silenciosa. El notario tenía el mismo aspecto que cuando lo vieron por primera vez en aquel vagón de primera; no se había separado de su mujer, porque eso podía repercutir en su carrera, pero prácticamente vivía con Antoinette durante toda la semana. Como dormían en París esa noche, los invitaron a cenar a Saint-Germain. Antes de despedirse, Antoinette le susurró a Coco que estaba embarazada de dos meses.

Durante la cena hablaron de la tienda, ahora instalada en el número 21 de la calle Cambon, una calle corta pero muy comercial, que se iniciaba en la calle de Rivoli, atravesaba la calle Saint-Honoré y moría en el bulevar de la Madeleine, ¿no la conocéis? Hablaron (o más bien hablaba Coco) de la cuenta de resultados, de su creatividad, de su excelente gestión y de las clientas que literalmente se morían por verla. Con los excedentes del negocio, Coco y Erny habían abierto una boutique en Deauville. Allí se vendían atuendos de aire deportivo, gabardinas hombrunas, chaquetas de punto, blusas de cuello abierto y faldas ligeras para tomar el té en las terrazas. Cuando ese tema se agotó, hablaron del Tour de Francia, que empezaba en el parque de los Príncipes, y del Gran-Prix de Longchamp. También hablaron de las alianzas ruso-francesa y austro-húngara-alemana, y de que se daban las condiciones para que un incidente trivial pudiera degenerar en un problema de envergadura.

Por fin se hizo un silencio, un silencio que parecía hacer hueco a otro tema, un tema que Coco había rehuido durante toda la velada. ¡Ay!, Antoinette, suspiró por fin, ¡me alegro tanto de verte! Me gustaría ir contigo al ballet y a cenar, y cogerte del brazo por el Bois de Boulogne, y que me cuentes eso del hijo que tendrás en abril.

—En enero.

¿Enero? A Coco le había parecido haber oído abril, bueno, pues enero. Antoinette y el notario se retiraron, y los otros decidieron quedarse un rato en el restaurante. Coco estaba contrariada (contrariada no, indignada, dijo arrastrando las migas de pan con el dorso de la mano) porque su hermana seguía tal y como la había dejado hacía dos años. Bueno, intervino Erny, igual no... está embarazada. Exactamente igual, prosiguió Coco sin querer oír más de ese tema, con ese notario de pacotilla que la introdujo en el mundo de la mediocridad desde el primer momento.

A la altura de su nariz, volaba una mosca. La mano zumbó en el aire. La mosca quedó aplastada contra la mesa.

—Fíjate —añadió— todo lo que se puede hacer en dos años. En dos años yo he montado dos tiendas y he conseguido que los periódicos hablen de mí. Yo huelo el negocio. El olor llega a mí, primero como un perfume difuso, una vaharada floral que amplifico, alimento y extiendo. En dos años la tienda de Deauville es una máquina de hacer dinero. Todo gracias a mi iniciativa, a mi perseverancia, a mi tesón.

—Y a mi dinero —susurró Erny, la mirada fija en los baldosines del suelo.

Coco quedó en silencio. Por detrás de esas palabras, pronunciadas lenta y educadamente, casi inaudibles, había una recriminación.

—¿Qué has dicho? —le increpó.

—Gracias a mi dinero —repitió Erny.

—¿Cómo a *tu* dinero?

Durante un lapso prolongado, Erny permaneció mudo. Normalmente, cuando surgía un tema de discusión prefería callar, pues era de la opinión de que se arriesga mucho menos callando que hablando. Pero en esta ocasión lo que tenía que decir era muy importante: ¿crees que todos tienen que ser como tú?, saltó de pronto. ¿Crees que el mundo entero tiene que tener tus ojos rapaces, tu boca ancha y tu encantador hoyuelo, tu carisma, la obligación de ser enérgica, franca, inteligente? Pero..., interrumpió Coco. ¡Déjame hablar por una vez!, dijo él. ¿Crees que tu hermana tiene que montar una sombrerería exactamente igual a la tuya y enamorarse de un empresario rico? ¿Crees que las mujeres no pueden tener hijos porque tienen la obligación de trabajar? ¿Crees que el mundo debe galopar a tu ritmo, tener tus mismas manías persecutorias y tus aburrimientos? ¿Crees que todo el mundo tiene que pasar de costurera a diseñadora de alta costura? Pues aprende una cosa: la realidad casi siempre es plana, vulgar, simple, y uno hace lo que puede.

Unas gotitas de sudor se deslizaban por la frente de Erny. En el tiempo que llevaban juntos, Coco no lo había visto tan iracundo y elocuente. Su rostro estaba enrojecido, crispado, tenso. Sus dedos entrelazados no dejaban de moverse: ¿crees que el mundo debe girar en torno a tus caprichos? No creo que el mundo deba..., intentó decir Coco, y sintió cómo algo se removía en su estómago. ¡Cállate!, dijo él. Déjame terminar, y entonces hablas tú. Tendrás gusto y un olfato especial para la moda, pero no tienes ni idea de cómo funciona un negocio. ¿Por qué crees que durante los doce primeros meses el banco ha permitido descubiertos en tu cuenta comercial, eh? ¿Crees que al banco le importa un bledo tu olfato? ¿Crees que al banco le importan las vaharadas florales y los perfumes difusos? ¿Crees que al banco le interesan los sombreros? Al banco le interesan los beneficios; el dinero. Si el Lloyd's Bank permitió esos descubiertos es porque yo deposité valores en garantía. No tienes ni idea de cómo funciona un negocio. Y lo que es más triste: tampoco sabes cómo funciona la vida. Tu hermana va a tener un hijo, ¡un hijo!, y a ti te parece que sigue igual que siempre.

De pronto, Coco sintió cómo esa lucha que ya se había iniciado en el interior de sus intestinos estallaba. Sintió cómo le atravesaban ríos, ríos

amargos y geografías de abismos y brechas. Un líquido le subió a la garganta. El corazón jadeaba de ira y la sangre encendió su rostro.

—¡Basta! —gritó—. No hables más. Tus palabras sólo sirven para golpearme. Eres malo. Argumentas, buscas las palabras más duras para hacerme llorar. No, no eres malo, eres engreído. Peor que engreído, te crees superior. Si al menos te aplicarás el cuento a ti mismo. Eres engreído y superior. Y yo no quiero convertirme en una engreída como tú. Yo soy una mujer alegre y sin problemas. —Intentó controlarse un poco—: Me duele lo que le está ocurriendo a mi hermana.

—No te duele —apuntó Erny—, te «escuece».

Al oír esto se sintió tan humillada que le arrojó el bolso a Erny a la cara. Salió del restaurante como alma que lleva el diablo. Fuera caía una lluvia torrencial. Erny corrió tras ella y la alcanzó a la altura de su apartamento.

Cincuenta y nueve años más tarde, cuando una bala va hacia ella en el pasillo del Hotel Ritz, Coco recuerda cómo aquellas palabras fueron la mejor lección de su vida. Ni los mejores estudios, ni la más prestigiosa escuela de negocios (o de la vida) del momento habrían dado el mismo resultado. Ni la más amplia experiencia habría generado una respuesta semejante. Nada le infundiría tantas ganas de seguir viviendo, de trabajar. Porque nada sustituía al trabajo. Ni los títulos, ni el aplomo, ni la suerte.

Junto al ascensor del Ritz, a punto de ser asesinada, Coco piensa en el hijo, o hija, que habría podido tener con aquel hombre. Un día él le había dicho: ¿y si tuviéramos un hijo? Y ella había contestado: no tengo tiempo para hijos. Pero ahora contempla su vida (la vida que viene hacia ella) desde otro ángulo: la *posibilidad* de la existencia de ese hijo y siente su ausencia como una puñalada en el estómago.

También piensa en cómo amó a ese hombre: calada hasta los huesos, como una gata panza arriba.

Una vez en casa, ya reconciliados y serenos, riéndose de lo pueriles que habían sido corriendo bajo la lluvia, el inglés comenzó a hablar del poder del inconsciente, de los sueños, del impulso sexual y de que tenía un buen amigo psiquiatra, pionero en aplicar en París las técnicas del psicoanálisis de Sigmund Freud. ¿Quién es ése?, preguntó Coco. ¿Por qué me cuentas todo eso ahora? Erny cogió aire y lo soltó: porque creo que no estaría de más que mi amigo te echase un vistazo, dijo. No estoy loca, replicó Coco. Se marchó a su habitación, se puso el pijama, se colocó el antifaz, se metió en la cama, se hizo un ovillo y mordió la almohada.

Después de muchas vueltas, se levantó y fue al salón donde todavía estaba el inglés.

—Y para que lo sepas —le dijo desde la puerta—, nunca he sido una costurera; nunca he sabido coser; me pincho los dedos, sangro. Las viejecitas con mal pulso cosen mil veces mejor que yo.

Erny soltó una carcajada. En el fondo, Coco le resultaba tan sorprendente, tan seductora y tenaz, tan distinta de la gente común, sobre todo de las mujeres con las que estaba acostumbrado a tratar que no alcanzaba a comprender por qué Liébard había podido cederla como si fuera mercancía.

A la mañana siguiente, a primera hora, Coco estaba en su boutique de la calle Cambon.

—Lucienne —le dijo a su empleada—, no estoy aquí para divertirme ni para gastar dinero a diestro y siniestro. Estoy aquí para hacerme rica. De ahora en adelante, nadie cogerá un céntimo sin mi permiso.

El 23 de julio de 1914, Coco tenía cita con la prensa en la playa para fotografiarse (de frente y de perfil, pensó mientras se preparaba en su casa) luciendo su corte de pelo a lo garçón y las prendas deportivas de punto y franela que vendía en su boutique de Deauville. Pero sólo acudieron un par de periodistas. Los demás estaban ocupados en la redacción de los graves sucesos acontecidos ese día. La diseñadora, encrespada por el plantón, quiso saber qué era aquello tan importante capaz de retener a más de veinte periodistas en sus puestos de trabajo: el gobierno austríaco, le dijeron, había dirigido a Serbia un ultimátum.

Al día siguiente, mientras las mujeronas con bañadores de volantes y gorras de baño remojaban sus carnes temblorosas en las aguas del Mediterráneo, Austria declaró la guerra a Serbia. La noche del 29 al 30 Coco, ajena a todo aquel aburrido barullo mundial, acudió a la Ópera de París a una representación del *Pelléas et Mélisande* de Debussy, luciendo un vestido de cuello alto de cachemira. A las once y diez los cañones austríacos, que abrían fuego sobre Belgrado, se confundían en su cabeza con los timbales de la orquesta.

El conflicto de los Balcanes se extendió al resto de Europa como un reguero de pólvora.

Erny se reunió con su amigo Clemenceau, quien le aconsejó que no volviesen a París por un tiempo.

—¡Qué exageración! —exclamó el otro—. ¡Ni que fuera verdad que va a estallar una guerra!

Pero Clemenceau hablaba muy en serio. Francia tenía compromisos con su aliado ruso e iba a intervenir. Él y su equipo lo habían meditado mucho y ahora no podía ser de otro modo.

Coco echó el cierre a la tienda de Deauville y siguió los consejos de Erny, que eran los del viejo estadista. En su fuero interno pensaba que Clemenceau le quería fastidiar (¡ahora que la tienda había empezado a vender los jerséis de marinero inglés!, se dijo dando una patadita). Dos días después, los servicios oficiales alemanes declararon que aviones franceses habían bombardeado Núremberg, y esta noticia falsa justificó que Alemania declarase la guerra a Francia. La actitud británica era incierta, cosa que desconcertaba mucho a Erny: los medios financieros eran particularmente pacifistas, el país estaba muy agitado por la cuestión irlandesa, y el primer ministro Asquith tenía poca gana de entrar en la guerra, pero la invasión de Bélgica modificó su posición.

El 3 de agosto, Erny se disponía a escribir una carta a Clemenceau, que se encontraba fuera de París: tenía el convencimiento de que el Reino Unido también declarararía la guerra a Alemania y aunque suponía que el viejo ya era conocedor de los hechos, quería advertirle. Como sus folios se habían terminado, buscó en el secreter de Coco. Al abrirlo, cayó una carta. Se trataba de una de las cartas del internado, concretamente la que anunciaba el suicidio de Meg *la Larga*. Erny recogió la carta del suelo y, casi sin darse cuenta, comenzó a leer. En ese momento, entró Coco en la habitación; a Erny le bastó ver la expresión en el rostro de su amante para saber que aquello no le iba a gustar.

Coco dijo lo primero que se le ocurrió: han dicho en la radio que Italia acaba de proclamar su neutralidad. Erny no contestó; se limitó a seguir leyendo la carta, y cuando terminó volvió a mirarla.

Se quedaron un buen rato mirándose el uno al otro; en silencio.

Luego él comenzó a mover la cabeza de un lado a otro en señal de reproche. No dijo nada.

En apenas diez días, por primera vez desde hacía un siglo, toda o casi toda Europa volvía a estar en pie de guerra. Las iniciativas austríacas y alemanas estuvieron irrefutablemente en el origen del conflicto, pero la guerra sólo se hizo inevitable por la firmeza de que dieron prueba sus adversarios, con Rusia a la cabeza y Francia después.

Entre Erny y Coco nunca más volvió a hablarse de Meg *la Larga*.

8

La bala sigue su trayectoria implacable en el pasillo alfombrado del Hotel Ritz. Coco recuerda a todos esos seres humanos convertidos en masa que se habían dejado arrastrar (felices, resignados) a la guerra. Las mujeres querían fumar, votar, manejar armas, cuando en realidad todavía estaban inmersas en el prejuicio y la mojigatería del siglo precedente. Trabajaban en el campo, en la construcción y en las fábricas durante jornadas interminables, conducían camiones y ambulancias, iban de un lado a otro enrollando vendas y atendiendo a los heridos de las enfermerías y hospitales. No querían ni oír hablar de corsés, ballenas o miriñaques, ni de dobladillos que se arrastran por el suelo, mandarinas aplastadas contra los sombreros, puños que constriñen las muñecas, largas trenzas que se enganchan en los engranajes de las máquinas. Disimulaban sus defectos en lugar de considerarlos un encanto más (y ésta, ay, sí, fue —y es— su tragedia).

La gente que vivía en la monotonía de la vida diaria sintió el estallido de la Primera Guerra Mundial como la oportunidad de tener una experiencia excitante, algo que diese un sentido a sus vidas. Cambió el estilo de vida (y, consiguientemente, la moda). Se impuso lo cómodo y práctico. Meg *la Larga* se habría llevado las manos a la cabeza al ver que su hábito de monja, recto y sencillo, puro como el espíritu de una novicia, se convertía en uno de los atuendos más revolucionarios. Se llevaba la ropa deportiva de chaquetas amplias y faldas holgadas, y una vez más, Coco era pionera. Sin proponérselo, la guerra acabó por favorecerla. Además, Paul Poiret fue llamado a filas. Su casa con jardín versallesco y guarda suizo tuvo que cerrar mientras duró la contienda; y cuando reabrió, la situación económica era radicalmente distinta. Madeleine Vionnet, la que sería maestra del corte al bias, que estaba a punto de abrir su propia casa, tuvo que retrasar sus planes hasta el invierno de 1918. También Jeanne Lanvin, la minimalista del siglo xx, cerró temporalmente su taller situado en Le Vésinet.

La escasez de telas, sobre todo de las más preciadas como la seda, el crep o el tul, hizo que se llevaran los vestidos más cortos; y la escasez de metal

contribuyó a poner fin a las varillas metálicas y ballenas que ceñían el cuerpo. Coco comenzó a trabajar con pieles. Como no llegaba la chinchilla de Sudamérica, ni la marta cibelina de la Rusia de los zares, utilizaba el conejo. Rechazó la paleta de colores eléctricos y chillones puestos de moda por Poiret y pidió a los mayoristas tonos más naturales. Hacía mucho que no hacía bocetos; ahora trabajaba con mujeres de carne y hueso.

Poco a poco su moda iba reflejando la creciente libertad de las mujeres. Pero en modo alguno se acomodaba a los caprichos exigentes de sus clientas. Simplemente esperaba con toda la tranquilidad del mundo a que la clienta se acomodara a sus vestidos. Apenas hacía publicidad, pues la encontraba falsa, retórica, juego sucio. Decía: el buen paño, en el arca se vende.

Desde distintos círculos se invitaba a las militantes a unirse a las organizaciones para los servicios de la guerra y a cumplir con su deber de mantener el país en marcha durante la ausencia de los varones. Estas palabras tuvieron eco en *La Fronde*, que se publicó en pleno inicio de la contienda «no para reclamar los derechos políticos de la mujer, sino para ayudarlas a cumplir con sus deberes sociales». Durante la guerra bajó el índice de natalidad; algunos sectores acusaron a las feministas que no se cansaban de culpar de ello a la ausencia, ahora más evidente, de ayuda a la maternidad. Cuando sus amigas feministas le contaban que Marguerite Durand había conseguido una ley que estipulaba que los patronos de la industria con más de un centenar de empleadas mayores de quince años debían acondicionar habitaciones para la lactancia de los bebés, Coco se encogía de hombros.

No estaba segura de si eso la complacía. En todo caso, la lucha por los derechos de las mujeres comenzaba a resultarle ajena. A esas alturas de su vida, a los treinta y cuatro años recién cumplidos en el verano de 1917, con una sombrerería convertida en boutique en el número 21 de la calle Cambon, otras dos tiendas en Deauville y Biarritz que iban viento en popa y una fama creciente, sus pensamientos no estaban en los cuartos de lactancia.

¿Y dónde estaban sus pensamientos? Tenía la impresión de estar vagando y se obstinaba con la ilusión de que lo importante aún tenía que llegar. Tenía la sombrerería y las boutiques, por las que tanto había luchado, pero ¿y qué?, se preguntaba algunas tardes, sola, en casa. ¿Acaso era feliz? Lo suyo era esperar. Pero esperar ¿a alguien?, ¿qué cosa? Nada; simplemente esperar (esperar en el pasillo alfombrado del Hotel Ritz a que llegara la bala). Contemplaba el sol. Día tras día el verano se aproximaba. Había cumplido un año más y algo le decía que la vida que llevaba no era lo que esperaba; tal vez sólo anhelaba el *querer*.

Un día cogió el tranvía y fue hasta la Torre Eiffel con la firme determinación de subir a lo más alto. Fue directamente a la taquilla a comprar la entrada. Al pie de la torre miró hacia arriba y se quedó pensativa. A continuación regaló la entrada al primero que pasó por delante y regresó a casa.

Mientras tanto Erny se hacía millonario con la industria del carbón. Su amistad con Clemenceau, por el lado francés, y con el ministro de Municiones y Guerra del gabinete, por el lado inglés, le daban carta blanca para que sus minas aprovisionasen a la flota aliada. Creó una empresa, Ernest Capel & Co., y se convirtió en intermediario particular de ambos líderes. Intentó contárselo a Coco un día que la encontró maquillándose frente al espejo.

—Me han nombrado Alto Comisionado para la Guerra —le dijo rebotante de alegría.

Era un cargo importantísimo, la oportunidad que había estado esperando durante mucho tiempo conseguida por méritos propios. Por su cara triunfante, se veía que estaba dispuesto a perdonar cualquier diferencia que pudiera haber surgido entre ellos. Pero Coco no comprendía qué significaba «Alto Comisionado para la Guerra» y, además, tenía prisa.

Él esperó su respuesta dos minutos más, sonrió apenas y salió de la habitación.

Después de ocho años juntos, Coco conocía cada centímetro de su piel. Reconocía a kilómetros su olor a jabón y a cuero, conocía como nadie la caída de sus ojos melancólicos, el tacto brillante de sus cabellos, sus piernas musculosas y morenas, ligeramente desmañadas. Conocía el timbre aflautado de su voz, el vago sabor a reprimenda de algunas de sus expresiones, su inteligencia y talento, la capacidad para sacar provecho de la coyuntura, la verruga que tenía detrás de la oreja.

Pero un día lo contempló mientras dormía y entonces tuvo el palpito de que aquél no era el hombre que ella creía conocer.

Estaba abierto de brazos, como podría estarlo una madre amorosa. Lo miraba respirar tranquilamente, el vientre expandiéndose y retrayéndose de forma regular, los párpados aletargados, las mejillas algo encendidas, el rostro ausente, con una mueca entre crispada y jocosa. Sin saber por qué, un sordo malestar se apoderó de ella. Era un cuerpo inmóvil (la Bella Durmiente, pensó, pero no le gustaba aquel cuento de princesas). Un cuerpo fuera de lugar, algo que no podía comprender sino sólo experimentar.

Lo acechó durante un rato desde la puerta; después se aproximó lentamente, como si quisiera asirlo con la vista, el oído, el olfato. Le palpó un

brazo para comprobar que no estaba muerto, pero ¿por qué iba a estar muerto? Un escalofrío le recorrió el espinazo; en ese momento, él se rebulló y plegó los brazos un poco sobre el pecho. Sus dientes bellísimos asomaron entre los labios.

Coco tuvo la impresión de que era un extraño. Por primera vez le pareció percibir aquella pepita de insolencia de la que se hablaba en el castillo de los Mercy-du-Pont. Lo agarró, le clavó las uñas y salió corriendo de la habitación.

Erny se alejaba, y ella se sentía sola. Al principio, Antoinette la visitaba y salían al teatro, a tomar un café a Maxim's o a pasear por el Bois de Boulogne. A menudo hablaban de la infancia y los recuerdos, de dos niñas recogiendo erizos de castaña junto a la madre, niñas tumbadas sobre un manto de hojas amarillas, dormidas, eso las hacía felices; eran felices *entonces*, dos niñas dejadas en un internado a la buena de Dios. También hablaban de Dios.

Coco siempre concluía diciendo que lo importante en la vida era triunfar, alcanzar el éxito, y su hermana la miraba sin decir nada.

Luego Antoinette perdió el hijo que esperaba, y como Coco no supo compartir su tristeza (bueno, eso es como hacer un vestido, le dijo dándole unas palmaditas en el hombro, si no sale bien, vuelves a intentarlo...), dejaron de verse. Durante varias semanas, Coco comenzó a escuchar ruidos en su propia casa. Cuando introducía la llave en la cerradura, ya de noche, oía en el salón el bisbiseo de una falda. Entraba apresuradamente y veía un encaje que desaparecía por detrás del piano. Erny reaccionaba con toda naturalidad (hola, no te esperaba tan pronto... ¿qué tal el día?). Antes de que los ojos de Coco pudieran llenarse de lágrimas, se metía en la habitación.

—Estoy cansada, mañana hablamos.

Desde la habitación oía el ruido de unos pasos apresurados. Se habían ido y al día siguiente, Coco dudaba, acaso había imaginado toda esa historia.

Cuando Coco sabía que Erny estaba en París, pero no se encontraba en casa a la vuelta del trabajo, se desesperaba. Salía a la calle a buscarlo: iba de casa en casa, preguntando a todos los amigos. Regresaba a medianoche, despeinada, abatida y humillada. Fea. Para rebajar su malestar, comenzó a enviarse rosas a sí misma, ramos olorosos que llegaban con una tarjeta que siempre decía lo mismo («Tuyo, O.»). Además se compraba todo aquello que veía, ropa, el último modelo de Rolls Royce —un hermoso Silver Ghost con llantas azules—, joyas, libros que colocaba en la estantería sin abrir. Antes de que fueran suyos, ansiaba estos objetos con fervor; pero tan pronto los había

pagado y tenía entre las manos, el deseo se esfumaba. Era incapaz de gozar de las cosas y amarlas en cuanto eran suyas.

Durante el día, en la boutique, engañaba un poco la soledad hablando con las clientas. La tienda de Biarritz era entonces la que más dinero hacía porque en España, que se mantenía neutral en la guerra, todavía se gastaba mucho en vestir con elegancia. En el Hotel du Palais la guerra no existía, todas las noches se bailaba tango. La tienda estaba frente al casino, camino a la playa. Coco le pidió a Lucienne Rebaté que se trasladase allí, pues era honrada y sobre todo una trabajadora incansable. La dependienta había comenzado a verse con un combatiente parisino con quien paseaba por el jardín de Luxemburgo cuando estaba de permiso. Un día hablaron del tema. ¿Usted cree, señora, que debo desconfiar de él? Coco la hizo sentar en una silla del taller. De un tiempo atrás, conversaban muy a menudo. Era una amistad descompensada —un gordo con un flaco, o un bajito con un alto—, que sin embargo funcionaba a la perfección. Lucienne le había contado su historia amorosa, y Coco le insistía en que debía encontrar otro hombre. Siempre igual: Lucienne hablaba y Coco le daba consejos sobre lo que debía hacer. Una daba y la otra recibía; una hablaba y la otra escuchaba. ¿O era al revés?

(Porque, ¿acaso no recibía yo más que ella?, se dijo Coco cincuenta y cuatro años después).

Esta vez Coco cogió las manos de su dependienta y le dijo que no todos los hombres eran como aquel granuja de la playa, que tenía que rehacer su vida amorosa. Entonces Rebaté le contó cómo había conocido a su nuevo amigo: yo estaba sentada en un banco del jardín de Luxemburgo, y él se acercó con un helado de fresa que me dio a probar. A partir de ese día comenzaron a verse, ¿no era hermoso? Aún no se habían besado. No le besaría hasta que estuvieran casados. Pero después de unas semanas y ante la insistencia de Coco, no tuvo más remedio que trasladarse a Biarritz como dependienta-jefa. Rebaté, a punto de cumplir cuarenta y seis años, lo asumió lo mejor que pudo, consciente de que tenía que mantener el contacto con aquel hombre a toda costa porque aquélla iba a ser seguramente su última relación. La vida no era tan generosa.

Como había ocurrido con Deauville, Erny había adelantado el dinero para montar la boutique. A pesar de que el teléfono era un lujo incipiente, Coco hizo instalar allí una línea para que su empleada la mantuviera al corriente. Hablaban de pedidos, de calidades, de túnicas de punto y de *blazers* de franela, de nuevas clientas. El aparato hacía bzzzzzzzz. Antes de colgar, Coco siempre le preguntaba por el chico. La dependienta estaba muy contenta

porque le escribía todas las semanas y ¡le había hecho promesas! ¿Ves como no todos los hombres son iguales?, apuntaba Coco.

Se contrataron varias vendedoras para Deauville y para la calle Cambon, la mayoría antiguas modelos, mujeres con bocas anchas y piernas largas tostadas por las luces de los fotógrafos, aunque esto era lo de menos. Coco las escogía en función de sus aptitudes para saber escuchar. Porque la función de una buena vendedora no era vender sino escuchar.

Escuchar a las clientas que eran inagotables, prolijas, ajenas al desaliento. ¿Cómo librarse de ellas? Aprendiendo a escuchar.

De modo que a principios de 1918, Coco tenía trescientas personas trabajando entre París, Deauville y Biarritz. Trescientas personas de las cuales ciento cincuenta cosían en los talleres, cincuenta se ocupaban de la intendencia, otras cincuenta de las importaciones de tejidos y el resto de escuchar. En la breve entrevista de trabajo por la que pasaban, Coco les preguntaba si tenían experiencia. ¿Experiencia?, decían ellas. Mucha. He trabajado en la Casa Tal y Cual... No me refiero a esa experiencia, les decía Coco. Me refiero a la experiencia de saber soportar. Soportar a las charlatanas. Charlatanas. Clientas charlatanas que nunca, ¡nunca!, pagan al contado, le decía a Erny.

A Coco le chiflaba llegar a la puerta de su tienda de la calle Cambon (que casualmente daba a la parte trasera del Hotel Ritz), con su Silver Ghost como símbolo del éxtasis en forma de dama volando sobre el capó, y despedir a su chófer hasta la hora de comer. Esto le daba un aire de mujer ocupada, la ilusión cautivadora de que había alguien que pensaba en ella, que no estaba sola. Las clientas esperaban en la puerta para verla plantar un pie en el suelo. Al salir, movía rápidamente los ojos de un lado a otro con expresión desdeñosa de princesa inalcanzable. Vendía prendas cómodas, favorecedoras y atemporales, joyas de fantasía, sombreros, collares y broches con perlas de imitación, pero por encima de todo vendía consejos.

Vendía esbeltez. Vendía juventud. Delgadez (¿qué toma usted para desayunar?, le preguntó una vez una de las señoras. Una camelia, después una orquídea..., ¿acaso cree usted que vivo del aire?).

Mientras las mujeres de vidas rotas desnudaban sus carnes en un vestuario, Coco vendía autoestima. El truco está en no desviar la mirada, les explicaba a las dependientas. Por el contrario, debéis clavarla en los ojos de la clienta, poniendo cara de estar muy interesadas y asentir regularmente con la cabeza; gruñir si es preciso. Y mientras las clientas perdían peso a fin de estar flacas como Coco, ésta iba de su casa a la tienda, y de la tienda a su casa. En

lo más hondo de su ser, odiaba a todas esas mujeres —«las nenas», decía ella — que la halagaban. Le parecían mediocres, despreciables, inútiles parásitos que le encargaban un traje a las dos de la tarde y pretendían tenerlo listo para estrenar por la noche. Como Erny no cesaba de viajar, raramente salían como antes, a cenar o al teatro. Un día, sin embargo, su amiga actriz Cécile Sorel, que vivía en el Quai Voltaire de París bajo unos artesonados sin bruñir, les invitó a cenar. En la cena estaban presentes los amigos de la actriz: el director adjunto de Asuntos Políticos del Quai d'Orsay, un físico extravagante, un matrimonio de escritores, y una tal Maria Sophie Olga Godebska Natanson Edwards, Misia para los amigos. Aquella mujer se convertiría en una de las personas más importantes de su vida.

9

Hay gente fisgona por naturaleza y gente que, por el contrario, se siente más cómoda manteniéndose al margen de los asuntos del prójimo. Y por lo general, se dice Coco en el pasillo del Hotel Ritz (el entrecejo justo frente a la bala que viene hacia ella) ocurre algo curioso con los fisgones: son los que menos están dispuestos a hablar de sí mismos. Igual que quienes siempre llegan tarde, pero no soportan dos minutos de retraso al resto de las personas; o quienes son generosos con todos menos consigo mismos, o quienes son tacaños, pero esperan que todo el mundo sea espléndido.

Todo, incluso lo que no les importa lo más mínimo, lo quieren saber los fisgones; demandan y mientras escuchan la respuesta asintiendo levemente con la cabeza, están pensando en el siguiente tema. Ahora bien, cuando el otro, contagiado por ese afán, indaga en su vida, se repliegan como los cuernos del caracol rozados por una mano. Así era Misia. A nadie se le ocurriría preguntar a qué hora suele ir el otro al retrete; a Misia sí. Pero ¡ay! del pobre que se atreva a preguntárselo a ella... Nieta del violonchelista Adrien-François Servais e hija del escultor polaco Cyprien Godebski y de una ruso-belga, había nacido en San Petersburgo once años antes que Gabriel y crecido rodeada de lujos, pero sin cariño. Locuaz e inquieta, como todas las personas absorbidas por su yo, conversaba con quien fuera durante el día, y a menudo seguía conversando incluso por la noche. Por aquel entonces, ya había mantenido relaciones con casi todos los grandes artistas de la época (con alguno de ellos a cambio de dinero), y se podía decir que por donde Misia había amado, ya no crecía la hierba. También se podría decir que había nacido y vivido entre artistas y que, sin embargo, no tenía la menor cultura.

Había posado como mujer de burdel para Toulouse-Lautrec, Renoir, Vuillard, Odilon Redon, Signac y Bonnard; había mantenido relaciones con Picasso, Stravinsky y Diaguilev, a los que quiso sin dar, husmeándolos, dominándolos y sometiéndolos. Su carácter era imprevisible, pasaba del buen humor a la ira destructora. Podía provocar las tormentas más fuertes, y después quedaba extenuada. Entonces iba a la deriva durante semanas,

absolutamente inofensiva porque debajo de esa piel de acero había una fibra débil y sensible. Cuando Coco la conoció mantenía una relación con José María Sert, el pintor español de murales titánicos.

(¿Será ella mi asesina?, piensa Coco cincuenta años después, e inmediatamente se dice: no).

De pronto se acuerda de su incesante afán por crear artimañas por el mero gusto de divertirse, de su gusto asiático por destruir y luego dormir; pero también se acuerda de su corazón débil, incapaz de tomar una decisión de ese calibre. Se acuerda de ese primer encuentro, de esa cena en la que Albert Einstein había dado a conocer su teoría general de la relatividad y de cómo ella, Coco, apenas habló. Desconocía el tema y le avergonzaba meter la pata y parecer inculta.

A punto de marcharse, cuando se puso su abrigo rojo ribeteado de pieles, Misia no pudo evitar dedicarle un cumplido. Coco se lo quitó inmediatamente, lo colocó en los hombros de Misia y le dijo que estaba encantada de regalárselo. A partir de ahí, se hicieron muy amigas. Solían encontrarse en la casa de Sert, que las divertía contándoles historias crueles y extrañas. En su casa, un lugar atiborrado de oro y basuras, maletas a medio hacer, cuadros, orinales de nácar, naranjas a medio mondar e ilustraciones italianas del siglo XVIII, solían cenar platos exóticos, polacos o italianos, mientras reían y criticaban a todo el mundo. Misia se convirtió en la confidente de Coco.

En general, a la polaca le atraían las desgracias ajenas y Coco comenzó a hablarle de sus nuevos sentimientos hacia Erny.

Varias semanas después de la cena en casa de Cécile Sorel, La Flaca ordenó a su chófer que la recogiera una hora antes de lo acostumbrado, porque de ese modo escaparía de las admiradoras que esperaban en la puerta de la calle Cambon. ¡Estaba tan harta de agasajos...! Pero cuando llegó allí, ya había un buen número de señoras. Le llamó la atención una de ellas. De aspecto austero, sin maquillaje y sin perrito pegado a las faldas. Parecía pobre.

—He venido a verla —le dijo al salir del coche.

Tendría unos cincuenta y muchos, bastante descuidada, con un aire rancio que resultaba muy familiar. Al oírla hablar, cayó en la cuenta de que se trataba de la señora Desboutin, la propietaria de la tienda Grampayre. Pero ¿qué hacía ella ahí?

La hizo entrar en la tienda y tomar asiento. Estaba envejecida, casi calva, un trozo de mujer, y había perdido aquella mirada torva que siempre la hiciera

tan poderosa. Con los ojos titilantes, le dijo que había oído hablar mucho de ella a sus clientas y había leído los comentarios de la prensa, y que la había visto fotografiada en la playa. Sabía que estaba saliendo con Ernest Capel, ¡qué elegante!, y que su última tienda abierta era la de Biarritz, donde atendía a la realeza española. Luego hizo un silencio y prosiguió. Le contó que se había arruinado y trasladado a París. Es la guerra, dijo Coco. Sí, contestó ella, pero no la guerra que usted se imagina sino otra: la de las clientas. Simplemente, un buen día habían dejado de acudir. Levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de Coco: se lo digo porque a usted también le puede ocurrir algún día.

Le contó que el señor Desboutin ya no vivía con ella, que un día dijo que se iba de viaje a Europa y no regresó; quizá ella había sido un poco... cómo decir —y se aclaró la garganta—, «estricta»..., ¿no le parece a usted? No. A Coco no le parecía. Le dijo que tenía que dejarla pues tenía que atender el negocio. Si quiere, dijo —pero en realidad tenía la intención de no volver a verla nunca más—, puede volver usted mañana sobre esta hora, en la puerta suele haber bastante gente esperándome.

Durante todo el día, Coco se sintió zarandeada. Pasaba de la euforia más trepidante a la tristeza más profunda (son las hormonas, le dijo Misia por teléfono). Completó algunos detalles de una nueva colección: puños, botones, bolsillos. Llamó a su tienda de Biarritz para preguntar cómo marchaba todo: las ventas eran excelentes, le dijo Rebaté; se vendían especialmente bien las rebecas de estilo marinero y las blusas de cuello abierto. A continuación se hizo un silencio al otro lado de la línea. Rebaté le expresó su deseo firme de regresar a París, pues sólo podía ver a su novio dos veces al mes (¡novio!, pensó La Flaca, ¡ya le llama novio!). Coco le dijo que de momento tendría que esperar aunque la entendía perfectamente. También, a última hora de la tarde, tuvo que lidiar con una clienta que solía dejarse mucho dinero en la tienda. Se trataba de la cuñada de la duquesa de Mont-Berry que estaba muy preocupada por su envejecimiento. Deseaba conocer el secreto —que supuestamente Coco poseía— para mantenerse bella. Explicó que había seguido carísimas curas de sueño en casas de especialistas, obligada a permanecer inmóvil durante horas en la oscuridad, sin conseguir detener aquellas arrugas que seguían surcando su rostro y cuello como gusanos asquerosos.

La respuesta de Coco fue tajante: ocuparse de sí mismo es lo que más envejece, señora; las peores arrugas, las del egoísmo, están grabadas con un buril en la piel.

—Bueno, pues entonces hágame un vestido de señora mayor —dijo la mujer ya desinflada.

—Las ancianas ya no existen —fue la respuesta de Coco.

Y mientras atendía estos y otros asuntos de su negocio, Coco no pudo evitar que en algún momento su pensamiento se dirigiera a la señora Desboutin. Sus miserias, la decadencia de la Casa Grampayre —el negocio más importante de Paillers hacía no tantos años— y la decadencia personal de su dueña le producían un extraño y cruel regocijo. Por la noche volvió a llamar a Misia y le contó lo ocurrido. Le dijo que estaba preocupada porque no era la primera vez que la desgracia ajena le producía satisfacción.

—Tú no eres la única que tiene esos pensamientos —le dijo Misia—, los tenemos todos. Sobre todo cuando, de una forma u otra, la desgracia te ensalza a ti. Lo que ocurre es que nadie se atreve a manifestarlo.

Misia quiso saber más detalles sobre la señora Desboutin y al oír la historia completa (su costumbre de mirar las fotos por la noche, su afición a tirarse a los oficiales jovencitos, su marido probándose sostenes en la penumbra del amanecer...), le propuso algo que ella misma no dudaría en hacer: invítala a pasar una temporada en tu casa, le dijo, con una vaga sombra de malicia en la voz. A Coco le pareció una excentricidad más de su amiga (sabía que bajo la miel de las buenas intenciones estaba la hiel), pero lo cierto es que al día siguiente, cuando la vio en la puerta de la boutique, esperándola entre una decena de mujeres de la alta sociedad, con ese aire anodino, fuertemente amarrada a su bolso, le empezó a gustar la idea.

Además, así no estaré tan sola y me servirá de ayuda doméstica, se dijo para sus adentros. Al día siguiente, la señora Desboutin estaba instalada en una de las habitaciones del apartamento de Erny. Llegó con una maleta. Dentro: algún traje de lana, unos zapatos, un cepillo para el cabello y otro para los dientes y su cajita de latón repleta de fotos. ¿Huelo?, fue lo primero que preguntó a Coco mientras ponía las cosas en su sitio. ¿Huelo a sudor? A veces huelo a sudor, es mi único defecto, por lo demás no le supondré ninguna molestia. ¿Huelo hoy? No olía a nada. La Flaca sólo impuso a la señora Desboutin una condición: cuando el señor Capel esté en casa, tú desapareces del horizonte.

¿Qué hacía durante todo el día allí metida? Pues poco, o al menos eso parecía a primera vista. Arrimaba la nariz a los sobacos para comprobar que no olía, deambulaba de un lado a otro de la casa como culebra de agua, preparaba guisos calientes y espiaba la luz que surge y palidece en las noches de París. Tras la ventana, los ojos.

Cuando oía el motor del Rolls Royce, dejaba caer los visillos y decía entre dientes: ¡Puaj, ya está aquí! Se adentraba en el comedor con pasitos menudos y volvía con una bandeja. A continuación servía la comida. Coco solía encontrarla sentada a la mesa, muy erguida, la vista al frente, los brazos colgándole inertes a ambos lados del cuerpo, esmirriada e insípida como la comida que preparaba, las medias arrolladas en los tobillos, inmóvil. Inmóviles los ojos, la boca, incluso los pliegues de la falda y los guisantes del guiso.

—Me fastidia —decía La Flaca después de media hora de silencio.

—¿Le fastidia?, ¿qué es lo que le fastidia? —contestaba la Desboutin muy azorada.

—Me fastidia este guiso; y sobre todo y por encima de todo: me fastidias tú.

A veces, Coco y Misia tomaban el té con ella. A esta última le encantaba hurgar en la vida de la pobre mujer (hurgar no, *hollar*). La Desboutin seguía siendo la de siempre, es decir, un ser lleno de prejuicios, oscuro, impenetrable y mediocre, cosa que Misia encontraba absolutamente fascinante. Mientras le servía una segunda taza, le preguntaba sobre sus creencias religiosas, sobre su manera de entender el matrimonio y la relación con su pareja. Poco a poco, con mucha habilidad, el gusano Misia iba horadando la cáscara de mojigata para penetrar en la verdadera esencia. Una esencia desbaratada, carnal, impúdica. Con voz honda y nasal, los ojos velados por el pudor, la Desboutin respondía a las preguntas. A veces, solapadamente, Misia intentaba sonsacarle el tema de los jovencitos oficiales. A Coco le entraba tanta risa que tenía que marcharse a la cocina. Cuando volvía encontraba a la pobre Desboutin húmeda por la transpiración.

Cuando se cansaban de ella y tenían ganas de hablar de sus cosas, la mandaban a su habitación como a una niña (¡ea, a la cama, Gertrud!). Y la señora Desboutin remontaba la escalera despacio, resignadamente, como lo había hecho en su propia casa durante tantos años.

Al llegar a la mitad se detenía y giraba: abría la boca para hablar, pero sólo expulsaba aire; nunca decía nada. En su habitación, sacaba su cajita de latón con olor a galletas y suspiraba ante las fotos de los oficiales. Oficiales ahora convertidos en combatientes, con mujeres e hijos. Algunos incluso tendrían nietos. Antes de cerrar la caja los besaba con fervor. Entonces Misia y Coco discutían: te dije que no fueras tan cruel con la señora Desboutin. Tú sí que eres cruel. Y fea. Costurera de pueblo. Ignorante. Y tú parásita de la aristocracia. La discusión se volvía violenta: una empujaba a la otra y caían al

suelo cuan largas eran. Se convertían en un nudo de brazos y piernas que daba dentelladas al aire. Durante un buen rato rodaban como bestias jadeantes. Luego se levantaban y sin decir ni mu, alisándose el vestido con absoluta naturalidad, Misia salía por la puerta para coger aire y de paso pensar.

La violencia daba paso a la ternura. Decía:

—Te quiero; a pesar de todo, te quiero.

Por entonces, en 1917, la guerra se había convertido en un conflicto mundial, no había nación que no estuviese implicada directa o indirectamente. La industria y la agricultura, la economía en general, redujeron su producción: disminuyeron los productos más elementales, se encarecieron artículos que hasta entonces se consideraban imprescindibles y, en definitiva, la penuria comenzó a hacer estragos. Aun así, algunos estratos de la sociedad seguían haciendo la misma vida de siempre. Una noche en que los bombardeos fueron particularmente intensos en París, la dirección del Ritz pidió a sus clientes que se refugiaran en los sótanos. Las señoras tomaron los ascensores junto con sus maridos (en pijama, con erecciones que pujaban por salir), y se reunieron en el vestíbulo luciendo camiones de encaje descuidadamente cubiertos por estupendos chales. Como la situación volvió a repetirse, a un grupo de mujeres se le ocurrió encargar a Coco un camisón apropiado para la ocasión. La Flaca se las apañó para hacerse con un cargamento de pijamas de hombre que las damas lucieron con orgullo cuando tuvieron que volver a refugiarse en los sótanos.

El hecho de que la señora Desboutin viviera en la casa, no evitó que Coco siguiera oyendo voces. Voces de seres acucillados en la sombra, inmóviles y silenciosos, a la espera de algo. Un día, al regresar Erny, le dijo que había descubierto garrapatas en el piano. Había garrapatas, hormigas, moscas, en los rincones arañas con alas doradas; también chinches que chocan entre sí y emiten chillidos insoportables. ¿Ah, sí?, contestó cortésmente el otro. ¿Y quién ha podido meterlas ahí? Entonces Coco dijo que había sido la señora Desboutin. ¿La señora Desboutin?, preguntó Erny. ¿Y qué interés tendría esa mujer en meter garrapatas en nuestro piano? Esa noche Erny dio mil vueltas en la cama.

Al día siguiente canceló todos sus compromisos y se acercó a la boutique de la calle Cambon. Encontró a su amante trabajando en un vestido que una modelo tenía puesto.

Por primera vez la vio en plena faena: arrodillada como en un trance, con los diez dedos en movimiento —dedos de una agilidad extraordinaria—, las palmas de las manos y las uñas mordisqueadas, los pelos revueltos sobre la

cara y los ojos brillantes. Porque Coco era así en el trabajo: imparable, furiosa, congelada. Desde la puerta vio su boca llena de alfileres, agujones o espadas que clavaba en la tela sin piedad, vio el subir y bajar de las tijeras (también oyó el triscar de las tijeras), de hilo y aguja, le escuchó gritar, la contempló levantarse y gañir a las empleadas porque las costuras del cuello no eran invisibles. Hasta que volvió a caer rendida frente a la modelo: una sisa era el origen de la vida, un pespunte el infinito, un remiendo la muerte.

En un momento dado, Coco alzó la cabeza y lo vio. Estaba hermosa, con su maravillosa cabellera resplandeciente color negro cayéndole sobre los hombros, pero tenía cara de lo que era: una costurera de pueblo, pensó Erny, con la boca llena de alfileres y los dedos amoratados por la presión del metal de las tijeras.

—Tú no estás bien.

—Tengo hambre —dijo Coco.

Fueron a almorzar a un pequeño restaurante situado en un segundo piso de Saint-Germain-des-Prés. Este barrio no era el más elegante de París, pero el restaurante se abastecía del estraperlo y se comía bien. A veces incluso había carne y fruta fresca. Se sentaron a una mesa al fondo, y permanecieron en silencio. Erny miraba por la ventana. Allí abajo estaba la vida. Los pintores callejeros, las casas con tufo a gato, las bragas tendidas al sol, el tenue fragor de los coches, voces, la vaharada de olor de fruta fresca, los pasos de los transeúntes. De pronto fijó la vista en una niña de unos cuatro o cinco años que jugaba con un gato amarillo. Estuvo observándola durante un buen rato, ensimismado, hasta que apareció la madre de la niña y la cogió del brazo. Las dos desaparecieron en un portal. Entonces Erny se volvió hacia Coco, muy lentamente. Ella, que había estado observándolo, sentía rabia. Rabia de tener rabia, de saber que ella nunca le daría lo que él estaba pidiéndole: un matrimonio brillante, una relación convencional, vínculos aristocráticos, un hijo. Erny se concentró en el menú. Estaba pálido, encerrado en sus pensamientos. Apartó la vista de la carta y comenzó a hablar con voz monacorde.

Habló de los trastornos emocionales, del psicoanálisis y de los episodios tempranos y olvidados en la vida de una persona, de la teoría de la represión y de la angustia. Habló de Sigmund Freud y de su amigo Julian Jurié que trabajaba en la Île Saint-Louis. ¿Por qué no probar? Coco reconoció que últimamente no se sentía bien y que tal vez no era mala idea visitar a su amigo.

Coco también le contó que su hermana le había anunciado que iba a casarse, a pesar de haber perdido al hijo que esperaba, y que Misia había pensado que, a fin de reconciliarse, estaría bien darle una oportunidad en la boutique de Biarritz. Rebaté insistía en volver a París, y aunque su intención era que no lo hiciera bajo ningún concepto, necesitaba a alguien de confianza para ocuparse de aquello. ¿Por qué me miras así?, preguntó Coco, ¿me encuentras cambiada? Él no dijo que no.

Érase una vez una joven y bella costurera que dormía en su suite e iba a ser asesinada por un hombre. Pero no. No era costurera, ni dormía en su suite, ni iba a ser asesinada por un hombre. Érase una vieja diseñadora, una leyenda de la alta costura que inventó lo barato caro, un gorrión enjuto que salió al pasillo y se encontró con una mujer —ahora estaba claro, su asesina llevaba moño y vestía un elegante traje de chaqueta, era *una mujer*—. ¿Pero quién era *esa mujer*? ¿Quién podía odiarla tan intensamente hasta el punto de querer asesinarla?

A finales de 1917, cuando Coco fue por primera vez a la consulta de Julian Jurié, la guerra había entrado en su cuarto año, el último y más sangriento (en el portal, perdido entre los brillos del suelo, un gorrión metía el pico en una cáscara de huevo que se había caído de una bolsa de basura).

Cuando comenzó la contienda, ante la masiva movilización de los hombres en edad de combatir, todo el mundo creía que se trataría de una escaramuza de semanas, tal vez de unos meses. Pero ahora el fin del conflicto era incierto. En el ejército francés habían estallado sediciones. Algunos soldados desertaban, otros se negaban a combatir e incluso agredían a los oficiales. Este movimiento se extendió como una mancha de aceite a gran número de batallones. Sin embargo, la prensa no se hizo eco de ello porque ante todo estaba la moral de la nación y su seguridad. Además no era viable ninguna paz de compromiso porque el mapa favorecía a Alemania. Al igual que ciertos traumas infantiles permanecen reprimidos en el inconsciente —olvidados pero no inactivos— y son la causa que genera trastornos psíquicos en los individuos adultos, Francia había sufrido una fuerte decepción con la pérdida de Alsacia-Lorena, y no podía aceptar una paz que no le devolviera ese territorio.

Al menos ésa era la opinión de Jurié, el psicoanalista amigo de Erny y discípulo de Sigmund Freud en Viena que ahora tenía una lujosa consulta en la Île Saint-Louis, con vistas a las alamedas del Quai d'Orléans y al magnífico ábside de Notre-Dame que, según él, era mucho más bonito que la fachada

principal. Aunque Jurié no era precisamente un charlatán, en general prefería ir al grano. Ésa era la segunda vez que se veían.

En su primera visita, Coco le hizo una panorámica de su familia. Mintió como una bellaca. No le habló de su madre desdentada, embarazada de ocho meses, ni de cómo buscaba al padre de sus hijos en el pueblo vecino, siempre borracho y en paradero desconocido. Aunque hubiera querido, no habría podido, pero no le causaba ninguna pena. Al fin y al cabo, era su memoria — y no ella— la culpable de haberlos perdido. Su memoria era la que estaba huérfana. Y prefería no hurgar porque, por encima de todo, la memoria era una tundra helada que le inspiraba pavor. Tampoco le habló del internado de los Cevernios, ni de Meg *la Larga* ni de las otras monjas.

En cambio, con aparente naturalidad, le habló de sus tías. Antes que sus tías malvadas, no había nada: el vacío. Ellas sí que habitaban su memoria, aunque nunca hubieran existido. En cuanto quería recordarlas, surgían de manera atropellada, negras y angulosas, secas hasta el desconsuelo; se instalaban en el paladar y luego en la lengua. Le escocían en los labios: tías malas y bigotudas, explicó. Estábamos de luto. Nuestra madre acababa de morir y a mi hermana y a mí nos llevaron a su casa, situada en medio de unos pastizales incultos, buenos para los caballos pero malos para producir leche. Nos recibieron con indiferencia. Acercaron la lámpara para vernos mejor la cara, como si llegaran dos conejos en una jaula. Mi hermana y yo teníamos hambre, mucha hambre. Habíamos viajado durante todo el día sin probar bocado. Pero ellas ya habían cenado y no eran horas de preparar nada. Mi hermana se puso a gritar. Decía que no había comido en todo el día; gritaba y gritaba, y ellas entre tanto se manoseaban las faldas por debajo de la mesa. Por fin una de ellas se levantó y comenzó a insultarnos entre dientes. Se encorvó sobre los fogones durante cinco minutos.

Nos prepararon dos huevos pasados por agua. Yo me negué a tomar el mío; dije que no me gustaba porque apestaba a gallina y a pedo. Dije que toda la casa apestaba a gallina y a pedo, y que ellas también apestaban a gallina y a pedo. Me escutaron desde la oscuridad, con esas caras angulosas de ojos alocados. Durante un buen rato, permanecieron observándonos inmóviles, y sólo se oía su respiración entrecortada. Mi hermana se metió el huevo en la boca, lo engulló ante la mirada fija de las viejas que nos vigilaban atusándose los negros bigotes. Luego se levantaron y se fueron a dormir: miles de sonrisas salieron de debajo de la cama, de los cajones de la cómoda, de los armarios llenos de sábanas.

No recibimos ni una pizca de cariño, prosiguió La Flaca. Daba igual; son los besos, las caricias, los profesores y las vitaminas los que matan a los niños y los preparan para ser desgraciados o débiles. Son las tías malvadas las que hacen de ellos unos triunfadores.

—¿Usted cree? —interrumpió Julian Jurié.

—Estoy absolutamente convencida.

—¿Y no piensa que el cariño puede ser un incentivo?

—El incentivo básico y principal en el hombre es el egoísmo.

—¿Y el amor?

—Amar es querer ser amado, *egoísmo* una vez más.

Palabras. Así que la realidad no existía y los recuerdos eran palabras, lo único que existía eran las palabras. Ella misma hablaba en el interior de aquellos pastos de palabras y de hierba corta, en el interior de las faldas y de la leche. Todo su pasado estaba hecho de palabras. Frases que crepitaban como sarmientos secos.

—¿Les echa en cara a sus tías que no la preparasen para el triunfo?

Coco replicó que no lo sabía.

Hábleme de su familia, le dijo el psicoanalista en la segunda consulta. ¿Cómo de mi familia?, le increpó ella; ya lo hice la última vez, ¿es que acaso no vamos a pasar a hablar de mis sentimientos? Ya tiene usted una idea de mi familia; ya sabe quién o quiénes son los culpables de mi neurosis. Ahora vienen mis sentimientos. Me habló usted, profusamente por cierto, contestó él, de sus tías. Pero a mí sus tías no me interesan; yo de quien quiero que me hable es de su padre y de su madre y luego de sus hermanos.

Imposible. Durante medio año, ante la atenta mirada del doctor y antes de dirigirse a la calle Cambon para atender su negocio, Coco fingía. En cuanto abría la boca, la mentira salía disparada como una bala (como la bala que ahora iba a matarla), se elevaba por encima de la cabeza, flotaba por la estancia graciosamente amueblada, recorría los diplomas enmarcados colgados sobre la piel repujada que orlaba las paredes, las lámparas de lectura en forma de tulipa y los muebles encerados, el polvo de los muebles encerados, hasta que volvía a la boca. Sus tías, su madre inventada, el hermano que nunca tuvo, todo se convertía en palabras. Tenía tanto talento para la mentira que principalmente se engañaba a sí misma. Por hoy hemos terminado, le decía Jurié.

Un día de octubre, al salir de la consulta, vio a un grupo de personas festejando algo por la calle con banderitas de colores. El aire gélido y sereno se mezclaba con gritos alegres y festivos, acompañados de canciones

patrióticas. ¿Qué ocurre?, preguntó. Le explicaron que en el claro de Rethondes, los plenipotenciarios alemanes habían firmado el armisticio que ponía fin a la guerra. Coco montó en el Rolls y pidió al chófer que se detuviese en una licorería de la plaza Maubert. Compró moscatel espumoso y se dirigió a la boutique para celebrar la victoria con sus dependientas. Como había varias calles cortadas, tuvieron que dar un rodeo por el Hotel des Invalides hasta tomar la orilla izquierda del Sena. Lentamente fueron dejando a un lado la iglesia Saint-Louis, la Escuela Militar y el vasto Champ de Mars hasta darse, casi de bruces, con la Torre Eiffel. Le parecía imposible sentir una dicha más pura que la de aquel momento, con el olor casi salvaje del Sena que se mezclaba con el de los magnolios en flor, los pintores callejeros, los enamorados insaciables. Deténgase aquí, le gritó al chófer. Abrió la puerta del Rolls y plantó un pie en el suelo con intención de salir. Durante un rato, observó aquella ingente estructura metálica de más de trescientos metros; estaba convencida de que esta vez subiría cuando una voz (¿era la suya propia?) le dijo: métete, métete inmediatamente en el coche. Volvió a introducir el pie y no se movió. Como quiera que el chófer no la veía reaccionar le dijo que el mejor momento para disfrutar de esa vista era una hora antes de la puesta del sol; y arrancó el coche.

Al entrar en la boutique sus empleadas le contaron que un hombre había preguntado por ella y que, por supuesto, no le habían dejado entrar. Se había presentado como el novio de Lucienne Rebaté y deseaba hablar con *mademoiselle*. Habéis hecho bien, les dijo Coco apurando su copa de moscatel y volviéndose a poner el abrigo. No estoy para atender a todo el que viene por aquí y menos si es hombre. Si vuelve a preguntar por mí, llamáis a la policía.

Fue a buscar a Erny a la sede de la Cruz Roja, lugar donde el inglés prestaba sus servicios cuando estaba en París. Hacía tiempo que no se veían con calma y, al oír lo del armisticio en el claro de Rethondes, habían aflorado recuerdos muy gratos. Era consciente de que últimamente Erny estaba distante y a menudo parecía molesto. Y no sólo por su amistad con Misia, a la que consideraba una grosera que entraba a saco por cualquier ranura que encontraba. En realidad, lo que a Erny más le molestaba era que finalmente ella le había devuelto los 300.000 francos para invertir en la tienda de Biarritz. Un día, Coco le había dicho: tengo una sorpresa para ti. Lo había citado en un restaurante de lujo y a mitad de la cena, cuando él se levantó para ir al baño, sacó el sobre con el dinero y lo puso sobre su plato. Ella pensó que él se alegraría. No por el dinero, pues en aquel momento 300.000 francos ya

no eran nada para él, sino por el hecho de que ella, mujer, había conseguido abrirse camino como empresaria.

¿Cuántas mujeres había en París, en toda Francia, que en 1917 pudieran valerse por sí mismas sin necesidad del apoyo masculino? Sin darse cuenta, había conseguido superar a todas aquellas mujeres que, cuando era adolescente, se arrastraban por la calle con pancartas. ¿Qué pensarían sus amigas de *La Fronde* si la vieran ahora?

Erny abrió el sobre y sacó el dinero. Las deudas están saldadas, dijo La Flaca. Ahora cada uno tiene su propia economía.

Por primera vez surgieron los celos. Porque en el fondo, a él le sentaba como una patada en el estómago que su querida, su *irrégulière*, también pudiera sentirse cansada al final del día (y que él tuviera que respetar ese cansancio, su deseo de estar sola), quejarse por el exceso de trabajo, sentirse responsable, irse de su casa cuando le viniera en gana para instalarse en la suya propia. Le sentó muy mal que esa noche ella pagara la cuenta del restaurante. Le sentaba mal la celebridad de su compañera y por ello dejó de ir a muchos desfiles, no soportaba los aplausos y los agasajos que, en cierto modo, le minaban a él. Porque el talento y el éxito existían, sí. Pero éstos sólo se podían encarnar en alguien más o menos lejano, en Picasso o en Cocteau, pero nunca en alguien que había crecido junto a él. En resumidas cuentas: no soportaba que su amante ya no estuviera amarrada por el grillete del dinero.

También a la sede de la Cruz Roja había llegado la noticia del armisticio y celebraban la victoria con champán. Erny charlaba con un grupo de facultativos de bata blanca. Desde la puerta Coco lo vio bromear con una de las enfermeras. Se acercó un poco: era hermosa, joven, elegante. La boca formaba al moverse pliegues graciosos. Erny reía con ella, y en un momento dado —fue una escena muy rápida, una partícula de segundo— Erny le apartó un rizo de la frente. Luego se puso a recoger sus cosas; se giró y vio a Coco inmóvil e indecisa, muda. Corrió hacia ella esbozando una sonrisa de oreja a oreja: ¿has oído la noticia?

Se abrazaron. Fue un abrazo bonito, muy tierno. Un abrazo que estrechaba a diez millones de hombres muertos, viudas y huérfanos, inválidos y tullidos, pobres ingenuos y engañados, movidos como simples marionetas por los dueños del capital y traficantes de cañones. Un abrazo que albergaba carne, mandarinas, uvas que sueltan su jugo. Carne de hombre y mujer. Carne de niños y carne de cañón. Un abrazo que prometía algo nuevo para ellos. Sin embargo, había un temblor en las mejillas de Erny. Un temblor evasivo.

Sentados en la parte trasera del Rolls, de la mano, durante el trayecto de vuelta, Erny tosió un par de veces, estaba resfriado. Entonces Coco empezó a sentir un raro desasosiego, un sordo malestar que nacía en el bajo vientre y parecía treparle hasta el pecho en forma de dolor. Entró en el apartamento y arrojó las llaves sobre el aparador. Fue al cuarto de baño. A horcajadas en el bidé, sentía pinchazos. Miles de alfileres hincándosele en el vientre, como los que ella solía colocar sobre sus maniqués. Vio entonces un jersey de Erny; se precipitó sobre él, le echó gran cantidad de jabón, se remangó y se dispuso a lavarlo sobre una tabla de madera.

¿Acaso le había molestado la enfermera de la Cruz Roja, el hecho de que Erny le apartara un rizo de la frente? No; esas cosas se hacían todos los días. Comenzó a frotar el jersey. Bueno, no todos, pero... (desde el cuarto de baño comenzó a oír a la señora Desboutin barriendo el suelo del salón). Ni siquiera la confianza que parecía haber entre ellos, una confianza que no nace en cuestión de minutos, que es el fruto de muchas, muchas conversaciones y paseos.

Frotaba, y cada vez lo hacía con más ímpetu, las burbujas de jabón flotando por la estancia. Se oyó un ruido de esponjas, de cubos que se caen, de trapos que se deslizan por las superficies. En el salón, la señora Desboutin arrastraba muebles de un lado a otro, quitaba el polvo del aparador. Últimamente había en ella una pasión por servir, una docilidad extrema que a Coco le repugnaba. La forma en que recogía la ropa sucia que Coco iba lanzando por la casa, los sostenes, las camisas y las bragas, y cuando salía de la ducha se encontraba con una alfombrilla que la otra había puesto para que sus pies mojados no pisaran el suelo...

De pronto la Desboutin, con su horrible bata, apareció en la puerta: ¿le apetece un café, *mademoiselle*? ¡Pero qué hace usted lavando! ¡Quite, quite, que se lo hago yo!

Una confianza nacida de muchas conversaciones y momentos de intimidad, siguió pensando Coco, ignorando el comentario. Por otro lado, el hecho de que le apartara el rizo con cierta timidez, quería decir que lo que había entre ellos todavía era incipiente, todavía había ilusión... Comenzó a golpear el jersey; y los golpes, cada vez más fuertes, llenaban su corazón de una voluptuosidad salvaje. Pero no; no era eso lo que le molestaba. La señora Desboutin dio un paso adelante, entraban ganas de retorcerle el pescuezo...: ¿O tal vez prefiera usted un té?

Erny volvió a toser. Ella se puso en pie: ¡ah, pero era eso!, se dijo retorciendo enérgicamente el jersey con intención de escurrirlo, ¡eso es lo que

me preocupaba!, ¡el catarro de Erny!

Se volvió lentamente hacia ella: ¡cállate, mamotreto!, le gritó, ¡y vete de aquí!, ¿es que no ves que el señor Capel no se encuentra bien?, ¿no lo oyes toser?, ¡está enfermo!, ¡muy enfermo!, ¡mira qué pinta tienes, con bata de satén, fea sudorosa!, ¿es que te crees la reina de la casa?, y le lanzó el jersey mojado a la cara.

Sonó el teléfono. El cuerpo de la señora Desboutin había comenzado a encogerse hasta replegarse sobre sí mismo. A continuación se hinchó como el vientre de una rana. De pronto pareció expulsar todo el aire contenido en los pulmones.

—¡Usted me odia! —gritó arrancándose el jersey mojado de la cara.

—¿Crees que tengo tiempo para odiarte?

Misia al aparato. Los citaba para pasado mañana, una cena en su casa: celebrarían el armisticio y además..., tenía una sorpresa preparada para ella. Cuando se volvió con intención de pedir perdón a la señora Desboutin, ésta se había metido en su habitación. Coco posó la oreja en la puerta. Del interior no salía ni el ruido de una mosca. ¿Qué hará ahora?, se dijo. Tampoco se oyó nada al día siguiente.

A la mañana siguiente, acudió como era habitual a la consulta del doctor Jurié. Se sentó frente al doctor y le dijo que quería hallar la belleza de ciertas mañanas, de la intimidad que sólo llega con las caricias y el roce de los cuerpos. Le dijo que se encontraba francamente mal. Muy bien; le respondió Jurié. Si quiere, hágalo. Hable. Demuéstreme que ha adquirido la confianza para hacerlo. Entonces La Flaca se puso cómoda sobre el diván y echó las tripas por la boca (o eso creyó ella). Explicó que era una persona muy independiente —la vida le había hecho así—, y que, a veces, bueno, a veces no, muy a menudo, le molestaba la presencia de la gente. Ella podía vivir sin la gente; y en cambio, la gente no podía vivir sin ella. Deseaba que aquellas mujeres no dedicasen ni un minuto a pensar qué hacía ella con su tiempo libre, qué hacía cuando salía con su amante, cuando se quedaba en casa, qué hacía. Por eso las desdeñaba, porque eran mujeres admiradoras y todos los días, ya saliera el sol o cayeran chuzos de punta, se arremolinaban en la puerta de la calle Cambon como peces en un estanque de jardín, sin respetar su cansancio, su deseo de estar sola.

Les mostraba su mejor sonrisa, sí, pero en el fondo las odiaba profundamente. Porque odiar profundamente era el trabajo de su corazón. ¿Qué es lo que temía entonces? No era el odio; era odiar *profundamente*. Un profundamente que conocía a la perfección. Todo era un profundamente y ella

era también profundamente. Sólo eso y vivir sin la gente era lo que necesitaba, eso y que la gente no dedicara minutos a pensar qué hacía ella profundamente. *Profondement*. Los había que vivían en él, y todo era *profondement* y *alors profondement*, y *profondement* que *allons enfants de la patrie le jour de gloire profondement*, y *un le jour profondement de gloire*, y *profondement est arrivé, profondement, contra nous de la tyrannie* aunque sin odio, eso es obvio, jamás se habría asaltado la Bastilla.

Y yo no puedo estar constantemente combatiendo mi propia ley, ¿comprende usted?, mi propia Bastilla. Por eso había gritado a la pobre señora Desboutin que —y de esto era muy consciente— estaba necesitada de cariño. Por eso nunca había tenido el detalle de decirle que en realidad *no* apestaba a sobaco, sabiendo lo preocupada que estaba con el tema...

También por eso había desatendido a Erny durante los últimos meses, era consciente, sabía que él, con la mirada, le había pedido ternura por las mañanas, cosquillas, risas, *quizá* besos que ella había rehuido, *tal vez* un abrazo, *acaso* una caricia, ¡ni siquiera le atendía cuando, como ahora, estaba acatarrado, acatarrado no, enfermo de verdad!, pero es que ésa era su manera de ser, era la herencia que trasportaban sus genes, y yo no puedo estar continuamente librando batallas contra mi herencia, contra mis genes, doctor Jurié.

Coco habló durante más de una hora. Aparte de estos sentimientos, le contó que hacía cosas extrañas: construirse casas con cojines y meterse dentro, por ejemplo, o buscar gente en el hueco del piano o sospechar que su pareja tenía amantes. Y cuando ya no tenía más que decir, calló. Durante unos minutos, esperó ansiosamente los comentarios del doctor. Pero no llegaron. Ella sabía que había mucho detrás de ese silencio, que desconocía.

Julian Jurié se limitó a mirarla fijamente a los ojos, y luego a su reloj.

—¿Por qué está usted aquí? —le preguntó de pronto, cuando ya parecía que iba a dar por concluida la sesión.

Coco pegó un respingo. En modo alguno se esperaba esa salida. Reflexionó durante un rato. La pregunta había ido al centro de su corazón. Había conseguido zaherirla, humillarla, y ahora quería lucir su inteligencia (y acaso su descaro innato) en revancha:

—Estoy aquí para olvidar —dijo.

—¿Olvidar, qué?

—Olvidar que tengo vergüenza de estar aquí.

Jurié se rebulló en el asiento.

—En realidad quería contarle lo que hacían mis tías malvadas en las tardes de mucho calor —añadió ella ya más distendida.

Y sin más, se explayó sobre los pastos, prados de hierba corta, nefastos para producir leche pero muy apreciados por los caballos, y de la cría para la venta al ejército.

Pues por la tarde, explicó, salían a los prados arrastrando sus largas faldas negras de varias capas. ¿Y sabe qué usaban bajo las faldas? Nada; porque delante de su casa, en una cuerda atada entre dos perales, se agitaban al aire las bragas, unas bragas dadas de sí por el uso, con las manchas anaranjadas que aparecen en la ropa recién planchada. Se ponían de cuclillas, atentas como alambres retorcidos por si oían acercarse a algún hombre, mientras sentían en los muslos el roce húmedo de las hojas. Hasta que una le decía a otra con aire preocupado: Oye tú, creo que ya es hora. La otra hacía chasquear la lengua, cogía una brizna y aposentaba sus nalgas en el suelo. Mientras mordían pequeñas briznas de trigo, los pastos les acariciaban el coño.

Ése era el mayor placer en la vida de mis tías: que los pastos les acariciaran el coño, y sólo por eso, fíjese usted, merecía la pena seguir viviendo.

Jurié no sólo no se rió como ella esperaba, sino que no hizo comentario alguno. Volvió a mirar su reloj: usted no odia ni al gentío, ni a la señora Desboutin ni a Erny, ni a nadie. Es más: los ama; y si no tiene más que añadir, entonces hasta mañana.

A la salida de la consulta, Coco se encogió de hombros: pues sí que tiene cara, pensó. Ahora que de verdad tiene que decirme algo, calla. ¿Cómo que amo a la señora Desboutin? Escuchará muy bien, sí, pero cincuenta francos la hora por poner la oreja, ¡ya está bien! Casi se ahogaba de calor en el coche cerrado. Como era habitual, al llegar a la calle Cambon las señoras la esperaban para verla descender de su Rolls. Al verlas en fila y sonrientes, engarbitadas, agitando las manitas, pensó que tal vez no las odiaba tanto como le había dicho a Jurié... ¡Pero las odiaba! Al entrar en la tienda las dependientas le dijeron que el novio de Rebaté había vuelto y que pedía, insistentemente, hablar con ella. Había dejado su dirección —una dependienta le extendió un papel—, por si *mademoiselle* prefería contactar con él o ir a visitarle. Coco se lo metió distraídamente en el bolso y a continuación preguntó si había llegado el pedido de Rodier.

Al llegar a casa se dispuso a preparar un té caliente para Erny: tienes que curarte, le dijo, es fundamental. Él insistía en que estaba bien, un simple catarro, pero ella parecía no oír. Le convenció de que le acompañara a la cena

que Misia había organizado en su casa para la noche siguiente. Erny accedió al saber que José María Sert estaría allí. Conocía al pintor español y se llevaba muy bien con él. Como hacía mucho que no salían juntos, Coco se puso un vestido de gasa escotado y se enrolló al cuello un collar de perlas de imitación. Estaba radiante, Erny se lo dijo. Fue prácticamente lo único que le dijo en toda la noche (eso, y tenemos que hablar, tenemos que buscar un hueco para hablar...), porque durante la cena, y en el trayecto de regreso no volvió a dirigirle la palabra.

Antes de salir de casa sonó el teléfono. Era Lucienne Rebaté. Amablemente, Coco le explicó que estaban a punto de acudir a una cena, y que si no tenía inconveniente, la llamara mañana, que lo que fuera podría esperar. Pero la que no podía esperar era Rebaté: quiero volver a París, *mademoiselle*, mi novio me espera y no puedo esperar ni un solo día más. Si usted no me traslada, tendré que buscarme... otro trabajo. Coco le prometió arreglarlo, y le pidió que le dejara tiempo, una semana más para buscar a alguien que pudiera sustituirla en la boutique de Biarritz.

Colgó y le dijo a Erny que la gente no sabía apreciar lo que tenía; ahora esta tonta dice que quiere volver a París..., pues ya veremos si vuelve a París o se queda sentadita donde está.

Sert los recibió con su sonrisa de hombre peludo, las manos sucias de pintura y unas enormes gafas de concha. Se sentaron donde pudieron, porque la casa estaba invadida de frascos de pintura, pinceles y esponjas, muebles neorrocó, vidrios coloreados con relieves superpuestos, trapos, pruebas que el pintor llevaba a cabo para unos murales que el gobierno francés acababa de encargarle, y durante más de media hora, mientras llegaban los otros invitados (ahora vendrá la sorpresa, les dijo Misia lanzando una sonrisa siniestra), Sert hizo gala de su cultura.

El catalán tenía una enorme curiosidad por todo, resultaba fascinante oírle hablar de cualquier cosa. Estaba en las antípodas de Misia que, según Erny, era un parásito sin interés. Una vez, cuando hacía poco que se conocían, Erny le preguntó si realmente había algo que le gustase hacer, aparte de hablar y hablar durante todo el día. Ella, después de considerarlo, contestó:

—Sí, bailar desnuda delante del espejo y ver cómo me saltan las tetas.

Coco tampoco aprobaba la ociosidad de su amiga, y sobre este tema discutían mucho. Misia despreciaba el dinero (nunca lo llevaba encima porque decía que pesaba y olía mal), y de no ser porque su mayordomo saldaba sus cuentas pendientes a sus espaldas, nadie la dejaría entrar en las tiendas, los cafés o los teatros. Era una excelente pianista y, sin embargo, al

cumplir los treinta decidió acabar con la disciplina y las interminables horas de estudio. No lo arrojó por la ventana como Meg *la Larga*; simplemente, no tocaba. Despreciaba la perseverancia, el tesón y todo su sentido de la vida consistía en cotillear, en enhebrar banalidades con soltura y displicencia, en escucharse.

Se buscaba amigas para charlar. Iba a la exhibición que se hacía en los almacenes Printemps sobre la nueva máquina lavadora con motor eléctrico y puerta de ojo de buey, que «ahorraba tiempo y dinero», asistía a clases de charlestón, o a una exposición de los expresionistas alemanes. Según ella, la existencia consistía en que las cosas se fueran sucediendo. Pero todo era pericia sin ley o sentido: la gran guerra que acababa de terminar, el invento de la máquina lavadora, *La danza de la vida*, de Munch. Coco le decía que su vocación de pianista le «obligaba» a actuar, que la vida daba mucho quehacer, sobre todo a los que tenían talento, por mucho que sus circunstancias económicas y familiares le hicieran pensar que ya lo tenía todo resuelto.

Pero cuando hablaban del asunto acababan insultándose. A mordiscos. Una alzaba el brazo tratando de detener la mano de la otra. La otra embestía con la cabeza. Vaga. Acomplejada, pueblerina. Marrana. Puñetazos. Sollozos roncós. Acababan rodando por el suelo, gimiendo, soltando bufidos. Al día siguiente se abrazaban tiernamente. Así era esa amistad. Pues bien, esa noche Sert habló de todo un poco: la vida de los santos, el precio de las naranjas en París, el arte del encolado y del traslado de una pintura a un lienzo nuevo, la gota fría en el levante español. Al cabo de un rato, el resto de los invitados aparecieron abriéndose paso por la selva de objetos del salón: una mujer y dos hombres rusos, dos franceses y un español.

Todos ellos venían de Roma donde habían montado la escenografía de un ballet que llevaría el nombre de *Parade*. Misia los fue presentando: este cursi y pedante, dijo, es Jean Cocteau, el poeta; éste, Erik Satie, el músico excéntrico; y éste es Massine, el coreógrafo. A continuación le presentó a Serguei Diaguilev, el empresario de ballets rusos que vestía una pelliza de piel de foca siberiana ceñida con galones. Cuando le llegó el turno al español, un moreno de ojos de sapo, Misia se lo saltó, sencillamente lo ignoró. Cogió una bandeja con rodajas de sandía que Sert había hecho traer de su tierra — todo un lujo en aquel momento — y fue repartiéndolas. Se sentaron en torno a una mesa de mármol, los invitados comenzaron a comerse España, su jugosa carne que estalla en la boca como una bomba de sangre y agua, su suelo fecundo, sus soberbias pepitas de madera. El pintor sin nombre no dejó de

lanzarle miradas a Coco. Sus ojos eran grandes, negros, dueños del mundo: un halcón presto a abalanzarse sobre su presa.

Hablaron de todo un poco, de si Rasputín había curado o no la hemofilia del hijo de la zarina, de la insurrección de octubre en Rusia que había desencadenado aquel pirado de Lenin, de los decorados y figurines de *Parade*, de lo grandiosa que era Roma, de lo que harían ahora que la guerra había terminado. Sert comenzó a hablar de cubismo, y Coco, que había permanecido callada, vio su oportunidad para lucirse. Aprovechó para hablar de aquel cuadro sobre unas putas, táctiles y palpables, con masa, dijo —y se explicaba mucho con las manos—, peso y hasta volumen, que aunque se pensaba procedían de Avignon, no era así. El artista, explicó Coco a todos los presentes, las sacó de la calle Aviñón de Barcelona. Misia fue a la cocina a por más sandía. Al levantarse dejó una estela de rosas ajadas. Entonces Coco se volvió hacia el español de ojos saltones, que seguía escrutándola de manera canallesca desde el otro lado de la mesa. Su intención era pillarle: ¿conoce usted el cuadro?, le preguntó.

El cuadro no sólo le era bastante familiar, sino que lo había pintado él: lo conozco, fue su respuesta, aunque parece ser que no tanto como usted. Picasso venía acompañado de la que era en ese momento su amante, Olga Koklova, una mujer de cuna noble, bella, intransigente, tozuda (y triste, pensó Coco cuando la vio). El artista empezaba a hacer dinero con sus cuadros. Poco antes de la guerra había vendido *La familia de saltimbanquis* por un precio récord en una subasta en París. La compradora era la galería Thannhauser de Múnich, y en la prensa se elevaban voces afirmando que aquello era una maniobra de los alemanes, dirigida a derribar el mercado del arte mediante negocios especulativos con las absurdas obras de algunos extranjeros locos. El caso es que a Cocteau y a Satie tampoco les había parecido bien que se hubiera rebajado a vender a los alemanes. Coco dijo que aquello no tenía que ver ni con la guerra ni con los alemanes, y que lo importante es que gracias a su talento había conseguido una suma muy importante de dinero que le permitiría vivir con holgura durante un tiempo. Cuando se volvió hacia Erny para ver qué opinaba de todo eso, vio que no estaba en la sala. ¿Y dónde estaba Misia, que había ido por la sandía hacía ya más de veinte minutos?

Esa noche Picasso estuvo especialmente antipático con todos, pero invitó a Coco a su estudio: podría venir usted a aleccionarme sobre *Las señoritas de Aviñón*, le dijo con una sonrisita.

Al día siguiente, todavía en la cama junto a Erny, envuelta entre las sábanas, Coco abrió los ojos de golpe: olía a pétalos de rosa marchita. El olor era tan penetrante que resultaba difícil pensar que el perfume de Misia hubiera permanecido impregnado en la piel o en los cabellos. Se dio media vuelta; Erny seguía durmiendo: ¿era él quien exhalaba el olor? No. Se levantó. Erny estaba acatarrado, muy acatarrado, enfermo. Una taza de leche caliente con miel. Eso es lo que le prepararía. Hasta entonces no había pensado en lo que le había dicho en el coche, pero ahora la frase volvía insistentemente a su cabeza: tenemos que hablar, tenemos que buscar un hueco para hablar. ¿Hablar?, hablar ¿de qué? Erny tosió un par de veces: estaba enfermo, muy enfermo. Y ella tenía que cuidarlo.

Al oírla trajinar, la señora Desboutin salió disparada de su habitación. Se presentó en la cocina, donde Coco se disponía a calentar la leche. Vestía un uniforme negro con delantal blanco almidonado. Le arrancó la taza de la mano y le pidió disculpas por haberse encerrado en su habitación durante dos días. De ahora en adelante se dedicaría a limpiar su casa y a servirla, y le rogó que la dejara preparar el desayuno (soy tan ingrata, señora, vivo aquí en su casa y encima tengo la desfachatez de sentirme ofendida...). Sobre todo, le pidió disculpas por su olor (soy consciente, señora, de que constantemente huelo, siento mis «axilas sudorosas», pero no puedo evitarlo, por mucho que me lavo, es algo que no puedo evitar...). Coco la miró con indiferencia: qué fea y vulgar era, «axilas», dice, pensó. Dijo: dame el abrigo, el bolso, los guantes, ¡más deprisa!

Llamó a su chófer y le ordenó que la esperara frente a su casa a las siete y cuarto. Ya en la calle, a punto de subir al Rolls, un brazo la detuvo: era la señora Desboutin. ¿Pero qué es lo que quieres ahora?, le increpó Coco.

La Desboutin guardó silencio durante un rato. Luego dijo: tenga usted mucho cuidado con su amiga. ¿Qué amiga?, dijo Coco desasiéndose, ¿de qué me hablas, adefesio?

Cuando el Silver Ghost se alejó calle abajo, Erny roncaba como un bendito y la señora Desboutin volvía a levantar el brazo para olerse el sobaco desde su puesto de la ventana. Coco decidió que a su regreso pasaría por la farmacia a comprarle a Erny unas medicinas. En el coche, abrió el bolso, sacó un papelín y lo desplegó: Al cuarenta y siete de la calle Saint-Placide, le dijo al chófer.

A esa hora el silencio horadaba los oídos. Tenía un ritmo sincopado, violento, casi salvaje. De las chimeneas salía un humo ligero. No era niebla; era eso: humo ligero y negro a través del cual se filtraba un sol tenue. La

respiración confusa del chófer. Cuando llegaron al cuarenta y siete de Saint-Placide, el Rolls se detuvo: Es aquí, señora. Una casa de tres pisos, pobre, en una barriada de callejuelas estrechas a la que apenas llega el sol. Pasó a un patio interior con un retrete donde había gallinas rojas y un viejo sentado en una silla de mimbre. Lo cruzó (el viejo la siguió con la mirada) y subió una escalera interior hasta llegar a un pasillo oscuro que conducía a un segundo. Respiró un olor ácido a coliflor y luciérnagas. Las campanas de una iglesuca casi en ruinas sonaron fuera. Llamó a la puerta con nudillos impacientes y en ese momento una gallina se enredó entre sus piernas.

Abrió un hombre que estaba a punto de salir, a quien ella observó con interés. Pobrementemente vestido, de baja estatura. Edad indefinida, podría tener cuarenta, aunque también cincuenta, ¿qué le podría interesar? Dio un puntapié a la gallina y entró. Dijo: soy *Madame de...*, y vengo a hablar con usted de mi dependienta Lucienne Rebaté.

El hombre dejó la chaqueta sobre la mesa y con una voz mucho más poderosa de lo que cabía esperar por su tamaño, la hizo pasar. Un pequeño cuartucho húmedo y destartado con suelo de barro apisonado, apenas iluminado. Encantada de conocerla, señora, y en ese momento la gallina cacareó.

Coco venía a conocer las intenciones de aquel hombre llamado Marcel Mercy, que hacía el amor a su dependienta. En modo alguno quería que la historia del muchachuelo de la playa se repitiese, y así se lo dijo, de pie en medio del pequeño salón. Piense usted, le dijo echando un vistazo a la madera podrida de las vigas, a las paredes con pintura descascarillada y a las hojas de la ventana que no acababan de cerrar, que tengo muchos amigos en París, también entre la policía y que a la mínima señal de que la muchacha lo esté pasando mal, usted podría ir a la cárcel.

A punto de salir, el señor Mercy, que no acababa de entender qué había venido a decirle exactamente, le dijo que Lucienne quería trasladarse a París.

—Sí —dijo Coco echando un vistazo al reflejo de la luna en el suelo—, parece que eso es lo que «ella» quiere...

—Bueno... —dijo Marcel Mercy—, la que tiene que decidir es ella, ¿no?

—Nada de eso —dijo Coco, y dibujó una sonrisa idiota—: esto es básicamente un asunto entre usted y yo.

A punto de marcharse lanzó otro vistazo a su alrededor, pasó el índice por una de las paredes, que mostraba manchas de humedad que en muchas partes dejaba asomar el cemento del muro: no le vendría mal a esta casa un toque de pintura. O tal vez, ni siquiera merezca la pena seguir aquí, hay muchos

apartamentos nuevos en París. Yo sé de varios... Ahora, lo que sí le digo es que son... individuales.

—Usted no está aquí para asegurarse de que el novio de su empleada es decente —dijo Mercy—. Usted ha venido para sobornarme...

—Las cosas tienen el nombre que uno quiera darles —fue la respuesta de Coco.

Se pasó el día entero trabajando en el taller de la calle Cambon sin dejar de pensar en Erny y en su catarro (catarro no, enfermedad). Una clienta le había encargado un vestido cóctel, y acababa de llegar la tela. Era una tela lujosa, de Licurgo. Coco la rechazó. Cuanto más rico es un vestido, más pobre parece, les dijo a las mujeres del taller.

A las tres y cuarto paró un rato para tomar un té rápido en el Fleurs del Faubourg Saint-Honoré. Las calles estaban cortadas al tráfico y todo París patas arriba.

—¿Qué ocurre hoy en París? —preguntó al entrar en el local.

—¿Pero no lo sabe usted, *mademoiselle*?

En ese momento llegaba el premier británico Lloyd George, el estadounidense Wilson, el jefe de Estado italiano, Orlando, y el primer ministro francés Clemenceau, es decir, el Comité de los Cuatro que participarían en la Conferencia de Paz posterior a la guerra.

En el Fleurs, La Flaca coincidió con una de sus «nenas», la condesa de Cheigné, una mujer con voz ronca de fumadora, perfil ornitológico y nariz ganchuda, que quiso invitarla a algo de comer (coma, mujer, que de tanto trabajar tiene usted aspecto de gorrión). Antes de despedirse, de pie en la calle, la marquesa le comentó a Coco que había tomado el té con su polaca. ¿Mi polaca?, dijo La Flaca. Sí, respondió la otra, y le diré que no me gusta en absoluto. Sé de buena fe que es especialista en arruinar matrimonios... Quería que le contase un montón de cosas sobre usted. Le dije: señora, ¿me toma usted por una agencia de detectives?

Antes de volver a entrar en la boutique, pisando el empedrado de la calle, le golpeó un pensamiento muy alentador: Erny iba a pedirla en matrimonio. Sí, eso era de lo que tenían que hablar. Ella no era una mujer de la aristocracia, ni inteligente ni tonta, pero tampoco era una mujer corriente y moliente. Si Erny había decidido renunciar a una mujer con apellido noble era por algo. Lo imaginó explicándoselo, sentado en su butaca, haciendo gestos grandilocuentes con las manos: sí, le decía lentamente, a pesar de todo, yo te quiero a ti. Se sintió aliviada. Feliz. Aceptaría. Pobre Erny que estaba tan acatarrado, tan enfermo.

Aunque el matrimonio no era más que una estúpida institución, ella diría que sí. Pasó el resto de la tarde pensando en su boda, en el vestido, en los invitados, en qué diría Misia, en el banquete... A las seis de la tarde llamó Erny. ¿Estás bien?, preguntó ella rápidamente. Estoy bien, dijo él, ya te dije que es un catarro. Pero ¿estás realmente bien?, insistió ella. Simplemente quería asegurarme de que estarías en casa esta noche, dijo él, tenemos que hablar.

El banquete sería sencillo, se dijo en el trayecto de vuelta, sentada en el asiento tapizado de su Rolls y mirando dulcemente por la ventana. Al llegar a casa por la noche se encontró a Misia en su salón charlando con la señora Desboutin. Oh, querida, ¿qué te pareció Picasso?, dijo al verla entrar. Acababa de encenderse un cigarrillo negro, francés, y haciendo varias inspiraciones breves, lanzó el humo en finos hilos que se elevaron en la cruda luz. Sin esperar la respuesta, se volvió hacia la señora Desboutin quien, para variar, estaba obtusa. Obtusa no: inexpresiva, congelada. Fea. Gazmoña. Tomaban una copa (o más bien, la tomaba Misia porque la de la Desboutin estaba llena) y hablaban (o más bien, hablaba Misia porque la otra no decía ni mu) de hombres. Evidentemente, el tema lo había escogido la polaca y parecía estar pasándolo muy bien. Coco dejó las cosas y fue a cambiarse. En el dormitorio había una foto de Erny: *matrimonio*, pensó una vez más, señora de Capel; y dijo en voz alta, sonriendo un poco: no está mal. Comenzó a cambiarse de ropa y mientras oía el incesante parloteo de su amiga en el salón, pensó que en el fondo Misia era una silenciosa. Una silenciosa que temía al silencio. También pensó que la relación entre esas dos mujeres — Misia y la Desboutin — no era tan irreal y forzada como parecía a simple vista y que, aunque resultara increíble, tenían muchas cosas en común. Los extremos se tocaban y era indudable que ambas extraían de la conversación un placer perverso. Misia arremetía con la burla y la obscenidad, la insolencia o el doble sentido, y la Desboutin callaba.

De pronto La Flaca quedó inmóvil: sobre la cómoda había unos pendientes y un brazalete que no eran suyos; eran de Misia. No le dio tiempo a pensar. En ese momento, oyó a la polaca preguntar a la señora Desboutin cuál era su método, si utilizaba las manos, o si por el contrario, lamía hasta «dejarla» palpitante y lánguida entre los dientes. Tras un silencio estremecedor (Coco, quieta, a un metro de la cómoda, no dejaba de observar los pendientes y el brazalete), rompió a hablar la Desboutin:

—¿Lánguida? —preguntó.

E inmediatamente, como si hubiera perdido la cabeza y todo el control sobre sí misma, como si toda la mujer gazmoña y fea acabara de hacerse añicos para dar paso a *la otra*, a la mujer arrebolada y morada de deseo: ¿se refiere usted a...? Coco se sentó sobre la cama. Se quedó ahí durante un rato, el rostro de piedra y las manos en el regazo. Pensaba. Aquello era demasiado: ¿qué hacían en su habitación las joyas de su amiga?, ¿y por qué tenía que escuchar aquellas obscenidades en su propia casa? Por un momento quiso gritar, llamar a la policía, denunciar que en su casa había una mujer muy mala, pero seguía sentada, con el cabello desgredado, escuchando.

Luego salió al pasillo con el brazalete y los pendientes colgándole entre los dedos.

La verdadera Desboutin parecía fugarse por la boca, una boca devastadoramente obscena, ahora era Misia la que callaba.

Coco entró en el salón. Sin decir una palabra, pero también sin manifestar rencor alguno, agarró a la señora Desboutin por el moño y la lanzó violentamente fuera como si de un saco de patatas se tratase. Entonces Misia vio sus joyas y se las arrancó de la manos (ay, se me han debido de olvidar al lavarme...). Antes de que La Flaca tuviera opción de decir nada, le pidió un favor: consígueme la caja de latón con las fotos de los oficiales de la Desboutin; me muero por verlos.

Coco estaba a punto de negarse y de recordar que las joyas no estaban en el lavabo sino sobre su cómoda, cuando entró Erny por la puerta. En el pasillo, yacía derrumbada e inmóvil la señora Desboutin. Tenía los ojos fijos en la pared y le castañeaban los dientes. Misia dijo: hola, querido, y a continuación se escabulló hacia la puerta como una rata. Cuando se fue, se hizo un silencio tembloroso.

—Tienes una pulmonía —se apresuró a decir Coco—. Se te ve en la cara. No hagas esfuerzo alguno, no te muevas, tumbate. Sobre todo, no hables.

—No tengo nada..., ya te dije que era un simple ca...

—¡Estás enfermo! ¡Muy enfermo! ¡No hables, por el amor de Dios, no hables!

Pero Erny no tuvo que hablar: Coco leyó en sus pupilas lo que en el fondo ya sabía desde el día que fue a buscarle a la Cruz Roja.

11

Lo sabía y había estado engañándose a sí misma como una niña, como también sabía que la bala que venía hacia ella (¿cuántos minutos tardaría en llegar?) la mataría.

Esa noche las pupilas de Erny decían a gritos: no quiero perderte pero resulta que me voy a casar con la hija de un lord inglés porque tú no tienes clase ni categoría para ser mi esposa.

En el pasillo alfombrado del Ritz, 1, 3, 7, junto al ascensor que no llega y el rostro todavía incierto de su asesina, la bala, la velocidad, Coco vuelve a oírlas gritar (eran unas pupilas pequeñas que se alzaban al cielo describiendo tres o cuatro círculos, verdes, y gritaban).

Por las calles de París pululaban las mujeres con galgo y pecho plano, y existía la libertad de sentarse y de estar de pie a capricho; ella, *Madame de...*, era ya admirada por el uso de las telas tejidas, y su nuevo estilo deportivo había demostrado plenamente su valía. Por aquel entonces, se le iban afilando las facciones del rostro, salía a la luz su orgullo y sarcasmo, despuntaba su genio inventivo, su rabia destructora.

La moda se dejaba llevar por la simplicidad, modelos de quita y pon, vestidos que no sólo no estaban cerrados, sino que ni siquiera tenían cierre (al menos un verdadero cierre, pensó Coco cincuenta y tres años después), vestidos *chemise* idénticos por delante y por detrás. El Viejo Continente, las naciones, París, estaban exhaustas, pero la gente reivindicaba el placer y la trasgresión, la frivolidad. La gente quería olvidar la guerra, quería disfrutar.

Poco a poco, en los hogares se introducían la batidora, el frigorífico, el secador de pelo, se recuperaban los abanicos de plumas, se difundían las boquillas, los chales de noche de piel de leopardo o mono, la radio, el jazz y el charlestón, y las pupilas de Erny no cesaban de hablar. Surgían los colores rugientes del fauvismo. Bajo la égida de Cocteau, jóvenes alegres e ingeniosos como Raymond Radiguet, Jean Hugo, Satie, Aragón, Bretón, Tzara, Brancusi, Picasso, Paul Morand y Picabia almorzaban todos los sábados en un restaurante de la plaza de la Madeleine. Allí discutían sobre

temas que posteriormente causarían las máximas polémicas entre el público y allí una revista de estudiantes, fundada por Marcel Raval, se convirtió en *Les Feuilles Libres*. Se introducía el futurismo y los pijamas de crep de China, y las pupilas decían Diana. Decían Diana Lister Wyndham, veinticuatro años, viuda, una mujercita dulce y de buen talante —todo lo contrario a Coco—, conductora de ambulancias e hija de lord Ribblesdale.

Cincuenta y un años después La Flaca rebusca en su memoria como si se tratase de un viejo arcón atravesado de telarañas. La noticia del compromiso de su novio ¿qué le había hecho sentir? En realidad, no sintió nada.

En su memoria no hay huella de rabia, ni ira, ni vértigo, ni amargura, ni celos, ni miedo. No se sintió traicionada, o repudiada, insignificante, pequeña. Simplemente no sintió. O sí sintió; sintió algo parecido al chasquido de las ramas dobladas por el viento, se dice —en el Hotel Ritz al levantar un momento la vista para contemplarse en el espejo del pasillo (empequeñecida, casi calva, sus manos reducidas a unos cuantos huesecillos, espantosa y magnífica)—, algo parecido al crujir de las hojas secas en el suelo, un lejanísimo fluir de aguas subterráneas, tal vez... el murmullo de la tierra caliente.

Hacía ocho años que convivía con Erny y cuando éste le dijo que no se casaba con ella sino con otra, casi una niña, que había conocido en el curso de una visita a la primera línea de fuego de Arras no sintió más que un murmullo. A veces Misia criticaba esa aspereza, esa indiferencia (indiferencia no, *distanciamiento*) ante la gente y las cosas del mundo. Le decía: ¡llora!; llora de vez en cuando, te vendría bien llorar. ¡Llora y que el agua arrastre! Pero Coco no lloraba. Nunca más amaría tanto a una persona como para que le hiciera daño perderla. En lugar de dejar fluir el agua, ella levantaba diques, barreras. Cuando Erny le dijo que iba a casarse con otra, ella se levantó y fue hasta el pasillo. La señora Desboutin seguía allí, tumbada, castañeando de dientes. Coco la levantó. Le dijo: ea, ya pasó; ya te dije que lo que necesitas es una ocupación.

Menos mal que estaba Julian Jurié para contarle aquello del crujido de las hojas y el murmullo de la tierra. Menos mal que estaba para contarle, ¡qué inocente había sido!, que ella había tenido sospechas de que su mismísima amiga Misia era la amante de Erny cuando en realidad éste estaba comprometido con la hija de un lord. ¡Pobre Misia, su mejor amiga, y ella con esos pensamientos! ¿Cómo que no siente nada?, le preguntó Jurié. Vamos a ver. Pero no me cuente eso. Vamos a comenzar desde el principio. Hábleme

de su madre. Pero ahora de verdad. ¿Se da cuenta de que todavía estamos como en la primera consulta?

—¿Pero y qué tiene que ver mi madre con el murmullo de la tierra?

«Madre», «madre», «madre», una palabra acartonada. Recordar, mirar atrás, no era muy distinto que descubrir; suponía ir sacando ropas zurcidas y mocos de bebé, cabellos enmarañados, botones y cacharros, un tenderete ambulante de discusiones y tortazos al sol, polvo y un aroma a leche hervida. Aquel día llamó a Jurié y le pidió que adelantasen la sesión. No aguantaba ni un segundo más esa sensación de no sentir, de no ser dueña de sí misma.

Pero cuando el psicoanalista le pidió que hablara de su madre, Coco no pudo. No supo. Los labios no se abrieron. A su cabeza volvían todas esas imágenes punzantes. Sabía —porque un día, un tío suyo se lo había contado de visita en el internado de los Cevernios— que siguiendo el margen del río Lot, su madre había descendido por los bosques, saltando cercados y recorriendo huertos de manzanos, tilos y uva espina en dirección a Bort-du-Cogny, el pueblo vecino, a buscar al jeta de su padre. Estaba embarazada de ocho meses, y tuvo que hacer el camino de las hoces a pie, un lugar de tierras calizas donde sobrevolaban los buitres. Era de noche cuando llegó a los guijos. Los pies le sangraban, tenía las ropas rasgadas, el bosque crujía.

Jeanne llegó a la taberna. Junto a la puerta, una mujer desplumaba una gallina vieja. Dijo: Está ahí dentro, y siguió desplumando la gallina. Ella esperó bajo la luna antes de entrar, el corazón latiendo a toda velocidad.

Su tío le había contado eso, que esperó bajo la luna, lo de las plumas rojas de gallina y que el corazón latía a toda velocidad.

Pero ahora esas palabras repetidas eran un velo interpuesto entre madre e hija. «Madre», «madre»; «madre» estaba revestida de un ropaje artificial de valles, tierras calizas, chasquidos y ropas rasgadas.

Sólo cincuenta y un años después, mientras esperaba a que la bala se introdujera en sus carnes en un lujoso hotel de la capital, se dio cuenta de lo valiente que había sido su madre. Su padre era un cretino, sí, siempre lo fue y no tuvo ni siquiera necesidad de disimularlo.

Ernest Capel, su honorable *gentleman* inglés, sí disimulaba. Vaya si lo hacía. Porque en realidad no había sido más que un hombre de pacotilla. Todo lo que en él siempre le había parecido bueno, sólido, acabado, se había venido abajo con la noticia de su amorío secreto y su casamiento. Él, se dijo Coco, que siempre había aspirado a ser impecable y digno, justo en la aspereza mundana, en lo más rudo de la realidad, había jugado sucio. Él, que parecía tener necesidad de separarse —incluso físicamente— de los demás y de las

cosas, de meterse en el *water-closet* para estar limpio (de alma y culo) ahora estaba embarrado hasta las orejas. En realidad no era mejor que su propio padre que bebía cervezas en la mugrienta taberna del pueblo. Pero acaso era esa suciedad lo que siempre atrajo a Coco.

Erny le explicó que se casaba, pero que en modo alguno quería perderla y esperaba que todo siguiera igual. Y todo siguió igual, aunque ahora Coco sabía lo que era *no* sentir.

Tampoco sintió nada después de ensañarse con la señora Desboutin sin motivo alguno. A la mañana siguiente, recordando la petición de Misia, La Flaca fue a ver a la Desboutin a su habitación. Durante un rato, mientras la otra permanecía inmóvil frente a ella —las manos entrelazadas sobre el regazo, los ojos bajos, el rictus grave—, estuvo dando vueltas, fisgoneó sus cosas con desprecio, abrió armarios y cajones delante de ella, hojeó los libros que había sobre el pequeño secreter, pasó ostentosamente el índice por los muebles para ver si había polvo. Era como si buscara una excusa para humillarla. Por fin, al levantar una carpeta sobre la mesilla de noche, se apercibió de que la Desboutin escondía un buen número de recortes de periódicos y revistas, *Marte Claire*, *Vogue*, *Harper's Bazaar*, con fotos suyas: saliendo de un restaurante con Erny, trabajando en su taller, presentando el desfile primavera-verano.

Dijo señalando el montón de recortes (podría haber dicho cualquier otra cosa): exijo una explicación.

La Desboutin bajó la cabeza y se mantuvo muda, buscando las palabras. Luego, con un nudo en la garganta, explicó que guardaba todo aquello allí porque sentía una gran admiración por ella, siempre la había sentido. Desde los tiempos en que trabajaba en la Casa Grampayre supo que la joven Coco tenía un potencial y talento extraordinarios, además de autoridad y necesidad de perfección, un orgullo y un carisma fuera de lo normal, hasta un olor (¡el olor de sus axilas era ideal, casi divino!) y ahora aprovechaba para decírselo porque nunca había tenido la oportunidad... Bueno, sí la había tenido pero... en fin... si era sincera, no había podido. No había podido porque la envidia, que a menudo disfrazamos con moralidad o modestia excesiva, y la bilis también, hacen un nudo en la garganta. Ella siempre habría deseado no haber pasado por esta tierra como una más, convertirse en una diseñadora famosa, revolucionaria, una diseñadora capaz de devolver la libertad al cuerpo de las mujeres de su época, pero ahora que era vieja, había comprendido que el talento no es algo que descende de los cielos un buen día, se cultiva, sí, pero hay que nacer con él: porque *se triunfa con lo que no se aprende*.

No podía evitar recortar sus fotos, siempre, desde que Coco dejó la Casa Grampayre lo había hecho, tenía un dossier con aproximadamente quinientos recortes suyos, cuando quiera, *mademoiselle*, se los muestro, seguro que hay alguno que usted no conoce...

Coco la escuchó con una arrogancia insolente (las aletas de la nariz palpitándole un poco, la frente plegándose en disgusto) y, a continuación, cuando la otra esperaba no menos que un abrazo ante esa explosión de amargura y sinceridad, la abofeteó.

Tampoco sintió nada, acaso grima, cuando volvió a ver a Marcel Mercy, el novio de Lucienne a la salida del Gaieté Lyrique. Era una noche de abril, tibia y reluciente, Coco asistía a la representación de *Parade* junto con Misia y el gnomo Sert. Picasso había pintado para la ocasión el telón que combinaba de manera original los elementos cubistas con la representación figurativa realista. Consistía en un enorme cuadro compuesto por un grupo de personas ante un fondo de bambalinas: arlequín, torero, pareja de amantes, marinero, moro y acróbata. Aunque la imagen era plana, el espectador alejado experimentaba una sensación de espacio que armonizaba muy bien con los efectos cubistas. El teatro estaba atiborrado, gentes de todo tipo, de la mejor sociedad, de la peor, la esposa del príncipe Sixto de Borbón-Parma, la duquesa de Doudeauville, chicas con aspecto de muchacho, burgueses advenedizos y artistas de vodevil. Al comenzar la función, Misia, Sert y Coco se alzaron y comenzaron a aplaudir desde su palco. Entonces, de entre el público se elevó un clamor sordo y unos silbidos. Alguien dijo: «Picasso, cerdo alemán». Era la manera de castigarlo por la venta de *La familia de saltimbanquis*.

Diaguilev, que asistía a casi todas las representaciones, había querido demostrar al público que el ballet ruso podía renovarse. Además de incorporar ruidos de máquina de escribir, disparos de pistola y sirenas de barco, Satie había escrito una partitura con algo parecido al ragtime.

Marcel Mercy vio entrar a Coco vestida con un traje de crep negro y cuello blanco y un collar de muchas vueltas. Durante hora y media la esperó fuera, fumando un cigarrillo tras otro. La abordó a la salida, mientras Misia y Sert charlaban con Diaguilev. Coco lo reconoció al instante. Miró a un lado y a otro y se acercó a preguntarle en un susurro: ¿qué hace usted aquí?

Mercy fue al grano: ¿No me dijo usted algo de unos apartamentos nuevos en París?

Ella le miró de arriba abajo.

—Veo que ha entrado usted en razón —dijo—. Venga a verme mañana a mi taller de la calle Cambon —y acto seguido le dio la espalda.

Buscó a Diaguilev que estaba esperándola con ojos tiernos y una corbata de lunares sujeta a la camisa con un broche, sonriente, oliendo a rosas del Caribe. Le dijo que lo sentía, que de ese ballet no había entendido nada.

Tampoco sintió nada; acaso un hilillo de pena dulce, cuando Lucienne Rebaté la telefoneó a los tres días para decirle que su novio se había comprado con la herencia de un familiar un apartamento nuevo y que en una semana se reuniría con él. Habían decidido casarse. Coco le dio la enhorabuena, pero también le dijo que tuviera cuidado, que aunque las intenciones del chico parecían buenas, tuviera en cuenta que estaba dejando casa y empleo por alguien a quien no conocía tanto, y que podía repetirse la historia del chico de la playa. No se preocupe, fue la respuesta de Rebaté. Esta vez será muy distinto.

Nada. Ni lástima real, ni superioridad, ni repulsión cuando Lucienne Rebaté llegó a la calle Cambon el seis de marzo, una mañana límpida, grillos en los rincones de las calles, hecha un mar de lágrimas. Coco estaba ocupada cambiando los botones de una chaqueta, alzó los ojos, y a través de la ventana la vio avanzar en dirección a la puerta de la boutique, agarrada a su maletita, fea, congestionada por el llanto. Giró la cabeza de un lado a otro, escupió un trozo de hilo y siguió con lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, la tenía sentada frente a ella. Lo primero que dijo Rebaté al verla fue: me ha vuelto a pasar, señora. He venido hasta aquí, dejando atrás todo lo que usted me ofreció, mi novio me ha dejado plantada. Ahora me doy cuenta de que los hombres son todos iguales. Coco la abrazó y luego la tomó de las manos.

Resultó que Lucienne había ido a la calle Saint-Placide como había convenido con su novio. Había llamado a la puerta dos o tres veces y al ver que no abría nadie habló con una vecina. Ésta le explicó que Marcel se había marchado hacía unas semanas a un apartamento nuevo (al oír apartamento nuevo, Coco sí sintió algo: una extraña y cruel satisfacción, pero ¿era satisfacción?, sí, satisfacción), y que no había dejado ningún mensaje ni para ella ni para nadie.

—Bueno, mujer —dijo La Flaca—, ya encontrarás a otro hombre mejor que ese sinvergüenza.

Rebaté, que tenía la vista fija en el suelo, alzó la cabeza. Dijo muy lentamente: No. Han pasado ya veintinueve años. Ahora quizá vendrán otros

treinta, tal vez otros treinta, sólo Dios lo sabe con certeza. Yo ya no busco a ningún hombre.

Pero Coco era infinitamente generosa —un pozo de virtudes—, y aunque ya había buscado a alguien para sustituirla en Biarritz, en concreto a su hermana Antoinette, que andaba muy necesitada de un cambio de aires, iba a ver qué podía hacer por ella. Jefa y empleada fueron a comer juntas al Fleurs. Comieron una sopa de tomate y calabacín, y, después de mucho llorar, Lucienne se interesó por su relación con Erny. Coco, que estaba a punto de decir que bien, que todo iba muy bien (ante sus subordinados ella siempre permanecía impassible, fuera del escarnio de la vida, la vida era una ducha que salpicaba a los *otros*), de pronto encontró un motivo para coincidir con Rebaté en que todos los hombres eran igual de canallas. Le contó lo de su compromiso con la hija del lord, una enfermera a la que apenas conocía. Al día siguiente, Lucienne Rebaté volvió a coger el mismo tren que la había llevado a París, esta vez en dirección a Biarritz, la nariz pegada al cristal de la ventana; nunca, nunca más confiaría en un hombre. Coco la había vuelto a contratar, pero por un sueldo más bajo, pues tenía un gasto más, el sueldo de su hermana. Dos semanas después, Lucienne llamaba a Coco para contarle que Marcel había ido a buscarla con nuevas promesas y que había intentado ponerla en su contra, a ella, a Coco, con la absurda historia de que *mademoiselle* le había sobornado.

Cuando Misia se enteró de lo ocurrido, aulló de felicidad.

—Eres peor que yo —le dijo.

Coco también le contó que, a pesar de que las cosas seguían exactamente igual entre Erny y ella, había decidido cambiarse de casa.

Entonces Misia le habló de un ático que un amigo había tenido que dejar precipitadamente. Se trataba de un almacén de té de 1870, uno de los primeros locales portuarios parisinos reconvertidos en residencia a principios del siglo xx. El ático de dos pisos, con vistas extraordinarias al Sena y al Trocadero, llevaba varios años abandonado cuando lo ocupó el propietario actual. Se trataba de un doble espacio con pilares de hierro colado, que en el nivel principal tenía una cocina, alrededor de la cual se situaban el recibidor, la escalera, una galería acristalada, la chimenea y la sala de estar con espléndidas vistas. Pero lo que realmente impresionó a Coco fue el vestíbulo *art nouveau* de la planta baja: en el dintel de la puerta había letras estilizadas que titulaban la casa y un tímpano triangular decorado con relieves geométricos y angulosos. Había hojas de hierro, amapolas de vidrio, lirios, sauces llorones, algas y crines de follaje, libélulas y huesos de gaviota

desplegados por los muros, barandillas y techos de modo que al entrar en el edificio uno parecía estar sumergiéndose en el olor profundo, amargo y fecundo de la tierra.

Misia también le facilitó una doncella polaca de pueblo, muy esmerada y discreta, Marie, que había estado a su servicio durante mucho tiempo y de la que ahora tenía que prescindir. Pero Misia no hacía todo eso por amistad. Quería algo a cambio.

¿Qué quería Misia teniendo, como tenía, todo el dinero del mundo? Pues nada más (y nada menos) que la caja de latón de la Desboutin.

Quería contemplar las fotos de los oficiales pringadas de papas, una vez; luego la devolvería a su sitio, la propietaria no tendría por qué enterarse de nada. Lo cierto es que en esta nueva etapa, Coco no sabía qué hacer con ella. Estrenaría piso y criada en un par de semanas; la Desboutin rondando por la nueva casa no sería más que un estorbo. Cedió ante el ruego de Misia y al día siguiente buscó la caja de latón en el dormitorio de la Desboutin. Tuvo que emplear una buena media hora en hacerlo porque la muy pájara la había escondido en un falso forro de la maleta, donde también guardaba corpiños y sostenes de encaje. La Flaca sacó los corpiños, las medias y unos trajes grises anticuados, y los extendió sobre la cama antes de volver a guardarlos; todo estaba apolillado.

A mediodía le entregó a Misia la caja envuelta en un saco y volvió a recogerla unas horas más tarde. Misia dedicó la tarde entera a contemplar a los oficiales; y lo pasó en grande. Los había bigotudos y lampiños, jóvenes y viejos, gordos y flacos, unos veinte, todos estaban pringosos de besos y papas. La Desboutin no se enteró.

La terapia psicoanalítica seguía su curso. Coco ya no hablaba de sus tías malvadas, de hecho, sólo hablaba del tiempo y las mariposas. Un día Jurié, el eterno lacónico, abrió la boca. Sólo se permitía hablar cuando lo que tenía que decir era más valioso que el silencio: usted no alberga odio contra la gente como me dijo un día, sino miedo. Miedo ante la posibilidad de que su imagen llegue algún día a depreciarse. Su corazón necesita calor como todos los demás. Añadió: ¿acaso se avergüenza de ser y sentir como una mujer? ¿Una mujer como todas las demás? Calor, se dijo Coco a la salida. Calor es lo que te hace falta a ti, majadero.

Ese día, al entrar en casa se encontró a la señora Desboutin sentada en el sofá junto a su maletita de cuero cuarteado. La comisura derecha de los labios parpadeaba ligeramente. ¿Qué hacía ahí su maleta? Coco miró a su alrededor. La casa estaba sin ordenar. No reinaba el olor habitual a productos de

limpieza, a veces mezclado con olor a guiso de carne. Las sábanas revueltas, el suelo sin barrer. Sobre la mesa todavía los restos de la cena y en el salón yacían los objetos por el suelo. Coco la regañó y aprovechó para decirle que esto no podía seguir así, que, como sabía, ella la había tratado muy bien, pero había llegado el momento de que se buscara otro lugar. Veo que tienes la maleta hecha, aprovecha y márchate. Márchate hoy.

—Falta una —dijo la otra ignorando el discurso.

Coco se desentendió de la mujer y se concentró en buscar una revista en la que recordaba haber visto un traje de tweed, que le había dado una idea para alguno de los modelos de su nueva colección. Finalmente la encontró en el cuarto de baño. Se tumbó en su dormitorio y estuvo hojeándola durante un rato. Cuando volvió al salón, la Desboutin seguía en el mismo sitio. Al levantar la vista, La Flaca volvió a oír:

—Falta una.

La señora Desboutin permanecía inmóvil, la piel exhalando un terrible olor a rancio, las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Falta una ¿qué? —le replicó con insolencia.

La Desboutin rebuscó en su maleta, lanzó vestidos y pañuelos al aire, hasta que sacó la caja de latón.

—Una foto —dijo.

Al ver la caja, Coco se estremeció. Echó pestes contra Misia, la muy cretina, ¿por qué diablos había decidido quedarse con una foto? Ahora la mirada de la Desboutin le inspiraba pavor.

—Había veinte —dijo con mucha calma— y ahora hay diecinueve; falta la del oficial del Séptimo. —Añadió con voz temblorosa—: El Séptimo de la Caballería Ligera.

Coco replicó que probablemente se trataba de un error, que tal vez alguien la había encontrado tirada y se la había llevado, o que quizá no tenía veinte sino sólo diecinueve y que el oficial del Séptimo nunca había existido, pero la Desboutin no entraba en razón. Repetía que había veinte y no diecinueve y sacó todas las fotos de la caja, las barajó, volvió a meterlas en la caja y las sacó de nuevo. Su rostro se crispaba. Era evidente que el tema de las fotos era de una importancia más que vital para ella; también que se iba a montar la de san quintín si no conseguía la que faltaba. Inesperadamente la Desboutin cerró la caja y la metió en la maleta.

Se dirigió a la puerta y antes de salir dijo:

—Usted me odia, aunque se empeñe en no tener tiempo para ello. Añadió:

—Pero ahora yo también a usted.

Desapareció por la puerta, en silencio, con su maleta cuarteada y su caja de galletas atada con una cuerda, palpándose un bolsillo en busca de un pañuelo con que limpiarse los mocos. La Flaca giró en redondo para volver a su habitación y cuando pasó por el pasillo, se encontró a sí misma contemplándose en el espejo: le había salido una cana, vaya por Dios. Sin más miramientos, se la arrancó. ¿Dónde estaba la foto? Esa misma tarde, La Flaca fue a ver a Misia. Después de mucho insistir, ésta tuvo que confesar que no había podido evitar quedarse con el oficial del Séptimo, que era increíblemente atractivo. Coco le pidió la foto. Tenía miedo de que la Desboutin volviera.

—No la tengo —dijo Misia—. Te juro por mi padre que la he perdido. La escondí en el cajón de las bragas y ahora ha desaparecido...

Como había ocurrido cuando rompió con Liébard, las relaciones con Erny siguieron como si nada. Coco le contó que había decidido cambiarse de apartamento y él la ayudó con el traslado. Por el perfume que había usado un día concreto, o por los zapatos que escogía, sabía que había visto a la enfermera, pero ninguno de los dos hablaba del tema. Era como si la vida de aquel hombre antes del compromiso, Ernest Capel, el rico empresario y jugador de polo con aroma a cueros y orines, el amigo de Clemenceau, hubiera sido un sinvivir. Por fin había encontrado su lugar en la vida. Había llegado el momento y Ernest Capel debía casarse con alguien de su condición social, por lo menos la hija de un lord, formar una familia; una suerte de intuición le decía a Coco que tenía que comprenderlo.

Un domingo, ya instalada en su nuevo apartamento, sonó el teléfono. Era su hermana Antoinette. Estaba bien; ella y el notario habían pensado volver a intentar tener un hijo un poco más adelante, cuando él consiguiera romper definitivamente con su mujer, que ya estaba al tanto de la relación. Hacía muy buen tiempo; la playa estaba abarrotada y había pensado encargarse tres rollos más de tela para nuevos trajes de baño... Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Por fin Antoinette soltó lo que había querido decirle desde el viernes por la tarde: Lucienne Rebaté había recibido un día una llamada de teléfono, al parecer de una mujer. Después de hablar un buen rato, colgó y comenzó a llorar. Al día siguiente recogió sus cosas y se marchó.

—Se llevó todo el dinero, las ganancias de seis meses que teníamos preparadas para ingresar en el banco.

¿Su abnegada y sobria Rebaté cogiendo sus cosas y marchándose? ¡Robándole! Le dijo a su hermana (aunque ni ella misma era capaz de creerlo) que probablemente necesitaba descansar un poco, que ya volvería cuando

recapacitara. Pero incluso Antoinette sabía que no lo haría. Coco colgó el teléfono y se encogió de hombros: Pues vaya, se dijo volviendo a posar la vista en el Sena y soltó un largo suspiro.

Durante un rato estuvo contemplando el río, pensando en quién colocaría en lugar de Lucienne, pues Antoinette no podría con todo sola. Su apartamento estaba situado entre el puente Sully, en el extremo oriental de la Île Saint-Louis y el puente de la Concorde y tenía vistas a un remanso donde el cauce se ensanchaba. Desde su terraza se oía un lejano griterío, se olían las algas del río y las flores del otro lado, y se podía ver cómo navegaban las barcazas y las lanchas rápidas. Durante un rato se dejó llevar, observando caer la tarde en las cortinas que pasaban de rojas a amarillas, de amarillas a grises y luego a negras. Por un momento (sólo fue una fracción de minuto) se sintió dichosa. Orgullosa de poder estar contemplando un hermoso paisaje desde un lugar al que había accedido por mérito propio, orgullosa de tener un nombre en el mundo de la moda, orgullosa de haber cumplido con una misión. Pero fue sólo un átomo de segundo porque la felicidad parecía asfixiarla.

La felicidad, como la desdicha, era difícil de soportar, una soga atada al cuello. De pronto, al ver que dos barquitos se rozaban ligeramente, volvió a golpearle la intuición. La intuición de que algo lamentable iba a ocurrir ahora que su vida era hermosa.

Y así fue; aunque si hubiera adivinado lo que iba a suceder en unos meses, no se habría quedado sentada en el sillón hasta la puesta del sol, hasta que su doncella polaca se acercó con la bandeja de la cena.

Erny y Diana Lister Wyndham se casaron el 7 de septiembre. La boda se celebró en la capilla privada del castillo de Beaufort, mansión de un general en Invernesshire, en el corazón de Escocia. Aunque Coco supo desde el principio que no iba a ser invitada, abrigó siempre la esperanza de que un día sonaría el timbre y alguien aparecería con la invitación.

Incluso meses después de casados, ella pensaba que aún le llegaría la invitación (se ha debido de extraviar, se decía de vez en cuando, encogiéndose de hombros).

12

Flotan a menudo por la orilla izquierda del Sena insidiosos deseos. Como las peores imaginaciones maduran en la soledad, en el lomo pellejado de los gatos callejeros y se entretienen en el bronce de las campanas de Notre-Dame. Por fin cruzan los puentes: algún día de mucha claridad se los oye como sonidos cascados, ráfagas de viento que anticipan la misa o la tormenta.

Hoy no los percibimos; mañana tampoco, pero se están infiltrando. Hinchando los toldos de las casas, abren fisuras en los muros ya resquebrajados; sordos e implacables, trepan las paredes, se amontonan en las mesas, los armarios ya no cierran... Se infiltran en las ranuras del corazón como una hiel que envenena el alma. Ya estamos calados. Se instalan en la boca del estómago, en el tono de las palabras, en el brillo de la mirada.

Eso fue lo que le sucedió a Coco. Una noche descendió sobre sus hombros una idea que poco a poco fue desarrollando: el deseo de que Erny volviera a ser suyo, nada más que suyo. ¿Cómo conseguirlo? Quizá quitando de en medio lo que estorbaba...

Después de la boda, él siguió visitándola en su nuevo apartamento. Merendaban tostaditas con caviar ruso en la terraza y luego dormían. Dormían a cualquier hora porque dormir a cualquier hora era volver a despertar (respirar, *olvidar*), hacer la vida que les diera la gana. Dormir también era para Erny tomar entre las manos los pechos erguidos de Coco, su rostro, su piel. Besarla. A menudo él le contaba lo desgraciado que se sentía: era rico, poderoso, vivía en un mundo de elegancia e influencias, pero no era él.

En ese nuevo mundo coexistían él y su *otro* como dos extraños. Eso decía. Luego callaba; preferían hablarse sólo con las miradas, quizá también alguna sonrisa, porque hablar era distanciarse, distinguir. Hablar era perder. Coco no había conocido todavía a Diana Lister Wyndham. La vio el día del armisticio en la sede de la Cruz Roja y había visto alguna foto en las revistas de sociedad. Aparentemente era perfecta, elegante y afelpada, siempre vestida lujosamente pero de acuerdo con su edad, con un aire de triunfante felicidad

de niña bien. Pero nadie les había presentado y era probable que la muchachita ni siquiera sospechara de su existencia. Todo le parecía muy injusto. Estaba segura de que Erny la quería; pensaba que ocho años junto a una persona no podían irse al traste así como así. Pero claro, de nuevo ocurría lo mismo que con Liébard: ella no tenía familia, ni fortuna, ni nombre, ella no era de jugo noble sino que había crecido entre hojas de repollo y coliflores amarillas y marchitas. Por no tener, no tenía ni costurera: se hacía sus propios vestidos.

Ni siquiera Misia, que estaba al quite, pudo darse cuenta de los solitarios pensamientos que fermentaban lentamente en Coco. Por fin la idea salió a la superficie un día en que Coco trabajaba en su taller. Al mirar por la ventana vio al mismo transportista que le había hecho llegar las cartas que le envió a Meg *la Larga* solicitando sus servicios como pianista. Como cada martes a primera hora de la mañana descargaba la mercancía para el taller: telas, hilo, maniqués sin brazos, cajas con botones, agujas... Se acordó de que aquel hombre le había mostrado su interés en volver a ayudarla a cambio de una buena propina. Dejó el vestido que estaba cosiendo y lo observó durante un rato. Sacaba y metía rollos de tela, era fuerte como un roble... ¿Y si él...? No, no, ¡no!, se dijo. Se puso en pie, escandalizada, abochornada por sus propios pensamientos.

Pero inmediatamente pensó que ese mal no era laguna, herida. Ese mal podía ser algo positivo: resistencia, rebelión, repudio.

Salió a hablar con el transportista que estaba encantado de que la jefa del negocio volviera a dirigirse a él. No llegó a proponerle nada —sería demasiado arriesgado, cualquiera podría verles frente a la entrada de la boutique— pero le pidió una dirección donde poder localizarle los días próximos, para un «encarguito», le dijo.

Una semana después, de paso a Cannes donde se proponía pasar las navidades con su mujer y cuñado, Erny le dijo a Coco que Diana estaba embarazada. Se lo dijo en un claro del Bois de Boulogne, donde ambos comían un picnic de filetes empanados y tortillas que Coco había preparado y Erny no se había cansado de alabar. Coco se limitó a seguir masticando, pasaba el bocado de carne de un lado a otro de la boca. Por fin dijo: todavía queda un filete, ¿quieres más?

No. Erny no quería más; se lo llevaba para el camino. Poco después, a media tarde, le despidió en la puerta de su casa con un abrazo. Era un abrazo que buscaba retener algo, la carne salada y fuerte de las espaldas de Erny, quizás ese deseo que andaba vagando por las calles de París y que había

madurado en su interior. Él iba montado en su Bugatti rojo, un modelo ligero, recién salido de la nueva fábrica de Molsheim, Alsacia, con un pequeño motor de 1.100 centímetros cúbicos, pero que llegaba a la fantástica velocidad de 80 kilómetros por hora (¡oye como suena el motor!, gritó antes de salir). A Coco se le olvidó darle la fiambarrera con el filete.

Algo está a punto de ocurrir, se dijo en voz alta, todavía agitando el brazo en medio de la calle, lo presentía, la intuición se acercó a ella, husmeaba, acechaba como un perro (¿acaso voy a morir?); sucedió más tarde.

Dos o tres horas después, Coco se sentó en la parte trasera de su Rolls con intención de ir hasta la dirección que le había dado el transportista y hacerle su encarguito. Desde el coche echó un vistazo. Se trataba de una taberna donde el hombre solía pasar las tardes libres. Salió del Rolls y se dirigió al mostrador.

Su frente comenzaba a perlarse de pequeñas gotitas y sentía la cabeza pesada: sí, le confirmó el tabernero, está ahí, tomándose una cerveza en una esquina.

La Flaca no llegó a sentarse. De pie, junto a la mesa, vomitó su encargo: Diana Lister Wyndham, veinticuatro años, viuda y vuelta a casar, hija de lord Ribblesdale, la conocerá usted por las revistas de sociedad: tiene que desaparecer. El transportista no daba crédito a sus oídos.

—¿Cómo? —dijo.

—Lo que ha oído.

—¿Me está pidiendo usted que me convierta en un asesino?

Coco salió de la taberna como alma que lleva el diablo, se metió en el coche y volvió a casa. Esa noche no consiguió conciliar el sueño. A las tres o cuatro de la madrugada abrió el cajón de la mesilla de noche, sacó el esmalte y comenzó a pintarse las uñas. Canturreaba. Dos minutos después, oyó unos golpes. Dejó de cantar, pero no se levantó enseguida, sino que se quedó durante algunos segundos paralizada, la mano inmóvil en el aire. Pensó: es Erny, que vuelve a por su fiambarrera (lo pensó, y al mismo tiempo consideró que era ridículo).

Pero también pensó que la intuición nunca miente y que si la estuvo rondando durante el día (una palpitación de la carne) algo había. Volvió a oír los golpes, pero permaneció en la misma postura, sin atreverse a guardar el esmalte en el cajón, ni a seguir pintándose las uñas ni a saltar de la cama.

Por fin bajó al portal silenciosamente. En realidad ella no bajó. Su corazón se quedó arriba, es decir, bajaron la escalera las piernas, los brazos, los pelos, el sexo. Entre lirios, capullos y huesos de hierro colado estaban

Misia y Sert, los rostros graves y quietos contrastando con las líneas onduladas. La hicieron sentarse (¡pero yo no quiero sentarme!, ¡siéntate!) y, a continuación, tartamudeando un poco, Sert explicó que Erny había tenido un accidente. Coco sintió un vacío en el estómago. Los miró fijamente, primero a él, luego a ella. Entonces, Sert, que en momentos delicados como ése era incapaz de gobernar la lengua, comenzó a explicar que lo habían encontrado a las doce y treinta y cinco, en el tramo de St. Raphael a Cannes, que un neumático del Bugatti había estallado, que la herida era grave, muy grave y...

—Cállate ya —dijo Misia—. Coco ha comprendido.

Erny había muerto y no se había llevado la tartera con la tortilla y los filetes empanados. Eso fue lo único que pensó Coco. Pensó en la fiambreira metida en el frigorífico, en que la tendría que sacar unas horas después, en el movimiento para levantar la tapa, ploc, en la tapa algo abollada, en el aroma, allí dentro había un aroma y había un filete, pero también podría haber lentejas y huevos duros, hojitas de escarola. Pensó en la tristeza de comer frío y que tiraría el filete, ¡sí!, eso es lo que haría, tirar el filete. De pronto, le vinieron ganas de reír. Durante un buen rato estuvo en silencio, aguantando las ganas (no eran ganas, era ya *necesidad*) de carcajearse como una vieja bruja.

—¡Llora! —oyó de pronto.

Era Misia; le acababa de coger las manos y le gritaba que llorase; le gritaba que por una vez en su vida rajase la piel de su corazón y soltase toda el agua que tenía dentro, llora, le decía, cuando en realidad ella tenía ganas de reír... Volvió a subir la escalera a grandes zancadas, remontando los peldaños de dos en dos antes de que la risa irrumpiera, antes de que Misia y Sert pudieran pensar de ella que era una bruja insensible, deleznable, no sólo no lloraba la muerte de Erny sino que se reía (¡¡reía!!), pero por fin, junto a la puerta, la llave en mano, no pudo evitar volver a pensar en la fiambreira. Soltó una carcajada feroz y estrepitosa. Una vez dentro de la casa (seguía riendo) llamó por teléfono al chófer e hizo una maleta. Al rato volvió a bajar, no sin antes mirarse en el espejo del pasillo: la risa la había dejado desmontada y rota, fea. Se arrancó dos canas más.

Amanecía cuando ella y el conductor enfilaban la carretera en dirección a Cannes. Desde Cannes a Niza, los grandes hoteles estaban ocupados por gente que había acudido a pasar la Navidad. El chófer propuso detenerse a descansar, pero Coco se negó. Pensaba: todos los acontecimientos se producen *necesariamente*. Siguieron hasta Montecarlo; llegaron de noche. Encontraron alojamiento en un hotel pequeño. Coco pasó la noche sentada en

un sofá. Seguía pensando: se producen *necesariamente* ya que se producen por causas que, a su vez, tienen causas.

A la mañana siguiente, ordenó al chófer que la llevara al lugar del accidente. A pesar de los baches de la carretera, ella permanecía erguida en el asiento, contemplando el retroceso de la tierra —litoral, bosques de pinos y montañas tostadas, valles muy estrechos y profundos que transmitían una extraña sensación de paz— con los ojos fijos en la ventana, escuchando el rezumar de esa voz que le decía Dios tiene un *plan* para cada uno de nosotros, y hay *causas*, acontecimientos del mundo tanto grandes como pequeños, concatenación estricta. El Bugatti rojo seguía volcado, incrustado en una valla de la carretera, ocupaba el arcén. ¡Para!, dijo Coco. Salió y miró a su alrededor. Luego, como si fuera ciega, mientras respiraba agitadamente, empezó a palpar la chapa retorcida con las manos, la maleta de Erny abierta, las ropas desparramadas por el suelo, su hoja de afeitar, las llaves de la casa. Estuvo un buen rato rebuscando por el suelo.

—No está —graznó al chófer, y se sentó sobre un mojón, inclinada hacia delante—: la fiambarrera no está.

¿Qué hacía ella allí? ¿Para qué había recorrido tantos kilómetros sin dormir? ¿Estaba allí para entregarle a alguien el filete empanado que Erny se había olvidado? ¿Acaso quería ver todas aquellas cosas esparcidas por el suelo, comprobar que el accidente era real?

No; ella no estaba allí para comprobar que el accidente era real. Estaba allí para convencerse de que su presente era ése. Al ver esas cosas esparcidas por el suelo pensaba que aquello era así; sin quejas ni lamentos. Cuanto más miraba al Bugatti último modelo, la chapa retorcida, el neumático en mil pedazos, la ropa revuelta, más consciente era de que nada podía dar pie a un lamento. El tramo de St. Raphael a Cannes no era más que una línea; un límite lleno de sentido. Un fatalismo tranquilizador. Presente. Un presente perfecto: el único que ahora tenía.

Levantó la cabeza y buscó al chófer con la mirada. Dijo:

—Vámonos.

La bala pasando por la vida, más allá *aún no hay trayectoria*. Pero ¿qué es la vida?, la vida se pasó volando, ¿qué queremos decir con esto?, piensa Coco mientras intenta descifrar el odio incrustado en el ojo de su asesino (asesina, *era asesina*; pero ¿quién podía ser su asesina?). Había varias candidatas, ¿no era así?, varias mujeres a las que había dado motivos para acumular rencor contra ella: Lucienne, por ejemplo, que seguramente ya sabía lo que había pasado con su novio; o la Desboutin, que siempre la miró mal y ahora le había dicho que la odiaba; Misia, o Meg *la Larga...*, no, Meg se había lanzado por la ventana del internado, estaba muerta junto a su piano, junto a su talento: su talento criando malvas. Una vez más, allí, en el pasillo del Ritz, a los ochenta y ocho años y la frente surcada de arrugas (una densa maraña de desilusiones), piensa que la vida es eso y nada más, *abrazar y ser abrazado*, nada más, aunque a veces cueste toda una vida llegar a entenderlo. Aunque sigamos siendo los que siempre fuimos.

Erny se había casado con otra. Pero ahora estaba muerto. Y muerto, volvía a ser suyo, porque el vacío era inglés y elegante, con gestos elegantes y espíritu de justicia. El cuerpo del vacío seguía siendo denso y emanaba un olor extraño, como a bosta de vaca o cuero, y se necesitaba un tiempo para reflexionar sobre las cosas.

Al llegar al apartamento del Sena, Coco ordenó a su doncella que retirase todas las sábanas, las cortinas y los manteles y que los sustituyera por telas negras: luto. Por el muerto, estaría de luto. Pero no aguantó ni dos semanas: ¡rápido, Marie!, dijo. Sácame de esta tumba.

Ella misma se ocupó de volver a doblar y meter las telas en un arcón. Un día entró en la casa como alma que lleva el diablo. La doncella, que fregaba la loza en la cocina, la oyó descolgar las cortinas y enrollar las alfombras. La oyó hacer un revoltijo junto con las toallas. Fue al salón a ver qué pasaba: su señora estaba subida a un taburete y arrancaba los visillos. Una sensación de suciedad, algo parecido al remordimiento invadía a Coco; necesitaba lavar todo aquello. En su mente, limpieza se asociaba con felicidad.

Pensar le hacía sentirse físicamente sucia. Mientras frotaba la ropa, le parecía estar viendo aquella palabra, felicidad. Todos los días arrancaba la colada de las manos de Marie y la hacía ella misma; la cuerda de tender en la terraza se curvaba con el peso de la felicidad. Felicidad al alcance de la mano. Húmeda. ¿Qué es la vida?

Con las telas negras, amontonó los recuerdos en el arcón: el olor a cuero y orines de los hipódromos, la elegancia, el formalismo, los sombreros de paja comprados en Lafayette por un franco, sombreros para pobres y para ricos, tontas, jóvenes y nada jóvenes, mujeres con o sin bigote, ajenas al devenir de la historia, todo lo engullía el arcón (o el vacío del arcón), la ilusión de empezar, las cenas en el Pré Catalan, los huevos fritos con champán, el éxito, las risas a las tres de la madrugada.

Era como amontonar tierra: el primer puñado es difícil de arrojar, pero luego la tierra pide tierra.

También metió la verruga que Erny tenía detrás de la oreja (era una verruga de puro viejo, se dijo al arrojarla).

Cerró el arcón de golpe y le pidió a Marie que lo subiera al altillo. Dijo: *se acabó el arcón*.

Al día siguiente fue a la calle Cambon y ordenó que se cambiara el color de todos los vestidos: puso a todas las señoras de París del luto que ella no se atrevió a lucir. La vida es eso. *Abrazar y ser abrazado*. Nada más.

El luto en la ciudad de París no duró mucho, pero fue intenso: mujeres con jerséis y faldas cortas con tablas y talle bajo, sombreros en forma de campana, negros, negríssimos, a fin de darles aquella silueta cimbreante de sauce llorón a la que la ciudad apodaría *gargonne*.

Ya nada le importaba, especialmente desde el día que un gendarme se acercó a su casa con varias pertenencias de Erny. Un jersey marinero que ella había diseñado para él, una petaca, un libro con su dedicatoria, varios relojes, un sobre con fotos... Coco estuvo acariciando los objetos durante un rato. El jersey todavía olía a él.

—¿Por qué no se lo queda su viuda? —le preguntó al gendarme.

—Su viuda ha dicho que estas cosas no tienen nada que ver con ella; nos ha pedido que se las entreguemos a usted.

Una vez sola, Coco se llevó el jersey a la nariz. Durante un rato aspiró su aroma a establos. Luego hojeó el libro y cerró bien la petaca que se había abierto un poco. Por último sacó las fotos del sobre. Sonrió. Se trataba de fotos en las que estaban ella y Erny, por eso las había rechazado su viuda. En una de ellas estaban los dos en el porche del castillo donde se habían

conocido, Coco apenas tenía veinte años... En otra estaban en la playa de Deauville, en otra aparecían con Misia y Sert. De pronto se quedó inmóvil. Había una foto antigua, algo amarillenta y sucia, que no era suya; pensó que debían de habérsela entregado por equivocación. Se trataba de un oficial de caballería, de los que le gustaban a la señora Desboutin. Estuvo observándola durante un rato, algo pensativa, hasta que volvió a introducirla en el sobre junto a las otras.

Dos o tres días después, mientras hacía cuentas en su despacho, volvió a acordarse de la foto del oficial. ¿Qué hacía allí, entre las pertenencias de Erny? Sin saber por qué, también pensó en Misia.

Los meses posteriores a la muerte de Erny, Coco se entregó al desenfreno. Dejó de visitar al psicoanalista, al que consideraba un farsante revestido de silencio. Durante todo ese tiempo, la Escuela del Psicoanálisis había ido abriéndose camino en la mentalidad de la gente. Por entonces se autorizó a algunos doctores como René Allendy y Laforgue a analizar a algunos enfermos de los hospitales. Y aunque era bastante corriente oír aquello de «sufre un complejo de inferioridad», todavía había muchos médicos que clamaban que «todo eso no era más que porquerías».

No es que Coco dejara de visitar a Jurié; él fue quien se negó a tratarla hasta que no supiera para qué había decidido ir a su consulta. En su última visita, Coco le había contado el sueño que había tenido dos días después de que Marie subiera el arcón al altillo. Le dijo que una mañana la había despertado un suave rumor, como el crujido de una carreta de bueyes en movimiento. Se asomó a la ventana y vio algo navegando a la deriva por el Sena: era su arcón. Ordenó a la criada que bajara al río y que lo volviera a colocar en el altillo. Desde la ventana la vio bajar hasta la orilla, arrodillarse y alcanzarlo con un palo de escoba. La vio volver y oyó cómo subía el arcón dando tumbos por la escalera. También oyó los suspiros de Marie.

Al meterlo en casa, la criada dijo que el arcón no pesaba nada, que debía de estar vacío.

—¿Qué había dentro? —preguntó Julian Jurié.

—No lo sé —fue la respuesta de Coco—, ¿por qué iba a abrirlo? Jurié no insistió.

—¿Quiere usted añadir algo más? —dijo después de un buen rato.

—Sí —contestó Coco—. Me preguntó usted hace tiempo si les reprochaba a mis tías malvadas no haberme preparado para el «triunfo».

—Así es, y me dijo que no lo sabía. ¿Tiene usted ya la respuesta?

—La tengo.

—Pues dígame.

—La respuesta es no.

—¿Y por qué no?

—Porque ellas nunca habrían podido prepararme para el triunfo.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque sencillamente se triunfa con lo que no se aprende.

Por aquel entonces Coco empezó a organizar fiestas, o iba a bailar a los locales de moda que se habían abierto desde los Campos Elíseos hasta Montmartre, con Misia, o sin ella, sola. Una apatía insensible al sueño, al frío y a la presencia de los demás se apoderó de ella. Bebía mucho, bebidas alcohólicas muy fuertes, y comenzó a fumar. Bailaba el fox trot totalmente borracha. Iba a escuchar el jazz que empezaba a llegar de Estados Unidos, y al volver a casa seguía sintiendo en las sienes el sonido de la trompeta, ese flujo y reflujo que había conseguido desplazar al balanceo despedazado del ragtime. Oía la trompeta hasta el amanecer, y luego callaba. Cuando le entraba la gana de lloriquear corría al cuarto de baño. Abría los grifos para que Marie no oyera el sonido de sus sollozos de cerdo.

Pero Marie la oía y, como sabía lo que venía a continuación, se metía en un armario, se agazapaba tras una puerta o escondía bajo la cama.

La Flaca se iba a la cama. Durante un rato yacía inmóvil, sumida en una melancolía amarga, las piernas estiradas y muy juntas, la sábana hasta la barbilla y el rostro descolorido, murmurando en voz alta: éramos tan felices, tan felices... Pero tuvo que morir y dejarme sola.

Luego se levantaba bruscamente y frente al espejo comenzaba a arrancarse el cabello, no sólo las canas, sino también los demás pelos, a veces de uno en uno; otras, mechones. Después buscaba a la criada con los ojos locos.

—¡Ah, tú no sabes lo que es esto! —le gritaba con un manojo de pelos en la mano—. No tienes entrañas. ¡Sal de donde quiera que estés! —Cogía un jarrón, un libro, cualquier cosa y se arremangaba—. ¡Sal de ahí, gorda sin entrañas!

—*Mademoiselle* —gemía la criada desde algún sitio.

—Voy a contar hasta tres: a la de una, a la de dos y...

Y el bulto de Marie saltaba de su trinchera lanzándose hacia la puerta: no me haga daño, señora, yo no tengo la culpa de... Al pasar junto a Coco a toda velocidad, ésta le lanzaba el jarrón: cállate, tú no sabes lo que es esto; tú no tienes entrañas...

De tanto en tanto, se dedicaba a espiar a su competencia: Jean Patou había abierto su salón justo después del Día del Armisticio y ahora sus desfiles eran uno de los espectáculos con mejor acogida en París, un público en que se mezclaban compradores y fabricantes de seda, diplomáticos, artistas y elegantes damas. Por otro lado, Lucien Lelong, el otro gran modisto de la época, acababa de casarse con la princesa Natalie Paley, que se había convertido en un anuncio andante de sus últimas colecciones. Una noche se encontró con Paul Poiret en el Boeuf sur le Toit. Lo conocía personalmente de varios desfiles anteriores a la guerra y había oído que, al finalizar la contienda, había abierto un palacio en el Rond Point de los Campos Elíseos, donde un zodiaco pintado en el techo del vestíbulo intentaba representar la posición de los astros en el momento en que había nacido. También había oído que en una ocasión había criticado su estilo tachándolo de «lujo miserable». Se acercó a él y, como no quería hablar de moda, comenzó a hablarle en tono amistoso sobre la música de la Original Dixieland Jazz Band (¿te gusta?). Poiret le dio, en primer lugar, el pésame por lo de Erny y luego le dijo que sí, que le gustaba la música de la Original Band, pero que olía a África. No le faltó al respeto en ningún momento.

Después de varias copas, Coco, que estaba en compañía de Misia, comenzó a insultarle. Le dijo que era un pobre de pueblo, que jamás sería aceptado como igual por las damas de rango a las que aspiraba a vestir y que por eso, y nada más que por eso, el jazz le olía a África. Sus insultos comenzaron a subir de tono y Poiret no tuvo más remedio que defenderse: y tú, ¿qué?, ¿eh? ¿Acaso no eres también una pueblerina? ¡Todo el mundo sabe que eres una pueblerina! ¡Es un secreto a voces y la única diferencia es que yo no tengo problema en reconocerlo!

Iba tarde a trabajar; muchos días llegaba a la hora del almuerzo. Comía una sopa de tomate y un bollo de pan con mantequilla en la barra, sola o conversando con el que tenía al lado. Comenzó a ir a un restaurante distinto, a dos o tres manzanas de la calle Cambon; en el Fleurs la conocía todo el mundo, las camareras sabían que era la famosa diseñadora de moda que aparecía en *Vogue* y que Erny acababa de fallecer en un accidente de coche. Sabían que a veces perdía los nervios y gritaba a sus empleadas, sabían que el té lo quería tibio y sabían que los martes iba al salón de belleza a hacerse la manicura.

Harta de responder a las mismas preguntas y de oír los mismos comentarios (¿ya se encuentra usted un poco mejor?, verá cómo el tiempo lo cura todo...) y de ser objeto de la compasión ajena, decidió cambiar de local.

En el nuevo restaurante coincidía con un señor algo mayor que ella, americano, muy educado, que trabajaba en una oficina de la zona. Hablaban del tiempo y de otras cosas sin importancia, pero a Coco le reconfortaba no comer sola, conversar con alguien amable que, probablemente por ser extranjero, no conocía su fama.

Ante este señor que no la conocía de nada, todo su pasado quedaba borrado; desde el momento en que entraba por la puerta del restaurante, podía ser cualquier persona. Podía ser la hija de un aristócrata inglés, o bien una mujer de linaje oriental. Podía ser una mujer casada con hijos, tres hijos de catorce, doce y diez, y eso es lo que era. Empezó a serlo un día sin apenas darse cuenta, cuando él le preguntó si tenía hijos. No le preguntó si estaba casada; fue directamente a los hijos. Sí, dijo ella llevándose la taza de té a los labios. Tengo tres. Desde aquel día era una mujer respetable con hijos y un marido inglés, lord Carnavon, dijo (el caso es que el nombre le sonaba de algo), coleccionista de antigüedades, que trabajaba como arqueólogo en Egipto (¡en Egipto!, se dijo un día Coco al salir del local, ¿por qué se me habrá ocurrido mandarlo tan lejos?).

Él solía llegar cuando ella ya había empezado su sopa; al principio coincidían por casualidad, un día, sí; otro, no. Luego dos seguidos, ninguno le daba mucha importancia a si el otro estaba o no. Hasta que la charlita acabó por convertirse en costumbre.

Luego el señor cambió su horario, llegaba al local media hora más tarde porque, según le explicó, era corredor de bolsa y en su oficina habían establecido nuevos turnos. Sin darse cuenta, Coco se encontró buscándole con la mirada fija en la puerta, alargando el postre o el té para verlo entrar por la puerta. En realidad, el americano le importaba un cuervo. Eran las palabras lo que ella quería, la compañía. No recordaba haber sentido nunca tan cerca la soledad, por más que su niñez la había aproximado a ella, y esas palabras intercambiadas con alguien, de quien sabía el nombre y poco más, acabaron por convertirse en su único consuelo.

—¡Me acabo de enterar! —le gritó un día el señor desde la puerta.

Por un momento, Coco sintió una mezcla de vergüenza y miedo. Miedo de que el señor la hubiera descubierto, que supiera que en realidad había estado hablando con *Madame de...*, la conocidísima diseñadora de moda, sin saberlo. Porque ahora él entraba por la puerta diciendo me acabo de enterar con su asqueroso acento americano, ¿cómo iba a disimular su mentira?

—Me acabo de enterar —volvió a decir a medio metro de ella, sonriente.

Coco bajó la cabeza. Estaba a punto de abrir la boca para vomitar la verdad. Ella no tenía ni un marido lord ni tres hijos sino que... cuando el señor volvió a gritar: ya decía yo que me sonaba el nombre de su marido. Acabo de leer en el diario que por fin, lord Carnavon ha descubierto la cámara sepulcral del faraón Tutankamon en el Valle de los Reyes. ¡Menuda noticia, señora! ¡Enhorabuena, qué discreta ha sido usted durante todo este tiempo!, porque usted sabía que ellos ya habían dado con el acceso, ¿no es así? ¿Sabe usted lo que va a suponer eso para su marido? ¡A mí me encanta la arqueología!

La Flaca sonrió aparentando discreción. Cogió el periódico y comenzó a leer: «Después de cuatro años, la exploración de la tumba ha llevado a los exploradores ingleses, lord Carnavon y Howard Cáster, hasta la cámara sepulcral del faraón Tutankamon, que reinó hacia 1350 a.C. El descubrimiento representa uno de los mayores sucesos arqueológicos del siglo y ha atraído la atención de la prensa del mundo entero...».

Volvió a esbozar una sonrisa forzada: sí, dijo, mi marido está muy contento; y yo también.

Coco no sólo había cambiado de restaurante sino también de salón de belleza. Los martes a las tres y diez, iba a hacerse la manicura a Millat. Allí también, sin darse cuenta, había comenzado a hablar de su marido arqueólogo y de sus tres hijos. Cada semana engordaba la mentira un poco más, y ese martes, sin quererlo, contó a su esteticista particular lo de la tumba de Tutankamon. Las otras clientas quisieron saber qué tesoros se habían encontrado junto al féretro. Oro, vasijas incrustadas con diamantes, diademas talladas, les explicó con gran afectación. Aquel viaje a Egipto, los martes a las tres y diez, la hacía sentirse bien. Muy bien.

Algunos días sus jaquecas le impedían ir a trabajar (hoy me quedaré en mi habitación revisando facturas). Marie le decía: tiene que ser duro, señora, trabajar como usted lo hace, de sol a sol. Ella asentía; pero en el fondo pensaba que lo realmente duro era volver a casa, reencontrarse con su cama blanca de sábanas tensadas y maternal, con la nieve de la soledad y la somnolencia. La somnolencia, la lucha por sacudirse el sueño de encima, porque una vez despiertos, somos de nuevo *uno* con nosotros mismos. Cuando se quedaba en casa no revisaba facturas y Marie lo sabía, como sabía otras muchas cosas más. Dormía o lloraba, alternativamente, hasta que el cuerpo, asqueado de cama y agua, se arrastraba hasta el salón. Entonces la doncella le preparaba un té y un sándwich frío (*mademoiselle* estará cansada de revisar facturas), y ella agradecía la amabilidad de esa mujerona envuelta

en silencio; la ternura de esas manos afelpadas que dejaban la bandeja sobre la mesa, la presencia que está tan próxima de la ausencia.

Marie olía a limpieza, había en ella algo doméstico, acogedor y risueño, y esto la sumergía en una dulce emoción. Aguantaba estoicamente sus excentricidades y en poco tiempo había aprendido a servirla a la perfección: al oír la cerradura de la puerta, ponía agua a calentar para prepararle un té. Luego iba hasta el salón, donde ya estaba *mademoiselle* esperando con las manos extendidas y los pies en alto para que le quitasen las medias. Se hincaba de rodillas y, lentamente, comenzando por los muslos y deteniéndose un poco más abajo, comenzaba a desenrollarlas.

Había algo muy sensual en aquel ritual: La Flaca cerraba los ojos mientras oía el susurro del cuerpo ajado de su criada. A veces, sin que ella misma pudiera controlarlo, de su pecho salía un ah, éramos tan felices, tan felices...

A menudo deseaba hablar con Marie, saber más acerca de su infancia en un pueblo polaco (que quizá no distaba tanto de la suya propia, salvo por el hecho de que estaba casada y había dejado en su país a dos niños de corta edad) pero una suerte de pudor o vanidad, la necesidad de inspirar respeto o adulación, ese afán terrible de «preponderancia» sobre los demás, sobre todo sobre sus empleados, anulaba la voluntad. Seguía viéndose con Misia, pero echaba de menos su otra amistad, la de Lucienne Rebaté con la que solía sentarse a hablar del amor o de la rutina. No había vuelto a saber nada de ella desde que había huido con el dinero de la tienda de Biarritz. Coco había dado parte a la policía, pero la muchacha seguía desaparecida del horizonte.

Una mañana llegó tarde a la calle Cambon. Las sienes le palpitaban y los ojos parecían salirse de las órbitas, pensaba firmar unos pagarés y volver a la cama. Pero al llegar allí le dijeron que una visita la esperaba. Al entrar en su despacho, la reconoció al instante: el bolso sobre las rodillas muy juntas, algo más vieja, bien vestida, más menuda, una enanita. Lucienne. A Coco se le heló la sangre.

Lucienne Rebaté se levantó, saludó a su antigua jefa y volvió a sentarse. Al ver que no parecía crispada, Coco se tranquilizó. En el fondo, se alegraba mucho de verla y experimentar ese sentimiento de dulzura le hacía sentirse aún mejor. ¿Desde cuándo no se alegraba de la presencia de alguien? ¿Desde cuándo no se alegraba? Lucienne sentía mucho la muerte de Erny. Se enteró por los periódicos. También conocía la última colección de faldas, ¡a veintidós centímetros del suelo!, como usted había pronosticado. Lucienne hablaba y hablaba. Recordaba viejos tiempos, las conversaciones en el *Fleurs*, los días de trabajo delirante, los comentarios del *Vogue* después del desfile de

una nueva colección, el trabajo de la tienda de Biarritz, las vizcondesas y su olor.

Y mientras hablaba, Coco observaba el brillo de sus ojos. No dejaba de preguntarse: ¿para qué habrá venido?

De pronto Lucienne calló. En ese momento, Coco aprovechó para invitarla a conocer su casa del Sena, luego podrían ir a tomar algo a cualquier sitio, ¿al Fleurs?, no el Fleurs cerraba los lunes. No le pediría el dinero que se había llevado de la boutique de Biarritz; ahora, no, después de todo, no merecía la pena, tal vez dentro de un tiempo. Eso era agua de borrajas. No sacarían el tema y harían como si nada hubiera ocurrido. Se mostraría dulce y conciliadora. Hablarían de los viejos tiempos. Volvería a contar con su amistad, que tanto necesitaba en esos momentos. Tenía que ser práctica. Toda la vida pensando en los demás y no en ella, ya se lo dijo Jurié: ¿por qué no trata de conocerse a sí misma en lugar de empeñarse en conocer a los demás? Así que había llegado el momento de cuidarse. De pronto, Lucienne se levantó, bruscamente. Cogió el bolso y el abrigo y fue hasta la puerta. Pero no la abrió sino que se giró lentamente hacia la que había sido su jefa tantos años. Durante un rato, jefa y empleada se escutaron, y los ojos se les llenaron de lágrimas. Coco fue hasta ella y la acogió entre sus brazos. Se abrazaron, uniendo su pena en un beso que las igualaba. Entonces Rebaté abrió la puerta, y a punto de salir, limpiándose las lágrimas de la cara, dijo:

—Me llamó la señora Desboutin.

—¿Desboutin? —preguntó Coco, y comenzó a tartamudear—: ¿Te-te llamé la Desboutin?

Los gestos con que Lucienne se ponía el abrigo y, una vez puesto, lo estiraba sobre la pierna y luego se colgaba el bolso por encima del hombro, una y otra vez, fueron lentos y concentrados.

—Me llamó a la boutique y me dijo muchas cosas..., entre ellas que el señor Capel acababa de casarse con una chica polaca, una tal Misia...

Coco tragó saliva.

—Bueno..., ¿Misia?, no exactamente —dijo.

—¡Ah! —dijo Lucienne superponiendo los dedos índice y anular—. Entonces he debido de cruzar los nombres. Ésa era su amante...

La Flaca se quedó pensativa. Una luz parecía haber descendido sobre ella.

—También me dijo que usted había ido a ver a mi novio a su casa de Saint-Placide.

No. Coco no había oído bien. Apenas había dormido, no había desayunado y sentía mucha debilidad; la cabeza le daba vueltas. No. Lo que

acababa de escuchar no era verdad. ¿Misia amante de Erny?, oh, no. ¿Cuándo?, ¿cómo? ¡Qué majadería! Eran sus sentidos, siempre dispuestos a engañarla. Eso era lo malo de beber tantos gin-tonics. Tenía que dejar la bebida, y también la vida nocturna. En realidad no le gustaba la vida nocturna, nunca le había gustado. Aquellos hombres pringosos y casados con duquesas, flirteando con ella en la barra inhóspita de un bar.

—Me dijo que usted le sobornó para que no volviera a verme nunca más.

Lucienne, mi pequeña y obediente empleada, mi bufón, mi lacayo. Luciennette, mi objeto de dominación, la pobre y feúcha criada de pueblo, mi gusto por la posesión diciendo «sobornó» y «nunca más». ¿Serían suyas esas palabras o acaso estaría siguiendo las instrucciones de alguien? ¿Era ella la que hablaba? ¿Qué es lo que había sucedido para que dejara de ser la mujer dócil de siempre? Lucienne, mi trabajadora más fiel, con su bolsito pequeño y el pelo grasiento, con la raya peinada al medio. Luciennette, la tonta de pueblo. Lucienne, increíblemente poderosa frente a mí.

Presa de un arrebató, Coco tomó las manos de la mujer y comenzó a pedir perdón. Perdóname, decía. Perdóname, Luciennette. Era la primera vez en su vida que pedía perdón a alguien. La primera vez que sentía que el perdón de esa persona era pan, alimento para seguir viviendo. Comenzó a respirar con dificultad y luego a sollozar, sollozos roncós, como los de un cerdo. Se arrojó al suelo. Intentó explicarse pero no pudo. Lucienne permanecía inmóvil, fría, su mirada era un témpano. Varias empleadas entraron a ver qué pasaba. Como Coco carecía de fuerza para expulsarlas a gritos, tuvo que aguantar el escarnio que supuso que éstas la vieran llorar y suplicar de rodillas ante una antigua dependienta.

Antes de marcharse, Lucienne le lanzó una última mirada. Eran ojos que no esperaban ni temían nada ni tenían pregunta alguna (y durante el resto del día, esos ojos persiguieron a La Flaca). Sólo dijo: la encuentro igual que siempre, salvo... con algo menos de pelo..., pero debe de ser el otoño. Luego se marchó; La Flaca inmóvil en la puerta, boqueando como un pez.

Nunca habló con Misia de esta conversación. Que su mejor amiga hubiera sido amante de Erny a sus espaldas era algo deleznable, pero no podía permitirse el lujo de perder a otra amiga en esos momentos. *Ahora* no. De modo que el rencor quedó ahí: memoria de la agresión no perdonada ni vengada, embalsamado en las tripas.

Años después, acabaría por supurar. De momento se conformaba con «pequeñas venganzas».

En junio se cumplió por fin el sueño de la polaca: ella y Sert contrajeron matrimonio. Coco confeccionó el vestido: seda salvaje sin apenas ornamento. También diseñó los vestidos de las damas de honor, los pajes, damitas, madrina, tías, hermanas y amigas. Estuvieron discutiendo sobre el traje de novia hasta el último momento. Misia se empeñaba en que subiera el escote, que era demasiado atrevido para una mujer como ella, cuarenta y ocho años, dos veces casada y dos divorciada; Coco le decía que no era el momento de ponerse mojigata, que su «deber» era lucir huesos y que si tapaba demasiado aquella zona erógena tendría que pensar en poner otra al descubierto. La misma mañana de la boda discutieron a grito pelado aunque al fin parecieron llegar a un acuerdo.

—¿Estoy bella?

—Bellísima.

Y de pronto, sin motivo aparente, Coco le arreó a Misia un puñetazo en la mejilla. Perdón, dijo. Se me ha escapado. Tuvieron que maquillarla de nuevo; por suerte, el golpe quedó perfectamente camuflado. Cuando volvieron a estar solas, La Flaca la empujó contra la cama: ¿pero se puede saber qué haces?, gritó la otra. Coco comenzó a deshacerle el peinado. Arrancaba las florecillas de papel incrustadas en el moño con tal furia que en dos minutos Misia estaba totalmente despeinada. Logró darle media vuelta sobre la cama y le arrancó las mangas y la parte delantera del vestido hasta dejárselo hecho trizas, puta, le decía, eres una puta sin entrañas.

Media hora antes de la ceremonia se reconciliaron; Coco reconoció que desde hacía un tiempo era incapaz de controlar sus impulsos y que aquello, dijo con una sonrisa, era algo que tenía pendiente. Le pidió que la perdonase, y añadió que no quería perderla. Tenía otro vestido para ella, nadie se daría cuenta de nada.

La boda se celebró en un pueblo de la costa catalana, con calles empedradas y nobles casonas con balconadas y celosías de madera, muy próximo al lugar de nacimiento de Sert. A pesar de que asistieron la alta nobleza rusa y la española, así como prácticamente todos los personajes de la cultura parisina de los años veinte, fue una boda sencilla. Comieron pan tomaca —así llamaban a grandes escás de pan untadas con tomate muy maduro—, bebieron el áspero vino tinto del lugar y Misia arrastró la cola del vestido de novia por la tierra. Se bañaron desnudos en la playa. Coco volvió a encontrarse con Picasso, que entonces se dedicaba a pintar la serie de Olga: fea, terrible y desmañada, a la que el pintor abandonó por una mujer veinte años más joven que él.

La boda supuso una semana de vacaciones en la costa española; Coco fue feliz como una niña. En la boda conoció al inquieto compositor Igor Stravinsky, que trabajaba con Diaguilev y ya había estrenado en París *El pájaro de fuego* y *La consagración de la primavera*. También a otros miembros de la nobleza rusa que se emborrachaban para olvidar la Revolución. Había algo en el modo de moverse, de gesticular con la ayuda de accesorios imposibles de las rusas —sólo ellas sabían anudarse los chales— que le sería de utilidad para algunos diseños futuros.

Ese verano, Coco se refugió en Biarritz junto a su hermana. Allí tomó contacto con su clientela, que era primordialmente extranjera: españoles, argentinos, británicos, norteamericanos, egipcios y gentes de otros países con moneda fuerte. Estaba allí también la flor y nata de la aristocracia rusa, muchachitas y muchachitos que se reían tontamente por nada mientras la garra del bolchevismo se estrechaba sobre Rusia y las ciudades más famosas de su país eran rebautizadas (San Petersburgo se convertía en Leningrado, Tzaritsyn en Stalingrado y Ekaterinburgo en Sverdlovsk). Un día le presentaron a uno de los asesinos de Rasputín, Dimitri Pávlovich, un apuesto oficial de la Guardia Imperial, alto y corpulento, que se enorgullecía de haber envenenado al monje con vino de Madeira y pastelitos de crema rosa trufados con cristales de cianuro potásico. Primo del zar Nicolás II, fue desterrado a la frontera persa, y al estallar la Revolución Rusa, se trasladó a Francia.

Esas personas de la alta sociedad eran las que más la hacían reír. Eran auténticas, no les preocupaba agradar, actuaban con desenvoltura, con clase, una insolencia particular y muy punzante. Además, eran de una falta de lealtad absoluta, como si sus fidelidades hubieran quedado secuestradas en Rusia. A Coco le gustaban porque sus sentimientos eran puros: el agradecimiento era penoso, con ellos no tenía que dar nada a cambio.

En cambio, entre su hermana y ella se abría una brecha cada vez mayor. La visión de la vida que tenía ésta, sus aspiraciones y anhelos, no coincidían en absoluto con los de La Flaca. Para Antoinette, la vida seguía siendo una línea recta: conocer a un hombre, casarse, tener hijos, verlos crecer, morir rodeada de su gente.

De vuelta en París, Coco se acordó del álbum de fotos que se había hecho de sus tiempos en Paillers, ¿dónde estaría? Recordaba haberlo visto en la mudanza al apartamento del Sena —era un álbum grueso, de tapas de terciopelo azul y hojas de papel de arroz—. En él había dos o tres fotos de sus otros hermanos, su madre y alguno de sus tíos —de su padre no conservaba ninguna—, pero sobre todo había fotos de las dos hermanas en Paillers (frente

a la Casa Grampayre o cosiendo en el taller, sonrientes frente a la cámara, en el hipódromo, el matrimonio Desboutin, Antoinette con el notario...). Pensar en las fotos la hacía feliz.

Después de buscar el álbum en vano por todos los armarios de la casa, se dio cuenta de que no eran las fotos lo que quería. Coco quería a Antoinette, dócil y sonriente, todas las cosas que ya no harían juntas, las discusiones que ya no tendrían, su relación de hermanas.

Volvió a verse con Igor Stravinsky que vivía en la calle Rochechouart y parecía un funcionario de bigote y sombrero viejo salido de una novela de Chéjov. Coco le gustaba y, aparte de hablarle de Wagner, Beethoven y Rusia, le llevaba claveles y flirteaba con ella en los cafés del Barrio Latino: Igor, usted está casado, cuando su mujer sepa que me regala flores... Y él: ella ya sabe que la quiero a usted; ¿a quién si no podría confesar una cosa tan importante?

La actividad en la boutique seguía siendo frenética. Coco gobernaba su salón como la corte de una reina y trabajaba con tal tenacidad y ahínco que a veces pensaba que se había convertido en esclava de una laboriosidad que era incapaz de controlar. El trabajo se imponía al cuerpo y éste obedecía como un cordero, del mismo modo que lo hacían la tela, la tijera y la aguja. Si la tenacidad le decía hoy no duermes, Coco se quedaba sin dormir. El hábito de mando le había endurecido la mirada y el sentido de la responsabilidad la mandíbula: trabajar era necesario; vivir, no.

Lo peor era que a veces obligaba a sus empleadas a seguir ese ritmo frenético de mujer con siete manos y siete pares de ojos que miran a todos lados a la vez. Ellas debían armarse de paciencia durante horas hasta que una sisa quedaba lo suficientemente alta y cerrada, o hasta que los volantes de un cuello caían de manera natural. Una minuciosa mirada al maniquí y ya estaban tomadas las decisiones: podía montar y desmontar hasta veinticinco veces un vestido para que, a través de esa prenda, la mujer reviviese y, como decía al presentar sus nuevas colecciones a las revistas de moda, tuviese el aire de estar desnuda bajo él. La diseñadora sabía qué quería y cómo conseguirlo: le bastaba con alzar una de sus cejas perfiladas a lápiz para que sus empleadas supiesen si estaba conforme o no. Muchas veces, en plena faena se acordaba de sus tardes de oración en el internado de los Cevernios.

El miedo era allí el motor. Pero hacía mucho que ya no sentía ese miedo. Ahora estaba la tenacidad, la constancia, el temor a la censura y el deseo de alabanza, la *tendencia a lo alto* o la terrible fuerza de voluntad que la sacaba de la cama a las tres de la mañana elevándola por encima de las cosas, del

sueño, del hambre, del cansancio y del amor, del aire de la nieve para ponerla a trabajar. Qué le importaban las carreras de caballos, las fiestas, los abrazos de los otros si ahora tenía las flores allí, la hierba mullida de su trabajo. Había aprendido la lección de las monjas de su infancia: para conseguir algo, hay que trabajar duro. Y trabajando era siempre la mujer joven, desmesuradamente adulada que se olvida del tiempo, de todo y, a veces —y éste es el trabajo que se desempeña con mayor felicidad— hasta de sí misma. En ocasiones habría querido poder parar, darse un respiro de varias semanas, ir a tomar un helado con pepitas de chocolate al Café Américain, disfrutar de la vida ahora que tenía dinero para disfrutar de la vida.

Pero el ambicioso desconoce la meta de su ambición y el sentido del deber había conseguido sacarla de la materia del mundo; cuando se detenía, aparecía la suciedad, el remordimiento. Porque no era el deseo de triunfar lo que la confinaba en aquel taller sino la necesidad de agotarse, de empacharse, de perderse en esas telas, diseños y confecciones para no pensar, para ahuyentar la soledad. El cuerpo no sabía de metas ni de apetencias en la vida. No era menos sensible, ni menos dado a la buena vida. Simplemente, *ya* no sabía comer helados con pepitas de chocolate y aunque no quería reconocerlo, le sobrevenían el hambre y el sueño como a cualquier mortal. Entonces, cuando estaba muy cansada, se ponía a gritar como una energúmena. Acusaba a las empleadas de haber robado dinero de la caja o los collares de zafiros que ella misma había prestado el día anterior para ir a un baile. Y cuando al salir de su taller por la noche dejaba su ambición colgada del perchero del taller — y con ella el orden, el deber y el minuto aprovechado—, era como un guerrero que, llegado el ocaso, debe hacer un alto en su camino. Aparcada la ambición, su silueta de acero parecía doblegarse. Con los ojos del color de la guerra clavados en el suelo del Rolls, Coco emprendía el regreso a su hogar.

Por aquel entonces había ampliado la boutique: ahora eran tres pisos del número 31 de la calle Cambon. En el primer piso estaba la ropa de venta y exposición, y las dependientas, dispuestas a atender al público. En el segundo, cuyas paredes estaban íntegramente revestidas de espejos, se hacían desfiles y presentaciones. En el tercero, estaban las estancias privadas desde las que podía vigilar todo lo que acontecía sin ser vista. Sobre la puerta siempre cerrada de su taller se leía —implacable, intemporal—: *Mademoiselle*.

En aquella época, Coco comenzó a trabajar con un material nuevo procedente de Inglaterra: el tweed. Fabricado a partir de un juego de fibras cortas moteadas, tenía el aspecto natural de la pulpa de un fruto y la suavidad

que la diseñadora buscaba para sus trajes de falda y chaqueta. Un tejedor artesano escocés le suministraba rollos a buen precio.

Coco se mantenía muy ocupada, subía y bajaba a gran velocidad, haciendo crujir los escalones bajo el peso de su mal humor, resoplando y dando órdenes a las dependientas, cortadoras, bordadoras, creadoras de encajes y tules, así como a las plisadoras, a fabricantes de botones y hebillas y a los responsables de la aplicación de ribetes y lazos. Al pasar alzaba el mentón para responder a los saludos, tomaba muestras o acudía para atender a alguna clienta muy exclusiva. Pensaba: a *lo más alto*. Hay que ascender cada vez más deprisa y toda oportunidad para hacerlo es válida. En torno a ella se creaba un campo eléctrico de actividad y energía, la boutique temblaba con el chirrido de sus pasos.

Un día acudió a la tienda una señora joven con su hijo de dos o tres años. Venía a hacerse un vestido práctico, para una estancia en un castillo, según explicó. Coco había bajado un momento a la tienda para buscar unos botones cuando se encontró con la mujer y el niño. La cara le resultó familiar, pero en ningún momento pensó que podía tratarse de alguien conocido. Encargó un vestido tubo negro de crep de China, con mangas largas, muy ajustadas, y estaba a punto de irse cuando las miradas se cruzaron.

—Podríamos ser amigas —le dijo la mujer, así, sin más—. Creo que, después de lo ocurrido, es lo que nos conviene a las dos.

Y Coco la reconoció. Aquella mujer era la viuda de Erny y el niño que no había parado de tirar maniqués debía de ser su hijo. De hecho, si se fijaba en su carita amable, se parecía mucho a él.

—No tengo ningún interés en ser su amiga —dijo Coco con despecho.

—Es lo que nos conviene a las dos... —insistió la otra—, yo no tengo nada contra usted, nunca lo he tenido, las dos estamos dolidas y..., hablar nos vendría muy bien...

De pronto, La Flaca se puso rígida. Dijo: la zorra y la liebre no discuten sobre lo que más les conviene en la vida: siguen su camino, o una devora a la otra.

Fue hasta la puerta, la abrió con modales circunspectos, exagerando los ademanes y la invitó a salir. Las empleadas se quedaron estupefactas.

Siguió trabajando durante todo el día, como si tal cosa. Pero al llegar a casa por la noche rechazó el té de Marie, a quien llamó idiota; se encerró en la habitación, se lanzó sobre la cama para morder la almohada y no pudo pensar en otra cosa. Erny volvía a ella como un olor a cuero y orines, a gomina para el cabello, ala de pájaro y fruta. Un vagido de madre, una sensación, un dolor

doliendo en el hueso y en el pan de cada día, minas de carbón negrísimo, guerra y niños. Niños. Siempre le había llamado la atención aquel espacio «no ocupado». Comenzó a pensar en sí misma como madre. ¿Qué habría ocurrido de haber tenido un hijo con Erny? ¿Cómo sería ella ahora y cómo sería ese hijo? Sentía algo extraño en su interior, vísceras que hablaban, eh, tú, hueco, *hueco*, una suerte de presencia... Echaba, y había echado mucho de menos a Erny, pero ahora también parecía echar de menos al hijo (¿a los hijos?) que nunca tuvo con él.

Por un momento, volvió a ver el rostro del niño que había estado en la boutique por la tarde, el de la viuda ofreciéndole su amistad. Pobre mujer. ¡Si ella supiera cuáles habían sido sus intenciones antes de que se casara con Erny! La mala conciencia la atormentaba. Pensó en las palabras de Misia, «tú siempre levantando barreras». Era *Madame de...*, reconocida diseñadora de alta costura, con sus varias boutiques, su fama internacional y su Igor Stravinsky como amante... Había alcanzado lo que siempre había deseado tener; y, sin embargo, se sentía como si no hubiera logrado lo que verdaderamente anhelaba. ¿Y si hubiera tenido un hijo con Erny? ¿Y si fuera madre y nada más (y nada menos) como su hermana? ¿Era eso lo que verdaderamente habría querido?

«Madre». Una palabra acartonada.

Dejó de morder la almohada y salió de la habitación como un rayo. Ese pensamiento no merecía su atención. Una era la que era y de nada servía darle vueltas al destino con intención de cambiar las cosas. En el aparador guardaba una caja con las pertenencias de Erny que un día le llevaron a casa. Sacó el sobre con las fotos y seleccionó una en la que estaba él solo. Volvió a su habitación y sin dejar de observar la foto, se tumbó sobre la cama.

Igor Stravinsky viajó a España junto con Diaguilev para presentar uno de los ballets. Coco prometió reunirse con él cuando terminara la colección de primavera.

Nunca lo hizo. Volvió a encontrarse con el duque asesino de Rasputín, Dimitri Pávlovich. Se habían visto un día almorzando en Chez Margery, uno de los restaurantes más lujosos de París. Coco acababa de exponer su trabajo en un desfile de moda y como los periodistas la perseguían para entrevistarla, se metió en el local para esconderse y de paso tomar una sopa. El duque estaba sentado a una mesa, solo. Acababa de terminar un espléndido almuerzo (melón helado, *crevettes*, arenques rusos, mousse de foie-gras al jerez y puntitas de espárragos) y fumaba un puro mientras contemplaba el paisaje a través de la galería. Al ver entrar a Coco, se levantó y le ofreció sentarse.

Sólo se habían visto en una ocasión —el verano después de la boda de Misia—, pero hablaron durante horas como si se conocieran de toda la vida.

El trecho abierto, piensa Coco a tan sólo un metro de la bala que va a matarla, y sonrío. ¿Pero cuántas horas hay en un metro? ¿Cuántos minutos? La distancia entre lo que uno es y lo que *está llamado* a ser, el ser que se escapa incesantemente..., lo que *somos para nosotros mismos* frente a lo que *somos para otros*. ¿Será posible que todavía ahora, a punto de morir, siga recorriendo el camino?

Siempre en camino hacia muchos sitios, en la senda *hacia uno mismo*, que es la más larga y tortuosa del mundo. Pensó en el gran duque Dimitri y se dijo: je.

Un hombre más bien feo, de huesos finos de niño y labios carnosos, políglota y cosmopolita, gran duque de Rusia y primo del zar, paseando por las calles de París con la hija de un mercachifle de botones y una pobre desdentada.

No estaba enamorada, pero me divertía. Había conseguido compensar su fealdad con una simpatía cultivada desde su infancia para no desmerecer de sus hermosos familiares. No estaba enamorada. Desde que murió el inglés, yo misma me había prohibido el amor. Uno come un delicioso plato condimentado que le sienta mal al estómago, ¿y qué hace? Pues, sencillamente, no volver a comerlo. Prohibírselo.

En todo caso... ¿existe el amor?, ¿existe el amor tal y como algunos creen?, ¿o es que al egoísmo disfrazado le llaman eso, «amor»?

Existe el amor; sí. Pero únicamente el amor hacia uno mismo. La incesante lucha contra la soledad. Quien no teme la soledad, no busca el amor. A mí la soledad siempre me ha producido horror y, sin embargo, he vivido en una soledad total. El amor hacia un hijo que es, según dicen, el más puro, no es más que amor hacia la carne propia, los pelos, los labios y la sangre, hacia el hígado. Dimitri me enseñó a gozar de la vida..., a disfrutar de lo pequeño, a no tener horarios. Eres un gorrión, me decía, que alimenta a sus polluelos, a los clientes, hasta la extenuación. El autosacrificio. Tú o el pájaro, no os sentís bien si no os «sacrificáis»...

Dimitri, huérfano de madre, había sido educado por institutrices inglesas (altas, feas y desabridas, según explicó) que le convirtieron en víctima de dos poderes malignos: la excentricidad y el aburrimiento. Evidencia de la primera eran su gusto por lo exótico, aunque a veces ese exotismo pasase por saltar una cerca y acariciar a una vaca que pastaba en las praderas, o tumbarse bajo el sol un día sin viento. El aburrimiento le llegaba en cualquier momento, en medio de una recepción en palacio, de una conversación con un ministro o cortándose las uñas del pie en su cuarto de baño. Lo más curioso en él eran sus manos, extrañas prolongaciones de los bracitos larguísimos, salpicadas de manchas de viejo prematuro. Frente al pasado desenfocado de Coco, el suyo era nítido como un amanecer de verano. Como era un hombre propenso a los recuerdos, le contó a Coco que su madre había muerto poco después de tenerle a él. Como su padre había intentado volver a casarse con una mujer divorciada, la pareja tuvo que instalarse en París. La Flaca sabía que Dimitri había huido de la Revolución, que había estado prometido con la hija del zar, la duquesa Olga Niclolálevan, y que había participado en el asesinato de Rasputín, y aunque se moría de ganas de conocer más detalles, de momento tuvo que contenerse.

Cuando le tocó el turno a ella, aprovechó para hablar de sus tías «ricas y bigotudas» con las que se había criado, propietarias de los prados de hierba corta. Eran las cinco de la tarde pasadas cuando el duque pidió una botella de champán. Brindaron por las tías bigotudas que se refrescaban las nalgas en los prados húmedos en las tardes de poco sol, observando el infinito con un solo ojo. Pero cuando fue a pedir una segunda, un maître dijo educadamente que tenían que abandonar el restaurante. Dimitri se levantó y, como no hizo el mínimo ademán de pagar su almuerzo de melón helado y arenques rusos, Coco extendió un billete al camarero. Era casi la primera vez que invitaba a un hombre a comer y él hizo una genuflexión, más de complacencia que de agradecimiento. No sería la última porque el duque, como el resto de los Romanov exiliados, seguía viviendo como siempre, es decir, en el más ostentoso de los lujos, pero sin contar con una sola fuente de ingresos.

Cuando Misia se enteró de que Coco andaba de aquí para allá con su amigo Dimitri, puso el grito en el cielo. Corrió a la oficina de correos a poner un telegrama a Igor Stravinsky, que aún estaba de gira con Diaguilev en España y sólo pensaba en regresar para estar junto a Coco.

Le escribió: *Coco es una costurera que prefiere los grandes duques a los artistas.*

Tanto se enfadó La Flaca, que esta vez dejó de hablarle definitivamente.

Una mañana, antes de salir de casa, Dimitri se presentó en su apartamento. Coco le hizo entrar y ordenó a Marie que le trajese un copioso desayuno que el duque devoró al instante. Luego se sentaron frente al balcón y, mientras la doncella recogía los platos, Coco comenzó a hablar mal de ella. Hablaba en susurros, pero era evidente que Marie oía; era evidente que su «intención» era que la oyera, ni ella sabía muy bien por qué. Dijo que aunque la mujer no sabía leer, ni era muy agradable a la vista (mira las piernas que tiene, anchas pantorrillas que parecen embutidas en mondas de naranja), era muy buena doncella.

Le explicó que procedía de un pueblo polaco donde la nieve cubre los campos hasta el mes de junio; allí, le explicó, no existe la electricidad y los cerdos conviven con la gente en una especie de chozas construidas con paja y heno, entre grandes pantanales alimentados por el río Pripet y sus afluentes. También dijo que la sumisión de la criada llegaba a límites exasperantes; que no había conocido a nadie tan instalado en el silencio como ella. Un silencio que parecía estar hecho de la nieve con la que había convivido hasta su adolescencia, que le recorría la sangre impidiéndole rechistar, porque jamás rechistaba por nada, aislada del mundo por el algodón de la sumisión, por su sangre helada; un valor para este «tipo» (ésa fue la palabra que empleó, «tipo») de personas que no tienen voluntad y son sólo espurias proyecciones del deseo (al decir esto, a Coco le salió disparado un escupitajo), con una naturaleza larval, como incompleta.

Dimitri escuchaba estupefacto, bebiendo sorbitos de té y lanzando continuas miradas a Marie que no le parecía muy distinta a las muchísimas criadas y doncellas que él mismo había tenido durante su niñez en Rusia. Ella, aparentemente ajena a la conversación, seguía recogiendo migas, platos y cubiertos, y finalmente desapareció como un gato sigiloso tras una de las puertas. Entonces, durante un rato, la vista puesta en el Sena, estuvieron hablando por el mero placer de escuchar sus voces en la habitación. Se quejaron del frío que hacía para estar en la estación que estaban, alabaron el vuelo de las golondrinas, el color del cielo en mayo, hablaron del sentimiento que a veces nos embarga por haber descuidado el mismo «vivir», de la vida en París, de si no era dura para un hombre que ha crecido rodeado de lujos y facilidades. Quien huye de una casa ardiendo no pregunta si fuera llueve, dijo Dimitri.

Acto seguido, sin otro tipo de preámbulo, La Flaca miró su reloj y con aire de preocupación, dijo: bueno, yo creo que ya es hora. Comenzó a quitarse las medias, luego la chaqueta de tweed y la camisa de jugadora de polo.

Arrojó por los aires el collar de perlas, el broche y el sostén que quedó enganchado en la lámpara, mientras Dimitri bebía su té sin beber. Miraba alternativamente a la lámpara y al cuerpo, embobado, morado de deseo, mordiéndose los labios sabrosos. Por último, con un movimiento brusco de caderas, La Flaca hizo que la falda cayera hasta el suelo, se arrancó las bragas de un zarpazo y mostró los pelillos del pubis ensortijados y muy negros.

El pobre ruso no sabía si volverse y desaparecer como lo había hecho la doncella, o por el contrario aproximarse a aquella belleza morena que exhalaba un delicioso olor a jabón y que, aun siendo diez años mayor que él, le resultaba irresistible.

Por fin Coco dijo: acércate, hombre, porque... ¿has venido a esto, no? Dimitri dejó la taza de té y se acercó como un perrillo faldero. Con sus dedos largos y huesudos, ella le abrió la hebilla del pantalón, le desabrochó la bragueta, sacó sus partes pudendas Romanov y comenzó a acariciarlas. A continuación le empujó contra el sillón, le arrancó la ropa y cabalgó a pelo. Rodaron por el suelo, derribaron muebles y jarrones, hicieron un amor tan torpe y burdo como estrepitoso.

Al volver del trabajo al día siguiente, La Flaca pensó en Marie. Tal vez esa tarde no encontraría su té preparado, tal vez su doncella no habría arreglado la casa, ni habría salido a hacer la compra con su bolsa negra de red, ni hecho las camas. Tal vez ni siquiera acudiría a quitarle las medias porque hoy, después de todo lo que dijo ayer, podría dar comienzo la revolución, ¡la revolución de Marie! Lo cierto es que ahora lamentaba su propia falta de cortesía y su altanería con la misma intensidad con que, el día anterior, había disfrutado humillándola. Pero al llegar a casa el té estaba preparado y en cuanto Coco estiró las piernas, unas manos afelpadas desenrollaron las medias.

Antes de que llegara el verano, Dimitri le regaló a Coco unas joyas de los Romanov que había conseguido llevarse de Rusia al escapar de la Revolución. No se las daba en señal de agradecimiento..., no, pues el agradecimiento era una esclavitud penosa por la que no pasaba un Romanov. Se las daba sencillamente porque le daba la gana. Coco, que no era partidaria de colgarse el dinero al cuello (el escote de una mujer no es una caja de caudales, decía), las colocó sobre la cómoda de su dormitorio. Durante tres o cuatro días, mientras se cambiaba, mientras se desenredaba el cabello frente al espejo, las observaba de reojo. Eran topacios y rubíes, y pensaba: no hay nada más parecido a una joya falsa que una joya de verdad. Al quinto día las metió en una bolsa y las llevó a la calle Cambon. Contactó con un fabricante que se

comprometió a hacer largas ristras de joyas iguales a aquellas pero con materiales baratos. Ella explicó que el objetivo no era copiar las piezas auténticas de manera creíble, sino lograr un simple efecto estético: hay que mirar las joyas con inocencia, le dijo, con sencillez, como se disfruta de un manzano en flor al borde de una carretera al pasar en coche a toda velocidad. La imitación de las joyas de los Romanov, vendidas en su boutique, fue el éxito de la temporada.

Para estar a solas con Dimitri y, sobre todo, para combatir su laboriosidad que, ahora más que nunca, la hacía esclava del trabajo, Coco compró una casita rodeada de manzanos, perales y melocotoneros en Las Landas, en un tramo de costa aislada, cubierto de pinos entre Burdeos y Biarritz. Se instalaron durante los tres meses de estío. La casa estaba al final de una cuesta y a lo lejos se veía el mar como una mancha gris.

No era precisamente la idea que Dimitri tenía de este tipo de construcciones (para él, una casa de campo era un edificio vasto con balaustradas y amplios porches con columnas donde se enredaran las buganvillas, un reloj en la fachada, como en las estaciones de trenes, y legiones de criados que servían refrigerios, acercaban sombrillas y hamacas y se ocupaban de las ovejas, las cabras y las vacas que vagaban por los prados adyacentes), pero la compañía de Coco y el ambiente de fiesta que se vivía durante aquel verano —se escuchaba jazz, se bailaba el charlestón, las muchachas llevaban el pelo a lo *garçon* y faldas cortas, el atrevimiento, la aventura lo envolvían todo— eran más que suficientes.

Para acceder a la playa tenían que recorrer un sendero de arena siempre ardiente, rodeado de zarzas. Como durante el día hacía mucho calor, Coco se instalaba en la terraza de la casa, leyendo o esbozando alguna creación nueva. ¿Qué haces diseñando un abrigo de invierno?, le preguntaba Dimitri. La Flaca explicaba entonces que el genio del modisto consistía en prever.

Decía: cuando mis clientas están tomando el sol, yo estoy pensando en el hielo y la escarcha. En realidad, yo siempre pienso en el hielo y la escarcha.

Al atardecer solían cruzar el caminito hasta la playa iluminado con velas. De noche brillaban las rocas y brotaban los aromas (el aire siempre olía a cosas enterradas, a azufre o carbón). Al llegar a la playa desierta, las zarzas se abrían como muslos de mujer: el mar parecía reclamarlos, y esquivando a los pescadores que cosían sus redes o las carnes temblorosas de las medusas que danzaban en la orilla, se arrojaban al agua desnudos como Dios los trajo al mundo.

No se amaban. Dimitri y Coco nunca se amaron; pero eso no les impedía dormir abrazados hasta las doce de la mañana y desayunar las ostras que los pescadores dejaban en un cubo a la puerta de la casa (con expresión de asco, Dimitri decía que su sabor salado a moco le recordaba a su niñez), bajar a la taberna del pueblo a tomar un armañac y un milhojas de ciruelas y decir que estaban casados, recorrer con el Rolls Royce las estrechas carreteruchas y contemplar las almenas del Castillon de Arengosse, o encontrarse en medio de un encierro de vacas.

Las vacas. Estos animales fascinaban tanto a Dimitri que un día apareció con una de ellas en el jardín de la casa. Esa mañana el ruso había madrugado porque sabía que era día de feria en uno de los pueblos cercanos. Cogió el Rolls y aparcó junto a las carretas de los campesinos. Fue un espectáculo: un gran duque primo del zar ruso regateando el precio de una vaca con un campesino, el pie izquierdo apoyado en el gozne de una cancela. El campesino apenas le llegaba a la cintura y era gordo.

Sobre las diez de la mañana volvía a estar en casa. Detrás, atada al parachoques con un cordel, entre humos, avanzaba la vaca, el hocico humeante mirando hacia los prados, lenta e imperturbable; las pezuñas levantaban a su paso terrones de tierra. Delante, Dimitri, tarareando una canción. La desató y la instaló en el jardín de la casa. Cuando por las mañanas Coco se levantaba y abría la ventana, allí estaba la vaca: siempre en el mismo sitio, bajo la sombra fresca del peral, sólida, exhalando un intenso olor a bosta, comiendo o espantándose las moscas de los ijares.

Al principio, la presencia de la vaca le incomodaba. El olor que tanto le gustaba en tiempos de Liébard, ahora le resultaba nauseabundo. Pero con el paso de los días llegó a admirar los valores de la vaca que, sin duda, Dimitri ya había captado. Por eso, tan pronto se levantaba, salía a contemplarla: su imperturbabilidad y su mansedumbre, su llaneza, su dignidad, su saber estar en el mundo sin demandar nada más que lo estrictamente necesario.

—Vamos a hacer como tus tías bigotudas —decía Dimitri algunas tardes de mucho calor.

—¿A qué te refieres?

Por mucho que La Flaca insistiera en que aquella anécdota de sus tías no era del todo cierta, no conseguía resistirse al antojo del ruso. Acababa lanzando las bragas a la cara de la vaca y luego se sentaba sobre la hierba fresca, carcajeándose: en los ojos del animal quedaba impreso ese pedacito de alegría. Coco aprovechaba entonces para preguntar si era verdad que Rasputín tenía la verga de un caballo de remonta y si acosaba a las mujeres y fornicaba

en público, como se decía, y si giraba sobre sí mismo sin marearse y golpeándose las botas, si era verdad que tuvieron que dispararle porque los pasteles y el vino envenenados no consiguieron tumbarlo, si lo lanzaron a las aguas heladas del Neva, si el disparo mortal había sido el suyo...

—El mío.

A veces, tumbada en la cama, después de la siesta, escuchando el zumbido de la tarde y pestañeando contra el aburrimiento, Coco contemplaba fijamente la cerca por la que trepaba la zarzamora, el inmenso peral sin peras y las moscas revoloteando a su alrededor. Pensaba que a pesar de tener todo aquello (riqueza, un duque a quien amar, salud, tiempo libre, libertad, un inmenso peral sin peras...) no se sentía completa: una vez más, ¿qué era lo que le faltaba para ser feliz?

A través del aburrimiento, las moras de la cerca olían a insatisfacción y mermelada. Recordaba que cuando era más joven y pobre deseaba ser rica. Por aquel entonces, sus aspiraciones a la felicidad y al goce de la vida estaban asociadas a la riqueza. De hecho, estaba convencida de que en cuanto fuera rica, todas sus preocupaciones se resolverían. Pero ahora era rica... Y cuando conseguía resolver una causa de insatisfacción, otra pronto ocupaba su lugar. Si no era su carácter insociable, eran los metros de tela desperdiciados por una equivocación, o un gesto de un amigo, o un simple grano en la punta de la nariz. En el momento de disponer nuevamente de espacio en su cabeza, la nueva insatisfacción se instalaba donde la anterior: la existencia parecía consistir en estar insatisfecha.

Un día fueron al cine a Burdeos. En París se habían abierto las primeras salas en los Campos Elíseos, pero mucha gente no iba por miedo a que los actores saltaran de la pantalla. En el pueblo habían oído hablar de un film excelente protagonizado por un actor llamado Harold Lloyd. Incluso el ganadero que había vendido la vaca a Dimitri se las había apañado para asistir al espectáculo con su mujer y cuatro hijos.

El hombre mosca era una sucesión trepidante de escenas donde el protagonista, un intrépido vendedor de retales, escalaba edificios mientras le contaba a su novia, que vivía en el pueblo, que le iba muy bien y que pronto se haría rico. Dimitri lloró de risa (y también de la pena).

Al atardecer de ese mismo día fueron a una playa cercana a la finca mucho más concurrida que la que solían frecuentar. El acceso era parecido, un sendero de arena, en este caso desbrozado de zarzas y juncos. Mientras Dimitri estaba en el agua, Coco contemplaba un escarabajo pelotero bocarriba en la arena. Con mucho esfuerzo, el animal intentaba darse la vuelta pero por

mucho que meneaba las patitas, le resultaba imposible. Durante un rato, Coco gozó del espectáculo. Luego cogió una ramita y le ayudó a hacerlo.

—Veo que ahora es usted algo más generosa —oyó a sus espaldas.

Alzó la cabeza: era Julian Jurié, el psicoanalista amigo de Erny, que también veraneaba en Las Landas. Instintivamente, Coco se tapó el cuerpo con la toalla. Resultó que Jurié era originario de esa zona y tenía una casita a dos kilómetros del lugar donde pasaban el verano. Seguía trabajando en París, aunque había cambiado la consulta a un piso más modesto y ahora sus precios eran más asequibles. Esa noche, Dimitri y ella cenaron con él. Conversaron amable y banalmente; sin embargo, Coco comprobó que el psicoanalista tenía un buen conocimiento de las novedades culturales de París. También hablaron de las excitantes noticias de las excavaciones de Egipto. Los hallazgos de tumbas y tesoros estaban animando a algunos atrevidos parisinos a viajar al país del Nilo, aunque probablemente los descubrimientos más interesantes estaban a salvo de curiosos, en alguna universidad británica. Jurié contó que uno de los expedicionarios ingleses que había descubierto la tumba del faraón Tutankamon había muerto a consecuencia de la picadura de un insecto. Es la «maldición» del faraón, añadió Jurié, y alzó su copa para brindar por ella. Coco no podía creerlo, ¿lord Carnavon ha muerto?, preguntó. Él mismo. Al despedirse le pidió a Jurié la dirección de su nueva consulta en París.

—¿Qué tal sus «tías malvadas»? —preguntó éste mientras buscaba una tarjeta en su cartera.

Coco volvió a sentir el mismo pudor que en la playa; verdaderamente, era como si aquel hombre la desnudara con sus palabras.

—Estupendamente —dijo, y añadió—: no dejan de criar malvas.

—Me alegro —contestó el otro—, siempre me parecieron encantadoras.

A punto de marcharse, Coco buscó la revancha:

—¿Sabe de qué estaban hechas? —preguntó.

—¿Sus tías?

—Las bragas —dijo ella, y añadió—: De mis tías, claro está.

—De esparto —dijo entonces Jurié, que no se habría permitido el comentario (y menos esa conversación) de no ser porque estaba fuera de su despacho.

—De sábanas; estaban hechas de sábanas, trozos rotos, jirones, porque por aquel entonces, no había ropa interior.

Coco y Dimitri llegaron a casa prácticamente agotados. Antes de dormirse, él le dijo a La Flaca que aquella entrañable historia protagonizada

por Harold Lloyd le había hecho pensar que, durante toda la vida, muchas personas se empeñaban en parecer lo que no son.

De vez en cuando llegaban a Las Landas postales de Cocteau dirigidas a Coco. Éste contaba que estaba preparando una adaptación libre y moderna de la *Antígona* de Sófocles. Picasso se encargaría de los decorados y Honegger estaba escribiendo la música. Una noche, después de haber recibido tres postales de Cocteau, Coco, que ignoraba el argumento de *Antígona*, preguntó a Dimitri si sabía algo sobre la obra.

El duque Dimitri podía ser un frívolo al que divertía comer ostras que sabían a moco y comprar vacas para luego verlas pastar, pero saltaba a la vista que la educación que había recibido durante su infancia no era mero barniz: no sólo conocía el argumento de *Antígona* sino que también era capaz de recitar varios pasajes en griego clásico. A Coco la impresionó. Y no sólo por su cultura, sino por la tragedia griega que asimiló con atentísimos oídos: Antígona, que quiere enterrar a su hermano dignamente (su padre había decidido que se pudriera al sol y fuera devorado por los buitres), es sorprendida por los soldados del tirano Creonte («borracho de rabia y de poder estúpido», afirmaba Cocteau). Entre éste y la doncella se produce un diálogo que confronta la ley natural, la piedad familiar de Antígona, con la voluntad arbitraria de Creonte. Creonte sentencia según su poder material y físico; Antígona argumenta según la ley que los dioses tienen escrita en el espíritu del corazón humano.

Lo realmente fascinante para Coco era lo que se desprendía de la historia: el nacimiento de la libertad, de la libertad humana, de la conciencia personal.

Tuvo que esperar a estar de vuelta en París —en septiembre— para saber por qué Cocteau le había hablado reiteradamente del proyecto.

—¿Y si tú te encargaras del vestuario de la obra? —le dijo un día.

La primera noche en su apartamento de París fue un tormento. Niños que caían del techo, piedras sin brazos o piernas, recordó Coco cuarenta y siete años después.

Después del verano en Las Landas, las paredes y muebles de la casa despedían un aroma a musgo y vacío que se impregnaba en las cosas y personas. El día que llegó, Marie le preparó una cama con sábanas almidonadas y crujientes, y le trajo algo para cenar. El viaje había sido agotador y, por una vez, la perspectiva del trabajo la abrumaba. Le apetecía aquel proyecto de *Antígona* junto a Cocteau, pero estaba claro que tendría que sacar tiempo de las noches para trabajar en él. Estos y otros pensamientos como el de que empezaba a cansarse de Dimitri y de sus aires de gran duque venido a menos, le hicieron dar mil vueltas en la cama hasta que por fin se quedó profundamente dormida.

Comenzó a oír un tintineo, o algo parecido, que surgía a intervalos más o menos prolongados. Luego el ruido —a veces parecía como si golpearan una cucharilla contra una cacerola metálica, otras eran patitas de hormiga desplazándose por el techo— se hizo más estridente. ¿Soñaba? La despertó una gota de agua deslizándose por la frente. Abrió los ojos de golpe y se sentó en el borde de la cama de hierro: eran sus hijos, pensó, los hijos que nunca había tenido caían del techo. Permaneció quieta durante cinco o diez minutos, dócil, empapada de sudor. Los hijos caían como gotas de agua o insectos —puro olor maternal que llega como un fulgor en la noche—, golpeaban el suelo y volvían a subir. Había conseguido olvidar el tema de los hijos durante el verano, incluso un día, contemplando el mar junto a Dimitri, pensó (no lo dijo, *lo pensó*) que la obsesión ya no volvería. Poco a poco iban volviendo los veraneantes a la capital. Estaba equivocada. ¿Cuántos eran? ¿Cuántos niños caían del techo? No podría decirlo, tal vez fueran tres; quizá sólo fuera uno. ¿Cuántas posibilidades? ¿Cuántos hijos había *dejado* de tener, ella, cualquier mujer del mundo? El pensamiento le impidió pegar ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando fue a asearse, vio a Marie con una caja de herramientas en el cuarto de baño. Un grifo estaba suelto y, como por la noche aumentaba la presión del agua, había habido goteras desde prácticamente las tres de la mañana, ¿acaso no las ha oído usted, *mademoiselle*? La Flaca abrió la boca, y le faltó un tris para gritar a su criada, pero se contuvo. ¿Qué culpa tiene ella?, pensó, y volvió a cerrarla, aunque lo que más le apetecía en ese momento era eso, *gritar*. Gritar a alguien hasta humillarlo, expulsar su desazón como un cuerpo extraño, endilgar su amargura.

Al rato se levantó; después de dar inútiles vueltas por la casa, buscó la nueva tarjeta de Julian Jurié, la que el propio psicoanalista le había dado en Las Landas. Llamó para concertar una cita: su vida no podía seguir de aquel modo, le dijo a la secretaria que cogió el teléfono (e inmediatamente se arrepintió de haber hecho esa confesión a una mujer que no conocía de nada).

Coco leyó la versión de la *Antígona* de Cocteau y un resumen de la obra original que éste le había preparado. Varios temas le interesaban (la oposición entre las leyes divinas y humanas, la relación entre tiranía y democracia...) pero, sobre todo, le llamaba la atención el papel que desempeña el destino. Antígona existía «para algo»; su vida, corta o larga, sólo podía culminar si realizaba el proyecto que ella misma era. En la obra, el destino quedaba reflejado en la actitud de las dos hermanas protagonistas, cosa que le recordaba mucho a Antoinette y a ella. Una de las hermanas, Ismene, era conformista y estática: «piensa que hemos nacido mujeres, incapaces de pelear contra los hombres —le dice a su hermana Antígona— y que en poder estamos de quienes pueden darnos esos mandatos y otros todavía más duros». No piensa, pues, rebelarse contra las leyes, el destino ha querido que las cosas fuesen así. Antígona, por el contrario, está más cercana de la postura de Coco: la pobre chica flaca y morena a quien nadie tomaba en serio en la familia será la que acabará irguiéndose sola frente al mundo.

Coco aceptó el encargo no sólo porque el tema era fascinante sino porque Picasso pintaba el telón. Desde que lo conoció en casa de Misia, esperaba la oportunidad de competir con él.

Para vestir a la protagonista, ordenó a una de sus empleadas que tricotase una túnica con lana cruda y motivos de tinajas griegas marrones y negras. Se ocupó también de los otros personajes para los que, además de túnicas, confeccionó joyas, diademas y máscaras. La producción funcionaba como una cooperativa: los actores hacían de tramoyistas, cosían los trajes, barrían el teatro y pintaban los decorados. Coco asistía con frecuencia a los ensayos;

esperaba entre otras cosas que Cocteau elogiase su creación. Pero no lo hacía, sólo parecía fascinado por el telón de Picasso, una gruesa tela con fondo violeta y azul. Ella interpretaba ese silencio (quizá sólo fuera una distracción por parte del director) como un desaire hacia su talento y creatividad.

Coco le preguntó un día si la gente olvidaría su vestuario cuando acabaran las representaciones. Dijo: no permito que continuéis con los ensayos hasta que no tenga la respuesta a esta pregunta.

A Cocteau se le acabó la paciencia. Su voz salió como el ruido de una botella de cristal cascada contra una roca: ¡tenemos tan sólo una semana para acabar los ensayos y nos vienes con vanidades personales! El rostro de La Flaca se contrajo. Se arremangó las faldas y subió al escenario hecha un basilisco. Aquello era demasiado. Cogió del brazo a la actriz protagonista y tiró del hilo de su túnica. En cinco minutos deshizo toda su labor. Cocteau la llamó egoísta. Coco se marchó iracunda, ante la estupefacción y la animosidad de todos.

Aun así Cocteau volvió a encargarle la túnica dos o tres días después, jurándole y perjurándole que era la única capaz en el mundo entero de confeccionar aquel vestuario. La Flaca ya se había serenado y le gustaron las súplicas. El estreno fue un fracaso. Lo único que la prensa tuvo a bien elogiar fue el vestuario de Coco. A los pocos días, la revista *Vogue* fue a hacerle una entrevista a su taller de la calle Cambon. Su despacho se llenó de periodistas, y La Flaca estaba pletórica de satisfacción, como un sapo.

¿Cree usted —le preguntaron— que sus vestidos siempre estarán de moda? La moda no está sólo en los vestidos —fue su respuesta—. La moda está en el aire, la trae el viento, se presiente, se respira, está en el cielo y el asfalto. La moda es un estado de ánimo.

La nueva consulta de Julian Jurié estaba en uno de los bulevares que iban de la Ópera a Madeleine. El portal y la escalera de acceso al primer piso eran elegantes, de mármol ajedrezado, aunque no tan fastuosos como los de la consulta anterior. Aquella sobriedad le resultó más agradable.

Siéntese, le dijo Jurié. O mejor, no. No se siente. Póngase de rodillas. Coco miró a su alrededor: diplomas enmarcados (habría más de diez), gruesos volúmenes perfectamente encajados en las estanterías, polvo, un jarrón con flores, pétalos de rosa sobre la mesa de cristal. Se acordó de otra tarde en que la flor no era más que eso, cáliz o corola. *Pétalos no*.

Fue hace muchos años, tal vez treinta. Su hermana y ella recogían margaritas en el campo. Me-quiere-no-me-quiere-me-quiere, ¿les quería su madre? Era septiembre. Empezaba a hacer frío y en el umbral de las casas

relucían las piernas de las viejas de pueblo, los ojos encandilados por el sol. Los perros también. No-me-quiere. A Coco su madre no la quería. Abrió la palma de la mano y los pétalos cayeron al suelo. El tallo. El viento los arrastró. También se llevó su miedo.

—¿Ha dicho usted que me arrodille?

Ese día había entrado por la puerta de la consulta con la intención de mentir como una bellaca. Ya le hablaría de las flores sin pétalos más adelante. De esas cosas que el viento se llevó, que de vez en cuando volvían. De momento necesitaba que alguien la escuchase, retomar las sesiones poco a poco. Le daba vergüenza pensarlo, pero ella estaba allí para eso, *pagar para ser escuchada*. Aunque ese día, hablar, lo que se dice hablar, no pudo.

—De rodillas —volvió a oír.

Sin saber muy bien por qué, dócil como esa niña que arrancaba pétalos treinta años atrás, Coco obedeció. Plantó las dos manos en el suelo y a continuación las rodillas y las piernas. Ahora saque la lengua y déjela colgar, prosiguió el doctor, respire profundamente haciendo un ruido ronco cada vez que expulse aire. Husmee en torno las patas de los muebles, gire sobre sí misma. Piense que tiene hocico, garras, pelo, olor, orine. Orine si tiene ganas. Piense que su vida es...

—¿Perra? —preguntó Coco.

—Perra —contestó Jurié— y que usted es un perro; no lo dude ni un segundo.

Por una vez en su vida, Coco se dejó llevar. Durante media hora, sin entender muy bien qué *sentido* tenía ser perro, pero entendiendo muy bien en qué consistía *ser* perro. Cuando terminó de jadear y frotarse la espalda contra el suelo, se orinó abundantemente sobre las bragas y las medias. Se sentía bien; hacía mucho que no se sentía tan bien.

Durante cuatro o cinco meses, ante la atenta mirada del doctor y antes de ir a la calle Cambon a atender su negocio, se ponía a cuatro patas, jadeaba, se orinaba, en fin, se «dejaba llevar» haciendo de perro. Pero no sólo de perro; también de gato, de elefante, de rinoceronte, o de lo que le venía en gana ese día. ¿Cuándo voy a hablarle de mis problemas?, preguntó La Flaca una mañana, jadeante. Esto es una terapia psicoanalítica, ¿no? Y la gente, en las terapias, habla de los problemas, ¿no es así? No tenga usted tanta prisa, le decía el otro, todo esto le servirá para más adelante. Me equivoqué con usted, creí que su cascarón era más blando; pero ahora vamos por buen camino, o al menos eso creo.

Cuando llegaba a la boutique, Coco se arrancaba la ropa mojada y la vergüenza. Se sentaba frente al espejo a arreglarse las pestañas y a empolvase los pómulos. Allí, rodeada de sus cosas, volvía a encontrarse bien. Sus telas, sus dedales, sus alfileres, sus tijeras ordenadamente dispuestas en una bandejita de nácar, el olor a rosas de las clientas. Cosas que la envolvían y la reconfortaban. Un rinoceronte, pensaba. Eso es lo que he sido hoy, y a continuación salía al pasillo a embestir a sus empleadas.

Poco a poco, por esa maravillosa cualidad que posee todo espíritu humano para ahuyentar de la conciencia lo desagradable y hacer que el sentimiento doloroso se desvanezca, fue sintiéndose mejor. Consiguió que el fantasma de Erny no estuviera en su cabeza a todas horas —algo que sólo Dimitri, muy esporádicamente, había conseguido, como el día que trajo la vaca—, y en poco tiempo empezó a no recordar. Se puede vivir no recordando.

A ello, no cabe duda, contribuían ciertas cosas, recursos, costumbres ejecutadas de manera inconsciente, como ir al salón de belleza a charlar. Como había sido costumbre durante más de diez años, los martes a las tres y diez tenía su cita en Millat (o en Egipto, se decía cuando entraba por la puerta). La historia de su marido arqueólogo seguía flotando por ese ambiente de secadores y rizos, olores, pintauñas y cabellos tintados, tan viva como siempre o más, pues la muerte de lord Carnavon (consecuencia de la picadura de un insecto, resultado a su vez de la maldición de los faraones por haber profanado la tumba de Tutankamon) añadía un elemento morboso de gran interés al conjunto.

Todos los martes, Coco se veía obligada a desvelar ante una decena de señoras cuáles eran los sentimientos de la viuda de un hombre célebre y cómo ventilaba su vida ahora que su marido no estaba junto a ella. De hecho, no le resultó nada difícil. Aparte de la higiene de uñas, cabellos y músculos, lo que hacía ahí era una higiene de nervios. La muerte de Erny estaba tan presente que no tenía ni que reflexionar sobre las palabras que salían como dardos de su boca (pérdida, duelo, vacío, miedo, culpabilidad...). Su discurso, aderezado por alguna que otra lagrimita, era muy convincente pero, a veces, cuando salía del local, pensaba de sí misma que era una pobre tonta. Estaba pagando a un psicoanalista, quizás a uno de los más caros de París, para nada. Porque si en algún sitio encontraba alivio a su tensión nerviosa era en el salón de belleza Millat, ante unas señoras a quienes el morbo alimentaba como un buen plato de albóndigas.

Lo que Coco no sabía es que con esa mentira, con esa doble vida tan terapéutica, sólo se estaba engañando a sí misma (¡qué inocente era pensando

que no la reconocían!). Las señoras que iban a Millat sabían perfectamente quién era *Mademoiselle de...*

El 21 de enero de 1924 moría Lenin a los cincuenta y cuatro años; le sucedía Stalin. El hecho tuvo repercusiones en la vida parisina: la Revolución no tenía visos de fracasar, y los pocos miembros de la aristocracia que quedaban en Rusia se vieron obligados a emigrar. Muchos acabaron instalándose en París y tuvieron que buscar empleo. En el *Fleurs*, por ejemplo, se contrató al conde Koutousov como portero, él que había sido gobernador de Crimea. En la boutique de Coco había varias chicas rusas, princesas y muchachitas de la alta sociedad que atendían a las clientas riendo tontamente, aunque a veces daban algún consejo interesante. La hermana de Dimitri, una joven de grandes ojos lujuriosos, se hizo sombrerera. Pero La Flaca no contrataba a estas personas para humillarlas o envanecerse. Lo hacía porque le resultaban útiles, sobre todo cuando las enviaba como representantes de su casa a fiestas, cenas o cócteles. Gracias a ellas estaba al corriente de todo lo que acontecía en la brillante sociedad parisina sin tener que trasnochar. La princesa Feodorovna se ocupaba de pinchar los alfileres para los arreglos y de dar conversación. No era muy bella ni, desde luego, demasiado inteligente, pero verla levantarse del taburete que utilizaba para apoyarse mientras sujetaba un dobladillo, como si su propia falda tuviese una cola de varios metros que deslizar sobre el mosaico, bien valía un salario.

En cierta ocasión, esta princesita de cuento de hadas llamó a la puerta del despacho de Coco. Ésta ultimaba el diseño de un traje de chaqueta sin cuello, ribeteado, con un ojal para todos los botones y una falda simple y elegante que quería mostrar en la Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industriales, en el espacio que se había reservado a los diseñadores. Feodorovna entró y prorrumpió en llanto. Sollozó durante un buen rato, sin poder levantar la cabeza. Cuando La Flaca, colmada su paciencia, quiso saber a qué se debía su infelicidad, la Feodorovna le explicó (el rímel de los ojos hacía ríos y meandros que desembocaban en las comisuras de la boca) que tenía una deuda con un magnate del petróleo persa al que se veía obligada a entregarse los martes y jueves. Coco le preguntó que a cuánto ascendía la deuda. Me hace ponerme un liguero rojo y bailar desnuda para él. Luego me toca las tetas y me pide...

—¿Cuánto le debes? —interrumpió Coco.

—Treinta mil francos —fue la respuesta de la princesa, y volvió a bajar la cabeza.

La Flaca sabía que prestar dinero a un ruso era lo menos acertado del mundo. Pese a ello, al final de la tarde, abrió el cajón de la recaudación y se lo dio. Le dijo: el dinero no es bello sino cómodo. La rusa le lanzó una sonrisita vacía, levemente canalla, y esa noche Coco durmió con la conciencia tranquila.

Una semana más tarde, Feodorovna invitó a Coco a su apartamento. La princesa vestía un traje largo de diseño con un collar de perlas de imitación que le llegaba hasta el talle. La salita en donde la recibió estaba iluminada con una luz muy tenue, anaranjada. En un velador había caviar servido en hielo, varias botellas de vodka y unos hombres vestidos de zíngaros que tocaban balalaicas. Lo primero que preguntó La Flaca es si había pagado al magnate.

—No —respondió la otra mientras le servía un poco de vodka.

Coco miró a su alrededor.

—¿Y todo esto? —le increpó.

—¿Qué esperaba? —dijo la princesa—. Me sentía tan triste que tuve que comprarme unas cuantas cosas...

Como era de esperar, La Flaca no volvió a ver los treinta mil francos. Poco después se enteró de que Feodorovna había cambiado al magnate persa por otro checo, mucho peor que el anterior.

En cuanto a Dimitri, simplemente se cansó de él. En concreto se cansó de que sólo estuviera alegre y encantador cuando estaba seguro de que su placer sería gratuito. Ella le había costado el veraneo, las salidas, las cenas, los hoteles y la ropa, los caprichos, la vaca y hasta la alfalfa de la vaca. Cuando acabó el verano se dio cuenta de que había estado comprando el bienestar de un hombre durante casi medio año. Para él todos los días eran una fiesta. Una noche del mes de octubre, mientras cenaban en un restaurante de París, Coco se plantó. Cuando pusieron la factura sobre la mesa, ella se la pasó a Dimitri, que le echó un vistazo por encima, enarcó las cejas, la miró sin inmutarse y se palpó los bolsillos. Se me ha olvidado la cartera, tuvo la desfachatez de decir. Y a continuación: paga tú, he olvidado la cartera. La Flaca cerró los ojos y dijo que no con un gesto de la cabeza. Entonces no hay nada que pagar, sentenció Dimitri. Uno se levanta y simplemente se va.

Y así hicieron. Coco se juró a sí misma que ésa era la última vez que lo invitaba.

La Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industriales fue todo un éxito. Desde 1912 se había planeado una exposición internacional que

expusiera los productos franceses salidos de las casas de diseño, a la que concurrieron como invitados los países europeos para mostrar sus adelantos en materia de diseño y decoración. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial impidió que esta exposición se llevara a cabo cuando estaba previsto, en 1915. Finalmente, la muestra se ubicó en el Grand Palais, en 1925. En el pabellón había varias puertas de acceso, entre ellas la Puerta de la Concordia, la Puerta de Honor con fuentes de agua congelada trabajadas en vidrio por René Lalique entre muñecas cubistas de tamaño natural, y el Gran Arco triunfal de la reja de Edgard Brandt compuesta por líneas curvas de diversos grosores que mostraban elementos vegetales estilo *art déco*. Las lámparas eran obra de Giacometti. Para conectar el pabellón con el otro lado del río Sena, el puente Alejandro III, que había sido inaugurado en la exposición de 1900, fue decorado por Maurice Dufrene. Este puente parecía salido de un cuento de hadas, pues la iluminación que recibía en diversos colores hacía que los muros asemejasen un tapiz de piedras preciosas de gran tamaño. Estaba flanqueado por las boutiques individuales que exponían las creaciones destinadas a gente adinerada. Allí estaba la tienda de Coco, que colocó en el escaparate su última colección de joyas, unas piezas desmontables que podían lucirse de diferentes formas, como un brazalete que podía convertirse en diadema o una sortija que podía transformarse en broche. La rusa Sonia Delaunay se dio a conocer en esta exposición experimentando con tejidos compuestos con colores puros y luminosos y formas geométricas de aspecto vibrante. Nadie quedó indiferente.

También estaban las boutiques de Jeanne Lanvin, de Worth, de Callot o de Madeleine Vionnet. Paul Poiret optó por una presentación más aparatosa, más acorde con su extravagante personalidad de satenes, lamés de plata y oro y tafetanes de terciopelo: montó su taller en tres embarcaciones flotantes con atractivos y suntuosos interiores.

Coco odiaba esas muestras monstruosas. Odiaba el gentío ocioso y fisgón, el ruido, la competencia, los representantes pesados a los que espantaba con la mano alzada. Detestaba estar diez horas metida en el mismo cuchitril, la palabrería, la falsa amabilidad. Encima tuvo que soportar los comentarios sobre las charlas de Madeleine Vionnet —e incluso asistir a alguna— sobre el «corte al bias» que acababa de lanzar al mundo de la moda. Muchos lo veían como una revolución, pero para Coco era una mamarrachada, y tenía que morderse la lengua para no decirlo. Durante casi una semana, Madeleine Vionnet reunió a estilistas de todo el mundo para hablarles de laterales descosidos, desperdicios en la tela y dolores de cabeza. Cortar el crespón

rosalba o la seda líquida contra la dirección de los hilos no era tan fácil. Había trucos, como el de utilizar telas sin pelo, trama o estampado; o hilvanar las piezas con el agregado de unas tirillas de papel de molde en los bordes; o cortar los trozos un poco grandes para evitar el «chupado de caderas». El toque maestro era que proporcionaba al material una gran elasticidad: los pechos, la cintura y las caderas recuperaban protagonismo, puesto que la tela se fruncía precisamente en estos puntos para después caer en pliegues de aspecto natural.

Sin embargo, y por todo ello, si quería estar en el mundo de la moda, aquella muestra era algo por lo que La Flaca tenía que pasar. Además, siempre se aprendía algo nuevo. En un puesto pequeño, por ejemplo, se exponía un nuevo invento, «utilísimo para el mundo de la moda», decían que se había popularizado a partir del momento en que la Armada estadounidense lo solicitó para ciertas prendas utilizadas en los vuelos. Se trataba de dos tiras, con dientes de metal o plástico en uno de los bordes, que servían para unir piezas de tela y que ahorran el trabajo de cada mañana de embutir algo así como una veintena de botones en sus correspondientes ojales, o cerrar un sin fin de corchetes y corchetes desde la cintura hasta el cuello, además de hacer al menos tres lazos. Era una cremallera.

Otro día, almorzando con un inglés de mostacho y bombín, un conocido representante de una casa de modas inglesa, recibió una oferta muy tentadora. Desde hacía tiempo, el inglés era consciente de que muchas mujeres de su país viajaban a París expresamente para comprar la ropa de *mademoiselle*. Ciertamente, dijo Coco. Entre mis clientas más destacadas hay muchas mujeres inglesas. A cambio de una cantidad que pactarían más adelante, él le propuso abrir una tienda en Londres, en el lujoso barrio de Mayfair. Él sabía que había un local de unos trescientos metros cuadrados y, además, estaba muy acostumbrado a hacer de intermediario en este tipo de negocios. También dijo: como sabe usted se avecina una gran crisis mundial, y usted, como todo el mundo, necesita estar preparada. ¿Crisis?, pensó Coco. ¿Qué crisis?

A veces, se gritaban la una a la otra desde sus habitaciones para constatar que seguían vivas. ¿A usted le duele algo, señora? ¿A ti te duele algo, doncella? No les dolía nada.

La vida seguía su curso, trabajo y más trabajo, Coco sola (el gran duque Dimitri se buscó otra compañía que le financiase las ostras y el caviar), cierta recurrente tristeza, la terapia semanal, la fatiga, la nieve recién caída y los gorriones, Marie depositando la bandeja con el frugal desayuno gritando a usted le duele algo... Marie. Últimamente, se le quemaban las croquetas; o salaba demasiado la sopa; o dejaba una prenda, una sola, sin lavar; o no le doblaba el pijama sino que se lo dejaba revuelto bajo la almohada, o aparecía una mosca flotando en el té. Y lo que era peor: las sábanas de la cama sin tensar. Pequeños detalles sin importancia, quizá sólo fueran manías, quizá la doncella necesitara esos desahogos diarios, todos tenemos nuestros recursos, nuestras pequeñas «venganzas» personales hechas de moscas o demasiada sal. No podía decir que la desobedecía, pero tenía la sensación de que ya «no quería» ser tan diligente como antes. ¿Qué le había hecho ella para que cambiara de actitud? Nada. Pero ¿realmente había cambiado de actitud?

Medio año después del almuerzo con el señor inglés, Coco instaló su boutique en Mayfair, en concreto en la calle Davies, a pocos metros del Hotel Claridge. Se trataba de uno de los barrios más elegantes de Londres, entre Hyde Park y Green Park, una zona residencial de casas con jardines privados, locales de moda y hoteles exclusivos por donde se paseaban jeques árabes e inglesitas con abrigos de *tweed* cortados a medida, guantes a juego y sombreros con airosas plumitas de adorno.

La duquesa de York, esposa del futuro rey Jorge VI, y las populares Daisy Fellowes, Baba de'Erlanger y Paula Gelibrand se vistieron allí de inmediato. Para ellas confeccionó vestidos deportivos, es decir, vestidos para llevar puestos «mientras se contemplaba a los demás hacer deporte». Coco viajaba al menos una vez al mes para controlar su negocio. Cuando las clientas se marchaban, La Flaca comentaba a sus empleadas francesas que las inglesas

vestían como sus enemigos. También decía de ellas que sólo pensaban en cazar a los hombres y que les daba igual quién fuera la presa.

Por fin un día, en la consulta del doctor Jurié, Coco se negó a hacer de perro. No, dijo extendiendo la palma abierta, hoy no, y se sentó en el diván de cuero blanco que nunca había querido usar. Hoy voy a decirle por qué vengo a su consulta.

—Pues dígame.

—Quiero aprender a hacer algo que he olvidado; quiero que me enseñe usted a llorar.

Al recordar los erizos de castaña, a La Flaca le sorprendía lo fácil que era hablar de su familia. Como si estuviera hablando de la lluvia o de ese viento que se enreda entre las cosas. No era la casa, no, ni su madre dentro, de pie junto a los fuegos de la cocina, y sus piernas flacas atravesadas por las venas o la luna, sino ese manto de castañas caídas en otoño que recubre el suelo, frutos dormidos en un molde de pinchos.

Explicó al psicoanalista que el día anterior había decidido volver del trabajo caminando por el cementerio de Montmartre, que el suelo estaba lleno de cáscaras de castaña. Cogió una y se pinchó. Eso la llevó a un día en que hacía frío, y estaba en un bosque de Saint-Croix con su madre y sus hermanos pequeños...

Jurié no dijo nada más; su profesionalidad le impedía mostrar una sonrisa, dibujar en su rostro una señal de complacencia, pero era evidente que se animaba. Por primera vez, esa mujer de cáscara dura, obstinada como un toro, le pedía aprender a llorar. Y lo que era mejor, le hablaba de su madre. Podía decirse que cuando un paciente de este tipo comenzaba a hablar de su madre, estaba curado.

Cosas extrañas y a la vez hermosas, prosiguió ella. Ese día eran castañas, pero podía ser cualquier otra cosa, espigas, coles, tomates rojos como Biblias, patatas con brotes o con forma de corazón, los últimos frutos que mueren en el árbol, higos con sabor a licor. El horizonte vasto y la luz fría del sol que muere. Su madre, envejecida y tierna entre penachos de helechos, sosteniendo una cesta donde iba depositando castañas. Sus dedos eran rápidos y no vacilaban. Parecían hechos para rajar las cáscaras (cómo pincháis, jodidas) y sacar el fruto sin lastimarse, para arrojarlo limpio a la cesta, tenso, brillante como uñas. Todos los hermanos ayudaban. Esa noche haría sopa y la madre estaba ahí, el vientre palpitante como tierra que se junta con esa otra tierra

negra, la del humus, la del manto. Siempre estaba hermosa, la hermosura de la preñez, de la sangre y el agua mezclada con el hijo cuyos huesos crepitaban dentro. Los niños tenían la orden de abrir las cáscaras y sacar el fruto sin pincharse. Su madre decía: no temáis ensuciaros las manos, las manos se limpian.

Pero nos pusimos a jugar. Girábamos alrededor del castaño sujetándonos con una sola mano y las hojas, el cielo y mi madre envejecida y tierna daban vueltas. Estábamos felices, agitados, y nuestra agitación olía al humo de las chimeneas de las casas, a sopa muy caliente. Pero entonces me giré hacia mi madre: tenía la boca apretada, roja como si se la hubiera pintado a lápiz, y la mirada fija en mí. Estaba enfadada.

Jurié se incorporó un poco.

—¿Por qué estaba enfadada?

—Nos había dicho que recogiéramos castañas para la sopa, ¿no?

—¿Se enfadaba muy a menudo?

—Bueno... supongo que... no tenía tiempo para otra cosa...

Un día Coco fue a almorzar a un restaurante alejado de la boutique que solía frecuentar cuando huía de la gente conocida. Era una mañana de sol, daba gloria andar, el cielo sin nubes, benévolo. Al sentarse, una camarera corrió hacia ella para susurrarle al oído si sabía ya lo de su amigo.

—¿Amigo?

—El americano —dijo, e hizo una pausa para tragar saliva—. Ese que solía sentarse aquí a hablar con usted. —Se pasó el índice por el cuello y emitió un extraño sonido gutural, como de pato o ganso degollado—: Se ha suicidado.

Alguien lo había encontrado en su casa de París, colgado de una lámpara *art déco*. Parece ser que no pudo soportar los efectos del derrumbamiento de Wall Street.

—Del jueves negro del mes de octubre en Nueva York, ya sabe, de los valores que se elevan a alturas fantásticas —soltó la mujer con toda naturalidad, pasando la bayeta por la mesa, como si aquello del jueves negro fuera peste o pan de cada día, mal del que ya había muerto la mitad de la población americana.

Coco terminó su almuerzo y salió del local abatida. La muerte era algo natural, sí (y feo), ella ya tenía experiencia sobre el tema, y el americano había debido de sufrir mucho, en silencio, probablemente sin que nadie lo sospechara, que era lo más triste. Le parecía imposible que aquel impecable *gentleman*, tan culto y pulcro, tan sólido de espíritu, un producto acabado en

todos los sentidos, se hubiese suicidado, por qué negarlo. Pero a continuación, de forma egoísta, pensó que todo estaba en regla, que éramos esclavos de una cadena de acontecimientos firmemente entrelazados y que su mundo no se vería trastocado por aquella muerte, ella ya tenía suficientes motivos de sufrimiento.

La vida era eso, y la vida estaba hecha de vida, es decir, de desdichas y de penas, y en las desdichas y las penas crece la persona, como por ejemplo: ella.

Mientras caminaba pensó que precisamente los que parecen más sólidos y felices, los que nunca, ni por asomo, comentarían a nadie sus flaquezas, son los que finalmente son capaces de provocar un escándalo de este tipo. Saludó a un conocido y dobló la esquina. Porque el suicidio era un escándalo, se dijo apretándose el cuello de piel contra la boca. El único y último escándalo de la vida. Pensó en su propia muerte. Un día moriría y alguien (¿sus hijos?, ¿Misia y Sert?) la enterraría. En el cementerio se situarían en círculo para rezar en torno a la tumba; esbozarían muecas de dolor.

En ese momento, sin quererlo, imaginó al americano colgado de la lámpara *art déco*, la lengua fuera, el nudo de la corbata deshecho, a oscuras, baila, baila, pensó, describe una semicircunferencia con los pies. No pudo evitar esbozar una sonrisa, ¿pero era una sonrisa? En todo caso, el espanto de esa visión se disolvió en la satisfacción de no ser ella misma la muerta. Sintió que sus tripas se contraían, como si fuera a devolver. Una fuerza extraña, como una corriente, le subía desde el estómago. Tenía una tenaza en la garganta; era como si la garganta estuviese aguantando el peso del hígado, del bazo, del corazón y de todas las vísceras a la vez.

A la altura del número veinticinco, los músculos de la mandíbula empezaron a dolerle: sus facciones se crisparon. Su rostro se contrajo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Comenzó a emitir pequeños gemidos y esbozó una mueca acompañada de convulsiones, ¿era risa o llanto? ¡Estaba llorando por el señor americano!, ¡no había llorado por la muerte de la persona que más quería en este mundo, y ahora lloraba por ese pobre producto acabado! Luego..., ¡sabía llorar!

No, se dijo; y se detuvo a sacar un pañuelo del bolso. Eran unas motas de polvo, una niebla en los ojos que le impedía ver. El viento. El sol. Yo no sé llorar, nunca supe llorar porque nadie me enseñó, por eso voy a un psicoanalista, para que me enseñe a hacerlo. Un insecto, qué sé yo.

Pero no era el polvo, ni el viento, ni el sol, ni la niebla, ni un insecto, y Coco lo sabía. Sentada sobre la acera sucia de la calle Cambon, el rímel corrido, cubriéndose los ojos con las manos, las piernas locas y abiertas, se

abismó en sus pensamientos. Por su mente desfilaban imágenes luminosas, una madre desdentada, unos hermanos que no había conocido, los erizos de las castañas que recogían en el bosque, el intenso calor de las lágrimas que por primera vez sintió en su piel. El olor de la infelicidad. Por primera vez en su vida estaba llorando. Lloraba por el pubis húmedo y frondoso de sus tías ricas, por el susurro de las avispas que envuelven las matas de fresas, por el aroma de las sábanas recién lavadas del internado de los Cevernios y por el llanto ahogado de Meg *la Larga* rasgando el silencio de la noche. Lloraba por la lluvia de Paillers, por el zumbido de las máquinas tejedoras de la Casa Grampayre, por el olor a heno y caca mezclado con el perfume de los hipódromos. Lloraba por Erny y por los grifos abiertos. Sobre todo por Erny. Por los grifos abiertos para ahogar el sonido de los sollozos. Por lo que nunca le dijo, por la caricia pendiente. Con llanto de madre —la madre que no era, pero que *podría* haber sido—, lloraba por los hijos que nunca tendría con él, porque no los bañaría ni les leería un cuento, porque no los besaría por la noche. Lloraba porque nunca conocería a sus nietos. Lloraba por ella.

Cuando terminó, se levantó, se sacudió el polvo de la falda y se sonó la nariz. Estaba vacía: hacía mucho que no se sentía tan bien. Entonces vio algo en el suelo: una cuenta de collar...; no, era una simple haba pinta. El mercado estaba cerca; seguramente se le había caído a alguna mujer del cucurucho de la bolsa de la compra. Se acordó de las habas que las monjas del internado envolvían en algodón humedecido, que a su vez metían en latas de metal (el alféizar de la ventana se llenaba de latas de metal...). En poco tiempo salían las raíces, el tallo y las hojitas de verde tierno: entonces estaban listas para plantar en la huerta. Luego se cargaban de hermosas vainas que servían para hacer una sopa sustanciosa.

Emprendió el camino a casa con pasos menudos y enérgicos como ella misma, pero al rato se detuvo; dio media vuelta, volvió hasta el lugar donde había estado llorando y recogió el haba. Por la noche la envolvería en algodón húmedo. La vería florecer y llenarse de vainas.

Al llegar a la boutique, le dijeron que había alguien esperándola en su despacho. No tuvo que abrir la puerta para adivinar de quién se trataba: un intenso olor a rosas ajadas impregnaba la escalera.

Misia. Venía a reconciliarse (aquel telegrama que envió a Stravinsky había sido una traición por su parte...) y quería invitarla a pasar una semana con ella y Sert en la playa. No era tiempo de baños, pero en Montecarlo se estaba muy bien; además, tenían muchos conocidos allí. Se contaron sus vidas; se abrazaron como hermanas de leche.

Diez días después estaban en la playa. Y un par de días más tarde, una mañana, Misia llamó a la puerta de la habitación del Hotel de París donde se alojaba Coco.

—Quiero que me hagas un favor —le dijo al entrar—. Si lo haces, recibiré un regalo. Tengo ganas de que me hagan un regalo. Westminster acaba de llegar. Su yate está atracado en la rada de Mónaco.

Hugh Richard Arthur Grosvenor, duque de Westminster, estaba divorciado y era inmensamente rico. Quizá fuera el hombre más rico de Inglaterra, y de Europa, con terrenos en las mejores zonas de Londres, casas en Irlanda, en Dalmacia o en los Cárpatos, y una enorme mansión campestre en Eaton Hall, en Chester, ciudad con casas de madera de aquilones puntiagudos y entramado *black and white* de la época de Falstaff. En las paredes de esta mansión colgaban cuadros de Gainsborough, Reynolds, Goya y Velázquez, y un batallón de criados con librea y mayordomos con botones dorados y escarapelas tenían la casa dispuesta por si se presentaba en cualquier momento. ¿Por qué un hombre que nunca había trabajado en su vida tenía un cazatorpedos auxiliar de la Royal Navy y un velero de ochocientos ochenta y tres toneladas? ¿Por qué podía permitirse el lujo de chupar nectarinas tiernas fuera de temporada? ¿Y por qué tiraba su dinero comprando animales exóticos como monos del Himalaya o conejos de indias brasileños del tamaño de un cerdo?

A estas preguntas, generalmente, la envidia no encuentra respuesta; pero por fortuna, en este caso la envidia ni siquiera tenía que preguntarse nada: la riqueza del duque de Westminster estaba por encima de toda pasión mundana. Misia sabía que el yate del duque estaba atracado en la rada de Mónaco, y también que cuando un hombre tiene un título o es inmensamente rico, deja de ser hombre para convertirse en liebre o zorro. Westminster acababa de separarse de su segunda mujer. La primera le había dado tres hijos, de los cuales el único varón heredero había muerto de una apendicitis mal curada a los cuatro años. De la segunda no tenía hijos, por lo que, todos los días, levantaba la veda. La polaca se las apañó para llegar hasta la liebre y le explicó que la famosa diseñadora francesa, tan de moda en Inglaterra desde que montara su casa de modas en Mayfair, era amiga suya. Westminster ya había oído hablar de ella, de su temperamento y su filo indómito, y la había visto miles de veces en las revistas. Sabía de su original belleza de toro joven, de sus anchos ollares, de sus cejas sin depilar, prestas a enarcarse, de sus densas hebras negras y rizadas de becerro que un día, hace mucho, tuvo que

cortarse porque se le enganchaban en los cordones del corsé, de su elegancia, de su energía obstinada.

Como tenía curiosidad por conocerla, Misia le prometió que, a cambio de una recompensa, llevaría a Coco a cenar al yate.

—Me niego a ir.

—Por favor.

—No iré.

Acabó yendo. La Flaca hablaba muy poco inglés, pero Westminster se dio cuenta enseguida de que estaba ante una mujer que se había hecho a sí misma. En Inglaterra, como en Francia, existía la leyenda, alimentada día a día por los bulos de las revistas, de que Coco había salido de no se sabía dónde; de un espectáculo de variedades, de la ópera o incluso de un burdel (también se decía que su padre era un aristócrata que había repudiado a su madre, una de las primeras sufragistas), que era una extraña diosa con tijera y alfileres, una anguila, remontando la corriente sin ser vista. Quizá por eso, él estaba especialmente interesado en que ella le contara cómo había transcurrido su niñez. La Flaca tuvo que defenderse con uñas y dientes: ahí estaban, una vez más, las tías execrables.

Pero esta vez no habló de sus extrañas costumbres practicadas en las tardes de poco sol (eso habría resultado demasiado ácido para alguien que no la conocía) sino de la chimenea que tenían las tías en la casa de campo, rebosante de salazones y de carnes ahumadas, del aparador lleno de mantequilla salada y de mermeladas, de la compota de peras, de las cacerolas con guisos de huevos y tomates, de las claras a punto de nieve, de los armarios con bonitas telas de Issoire que los vendedores ambulantes vendían por todo el mundo, de las manzanas podridas y del frío. Se explicaba tan bien y con tanta gracia, que aquella noche Westminster pudo aspirar la frescura de la ropa que las tías guardaban en los armarios. Quedaron en volver a verse al día siguiente, en el yate, pero Coco no acudió a la cita.

Volvió a París. El duque le había gustado. Era sencillo, elegante y le divertía su mala educación. Se acordó de que, antes de la guerra, le habían invitado a cenar a casa de Jean Prouvost, director de un importantísimo periódico de la noche. Todos los invitados llegaron a la casa muy puntuales, pero Prouvost, con el pretexto de que le dolía la cabeza, hizo esperar a sus invitados dos horas. Ni siquiera se disculpó, a pesar de que por aquel entonces recibía lecciones de modales de una señorita de la alta sociedad.

Westminster también era un mal educado, pero lo llevaba con elegancia. Porque para ser mal educado elegante, pensó Coco mientras hacía el trayecto

de vuelta a París, primero ha tenido que ser educado de verdad. Por un lado se sentía halagada (halagada no, *henchida*) de que aquel hombre que podía tener a cualquier mujer se interesara por ella. Pero no quería forzar nada. La cara dura de Dimitri acabó por agotarla, y no quería volver a ser la *irrégulière* de sus tiempos pasados, una mujer de harén. A estas alturas de su vida, para ella sería humillante tener que agradecer a un hombre una vida de sumisa ociosidad. Y si alguna cosa le habían dado el dinero y la fama era libertad suficiente para no depender de nadie.

En París se encontró con una situación muy irritante. Como se había augurado, la crisis bursátil de Wall Street había llegado a Europa y Francia pasaba por momentos difíciles. El pequeño comercio de lujo se arruinaba por momentos; los joyeros de la calle de la Paix perdieron fortunas debido a la cancelación súbita de pedidos por parte de América. Las mujeres que no podían comprarse vestidos nuevos alargaban los viejos (las faldas cortas habían desaparecido incluso del vestuario de día). El retal de piel más minúsculo se aprovechaba para el escote o los puños que, al fin y al cabo, también era señal de lujo. Coco —como otros muchos comerciantes— tuvo que reducir sus precios a la mitad. Por aquel entonces, estaban popularizándose las telas económicas y lavables como el algodón y el lino. La Flaca trabajaba en su última colección y se le ocurrió incluir vestidos de tarde de piqué, encaje, organdí y tul; para reducir costes, comenzó a utilizar cremalleras.

Un día, Misia, que se había olvidado temporalmente de su amiga desde que comprendiera que no podía forzarla a una segunda cita con Westminster, irrumpió en la boutique de la calle Cambon con un periódico en la mano. Estaba muy agitada y, sin dar explicaciones a nadie, atravesó la zona de la tienda y subió los tres pisos de la escalera hasta el despacho de Coco. Ella era así; enseguida descendía sobre sus hombros el aburrimiento (Sert, que con frecuencia tenía que aguantarla, decía que se aburriría incluso ante su hipotética ejecución). Por ello tenía que inventar. Pero no sobre su vida, sino sobre la de los demás. Un parásito del corazón. Crear para luego destruir. Abrió la puerta sin llamar y, agitando el periódico en el aire (radiante, cubierta con el rocío de la helada mañana), gritó:

—Nenita, Samuel Goldwyn te necesita.

Como prácticamente el resto del mundo, La Flaca sabía quién era el egocéntrico magnate de la industria del cine. El propietario de la Metro-Goldwyn-Mayer había empezado como aprendiz en la industrial textil e incluso había fundado una empresa de guantes antes de dedicarse a lo que le

convirtió en un hombre multimillonario y conocido. A medida que el público de los cines crecía y la pantalla se hacía más popular que los salones, la rivalidad con París y su moda basada en la sencillez se hacía más evidente. Hollywood era el gran barroco, pero el influjo de las actrices se hacía irresistible. Por esa época se empezaba a llevar el pelo a lo Greta Garbo o las famosas boas de plumas de Marlene Dietrich de *Marruecos*, o el cuello de plumas de gallo de Dietrich en *El expreso de Shanghai*, o el aspecto masculinizado de la protagonista de *Mata Hari*. Tras el crack del 29, en América había trece millones de personas en paro, y Goldwyn sabía que a la gente le gustaban los musicales espectaculares y deslumbrantes, así como las películas de gánsteres, que hacían olvidar las preocupaciones. Según decía el periódico que traía Misia, el magnate había expresado en una fiesta privada su deseo de contratar a *Madame de...* para vestir a sus actrices dentro y fuera de la pantalla. La polaca estaba tan excitada que casi no era capaz de explicarse: iremos (ella parecía ya estar incluida en la todavía inexistente propuesta de Goldwyn) a Nueva York, cariño mío, ¿no dijiste un día que deseabas ver la Estatua de la Libertad?

Dos semanas después, el magnate y Coco se encontraron en Chez Margery, gracias a los increíbles oficios de Misia. Era el mismo restaurante de lujo donde había invitado al gran duque Dimitri por primera vez. Cuando Coco llegó, Goldwyn ya estaba sentado a la mesa con una enorme servilleta atada al cuello y había empezado a comer, pues, según dijo, París le daba un hambre atroz. En la mesa había codillo, patatas al vapor y espárragos tempraneros en rama. Fue directamente al grano. Mientras se explicaba, La Flaca lo observaba atentamente. Era un hombre inculto y fullero, un lobo blanco como un oso lanudo que masticaba con la boca abierta (a Coco le vino a la cabeza el ambiente de las ferias en que su padre vendía botones y cacharros de cocina), aunque con gran instinto para los negocios.

Confirmó lo que decía el periódico: quería que vistiera a Gloria Swanson, Norma Talmadge, Ina Claire y Lily Damita, entre otras. Necesitaba nuevos aires, nuevos desafíos. No era la primera vez que La Flaca tenía que negociar con personas hábiles con mucha más experiencia en el mundo del negocio que ella. Le explicó que, en realidad, muchas norteamericanas ricas ya eran clientas suyas y que dudaba de si aquellas actrices de gustos antojadizos se avendrían a llevar sus vestidos de la mañana a la noche. Mientras la salsa de los espárragos resbalaba por las comisuras de su boca, Goldwyn hablaba del valor de la publicidad y le ofrecía las pantallas del mundo como valla para promocionarse. Si se comprometía a ir dos veces al año a California para

confeccionar el guardarropa de sus artistas, él estaría dispuesto a firmar un contrato con ella por un millón de dólares al año.

Cuando estaba en los postres comprendió que no iba a ser fácil convencerla. Entonces cambió de estrategia: ¿por qué no se dejaba invitar a Hollywood para comprobar por sí misma lo que podía ofrecerle el cine? Tenía que conocer América cuanto antes. Coco aceptó la invitación; pero no quería viajar a Nueva York inmediatamente. Antes tenía que dejar encarrilados varios asuntos y concertar una cita con Julian Jurié. Desde que le había hablado de su madre por primera vez sentía que en su interior se había removido algo. Era plenamente consciente de que si hacía balance de su vida, la verdad es que no tenía motivo de queja. En realidad, no tenía por qué estar yendo a terapia alguna. En el plano profesional podía sentirse orgullosa de la elección de Goldwyn. Y en el plano personal Westminster seguía interesado: le enviaba insistentemente a su domicilio enormes ramos de flores frescas, salmón recién pescado o cestas de frutas exóticas que, según afirmaban los transportistas, procedían de sus plantaciones en ultramar.

Pero como siempre, algo fallaba. El éxito parecía querer más éxito, como si sólo pudiera perdurar en el crecimiento, en la acumulación. ¿Pero era realmente éxito lo que ella buscaba? Deseaba algo; sí. ¿Acaso buscando lo que deseaba, no estaba ya perdiendo el deseo por lo que buscaba?

A Jurié no le habló ni de Hollywood, ni de salmones recién pescados. Ni de la búsqueda. Ni del deseo, ni de entuertos mentales de este tipo. Entró en la consulta (casi dio un puntapié a la puerta), se sentó en el diván y sin hacer ningún tipo de preámbulo, comenzó a hablar de una habitación empapelada de color rojo.

Explicó que cuando su madre estaba muy enferma, les llevó, a su hermana y a ella, a casa de un tío mayor a quien llamaban el tío de Issoire con la esperanza de que se encariñara con ellas y accediera a que se quedaran allí. Nos encerraron en la habitación. Al principio nos portamos muy bien, no nos atrevíamos a movernos, pero a medida que iba pasando el tiempo, empezamos a impacientarnos. Deambulábamos de una esquina a otra sin saber qué hacer. Hasta que descubrimos que había un entretenimiento: la pared estaba empapelada de rojo y era divertido arrancar el papel.

Primero arrancamos pequeños trocitos que debido a la humedad se desprendían sin mayor problema. A continuación nos subimos a una silla y arrancamos una tira. Aquello era maravilloso. Apilábamos las sillas y arrancábamos el papel. Las tiras enteras caían al suelo y nosotras dábamos palmas y reíamos. Poco a poco, la pared quedó desnuda, los jirones

temblando con las corrientes de aire. Cuando mi madre entró se quedó paralizada: las posibilidades de que mi tío nos acogiese eran mínimas. No dijo nada. Comenzó a llorar. De su mejilla caían gruesas lágrimas y yo la recuerdo así, una vaga mancha de calor. Ninguna reprimenda habría producido en mí igual efecto. Me escapé gimiendo de dolor. La vida era una cosa seria; hacía llorar a las madres.

Misia y Coco emprendieron el viaje a Estados Unidos a bordo del vapor *Europe*. La Flaca le indicó a Marie que estaría fuera una temporada, probablemente un mes, que cuidara de la casa y que, para la vuelta, sólo le pedía dos favores. El primero, una pequeña manía personal, que las sábanas de la cama estuvieran prietas, bien tensadas, ni una sola arruga, Marie, si me hace usted el favor. El segundo era que cuidara de su haba pinta envuelta en algodones.

Durante el trayecto, que duró cuatro días, se sintieron felices; hasta se creyeron amigas; salían a cubierta a tomar el sol, donde el viento manoseaba los cabellos y las páginas de los libros, bebían martinis servidos por camareros con patillas y pecheras almidonadas. Había varias familias con niños y, cada vez que los pequeños pasaban correteando por delante de sus hamacas, La Flaca se quedaba embobada, mirando el reventar de las olas contra la proa. Tardaba un rato en murmurar: bah, qué atadura, esos mocosos.

Llegaron a la caída de una tórrida tarde de invierno en la que se divisaron, remotos y violetas, los primeros rascacielos de Nueva York, esqueletos tejidos prodigiosamente en el cielo. Cosa de arañas, pensó Coco y, entonces, en medio de esa muchedumbre que expulsaba el barco —excrecencia, callo o agalla de pez—, que descendía para confundirse con la que aguardaba en el puerto, sintió más que nunca la punzada de la soledad: una masa ascendente y giratoria de espuma y agua que se posaba suavemente sobre sus hombros.

Una vez en el hotel, una gripe la tuvo confinada en la suite durante los diez primeros días. Desde el momento en que llegó, los periodistas sitiaron los alrededores del hotel (¡uy, qué gentío!, murmuró ella echando un vistazo a través de las cortinas). Cuando se sintió mejor, la diseñadora bajó al hall principal embutida en un furró negro a pronunciar unas palabras, como si fuera un dignatario del gobierno francés, o algo por el estilo: sólo he venido aquí por una invitación. Tengo que ver qué puede ofrecerme el cine y qué puedo ofrecerle yo. De momento no pienso hacer ni un solo vestido. No he traído las tijeras.

Cuando se recuperó, lo primero que hicieron Coco y Misia fue coger un tren para ir a visitar los estudios de la MGM. Le fascinó atravesar una

América en plena depresión, aunque todo le parecía irreal, las enormes praderas, las ciudades que cruzaban. Finalmente llegaron a Hollywood. En una de sus colinas, se alzaba aquel fastuoso mundo de cartón piedra que el loco de Goldwyn había ideado: una torre de castillo, oficinas, tiendas y lujosas fachadas falsas, patios confeccionados para las escenas callejeras, frondosas alamedas que desembocaban en mansiones de yeso, curiosas plazas pueblerinas, sabanas, bosques, selvas y hasta una estación de ferrocarril en funcionamiento. En un extremo de la inmensa finca se habían construido unos edificios bajos, de tipo colonial, donde estaban las oficinas y los camerinos, singulares bazares atestados de percheros con ruedas, catres para descansar entre toma y toma y enormes tocadores que presidían los cuartos, repletos de enseres de maquillaje, horquillas y rulos en cajas que habían sido de bombones, lápices de labios y de contornos de ojos, botes con algodón, cremas, peines, pinceles, cepillos. En un solo día, les presentaron a Greta Garbo, Marlene Dietrich, Claudette Colbert y Frederic March, así como a los directores George Cukor y Erich von Stroheim.

Este último le besó la mano al tiempo que le preguntaba: usted es costurera, según tengo entendido, ¿verdad?

Desde el momento en que pisó suelo americano, Coco deseó volver a su comercio de la calle Cambon. Aquellos edificios que se alzaban límpidos y netos en medio de la fronda de los árboles, el lujo y la perfección del Rockefeller Center, los ascensores, las oficinas hechas de silencio, los negros, la tristeza de los niños negros, jadeantes, tiritando, respirando mocos por la calle, la apología de una vida moderna y la máquina infernal, ese idioma hecho como a trompicones de pájaro, todo le parecía desmesurado (y solitario también). En Hollywood las actrices le resultaron frívolas y tontas, falsamente grandilocuentes. Von Stroheim, por supuesto, un maleducado.

Tú nunca estás contenta con nadie, le decía Misia. Ella contestaba: si no estoy contenta conmigo misma, ¿cómo lo voy a estar con los demás?

Hollywood convertía a estas actrices de provincia, de la noche a la mañana, en estrellas rutilantes. Su rostro debía adaptarse al ideal griego de un óvalo que, en sentido vertical, pudiera dividirse en tres partes iguales y, horizontalmente, era cinco veces el tamaño de un ojo. En dos o tres semanas, presencié cómo se hacían las películas y estableció contacto con los directivos del departamento de vestuario. Ella y su equipo debían crear un guardarropa para mujeres que habían sido diseñadas por las cámaras (las ojeras y las cejas depiladas de Greta Garbo, las mejillas hundidas de Marlene Dietrich) que además no quedara anticuado cuando uno o dos años más tarde se estrenara la

película en el viejo continente. La película que Goldwyn tenía entre manos en ese momento era la adaptación a la pantalla del gran éxito de Broadway *Esta noche o nunca* que protagonizaría Gloria Swanson.

Antes de volver a París, las dos amigas recorrieron las tiendas de la Séptima Avenida y los grandes almacenes como Sacks, Macy's y Bloomingdale's. En este último, Misia quiso probarse un vestido. Después de buscar por toda la planta, no encontraron ni una sola dependienta. No existían, y eso era lo fascinante. Cada clienta cogía la ropa, se la probaba y decidía por sí misma (sin el asesoramiento de un moscardón, dijo Coco dando palmadas de excitación). También hicieron un recado de última hora. Se acercaron hasta la fábrica de pianos Steinway & Sons situada en la Avenida Diecinueve. Como consecuencia de la Depresión, la mayoría de los empleados, probablemente los hombres con más temple y destreza del mundo en lo que al ensamblado de piezas se refiere, habían sido despedidos. Estaban a punto de suspender la producción, pero el muestrario de pianos en venta todavía estaba abierto. Henry Z. Steinway, bisnieto del fundador, estaba por allí y al enterarse de que la compradora iba a gastarse una suma fabulosa, quiso atenderla en persona.

La Flaca quería un piano, el más exclusivo que tuvieran en aquel momento, pero no para su apartamento del Sena, como creyó su amiga en un principio, sino para enviar a un orfanato de los Cevernios. ¿A un orfanato de los Cevernios?, le susurró Misia aparte, ¿es que de repente te has convertido en una hermanita de la caridad? Es un asunto que tengo pendiente desde hace mucho tiempo, fue la respuesta de Coco; y Misia no se atrevió a preguntar nada más.

La Flaca recorrió la sala de exposición de arriba abajo, escuchando atentamente las historias que el propietario relataba acerca de cada uno de los pianos en venta. Finalmente se decantó por un Steinway de madera de nogal francesa con un diseño extraordinario del arquitecto Richard Morris Hunt, el mismo que había diseñado la base de la Estatua de la Libertad. Cuando después de mucho negociar, el dueño anunció el precio del piano, junto con los gastos de envío a Francia, Misia tuvo que sentarse en una de las banquetas para abanicarse.

Aproximadamente tres meses después, llegaba el despampanante piano al orfanato de los Cevernios donde Coco había pasado su infancia. Llegó una mañana de mucho frío, polvo líquido en el ambiente, mientras las niñas rezaban, *Dios mío haz que...*

Una monja fea abrió la puerta. Dijo que no esperaban ningún piano, y que allí no había superiora con quien hablar, con que ya podían devolverlo a su lugar. También dijo que ahora tenía que cerrar la puerta, que entraba mucho frío. El piano volvió a la fábrica Steinway en Estados Unidos sin siquiera ser desempaquetado; aunque eso es algo que La Flaca no llegó a saber nunca.

Antes de prender, el odio es bulto. Principio de algo. Semilla. Un día el haba se envuelve en algodón húmedo, se deposita en una lata de metal y se deja florecer al sol mezquino del alféizar de la ventana. En poco tiempo, si las condiciones son propicias, salen las raíces: resentimiento, envidia, debilidad o frustración, menosprecio, tal vez amor, que se enredan y confunden con las fibras del algodón, tiñiéndolo en un humus graso y pestilente del que brota el tallo. La yema se anuncia. Salen las hojitas verde tierno. Es el momento de plantarlo en la huerta. La planta se carga de vainas. El odio se instala de nuevo. Pese a todos los esfuerzos (una mano que arranca y vacía la vaina), no conseguimos alejarlo: sigue ahí, ante nosotros, cuando no *dentro* de nosotros.

¿Quién podría odiarla, y *por tanto*, amarla tan intensamente? ¿Qué puede llevar a una persona a querer matar a otra?, piensa Coco al ver la bala cerca, *muy cerca*, entre su entrecejo hirsuto de jíbara.

Ella, la asesina, esa mujer desconocida (¿hasta cuándo?) que empuña una pistola.

Era 1934. Hitler ordenaba la «noche de los cuchillos largos», masacre y desarme de los cuerpos de asalto SA con la que se inicia la purga del partido nazi, diez años después, Dalí daba un discurso sobre el surrealismo en Londres con una escafandra puesta (casi muere ahogado porque alguien olvidó abrir la válvula del aire). Coco tenía cincuenta y un años.

El día que volvió de Nueva York, Marie salió a su encuentro: distante, de bulbo grueso, pensó Coco, gorda por arriba y fina por abajo, como una cebolla, envuelta con capas de enaguas, silencio y azúcar, con ese aire doméstico incrustado en el blanco de los ojos.

Sostenía entre las manos la lata metálica con el haba envuelta entre algodones. Un tallo esquelético con dos hojitas verdes se balanceaba de un lado a otro; el haba había crecido, y mucho.

La doncella cojeaba. Con imperturbable tosquedad, explicó que se había caído limpiando un armario y tenía la rodilla inflamada. La casa olía a alga de río y estaba llena de moscas. Hacía un calor pegajoso y el Sena no presentaba

su mejor aspecto. Por primera vez, La Flaca pensó que aquél no era el lugar más adecuado para una señora como ella, tan apartado de su trabajo, tan infestado de bichos. Leyó la correspondencia pendiente, preparó varios envíos para el día siguiente, estuvo haciendo cálculos en torno a la oferta de Goldwyn, mirando atentamente el reportaje de ocho o nueve páginas del *Vogue* sobre la diseñadora Elsa Schiaparelli (¿qué tendría esa italiana para que le dedicaran nueve páginas?) y unas colecciones que giraban en torno a temas variados —el circo, las mariposas y la música, Boticelli—. Las mariposas, se dijo, y cerró la revista de golpe.

Marie parecía emitir pequeños quejidos desde su habitación. La rodilla, pensó Coco. Echó un vistazo a las noticias del periódico. El advenimiento del Frente Popular había sido aclamado por las masas como una aplastante victoria que daría paso a reformas sociales y económicas largamente esperadas, decía un editorial firmado por un conocido periodista conservador. Pero habían transcurrido ya varios meses y el jefe de la coalición, el socialista francés Léon Blum, era incapaz de cumplir las promesas de las vacaciones pagadas, el subsidio de desempleo y la semana laboral de cuarenta y cuatro horas con las cuales había ganado las elecciones. Los trabajadores de varias fábricas de aviones y automóviles se habían declarado en huelga. Coco se acordó entonces de que no hacía mucho, había pillado a una de sus empleadas intentando convencer al resto de que había que exigir mejores condiciones de trabajo, la muy frescachona, se dijo con regocijo y, al día siguiente, cómo no, estaba de patitas en la calle. ¡Qué ocurrencia, huelga en su negocio! Lealtad perruna, eso era lo que exigía ella. El periodista concluía su editorial diciendo que el Frente Popular constituía una amenaza de revolución social parecida a la que había acontecido en Rusia, ¡qué cosas!

Cenó algo ligero y llamó a la doncella: Marie, le dijo, he traído una cosa. Se levantó, acercó la maleta todavía sin deshacer y sacó una estatuilla de la Libertad.

—Es un regalo para ti —dijo— aunque... seguramente no sepas lo que representa.

Volvió a acomodarse en el sillón y con mucha afectación, una pierna cruzada sobre la otra, explicó que aquella estatua portaba la antorcha de la libertad. La libertad, Marie, tan importante para la mujer de hoy (miró a la otra de arriba abajo, con condescendencia), mira yo... yo podría estar bordando iniciales en los trapos de cocina para mi futura casa, nidos de abeja para la noche de bodas y sin embargo, no es así. Ahora bordo pecheras de lentejuelas para quien me da la gana, ¿entiendes? Opté por la libertad, y aquí

estoy, libre, sin marido, bordando lentejuelas o *no bordándolas*, ¿tú has tenido marido alguna vez?

No esperó la respuesta. Estaba más que satisfecha con su discurso aleccionador y se retiró a dormir. Pero cuando se fue a meter en la cama, sus ojos no daban crédito: ¡las sábanas estaban sin tensar! ¡Le había pedido a Marie que las tensase antes de viajar a Nueva York! ¡Putas! ¡Lo había hecho expresamente! ¡Más que putas!

Se metió un puño en la boca y se tragó la rabia. No diría nada, no. No gritaría. Porque aquello era un descuido, un descuido; no podía ser que aquella polaca rechoncha estuviera urdiendo una revolución en su propia casa. No había que exagerar. Marie no era una sediciosa, ni siquiera era consciente de su condición. Era ella la que estaba cansada. Y el cansancio distorsiona las cosas, como las cebollas de bulbo grueso que, cuando quedan desnudas de capas hacen lagrimear, colocan una lente extravagante frente al ojo. Lo pequeño se hace grande y lo grande pequeño; lo bonito, grotesco; lo corriente, inesperado. Marie seguía siendo la de siempre, la criada de manos afelpadas rodeada de silencio y sumisión, como a ella le gustaba (¿pero a ella le gustaba eso?). Mañana sería otro día. ¿Ordena algo más, la señora?, de pronto entró Marie cojeando en la habitación y, sin motivo alguno, en el pecho de Coco comenzó un golpeteo intenso: ¿y por qué ese golpeteo ahora? Puta, volvió a pensar. Eres una puta. No, gracias, Marie, dijo. Todo está en orden.

—Señora —dijo Marie, casi sin aliento.

Ahí estaba de nuevo ella, la muda omnisciencia en camisón de florecitas, estúpida, los brazos colgando rígidos a ambos lados del cuerpo, el pelo suelto sobre los ojos, la rodilla en carne viva y ese labio superior tembloroso diciéndole señora.

—¿Marie?

La doncella se enjugó la frente con el dorso de la mano:

—Señora... yo...

—¿Marie?

—Necesito curarme la rodilla, creo que se me ha infectado, ayer estuve buscando el botiquín, pero no lo encontré...

Coco le indicó dónde estaba el algodón, el agua oxigenada y las vendas. Ahora estaba cansada (comprende que acabo de volver de un largo viaje de negocios...), y deseaba dormir. Se recostó y al rato oyó ruido, un ir y venir de muebles entre gañidos lastimosos, los esfuerzos de la doncella por subirse a una banqueta y alcanzar el botiquín y, luego, abrir el paquete de las vendas; oyó cómo el bote con agua oxigenada caía al suelo y, a continuación, la

banqueta, quizás con Marie encima; era evidente que su doncella estaba lesionada. No haberlo dejado para tan tarde, si uno no mira por sí mismo, ¿quién va hacerlo? Yo también pasé la gripe en Nueva York y tuve que aguantarme. Excusándose con estos pensamientos, se dio media vuelta, se tapó la cabeza con la almohada e intentó conciliar el sueño. Pero se oía un quejido lastimoso en la cocina.

No le quedó más remedio que levantarse. Al ver entrar a la señora en el salón, moviendo la cabeza de un lado a otro, la doncella comenzó a hipar. Sin cruzar una sola palabra, La Flaca la tomó de un brazo y la alzó de mala manera hasta hacerla sentar sobre el sillón. Entonces, sin quererlo, quedaron cara a cara, como unidas por un ombligo invisible, el rostro de la señora acariciado por la dureza de la nariz de la criada, su boca que mostraba unos dientes cariados y ennegrecidos, y por sus labios húmedos.

Durante unos segundos, las dos mujeres se contemplaron en silencio, como lo hacen los perros que se dedican a olerse. Hasta que Coco, abochornada por la extraña coyunda, reaccionó separándose un poco. Y por supuesto, dijo, desde que te caíste hasta ahora, habrás desatendido las labores domésticas. Marie no dijo nada. Siguió contemplando a su señora con ojos claros, discretamente insultantes, mientras ésta cogía un trozo de algodón. Lo empapó de agua oxigenada y comenzó a limpiar la herida, primero por los bordes, que ya tenían algo de pus, hasta llegar al centro amarillento. En las piernas zambas de su criada confluían líneas y estrías, venas varicosas que parecían hablar de caminos recorridos, colinas de trigo y almendros floridos de rosa tierno, montañas cubiertas de nieve y orquídeas que florecen rojas como el pene de los puercos, un denso mosaico de pequeñas parcelas campesinas: de un pasado interrumpido y una vida truncada de pobreza rural y élites conservadoras, pensó Coco.

Marie no dejaba de hipar, a cada rato se estremecía o movía el cuerpo como con pequeñas convulsiones. La Flaca detuvo el algodón en el aire. Dijo: si no dejas de hipar, Marie, no sigo.

Mientras limpiaba percibía la emanación sorda y rancia que despedía el cuerpo, el aliento tibio de aquella criatura de Dios: la criada olía igual que los mercadillos de su infancia, a regaliz o a raíces frescas, a paloduz, y Coco no pudo evitar sonreír, porque los recuerdos de la infancia hacen sonreír.

Cuando terminó, le liberó la frente de cabellos: ahí estaba su doncella, ahora sí, escrutándola con esos ojos de las criaturas sometidas, ojos clarísimos y estupefactos, que parecen decir todo lo que la boca calla (¿pero qué era lo que la boca callaba?), que insultan, pensó Coco. Le enrolló cuidadosamente

una venda limpia y le indicó que había terminado. El cuerpo se estremeció un poco, y luego se oyó un gracias, gracias, señora. A punto de entrar en su habitación, volvió a oírse la voz:

—No lloraba por lo de la rodilla... yo...

Coco se dio la vuelta. Ahí estaba la criada, retorciendo y estrujando las puntas del camisón con los dedos.

—Señora, yo quisiera pedirle un tiempo libre, tengo un asunto que arreglar...

Como era de esperar, La Flaca le dijo que no, que de ninguna manera, que acababa de volver de viaje y ahora era cuando más la necesitaba; le dijo que qué se había creído, ¿que esto era un hotel o algo así? Ya le diría ella cuando podía tomarse unos días. Pensó: ¿qué asunto personal vas a tener tú, memoria?

A la mañana siguiente la caminata hasta el trabajo se le hizo fastidiosa. Había oído que últimamente mucha gente famosa, sobre todo diseñadores, era asesinada en el interior de su coche (Glen Fionnet, por ejemplo), cosa que le llevó a aparcar el Rolls por una temporada. Pero la calle Cambon quedaba lejos para ir a pie. Cuando llegó a la puerta de la boutique, salían varias personas del Hotel Ritz, que estaba en la misma calle. ¿Por qué no trasladarse a vivir a una de sus suites?, pensó por un momento. Eso daría a su persona un toque de distinción, y por las mañanas sólo tendría que cruzar la calle. Al entrar en su despacho cogió el teléfono e hizo las consultas pertinentes: sí, había dos suites disponibles para alquilar, la *ejecutiva* o la de *lujo*, pero el precio sería elevado. Muy elevado porque ambas tenían mobiliario Luis XV y grifería dorada, así como vistas a los jardines o la Torre Eiffel.

Pidió hablar con el mismísimo señor Ritz. Le explicó que era *Madame de...* y que tenía pensado instalarse en su hotel. Quedaron en que, a última hora de la tarde, Coco iría a visitar la suite y a ultimar otros detalles.

El director quiso saber durante cuánto tiempo querría la habitación: hasta que me muera, fue la respuesta de La Flaca.

Ese día volvió a oír hablar de Elsa Schiaparelli. Lo cierto es que las demás diseñadoras de moda —Vionnet, Lanvin, Louise Boulanger y las hermanas Callot— no habían supuesto nunca una amenaza para ella. Pero Schiaparelli parecía diferente. Una clienta le contó que, al igual que ella, había alquilado unas habitaciones en la buhardilla de un edificio de la calle de la Paix, y que también había comenzado presentando ropa deportiva; hasta tenía una conexión inglesa aristocrática: el hermano de lord Willingdon, nada más y

nada menos que virrey de la India, que financiaba su boutique de la calle Upper Grosvenor, le dijo la clienta lanzándole una sonrisa de rata.

Por lo que había podido observar, la diseñadora italiana era todo lo opuesto a ella: colores atrevidos como el púrpura, al que había rebautizado con el nombre de «rosa asqueroso», casados con el fucsia o el negro, todo en la cuerda floja del mal gusto. Entre sus diseños exclusivos había unos guantes con uñas doradas incorporadas, o el llamado «vestido andrajoso», un traje de noche de lujo cuyo estampado hacía pensar que estaba muy usado. Hasta llegó a adaptar los principios surrealistas a la moda —era muy amiga de Salvador Dalí—, separó los objetos cotidianos de su entorno habitual y los mostró en un contexto totalmente nuevo: un zapato que se convierte en sombrero al doblar la suela de color rojo hacia arriba.

Los desfiles que hacía en la plaza Vendôme eran mucho más espectaculares que los suyos, con una carga de profundidad, una extravagancia que rebosaba brillo y esplendor. En la fibra más íntima de Coco, había algo que le dolía: la Schiap, como la llamaba la gente, también frecuentaba los círculos más selectos y era invitada de honor de la flor y nata de su época, al contrario que ella, pertenecía a la alta sociedad por cuna, educación y mundo. Por primera vez sintió que no era la única estrella que brillaba en el firmamento de las diseñadoras, y que sus creaciones, su línea, ella, podían estar sufriendo una suerte de envejecimiento. Todo envejece, ¿no?; pues yo no voy a ser una excepción.

Antes de salir a comer escribió una enjundiosa carta a Samuel Goldwyn: había decidido aceptar su oferta; ahora bien, no se movería de París. Era cierto que no estaba claro qué influía sobre qué —el cine sobre la moda, o la moda sobre el cine— pero tenía que reconocer que la mayor dificultad de los cineastas era la fugacidad de las tendencias. Apenas habían rodado una película con los vestidos más lujosos del momento, París lanzaba una nueva línea y la cinta quedaba desfasada antes de estrenarse. Porque el lujo estará en América, señor Goldwyn, pero el *espíritu* del lujo está en Francia. Concluyó diciendo que ella era hoy por hoy la innovadora de más calibre del momento («Francia soy yo», le escribió literalmente). Por tanto, si Gloria Swanson quería vestir sus creaciones debía venir a París.

Una vez firmada la carta llamó a una de sus empleadas para que la metiera en un sobre y la pusiera con el resto del correo. Durante cinco o diez minutos, estuvo llamándola, sin obtener respuesta. Oía un murmullo de voces que parecía proceder de una habitación contigua, pero pensó que más bien sería el parloteo de una o dos clientas aburridas. Por fin se levantó y salió al pasillo:

no había nadie trabajando. Echó un vistazo a través de la escalera: la boutique estaba vacía y el cierre estaba echado. Miró su reloj: ¡pero no era hora de cerrar!, ¿dónde estaban esas vagas redomadas? Recorrió el local de cabo a rabo resoplando, sin encontrar a nadie. Por fin abrió una puerta y encontró a sus empleadas: estaban reunidas en el cuarto del café. Una de ellas, sentada sobre la mesa, hablaba (no era una voz, era un cuchicheo, tal vez un zumbido); las otras escuchaban y parecían muy exaltadas. No dijo nada, pero al verla, la masa de mujeres se disolvió.

Una a una, cabizbajas, ante la mirada de su jefa (sólo se veía el blanco de sus ojos, mientras los globos giraban de un lado a otro, como si de un momento a otro fueran a salirse de las órbitas) fueron saliendo por la puerta como ratas escaldadas, desprendían una extraña y poderosa energía. Volvieron al trabajo como si tal cosa, en silencio, pero a Coco se le vino a la cabeza la idea del amotinamiento: las empleadas más disímiles estaban ahí, todas, las fuertes y las débiles, las altas y las bajas, las feas y las agraciadas, de pronto, reunidas en una masa abigarrada. Esa noche durmió mal: estaba convencida de que ya no era la mujer enérgica y aplaudida que suscitaba adulación y temía que se estuviese fraguando un ataque sorpresivo contra su persona. Porque ellas eran conscientes —no eran tontas— de que el mercado había evolucionado y la línea que había adoptado sufría una crisis. Ah, pero eso era lo de menos. Lo que más le importaba era la crisis personal, la falta de carisma y de dotes de mando (¡de glamour!) que, por lo visto, sí tenía esa tonta italiana que hacía vestidos.

Pasó toda la noche dando vueltas a la idea de que tenía que volver a demostrar la valía ante sus empleadas, quizá se había mostrado un tanto «blanda» últimamente (la blandura, se dijo, es el humus tierno del que prende la desobediencia) y eso nunca funciona si se quiere ser jefe. Aunque, si ordenas a la tropa que se arroje por la ventana, habrá una revolución. Mi autoridad debe ser razonable. Y eso es lo difícil, dar con lo «razonable».

«Blanda»; ese fue el sentimiento que tuvo al entrar por la noche en su casa. Porque lo que más le apetecía en el mundo era volver a curar la rodilla de Marie, sentir su aliento tibio a regaliz y palpar su pierna surcada de historias. Había estado pensando en ella durante todo el día. Por la tarde había estado en el Ritz, y en sus conversaciones con el director se mostró firme y distante, cosa que había funcionado, al menos cuando impuso sus condiciones. Al traspasar el hermoso hall de entrada oyó el servicial *bonjour*, *mademoiselle* del recepcionista, un hombrecillo con librea azul y plata y lealtad perruna, la voz aflautada por la dicha de vivir, blanco perfecto para la

humillación —el señor Ritz no parecía prestarse a ello—, cosa que le gustó. Así que no le contestó, sino que le lanzó una de sus miradas aniquiladoras, una mirada que parecía leer los pensamientos más secretos y que parecía decir: si no me sigues haciendo la pelota, recepcionista de pacotilla, y bien hecha, te fulmino.

Al entrar en la suite echó un vistazo a las paredes orladas, los muebles de matices pálidos, la cama con dosel y sábanas bordadas, las innumerables mesitas de apoyo, el *crème* apagado de las paredes y el rosa melocotón de las cortinas de terciopelo. Dijo: todo esto, lo tiran ustedes por la ventana. Cuando el señor Ritz le preguntó por qué, ella respondió que era cuestión de elegancia. La elegancia, dijo, no convive nunca con el barroco. A mí me pintan la suite de blanco y me quitan todos esos cuadros. Pidió una habitación aparte para su doncella, y también que el servicio de la cena (que debía consistir en patatas al horno y puré de castañas frescas con la orden terminante de *no* utilizar cebolla porque le repetía) fuera individual, con una mesa de roble y sin mantel. El director hizo subir al *chef de cuisine*, que tomó buena nota de todo, principalmente de su selección de vinos: Riesling frío, Chianti o Beaujolais y un Burdeos noble en el caso de tener invitados, aunque servido a temperatura más fría que la ambiente.

Cuando, varios días después, Coco se instaló en el Ritz, los muebles habían sido retirados. Sólo quedaba un pequeño escritorio estilo Luis XV con patas curvas y caladas y decorado con rocallas, que el director tuvo a bien conservar dado su valor histórico. Cuando La Flaca quedó a solas en la habitación, lo arrastró hasta la ventana y lo lanzó a la calle. Le daba absolutamente igual lo que le dijeran; aquello, ya lo había explicado, iba en contra de la elegancia.

Además, le resultaba hermoso lanzar cosas por la ventana, sobre todo si eran muebles rococó de gran valor.

También ante su doncella tenía que mostrarse firme y distante, o corría el riesgo de perderla. Esa bocanada de infancia que había sentido al limpiarle la herida, esa fiebre que ella asoció con la ternura, no era más que una ilusión. Seguía viviendo en un mundo trémulo y duro, donde el pez grande, el lucio, englute a los pececillos al menor descuido —eso era una verdad mundanal— y, ahora, después de todo lo que había conseguido en la vida, no era el momento de ceder ante ternuras. Además, ¿qué sabía ella de «ternura» si nunca la había experimentado? La ternura era también una palabra vacía y acartonada, algo parecido a «madre» o «nostalgia», una aberración como le habían explicado las monjas de su infancia, quizá la estuviera confundiendo

con la «pena» o el olor a sopa de castañas, cualquier cosa: las palabras, se dijo, tienen un significado distinto para cada una de las personas que las utilizan.

Están las clases, las diferencias que separan a las personas, instauradas por Dios desde la noche de los tiempos, y una señora no acostumbra a curar a su criada. De todos es sabido que la amabilidad o el afecto resultan ineficaces cuando se ejerce el mando y han de estar vinculadas a una profunda disciplina; lo de ayer fue una urgencia y Marie ya estaba mejor.

En ese momento, la doncella atravesó el salón y sin saber ni cómo ni por qué, Coco se oyó a sí misma decir:

—¿Quieres que vuelva a hacerte la cura?

No podía dar crédito a sus oídos: la dureza vencida por la pequeñez, el orgullo por la perdición. Aquellas palabras, formadas en su vientre, habían subido suavemente por su garganta, por *su* garganta como un nudo incontrolado de felpa, una chispa de amistad hacia el género humano, pero no eran suyas sino de otra, *otra*, ¿cómo había sido capaz de rebajarse así?, ¿cómo podría permitir que desaparecieran las categorías jerárquicas?; ahora no podía dar marcha atrás. Dar marcha atrás era descender al infierno de la bajeza y la debilidad humana. Marie la miró con extrañeza.

—Si la señora no tiene inconveniente...

Sin pensarlo dos veces, La Flaca fue a buscar el algodón y el agua oxigenada, ¡ya llamaría a capítulo a su criada en otro momento! Con un escalofrío de excitación, repitió la cura del día anterior. Primero los bordes, hasta llegar al centro de la herida que ya estaba mucho mejor, y de nuevo, al respirar el sudor rancio que emanaba el cuerpo de Marie, al sentir que estaba *dándose* (¿cuándo fue la última vez que hizo algo por alguien?), no sólo existiendo o subsistiendo sino *dándose*, se sintió penetrada por una extraño regocijo, algo que sólo había experimentado en raras ocasiones: al ver una flor inclinada por el viento; al tocar el hocico húmedo y aterciopelado de un perro del pueblo de su infancia; al chupar los caramelos de menta del internado de los Cevernios; al verse reflejada en el ojo de un caballo; al comer almendras fritas y morirse de la risa junto a su hermana.

Por un momento le pareció que la felicidad misma tenía aquel olor, el olor a sudor rancio de una criada.

Al terminar, la doncella volvió a emitir un gracias. Gracias, señora, cosa que la enervó.

Se sentaron en la terraza, Coco a leer el periódico y la doncella a sacar brillo a unos candelabros. Pero la humedad del río atraía a las moscas, que

garabateaban en el aire para luego posarse en los brazos y las piernas de manera insoportable. A Marie, fijos los ojos en la plata, las manos atareadas, no parecía importarle, pero a Coco le creaba tal inquietud y malestar que le resultaba imposible concentrarse en nada, y menos en la lectura del periódico. De tanto en tanto, alzaba los ojos para mirar a su doncella. Realmente, pensó, es imperturbable, una masa de hielo.

—¡Marie! —cacareó.

Sin dejar de mover el trapo, la doncella alzó la cabeza lentamente.

—Señora —contestó con mucha gravedad.

—¡Espántamelas! —gritó la otra.

Marie detuvo las manos, y a continuación miró a su señora de arriba abajo.

—¿Cómo dijo?

—A las moscas —dijo Coco—. Te levantas y, en lugar de limpiar la plata, te dedicas a espantarme las moscas mientras leo el periódico, que buena falta hace.

A las ocho de la mañana del día siguiente, sonó el timbre. Marie fue cojeando hasta el hall y abrió la puerta. Había un hombre detrás de un salmón.

—¿A quién anuncio? —preguntó la criada.

—Al duque de Westminster —fue la respuesta.

En esta ocasión, Coco no le dejó entrar (a ella no se la conquistaba así como así, a las ocho de la mañana, por muy fresco que estuviera el salmón...), pero a los dos días volvió a verse con él: se hicieron amantes. Durante ese invierno, pasó temporadas más o menos largas con él en Inglaterra, paseando por los bosques fragorosos de Eaton Hall. El pueblo —una única calle sin asfaltar, bordeada a ambos lados por setos y casitas de ladrillos rojos— tenía una oficina de correos, una iglesia rodeada de flores y muertos, una tienda de comestibles y una taberna. Un poco más allá, entre suaves colinas, se alzaba la mansión del duque. Por la noche, la piedra del edificio brillaba como el lomo de un sapo y salían mariposas a golpear contra las bombillas de las farolas. Coco se dormía escuchando el golpeteo metálico en una alcoba inhóspita y abigarrada, situada en el ala sur y comunicada con la del duque por un baño con grifería de cobre, revestida de madera y silencio, en una cama donde quizás *otra* (eso pensó, *otra*) podría haber ocupado el puesto que ahora ocupaba ella.

Pero las noches siguientes no habría *otra*, sino todavía ella. Ella rodeada de objetos que colgaban al azar: un cuadro de algún antepasado montando a caballo, un barómetro, un reloj parado en la una menos veinte (la hora en que

yo moriré, pensaba cada vez que lo veía), un tapiz raído que representaba una escena campestre. A veces, se encontraban en la alcoba del duque para dormir juntos. Pero el terror a un contacto inesperado (una mano, *garra* de Westminster) la mantenían en continua tensión.

En el interior de ese edificio la vida transcurría como en el siglo XIX. A las siete treinta una doncella con cofia y delantal llamaba a la puerta y depositaba sobre la mesilla de noche un zumo de naranjas recién exprimidas, lo quisiera o no. Si a Coco se le ocurría despertarse con un simple dolor de cabeza (cosa muy normal en ella), el duque hacía llamar a los especialistas más cualificados del condado para atenderla. La Flaca se arreglaba y entraba en el despacho de Westminster a darle los buenos días. Olor a tabaco de pipa y murmullos ahogados: todos los días, mientras se acariciaba la pelusa tierna que le crecía en el lóbulo izquierdo de la oreja, el duque atendía sus negocios en compañía de su contable.

A las doce treinta, erectos y tiesos, almorzaban en una mesa larguísima en torno a la cual trajinaban criados que emitían un silbido como de hojas que caen al atardecer. Con voz pálida y melodiosa, con mucho respeto y siempre pendientes de no rozar nada esencial, los invitados hablaban de teología, economía y derecho (aunque nunca directamente de Dios, ni del destino, ni de las riquezas que poseían), pero sin duda el tema principal era la meteorología; de hecho, la pregunta que estaba en el aire, como un impulso atávico y recurrente, era *what will the weather be like tomorrow?*, cuando todos sabían que los días eran (y serían) iguales, nubes, cielo gris, lluvia, mañana. Mañana también habría nubes, cielo gris, lluvia, pero era hermoso preguntar.

Entre esos invitados estaba Winston Churchill, emparentado con el duque por lazos de matrimonio, ya que la madre de Winston se había casado con el hermano de su primera esposa.

Churchill y Westminster se habían conocido en África del Sur durante la guerra de los bóers y al primero le encantaba participar del fastuoso estilo de vida que llevaba el duque. En cierta ocasión, cuando Churchill luchaba con ferocidad para conseguir que se mantuviese el poder del Imperio británico, Coco coincidió con él, moderado y pomposo, típico producto del «*establishment* Victoriano», que en sus ratos libres se dedicaba a la albañilería y a pintar paisajes y bodegones. En esa ocasión, el estadista explicó a todos los comensales que era alarmante y también nauseabundo ver al señor Gandhi, un subversivo abogado del Middle Temple, aparentar ser un faquir o un tipo conocido en Oriente, y subir medio desnudo a la escalinata del Palacio del Virrey.

Por la tarde, él y La Flaca coincidieron en un saloncito de Eaton Hall. Tomaron té con pastas y hablaron acaloradamente sobre varios temas de interés común como el polo y las carreras de caballos, las operaciones de apendicitis y las alegres comadres de Windsor, pero sobre todo hablaron del sentido del deber. Medio en francés, medio en inglés, Churchill le contó a Coco que el deber era para él pauta de vida y que cada vez que éste entraba en conflicto con el placer, si el tema en cuestión era lo bastante importante, se decantaba por el primero. Y ello, explicó —y Coco asentía emocionada de encontrar a alguien con quien compartir su «laboriosidad»—, porque prefiero el peligro al aburrimiento, la perseverancia a la resignación, la constancia al entumecimiento y el riesgo a la inercia que conduce indefectiblemente a la aniquilación.

—Pero el sentido del deber desmesurado conduce al agotamiento, y por tanto también a la aniquilación —apuntó ella.

—Cierto —contestó él echando una calada a su cigarro turco—, pero al fin y al cabo, de algo hay que morir.

La conversación fue muy interesante y coincidieron en muchas posturas; Coco estaba convencida de que el inglés había quedado obnubilado por su carácter.

Por la tarde, antes de que el aburrimiento descendiera como una sombra, ella y el duque salían a pasear por los estremecedores jardines, invernaderos y bosques que ofrecían un penetrante olor a musgo, salpicados con pequeñas *cottages* habitados por los caseros. En los umbrales de las casas relucían como melocotones los pómulos de estos hombres, mujeres y niños de campo que hacían genuflexiones cuando los veían pasar. Un día, Coco descubrió unos invernaderos en que se cultivaban melocotones, nectarinas y fresas para comer durante todo el año. El mismo Westminster parecía ignorar su existencia. Se lanzaron a comer fresas como locos. Reían y comían fresas y a veces se abrazaban: levemente, sin avidez. Al día siguiente, La Flaca quiso volver sola a los invernaderos pero estaban cerrados. Se lo dijo al duque, que inmediatamente hizo llamar al jardinero jefe.

—He cerrado los invernaderos porque unos ladrones han robado fresas, milord —dijo éste.

Entretanto, había llegado la respuesta de Goldwyn: Gloria Swanson se trasladaría a París para hacerse las pruebas para el vestuario de su siguiente película, *Esta noche o nunca*. Antes de que llegara, Coco había tenido la astucia de enviar una representante a Hollywood que había vestido a unas cuantas actrices con una serie de vestidos blancos de satén cortados al bias

que literalmente se pegaban a la piel. Su principal cualidad, reflejar los focos, los convertía en la mejor arma de las actrices —especialmente las rubias— para hacer apariciones memorables. No precisaban de cierres, bastaba con ponérselos por la cabeza o por las piernas, para lo que eran de gran ayuda los escotes generosos: el magnate Goldwyn estaba ya hechizado.

La siguiente película de la Swanson era un musical sentimentaloides sobre una joven cantante comprometida con un noble anciano, pero enamorada de un misterioso desconocido que en realidad no era otra cosa que un empresario camuflado, decidido a conseguir que la chica firmase un contrato para cantar en la ópera. Por espacio de una semana, la actriz fue varias veces a la calle Cambon para las pruebas preliminares. Era una chica bajita, a la que Hollywood se había encargado de proporcionar una imagen tan artificial que prácticamente resultaba vulgar. Coco la encontró un tanto rellenita y le aconsejó que para las pruebas finales, seis semanas después, adelgazara unos cuantos kilos.

Entretanto, la actriz se fue a pasar unas vacaciones a bordo de un yate con un *playboy* de origen británico. Cuando volvió después de un mes y medio, había engordado. Para disimular se presentó a las pruebas con un corsé perfectamente visible a medio muslo.

—¿Cree que soy tonta? —le gritó Coco—. ¡Deje de atiborrarse y pierda kilos! Hasta que no vuelva con unos cuantos kilos de menos, no seguiremos con las pruebas. Su gordura es un insulto.

A los tres días, la actriz volvió a presentarse en la calle Cambon.

—Sigue usted igual de gorda —le chilló La Flaca desde el piso de arriba, delante de todo el mundo y sin dignarse bajar. Y asomó la nariz a través de la puerta—: O más.

Gloria Swanson pidió hablar con Coco a solas. En su despacho le explicó que por una temporadita más o menos larga no tenía pensado adelgazar, sino más bien «engordar», y que por tanto tenía que hacer uso de todo su talento y creatividad para crear prendas que la mantuvieran esbelta durante los dos meses que duraría el rodaje. La Flaca la invitó a salir de su boutique y a no volver nunca jamás. Cuando, unos meses más tarde, alguien le dijo que la Swanson había tenido que posponer el rodaje de su nueva película porque estaba embarazada, ella se quedó mirando al maniquí que tenía delante, pensativa, y siguió con lo que estaba haciendo.

Coco amaba al duque, o se figuraba que le amaba, que a fin de cuentas venía a ser lo mismo. A veces, en Eaton Hall, o en cualquier otra mansión en la que se encontrara, se quedaba contemplando la corteza de un abedul o un

capullo de rosa mojado. Entonces sentía cómo una ola de hastío e impaciencia empezaba a subirle por los tobillos y le llegaba hasta el estómago hasta reventar en las entrañas: volvía a preguntarse si todo eso, el duque, su mundo y su riqueza, tanto capullo mojado era lo que ella quería. Pensaba que, en compañía de aquel hombre, sólo tenía que chasquear los dedos y tendría a su alcance cualquier cosa: un elefante, por ejemplo. Pero ahora, cada vez más, contaba el tiempo, y el tiempo no se compraba con tanta facilidad como un elefante. Cuando era joven no le importaba derrochar ese tiempo con otra persona. Ahora sí, porque cada vez era más escaso.

Además había algo que no le gustaba. Tanto en Inglaterra como en Francia circulaban rumores de boda. Se sabía que el duque andaba buscando una mujer casadera, no para legitimar una relación sino para tener un hijo varón, y Coco no estaba entre ellas. En las revistas de sociedad aparecía una lista que incluía a unas quince mujeres, todas ellas de cuna noble, ricas herederas, candidatas a convertirse en la tercera duquesa de Westminster; a ella no la mencionaban, probablemente porque ya no estaba en edad de engendrar un hijo.

—Todo el mundo casa al duque —le dijo un día a un periodista que le preguntó por qué no estaba en esa lista.

—Duquesas hay muchas, pero *Madame de...* sólo una —dijo ella.

¿Verdaderamente deseaba casarse y tener un elefante? Eso era lo de menos. Lo decepcionante era *no estar*, y así se lo contó a Julian Jurié en su siguiente visita.

—*No estar* en esas malditas listas —le dijo clavando la vista en uno de sus diplomas enmarcados.

Jurié la miró con extrañeza. Luego le preguntó si lo que realmente le importaba era no estar *para los demás* o más bien no estar *para ella misma*.

—¿De qué me está hablando? —le increpó Coco.

—De la triste esclavitud de la opinión ajena —dijo el otro.

Westminster era un hombre irascible, verdaderamente excéntrico, mucho más que el duque Dimitri, una mezcla de rigidez y laxitud. Podía ser el mayor juerguista y un perfecto aburrido. Llevaba los zapatos brillantes como espejos, pero agujeros en las suelas, y calcetines viejos que los criados tenían que poner a remojo varios días antes. Coleccionaba animales exóticos. En Escocia tenía monos del Himalaya que un invierno se escaparon y se mezclaron con los patinadores de un estanque helado, fue el mayor acontecimiento local de la década. En Normandía, un conejo brasileño del tamaño de una vaca que perseguía a las doncellas y les mordía el culo tuvo

que ser trasladado a una granja remota. También contaba con una población de gatos, perros, gansos, gallinas y peces.

Una tarde, en una cacería que se había organizado en Las Landas junto con varios invitados, la descarga de uno de los cazadores provocó que se desgarrara una rama de un árbol. La rama cayó sobre Coco causando una herida en su labio inferior. Un médico de la zona le administró los primeros auxilios y esa misma noche tuvo que ser trasladada a París acompañada de una camarera, un mono y un loro que La Flaca había comprado al duque y no había tenido ocasión de entregarle. En el compartimento del coche cama en que viajaba, el simio y la cacatúa se desafiaron, desde sus respectivas jaulas. Entre aquellos gritos y graznidos que la inútil de la camarera era incapaz de remediar, Coco —deseosa de lanzarlos por la ventana— albergó sus primeras dudas acerca de su amor hacia Westminster.

Pero al abrir la puerta de su suite del Ritz, se encontró con algo que le hizo olvidar. Incluso se olvidó de la decepción de no tener mensajes ni cartas de amor, ni admiradores esperándola en la recepción.

Al entrar, esparcidas por el hall, vio las ropas de su criada, como si ésta hubiera sido sorprendida y obligada a huir en el acto de vestirse o desnudarse: el delantal, las medias un poco más allá, el uniforme negro con almidonado delantal blanco, el sujetador barato y las bragas arrojadas sobre la silla, la cofia de encaje. Un poco más allá, estaba toda la parafernalia de limpieza, la escoba, la fregona, el cubo, restos de agua sobre el parquet.

Coco pensó en lo peor: tal vez Marie había empezado a sentirse mal y no había tenido tiempo para reaccionar, mucho calor, eso era, palpitaciones, taquicardia, porque el asunto al que tenía que atender, y para el que le había pedido unos días libres, no era sino su propia enfermedad, ¡qué desconsiderada había sido!, su doncella estaba enferma y ella no le había dado ni un par de días libres para un chequeo en el hospital. O no, no era la enfermedad. Eran sus hijos. El asunto que tenía que atender eran sus hijos, ¡qué lío!, ya no sabía... Quedó inmóvil, sin saber qué hacer, la maleta en una mano, el labio palpitándole, verde como el buche de una rana, la música procedente del gramófono, la voz de una mujer que reconoció al instante, Lorina Morgan, *Si supieras que el amor llega más tarde* y un disco suyo.

Pero la música no venía sola; lo acompañaba un canturreo alegre, como de cuerdas vocales estropeadas, era ¿Marie?: no. Marie era demasiado seria, jamás se atrevería a cantar mientras trabajaba, aunque últimamente hacía cosas muy raras. Desde el incidente de la rodilla, la relación había cambiado. Coco sentía en todo momento la necesidad de «dominar» a su criada, y por ello la acechaba, para descubrir una falta, un error que fuera excusa para una buena regañina. No era fácil porque Marie era metódica y disciplinada, el pijama siempre doblado y las toallas limpias, el suelo fregado y las camas hechas. De modo que ambas, ama y doncella, estaban en cierto modo esclavizadas: la una por el trabajo; la otra por la vigilancia del trabajo.

De pronto pensó que nunca había tenido verdaderas atenciones con ella, como si la pobre mujer fuera un perro o un gato, nunca la había compadecido, nunca le había preguntado acerca de su salud, o de su familia en Polonia.

Por el contrario, solía jugar con la idea de coger un hacha y abrirle la cabeza por la mitad; cierto que nunca le había puesto la mano encima como otras señoras acostumbraban hacer con sus criadas, pero sí la había asustado con sus gritos y su mal humor.

En todo caso, últimamente, Marie tenía una conducta extraña. Varias veces había insistido en que le diera vacaciones, ¿para hacer, qué? Por fin la doncella le confesó cuál era el asunto que tenía que resolver en su tierra natal, algo que ansiaba ferozmente: cuando emigró a Francia, había dejado allí a sus dos hijos a cargo de sus padres con la intención de volver a verlos todos los veranos. Pero el viaje era caro y ella nunca había sido muy ahorradora, bastante hacía con conseguir enviarles dinero. Además, siempre surgía algún gasto inesperado. Por eso se consolaba con las cartas que recibía, que eran breves y pocas. Ahora, después de veinte años, por fin había reunido el importe necesario. Coco le había dicho que podía irse sin problema (la libertad de una mujer es muy importante, le dijo llevándose el índice a la nariz en un gesto aleccionador), que simplemente le avisase con uno o dos días de antelación y que ya se apañaría ella sin doncella.

Oyó entonces, en el baño, un chapoteo, un alboroto como de alas de pájaros en tensión, un remolino de faldas agitadas en el agua, o algo parecido, ¿qué estaba ocurriendo allí?

Dejó el impermeable y atravesó el hall cautelosa como un lince en dirección a la salita de estar: nadie. La voz de Lorina Morgan llegaba ahora descarnada, lúgubre, *si supieras que el amor*, abriéndose camino codo con codo junto a aquella otra voz de mujer adelgazada, *llegaaaa más tardeeeeeee*, que ciertamente le resultaba familiar. Entró en su habitación: las puertas de su guardarropa estaban abiertas de par en par y, sobre la cama, yacía su propio vestuario: faldas, jerséis, pantalones, chaquetas, abrigos. Alguien había estado fisgando en su armario; alguien había estado sacando las prendas y, a decir por el aspecto de algunas (vueltas del revés, arrugadas, una manga metida...), ¡probándoselas frente al espejo!

Avanzó hasta el cuarto de baño y se asomó: el váter cerrado, sus cosméticos perfectamente alineados junto al lavabo, el espejo reluciente. Siguió el recorrido con la vista hasta que ya no pudo dar crédito a sus ojos: del borde de la bañera colgaba un vestido de crep negro suyo y ¡había alguien en la bañera! Reculó un poco, pensando que algún loco, quizás un admirador

o admiradora de esos que hacen cosas descabelladas por conocer a los famosos, podría haberse colado en su suite sin que nadie se diera cuenta. Pensó en llamar a la seguridad del hotel, pero no lo hizo, quien cantaba seguía haciéndolo como si tal cosa; decidió entrar. A un metro de la bañera, no tuvo la menor duda.

Era Marie: despaturrada, insolente en su fealdad, se jabonaba una teta ingente que despuntaba en la superficie del agua como un iceberg, los brazos y las axilas, el pubis frondoso, canturreando, mirando al techo con la expresión ausente con la que las criadas pasan una bayeta sobre un aparador. De tanto en tanto soplaba la espuma, que crujía como vainas de mazorca, y sacaba un muslo del agua para dejarlo caer pesadamente: una doncella de porquería, en suma. Coco se quedó muda. ¿Por qué?, era incapaz de saber qué le impedía dar unos pasos y abalanzarse sobre la otra: en su corazón comenzó un golpeteo intenso, sintió que su sangre se disolvía un poco, convirtiéndose en el mismo sentimiento áspero que le producía la música de Lorina Morgan. Sin saber por qué, pensó en los lagartos de agua. Cosas frías, verdes, de panza escamosa, que alguna gente alimentaba con gusanos.

Ah, pero no perdería el dominio de sí misma como le ocurría siempre. Se dio media vuelta, cogió la maleta y el impermeable y salió lentamente de la habitación. Se sentó en un sofá del pasillo, erguida. Al rato movió la maleta y el impermeable hasta situarlos a la altura de la rodilla. Enseguida volvió a adoptar la postura inicial, los ojos inyectados en sangre, la vista puesta en el vacío, incapaz de entrar y echar un buen rapapolvo a su criada. ¿Qué tendría aquella mujer, aquella mujer de pueblo y nada más, que le inspiraba esa suerte de «temor» o «respeto»? Comenzó a hacer algo que no había hecho en mucho tiempo: arrancarse los cabellos. Mirando al frente, uno a uno, canas y no canas. Cuando se tranquilizó, vio cómo algo, un objeto blanco hecho añicos en el suelo del pasillo salía disparado por la puerta de su suite. Se levantó y acercó a echarle un vistazo: era la estatuilla, el regalo que Coco le había traído de Nueva York, que había despreciado y acabado de romper lanzándolo por la puerta. ¡Marie acababa de lanzar y romper (y despreciar) «la libertad» que ella le había traído a la vuelta de su viaje!

Una hora más tarde, pisando los restos de la estatuilla que apartó con la punta del zapato, Coco traspasó la puerta de la suite como si nada hubiera ocurrido. La ropa de la criada ya no estaba en el hall, ni la suya esparcida sobre la cama, y el cuarto de baño no tenía el aspecto de haber sido utilizado. Marie la saludó; durante toda la tarde vagó de un lado a otro de la casa,

limpiando y colocando cosas con indiferencia despectiva. La Flaca dudó; lo ocurrido esa mañana, ¿no habría sido producto de su imaginación?

Ese mismo día, no ganó para sobresaltos (ella, que siempre había pensado que el sentimiento más desagradable es el sobresalto), al entrar en su taller se encontró con una escena que la dejó sin aliento. Delante de la tienda, apostadas en la acera, unas cincuenta dependientas sonrientes agitaban las manos y saludaban a los fotógrafos de la prensa, que esperaban enfrente. Otras, sentadas sobre las telas o los vestidos sin terminar, sujetaban carteles hechos a mano que decían: «Huelga de brazos caídos». Junto a las dependientas había unas cincuenta costureras, algunas con la bata.

Coco echó un vistazo, giró en redondo y volvió a desaparecer por la puerta del Ritz. Atravesó el lujoso hall haciendo caso omiso al *bonjour, mademoiselle* del recepcionista y llamó al ascensor. Iba refunfuñando: ¡huelga de brazos caídos!, ¡sentadas sobre mis vestidos!, ¡qué desfachatez! Le parecía increíble que esas mujeres se hubieran unido a la masa, a la masa de dependientas y costureras, para dejar de hacer lo que *ella, Madame de...*, había ordenado. Además, inmediatamente había percibido la cohesión de ese grupo en huelga.

Subió hasta el séptimo piso, recorrió el pasillo lanzando dentelladas al aire, y volvió a introducirse en su habitación. Lo que le preocupaba era que esos brazos, esos brazos «caídos» pudieran tener un efecto contagioso sobre otros brazos. Y lo que era peor: que la prohibición de alzarlos liberara a sus trabajadoras de la cotidianidad del trabajo.

Se sentó en un butacón, soltó unos cuantos rebuznos por la nariz, y llamó a su doncella: ¡Marie! Siguió pensando: ¿cómo era posible? ¿Disturbios entre las tropas? Sus empleadas ¡estaban cerrándole el acceso a su propia boutique!, ¿cómo se atrevían? Antes de conocerme no eran nada, se dijo; no eran más que dependientas semejantes a otras mil. Pero yo las hice *mis* dependientas y ahora son únicas en el mundo. De no ser por mí, ¿dónde estarían esas tontas?

Aquello era una humillación que la reina con orgullo de campesina no superaría nunca. Se levantó.

—¡Marie!

Y comenzó a deambular de un lado a otro de la habitación como una pantera rabiosa.

—¿Deseaba, la señora?

—¡Lárgate de aquí! ¡Quién te manda andar por medio, siempre por medio, gorda sin entrañas!

Y usted, flaca, enana feroz, murmuró la otra al entrar en la otra estancia, y con toda la hermosura de su cuerpo rozó intencionadamente la estatuilla de la Libertad que Coco había pegado y volvía a lucir sobre un aparador. Cayó al suelo y se rompió de nuevo; la doncella lanzó una sonrisita.

Coco telefoneó a un amigo abogado y le contó lo ocurrido. Éste le aconsejó que se calmase (ella dijo que estaba tranquila, pero el movimiento de las aletas de su nariz indicaba lo contrario), y que, sobre todo, no se tomase la huelga como una cuestión personal. Los trabajadores, no sólo del sector textil, estaban atrincherados en las fábricas (en Citroén y en los grandes almacenes, por ejemplo); el país entero estaba sacudido por una oleada de «huelgas de brazos caídos» que no remitirían hasta que el frentepopulista Blum se comprometiera a cierto número de reformas inmediatas. Más tarde, aquella misma mañana, cuando la furia de Coco se había transformado ya en dulces, Marie, es que estaba un poco alterada, o en Marie, perdóneme los gritos porque ¿qué haría yo sin ti?, aquella misma mañana, se presentó en el hotel una delegación de trabajadoras.

Cuando el recepcionista avisó a La Flaca por teléfono, ella dijo que se negaba a entrevistarse con las *delegadas de los talleres*, pero que cuando ella lo dispusiera recibiría en su despacho a sus *trabajadoras*. Una de las delegadas arrancó el teléfono de manos del recepcionista. A través del aparato le gritó a Coco: ¿acaso ya no se acuerda usted de cuando, quince o veinte años atrás, participaba en los congresos organizados por los movimientos feministas y era parte de la CNMF? La Flaca colgó el aparato y se quedó muda, enfurecida, resoplando en la butaca durante unos minutos. Al rato bajó al hall principal con intención de encararse con ellas, pero las delegadas habían desaparecido. El recepcionista la escrutó con rostro displicente.

—No eres en absoluto un recepcionista —le dijo ella—, no eres nada aún.

Unos días después se reunieron en el Hotel Matignon, residencia oficial de Blum, representantes de la asociación de los empresarios y líderes laborales. Era la primera vez que se producía en Francia un encuentro similar. Los trabajadores exigían un aumento de salario comprendido entre un siete y un quince por ciento, el derecho a un convenio colectivo y a afiliarse a los sindicatos, a una semana laboral de cuarenta horas y a unas vacaciones anuales pagadas de dos semanas de duración. Después de muchas presiones por parte de Blum, las dos partes llegaron a un acuerdo.

Coco se resistía a utilizar la palabra «negociar». Se le pasó por la cabeza echar a la calle a trescientas mujeres que imponían la aplicación de los acuerdos de Matignon, pero era consciente de que, si a finales de julio no se

había conseguido encontrar una solución, no había esperanza de presentar la colección de otoño-invierno. Mientras tanto, la Schiaparelli trabajaba con ahínco para presentar su propia colección con dibujos de Cocteau, chales y sombreros con reproducciones de artículos periodísticos que hablaban de ella, y sus ya conocidos vestidos con bolsillos como cajones y botones de langostas y acróbatas. Como tenía muchos menos empleados, apenas le afectaba la huelga. Sólo la posibilidad de que otra diseñadora pudiera desbancarla hizo que La Flaca se tragara el orgullo y ofreciera mejores condiciones a sus trabajadoras.

La Schiaparelli estaba de moda. Acababa de inaugurar su nuevo apartamento, encargado a Jean-Michel Frank, el interiorista más reputado de la época, para promocionar su nueva línea. Había allí obras de Dalí, Bérard y los hermanos Giacometti. La Flaca había sido invitada a la inauguración y cuando la italiana quiso saber qué opinión le merecía su nuevo hogar, Coco le soltó que aquel sobrio ambiente moderno le producía escalofríos.

—Escalofríos como si fuera un cementerio —le contó a su doncella a su regreso, los pies en alto, mientras se dejaba desenrollar las medias.

Como era habitual, Marie no hizo comentario alguno; se limitó a ofrecerle una taza de té. Pero aquel día, La Flaca lo había pasado mal con el éxito de la Schiap: ¡todos esos artistas danzando alrededor de la italiana como si no tuvieran nada mejor que hacer! ¡Todas esas prendas que exhibían modelos esqueléticas en medio de enfebrecidos aplausos! Además, durante la reunión se había hablado del matrimonio de la diseñadora italiana con el conde William de Wendt y alguien, sin darse cuenta, como de pasada, le hizo a Coco un comentario que le hizo mucho daño: tú estás con un duque, pero lo de casarte... Ahora, junto a la criada, tenía ganas de ensañarse con alguien, pero esa tonta pueblerina nunca se prestaba a ello, no tenía entrañas para nada...

—Oye —gimió entonces, y cogió de un brazo a Marie, como si fuera a escaparse—: ¿dónde está la Estatua de la Libertad que te traje de Nueva York? Hace tiempo que no la veo en su sitio.

—Se rompió —dijo al cabo de un rato, colocando un platillo bajo la taza y acercando el azúcar para el té—. Se me rompió mientras limpiaba —añadió con una mueca de disgusto, apretando mucho la boca—. Y mire que lo siento, señora.

—Pues sí, deberías sentirlo, y mucho. Porque el atributo más sagrado que nos concedió Dios es éste: el del libre albedrío. *Poder* decidir lo que hacemos con nuestra vida, si nos casamos, por ejemplo. ¿Tú estás casada, Marie? ¿Tienes hijos? O *poder* decidir qué tipo de trabajo desempeñamos, porque ser

diseñadora está muy bien, sí, pero la Schiaparelli, ¿has oído hablar de ella?, no es más que una mujer atada a todos esos sombreros y lazos. ¿Comprendes, Marie? Esconde su alopecia con sombreros y lazos. Y detrás de esos sombreros y lazos, zapatos, botones langosta y tiras de cuero pintadas que parecen también lazos esconde su mediocridad. Necesidad de escandalizar y nada más, ¿comprendes?, ataduras que no le permiten desempeñar su trabajo con libertad: una trucha que se agita entre las piedras de la orilla. Por cierto, ¿te bañaste el otro día en mi bañera? —preguntó de pronto.

La criada cogió la bandeja con la taza vacía y se dispuso a irse sin contestar.

—¡Contesta! —se oyó entonces.

Marie se detuvo en el umbral de la puerta y, sin volverse, dijo muy lentamente: *mademoiselle*, ¿para qué iba yo a bañarme en su bañera?

Aquella vaga respuesta (en realidad, pregunta, desafío), aquella sonrisa, fue el principio de una transformación: una *rotura*. Marie había chapoteado en su bañera, estaba segura, y se había probado su ropa. Pero ahora resultaba que, *además*, Marie no sólo no tenía necesidad de explicarse, de pedir disculpas, sino que la desafiaba. Su criada, su fiel y sumisa y silenciosa Marie había empezado a invadir su terreno —como también sus dependientas de la calle Cambon—, y una vez más, ella no había sabido reaccionar. Era como si la cuerda en la que se concentraba la tensión existente entre ama y criada se hubiera roto de pronto, acontecimiento físico: fatiga del material. En realidad todo seguía como siempre —el té preparado y la criada esperándola para quitarle los anillos al entrar en casa, desenrollarle las medias y hasta espantarle las moscas—, pero a partir de entonces, sin saber por qué, Coco dejó de lanzar el zapato al aire (ya no lanzaba nada al aire, lo dejaba todo ordenado por miedo a lo que la otra pudiera pensar de ella) y de pedir que le hicieran las cosas porque se sentía débil frente a la criada. Simplemente eso, *débil*.

De vez en cuando, La Flaca seguía viéndose con Cocteau, Bretón y Picasso, que eran la sal de París, así como con Satie, Stravinsky, los surrealistas y otros tantos más. Por encargo del gobierno republicano de España, Picasso había pintado el gran cuadro mural *Guernica* para el pabellón español en la Exposición Mundial de París: caballo, toro, agresión, violencia destructiva, negro, gris, blanco. El pintor concibió primero la idea de satisfacer ese encargo con una representación alegórica de la libertad del arte, reflejada en una escena de *atelier* con pintor y modelo. Sin embargo, cambió de tercio al recibir la noticia del bombardeo de Guernica, la ciudad santa

vasca. Las fuerzas aéreas falangistas, integradas por unidades españolas, italianas y alemanas dirigidas por un comando alemán, destruyeron la ciudad, en un ataque que duró tres horas y media. Picasso decía con amargura que el objetivo del ataque no tenía ninguna relevancia militar, y que la destrucción había sido un acto de terror gratuito.

En cuanto a Cocteau, se había convertido en el «protegido» de Coco pues ésta le financiaba su alojamiento en el Hotel Castille, las curas de desintoxicación de opio en el sanatorio Saint-Cloud tras la muerte de su amante Radiguet, y hasta los vicios. En cierta ocasión, llevó a Westminster a una de sus reuniones con los artistas. Resultó ser un fracaso: las conversaciones eran demasiado sutiles y los chistes tremendamente complejos para un duque inglés. Al descubrir que Cocteau andaba mal de dinero, Westminster le ofreció, con su buena voluntad, escribir la «historia de sus perros», cosa que no hizo sino ofender al escritor y empeorar las cosas.

—Quiero que escojas —dijo La Flaca un día, bastante tiempo después de aguantar los rumores de boda del duque, mientras comían filetes de lenguado a la havresa y champiñones a la crema en un lujoso restaurante de París.

Estaba harta de ser «una más» de las muchas acompañantes del inglés, sobre todo ahora que la coyuntura política era tan delicada. En enero de 1939, las tropas del general Francisco Franco llegaron a las inmediaciones de Barcelona, y casi medio millón de soldados y ciudadanos civiles republicanos abandonaron la ciudad en dirección a la frontera francesa. En marzo, Hitler invadió Checoslovaquia y Mussolini hizo lo mismo con Albania tres semanas más tarde. Mientras Édouard Daladier asumía poderes de urgencia como cabeza de la coalición, Francia y Gran Bretaña iniciaban conversaciones con la Unión Soviética para formar una «triple alianza» que impediría a Hitler marchar sobre Polonia. La guerra era inminente, y Coco sabía que esta vez le sería muy difícil sacar provecho de las circunstancias como ocurrió en 1914. Además, estaba amargada, desalentada, pesarosa. No sabía si quería casarse, en realidad no estaba segura de nada salvo de que no quería acabar como Poiret, que llevaba ya varios años dando tumbos por el mundo del diseño.

De vez en cuando, Coco se enfundaba un abrigo de pieles, se ponía unas gafas oscuras y cubría la cabeza con un pañuelo. Bajaba al hall principal del hotel con la esperanza de que hubiera algún admirador, algún periodista esperándola para fotografiarla. Al llegar abajo alzaba el rostro lentamente, con la precaución del que quiere ver sin ser visto, los ojos en continuo movimiento debajo de las gafas oscuras, ansiosos, vigilantes y un poco aterrados.

Más allá de la recepción y del recepcionista, más allá de la gente que entraba y salía con toda normalidad, no había absolutamente nadie. Volvía a subir achicada, enanizada por la decepción. Estaba claro que ya no era la que había sido.

Quizá también por eso, por esa necesidad de sentirse reconocida, mencionada, distinguida sobre los demás, precisamente en los momentos en que más débil se sentía, ocurrió el incidente con el recepcionista del Ritz. Un día, después de pasar por el hall por la mañana y de oír, una vez más, el machacante *bonjour, mademoiselle* del pobre hombre, se le ocurrió que pediría una cita con el director del hotel. Se sentó frente a él y le dijo: quiero que despida usted a su recepcionista. Al preguntarle el director los motivos, ella contestó: por feo. Tiene que haber algún motivo más, dijo el otro, quizá le ha dicho algo que la ha incomodado..., o le parece que no es competente para ese puesto. Es perfectamente competente, sentenció ella. Simplemente, quiero que lo despida, por feo. Entonces, el director se levantó, y extendiéndole la mano (y también una afectuosa sonrisa), le dijo:

—*Mademoiselle*, es usted una de mis clientas más respetables y siempre que me lo pida, estaré dispuesto a escucharla, incluso a acceder a sus... —se aclaró la garganta— «caprichos», como hice el día en que usted decidió instalarse aquí, retirando todo el mobiliario de la suite real, o como hacen los cocineros, atendiendo a sus «preferencias» un tanto «desmesuradas», porque quiero que se sienta usted como en su propia casa, pero comprenda que despedir a un empleado que lleva en la casa más de veinte años *por feo*, además, en un momento tan delicado como éste, en que la guerra parece a punto de estallar, no me parece...

—Si no lo despiere dejaré el hotel esta misma tarde —sentenció La Flaca.

—Pues lamentaré mucho su decisión —contestó el director.

Con que esa noche (por supuesto, Coco no había dejado el hotel, entre otras cosas porque no tenía a dónde ir, además de ser consciente de que su petición era, efectivamente, un «capricho») necesitaba que Westminster la adulara un poco, que le endulzara los oídos diciéndole que, entre todas esas mujeres de la aristocracia que andaban rondándole, optaba por ella.

Westminster quedó pensativo, la vista puesta en el plato. Dijo al cabo de un rato: los champiñones a la crema.

—¡Estoy hablando de que escojas una esposa! —gritó La Flaca.

Como siempre, Coco no podía (no sabía) esperar. El mal humor y las explosiones de rabia la llevaban a encenderse como una antorcha cuando alguien no era lo suficientemente rápido en sus reacciones. Le daba un plazo

de dos semanas para decidir si era ella o no la que se convertiría en la tercera duquesa de Westminster.

Tenía la piel cenicienta, el pelo del color de la paja húmeda, y se lo peinaba hacia atrás, con una raya en medio que le confería cierto aire canallesco. De tanto escuchar, interpretar y *no* opinar, conducir por los caóticos pasillos de su mente la maraña de sentimientos, mentiras, inquietudes y desconsuelos que sus pacientes vomitaban, el rostro de Julian Jurié había adquirido con el tiempo aspecto de piedra: los ojos hundidos detrás de los párpados, la boca atrofiada de tanto callar, la nariz afilada, la papada magra, sin carne, tumefacta, sin color.

Quince o veinte años atrás, había vuelto de Viena lleno de ideales. Ahora parecía desilusionado, ¿lo estaba realmente? Había envejecido considerablemente —también ella—, ¿desde cuándo se conocían? ¿Desde antes de la primera guerra? Ahora la Segunda estaba a punto de estallar. Pero la nueva guerra tampoco cambiaría mucho su vida, una vida que transcurría entre la casa y el gabinete de trabajo, el trayecto entre esos dos espacios prácticamente inexistente.

Hoy vestía un traje que a Coco le resultó sencillamente detestable: entre verde alga y marrón, que dejaba circular un aire de vacío y estupidez, y una corbata que irrumpía por encima de la chaqueta cerrada a la altura del ombligo, pequeña.

—¿Y dice usted que obligó al mismísimo duque de Westminster a elegir entre una lista de quince mujeres en la que se..., a la que se *añadió* usted misma porque no estaba?

Coco sabía que el psicoanálisis no estaba en su mejor momento: no hacía mucho, los nazis habían quemado en Berlín los libros de Freud. Pero Jurié se había alejado de la escuela en la que se formó y nunca compartió muchas de las prácticas iniciales de su maestro como la electroterapia y la hipnosis para el tratamiento de las enfermedades nerviosas. Además, aunque reconocía el indudable valor de conceptos como inconsciente, represión, complejo de Edipo o actos fallidos, siempre había rehusado subscribir otras convicciones de Freud, como la del papel de la sexualidad en el origen de los trastornos

psíquicos. Había pasado mucho tiempo desde la inauguración de aquella ostentosa consulta de la Île Saint-Louis, y aparte de asistir a congresos, amasar conocimientos, tratar a neuróticos, enriquecerse y envejecer, ¿en qué había cambiado? Por primera vez lo vio como a un hombre, no como a un profesional: esas manos trémulas y huesudas que parecían escuchar, garras pegadas al estómago, ¿habrían jugueteado alguna vez con los rizos del pubis de una mujer?

Coco lo imaginó en su casa, durmiendo con la boca abierta y lavándose los dientes por la mañana, sentado en el váter mientras hablaba con su mujer (si es que la tenía), diciéndole que ese día no iría a comer.

En cuanto a ella, ¿de qué le había servido acudir a esa consulta durante todos esos años? ¿Seguía siendo la misma niña indómita que salió del internado de los Cevernios para *no* coser nidos de abeja? ¿Qué cosía ahora? Ya no estaba al servicio de la noche de bodas, no estaba al servicio de nadie, pero ¿por qué sentía la necesidad de seguir viéndose con ese hombre (¡ese mudo!) a quien en el fondo detestaba? ¿Acaso estaba al servicio de sus propias palabras? Esas palabras mentirosas, dominantes, que esconden mucho más de lo que alumbran. ¿Por qué seguía viéndose con Jurié, si había fracasado en su intento de devolver al lenguaje a su lugar? Destruirlo, ponerlo patas arriba y volver a construir.

—Así es —dijo ella—. Y por fin ha escogido; y eso es precisamente lo que venía a contarle.

Le contó todo, ¿a quién si no iba a decírselo si había destruido los lazos de amistad con la gente, especialmente con las mujeres que la rodeaban? Con Misia apenas se hablaba (su descaro y superficialidad habían acabado por hartarla), tampoco con su hermana Antoinette; Lucienne Rebaté se había negado a perdonarla; la Desboutin salió un día de su casa, arrastrando la maleta de color marrón, ¿quién le quedaba? Su Marie, tal vez ella... pero Marie... Le contó todo porque tenía ganas de contar, de arrancarse de las entrañas aquel error cometido, aquel nuevo capricho que ahora le remordía y le mordía las vísceras con hambre de perro. Le contó que en realidad ella no quería casarse y que ni siquiera amaba a Westminster, es más, odiaba aquel mundo de aburrimiento y paseos bajo la lluvia, dormir. Odiaba despertarse, tener apetito, hartarse de comer, tener frío, odiaba tener calor, compartir el té con damas y caballeros visiblemente aburridos, macilentos; odiaba el cerdo con compota tanto como la hipocondría inglesa, el cinismo y los calcetines en remojo, odiaba la maternidad.

Sobre todo odiaba la maternidad y todo cuanto suponía, pero tenía necesidad de demostrarse que no sólo tenía talento para la alta costura sino que podía llegar a lo *más alto*: a ser la tercera duquesa de Westminster a pesar de haber nacido entre hojas de repollo, a darle un hijo y heredero, ella podía ser igual de fecunda y válida que una de esas jovencitas de la aristocracia. Sabía que el matrimonio era una locura, sabía que casándose dejaba atrás su carrera, todo lo que era, todo aquello por lo que había luchado, pero necesitaba aquel nuevo desafío, necesitaba las luces en los ojos, los fotógrafos, los periodistas, los hombres revoloteando en torno a ella y deshaciéndose en cumplidos, por encima de todo necesitaba estar y *ser*: ser la primera de la lista, lo necesitaba como lo necesitaría una mujer que supiera que el mañana no le iba a deparar otra cosa que vejez, olvido y soledad.

Le contó a Jurié que antes de obligarle a elegir, el duque la seguía bombardeando con cartas de amor que siempre venían acompañadas de flores cultivadas, orquídeas y carísimos crisantemos de invernadero. Ella se las devolvía, pidiéndole en su lugar flores silvestres de sus prados. Al día siguiente llegaba un hermoso ramo hecho de brezo y dientes de león, flores con olor a tierra, donde él escondía alhajas, sortijas, collares, diademas de diamantes, ¡bah!, qué sé yo. Pero nunca la pedía en matrimonio. ¿Acaso porque ya tenía casi cuarenta y cinco años y no la consideraba capaz de darle un hijo? Lo cierto es que, durante todo el tiempo que habían estado juntos y a pesar de que no había puesto medios para evitarlo, ella no se había quedado embarazada... ¿Acaso era infructífera?

Fue a visitar a una alcahueta, una mujer con rostro de mono que vivía junto al mercado de flores de la Île de la Cité, que tenía fama de hacer todo tipo de milagros, entre otros que las mujeres infértiles se quedaran encintas. También le contó eso, que la mujer mono vivía en un cuartucho con olor a verduras hervidas y con jaulas con cacatúas. La recibió en bata de raso rojo, bigudíes en la cabeza y con la cara untada con una especie de grasa sucia. Tenía los ojos de zinc, la boca desdentada y pelambre por todo el cuerpo. La miró de arriba abajo y dijo: pasa, reina. Después de explorarla, le recomendó que se frotase la vagina con jugo de ajos tiernos y que adoptase posturas más atrevidas, posturas cercanas a la contorsión y el malabarismo. Jurié callaba, escuchaba y conducía todas esas palabras, sus imágenes por los vericuetos de su mente ahora también muy próxima a la contorsión y el malabarismo.

También le confesó que, metida en esos ajos, la idea de que algún periodista pudiera descubrir sus orígenes humildes la aterraba.

Por ello llamó a Antoinette; que todavía trabajaba en la tienda de Deauville, aunque hacía mucho que no hablaban; Coco rehuía sus llamadas, como rehuía a cualquiera que pudiera dar referencias de su padre borracho y su madre tuberculosa. A Antoinette le dijo que estaba trabajando intensamente, y le pidió que no hablara con ningún periodista, por el amor de Dios, que andaban a la zaga, buscando el cotilleo barato. Le preguntó si no le gustaría retirarse y le sugirió que buscase una casita para instalarse definitivamente. Una casita con jardín. Ella siempre había deseado tener una casa decorada de forma moderna y funcional, con colores claros y alegres, fácil de limpiar. La Flaca estaba dispuesta a facilitarle el dinero que le hiciese falta. Pero de sus padres y del internado de los Cevernios ni una sola palabra. ¡Ni una!

También le contó que durante un tiempo la perspectiva de convertirse en la nueva duquesa de Westminster la había entusiasmado, hasta tal punto que por las mañanas se levantaba de otra manera, como hechizada. Ponía la radio y sintonizaba fragmentos de música clásica, alzaba los índices y los movía en el aire, como si fuera una directora de orquesta. Se enroscaba la cola del batín de seda en la muñeca y bailaba por la suite. Llamaba a la recepción y pedía pan tostado, champán y salmón. Invitaba a desayunar a Marie que se sentaba junto a ella y masticaba lentamente, la espalda apoyada en el respaldo de la silla, las manos sobre el regazo, erecta y atónita. Otros días bajaba a la peluquería del hotel en pijama de seda blanca, o al restaurante. El señor Ritz llegaba al instante para conducirla hasta *su* mesa, un lugar cercano a la galería con vistas a la calle y lejos de los otros comensales, ya que sabía que *mademoiselle* no soportaba el *olor a restaurante*. Coco inspeccionaba la servilleta y los cubiertos, el vaso, y los devolvía porque estaban sucios: ¿ve usted?, le decía al director con una sonrisa radiante, ¿ve como me siento en mi propia casa?

Los periódicos estaban muy ocupados con las reivindicaciones de Hitler en el corredor polaco de Dantzig (se decía que éste podría ser el detonante de la guerra), pero no había día que no prestaran atención a los ecos de sociedad: ¿se convertiría *Madame de...* en la tercera duquesa de Westminster? Incluso había un espacio para que los lectores hicieran sus apuestas. Cuando por fin Westminster la citó para dos días después, el viernes, para darle la respuesta, Coco tuvo tal sensación de ahogo que creyó que se moría. Cuando sonó el teléfono estaba en la boutique escuchando el aburrido discurso de un señor que se dedicaba a comercializar el nylon. Por lo visto, esta nueva fibra, que ahora comenzaba a utilizarse en el mundo de la moda, ya se empleaba con

éxito en cepillos de dientes, cañas de pescar, hilos de coser, cordones para joyas, calzas para jugar al fútbol... Al oír la voz del duque, La Flaca dejó al comercial con el nylon en la boca y se largó.

Después de subir y bajar sin ton ni son los tres pisos, cogió el bolso y desapareció por la puerta resoplando.

Al día siguiente no fue a trabajar: tenía mariposas en los ojos. Permaneció todo el día en la cama haciendo cábalas de reina, imaginando una boda de ensueño, el vestido de pedrería fina diseñado por ella (del que el mundo entero hablaría), a juego con los zapatos de satén duquesa, el banquete en una de las mansiones del duque, el viaje de novios en el yate *Cutty Sark* (o *The Flying Cloud*, se dijo batiendo palmas de gozo), cruzando el mar con la bandera blanca de la marina real y escoltada por barcos de guerra, fotógrafos, la cara de envidia de Misia, la noche de bodas y sus crines de toro de Camarga esparcidos por las sábanas, el olor a lavanda de las sábanas mezclándose con ese otro olor, el de ajos de la vagina y hombre, su cinturilla de avispa acaballada sobre el ilustre culo ducal. En un momento dado —sólo fue un segundo en el que se sintió abatida por el miedo—, se le pasó por la cabeza que Westminster podía rechazarla: la diferencia de rango social seguía gravitando pesadamente sobre ella. Durante un rato paseó por la sala de la suite, de la butaca a la ventana. Pero enseguida, su mente borró ese pensamiento. Era tal la agitación que la embargaba que apenas pudo dar dos mordiscos a los sándwiches que Marie le hizo traer a media mañana.

En cambio, fue amable con ella. Algo inusual, pero es que rebosaba felicidad y de todos los sentimientos, la ansiedad es la más charlatana. La hizo sentarse en la orilla de la cama y cogiéndola de las manos, le preguntó por enésima vez si tenía marido e hijos en Polonia.

—*Mademoiselle*, ya le dije que la mayor ilusión de mi vida era ir a ver a mis hijos...

—¿Ah, sí? —repuso ella abriendo mucho los ojos.

—Le pedí que me diera unos días libres para ir a visitarlos...

Antes de retirarle la bandeja y aprovechando el buen humor de su señora, la doncella le dijo que precisamente tenía apalabrado el billete para irse a Polonia. Al decirlo bajó la cabeza: se iría el martes de la semana siguiente (en sus ojos refulgía una extraña y contenida felicidad), sólo faltaba que le confirmaran la reserva de los billetes y estaría fuera un mes... siempre y cuando a *mademoiselle* le pareciera bien, claro. La Flaca pegó un brinco y, en contra de lo que Marie esperaba, corrió a abrazarla. Dijo: muy bien, Marie, ya te dije que la libertad no se otorga sino que se conquista. Has hecho muy bien.

De pronto cayó en la cuenta de que no sabía a qué hora había acordado encontrarse con Westminster el viernes, a las cuatro, a las cinco, ¿tal vez era a las seis? Cogió el teléfono y pidió línea al recepcionista. A continuación le indicó un teléfono y le ordenó con muy malos modos que en cuanto respondieran, le pusiera con el duque. Pasaron cinco, y diez, y veinte minutos. Coco paseaba por la suite. Por fin sonó el teléfono. Era el recepcionista: había estado intentando contactar con el número durante todo ese tiempo, usted disculpe, *mademoiselle*, pero o bien comunicaba, o bien no daba señal alguna. Coco le replicó que se dejara de idioteces y que le pasara con el duque de Westminster *inmediatamente*. Pasaron otros diez minutos y el recepcionista volvió a llamar muy azorado: no lo cogen, *mademoiselle*, y yo no puedo hacer más, tengo mucha gente esperando en la recepción, no puedo dedicar más tiempo a... Póngame *ya* con el duque, fue la respuesta de Coco. O le parto la cara. Sí, dijo el recepcionista.

Después de otros quince minutos sin noticias, Coco decidió bajar. Salió como alma que lleva el diablo del ascensor y delante de toda la gente que esperaba su turno en el hall, dio la vuelta al mostrador, se situó junto al recepcionista y sin dar más explicaciones, sin mover apenas un músculo del semblante, le propinó un fuerte pellizco en la mano. Le dijo: es usted un impaciente y un arrogante.

Al volver a su habitación se dio cuenta de que tenía apuntada la hora en la mesita de la entrada: se encogió de hombros.

Por fin llegó el viernes, debían encontrarse en un salón de té. Para la ocasión se había puesto un traje sencillo de pantalón y chaqueta, uno de sus bolsos acolchados de bandolera con cadena de oro y zapatillas de ballet de marfil con la punta negrísima. La impaciencia la hizo presentarse en el local casi una hora antes, por lo que ya estaba sentada y revolviendo frenéticamente un té de menta cuando entró el duque con un enorme ramo de flores y un sombrero de cazador de patos. Coco tragó saliva y a continuación hizo bocina con las manos: West..., y al comprobar que ya la había visto, intentó descifrar una respuesta en su rostro. Fue incapaz. Y no es que el rostro fuera mudo, o se escondiese tras el ramo. El rostro hablaba. Hablaba y mucho, pero de otras cosas. Hablaba de una vida en común que a ella no le interesaba en absoluto, del aburrimiento sórdido de la vida ociosa de los ricos, hablaba de su responsabilidad como duquesa de Westminster, de tediosas veladas junto a la realeza inglesa, del té a las cinco y media, de un amor redondo y definitivo como una panza de mujer embarazada. Hablaba de una masa invisible. De lo que está ya escrito en el huevo. Esperma. Doscientos millones de bichitos que

se ponen en marcha al mismo tiempo, iguales entre sí, con una densidad enorme hecha de antepasados. Westminster los contenía, él *era* los antepasados como también era los descendientes, pero para tener descendientes necesitaba a una *mujer*. Se sentó junto a ella y cuando, extendiéndole las flores, le dijo que en aquel ramo estaba el primer narciso de las nieves, ella comenzó a sangrar violentamente por la nariz. Pensó (y esto también se lo dijo a Jurié) que jamás soportaría una negativa, que si *hoy*, él, le comunicaba que no era la elegida por carecer del rango social adecuado, su vida entera quedaría hecha trizas.

Con una mezcla de alborozo y gravedad, después de un periodo de inspección inicial de miradas y olfateos, de floreos, mientras Coco escuchaba en silencio, el corazón galopándole en el pecho como un galgo de carreras, demasiado aturdida para exigirle que le diera una respuesta *ya*, ya mismo (cállate, duque, y déjate de hablar del tiempo y de nimiedades), Hugh Richard Arthur Grosvenor la miró a los ojos y dijo, muy dulcemente: *tú*. De la lista de mujeres, ella era la elegida.

Él dejó el ramo a un lado, se sacó un pañuelito ridículo para limpiarle la sangre de la nariz, pidió otro té igual al de ella y le cogió las manos con ternura. Muchos años después, a pocos centímetros de la bala que iba a hacer que se derrumbase en medio de un lujoso pasillo de hotel, Coco recordó que a veces, las palabras son capaces de herir como el más afilado de los cuchillos. ¿Qué había detrás de ese *tú*? El duque le había dicho, dulcemente, que *ella* (*tú*) era la elegida y un relámpago de alegría pasó por sus ojos. Pero sólo fue un relámpago; porque ahí estaba la intuición de que las cosas no eran lo que parecían. La nariz le volvía a sangrar. El duque le explicó que había estado meditando mucho sobre aquella decisión, que había hablado con sus consejeros más allegados y que no había tenido, ni tenía *actualmente*, la menor duda. Ella era la elegida. *Elegida*, le dijo Coco a Julian Jurié. Repitió aquella palabra hasta vaciarla de contenido, de la lista, de la famosa lista, yo era la elegida. Porque era yo, *Madame de...* y era francesa. Y a él le gustaban las francesas, y no las inglesas, que son posesivas e indiferentes, torpes (aquí Westminster soltó las manos de La Flaca y comenzó a tartamudear), caballos, Swift lo vio perfectamente, ¿recuerdas, en Gulliver en el país de los Houghnimis, dos caballos que hablan haciendo hunn, hunn? En realidad no sabía lo que decía. Coco era la elegida porque era francesa y no era un caballo. Ése era, hasta el momento, el argumento del duque. ¿Pero por qué le hablaba ahora de caballos?

Julian Jurié escuchaba con ojos atentos, solidario, obligado a decir algo pero temeroso de comprometer el futuro de La Flaca (y también su propio futuro) si ahora deslizaba una palabra equivocada, un comentario inoportuno. Por primera vez sentía que aquella mujer tan, en el fondo, *débil —sí débil—*, estaba hablándole de corazón. Sentía que tenía que ayudarla, que su terapia habría fracasado si hoy no encontraba las palabras adecuadas para consolarla, para desenmarañar los entresijos de sus entrañas, para que tomara conciencia de sus posibilidades de afirmación. En eso consistía su trabajo, para eso había ido a Viena a estudiar con el mejor especialista, para eso había vuelto a París y asistía a congresos periódicamente, para eso había abierto una lujosa consulta y había seguido estudiando con la incansable tenacidad de la obsesión: para conducir, por medio de las palabras, el fracaso de la gente hacia otros territorios, para sepultarlo.

Coco era la elegida. Westminster volvió a repetirlo cuando le trajeron el té de menta, y *sin embargo...* no era la elegida *para el matrimonio*. Era la elegida entre todas esas mujeres, cosa que no quería decir que fuera a casarse con ella. Como sabrás, el título de duque de Westminster, prosiguió él cogiéndola tiernamente de las manos, y ella casi le preguntó qué título, pero se abstuvo a tiempo, que fue creado por la reina Victoria en 1874, necesita un heredero.

—Lo sé —repuso Coco, y sólo entonces se dio cuenta de que tenía la lengua tan seca que apenas podía articular palabra—, como también sé lo que la gente piensa, que no soy de cuna noble y que los Westminster siempre se han emparentado con hijos de marqueses, duqueses, grandes señores, *eaataaarls* —dijo con retintín—, ¿pero acaso eso te importa?

Westminster quedó pensativo.

—No me importa en absoluto.

—¿Y entonces? —dijo Coco, escrutándolo con tremenda ansiedad. La nariz había dejado de sangrarle y se sentía fuerte. Lo convencería, oh, sí. Lo convencería de que los tiempos cambiaban y con ellos las estúpidas convenciones y las costumbres. Él era dueño de decidir con quién se casaba, y si bien podría llegar a chocar en un primer momento, la gente acabaría por aceptarlo. A todo se acostumbra uno, y el suyo no sería el primer caso.

—No es eso —dijo el duque.

—Eso ¿qué? —dijo ella.

—No me importa que no seas de cuna noble.

Súbitamente, Coco apartó las manos. Se incorporó un poco y enarcó las cejas negras de toro sin depilar, ahuecando el resto de la cara, hocico, ollares,

morro. Por un momento, dejó en suspenso toda su fiereza: una inflamación que le había estado calentando el rostro desde que entró en aquel lugar. Dijo:

—¿Qué es lo que te importa entonces?

Westminster echó azúcar al té y comenzó a revolverlo. Revolvió con un temblor enteramente sincero. No dijo nada durante un buen rato. Luego la miró con fijeza.

—Me importa que ni tú misma sabes lo que sientes por mí, amor, gratitud, admiración, pena, ¿tal vez indiferencia? Me importa que en todo el tiempo que te conozco, ésta es la primera vez que haya podido cogerte de las manos sin que las retires y que jamás me hayas dado un beso espontáneo, que jamás te hayas quedado dormida a mi lado, hundida entre las sábanas con el abandono de la ternura y el sueño, susurrándome al oído cosas estúpidas, insignificantes y entrañables, acaso chupando la sal de mi espalda. Me importa y me preocupa tu falta de afecto y ternura, tu incapacidad para querer. Me impor...

—¡Cállate! —chilló Coco—. ¡Déjate de cursiladas!, ¡cállate ya!

Contempló el primer narciso de las nieves, recién arrancado, que yacía sobre la mesa. Luego, sin esperar a que el duque terminara su discurso, se levantó y se fue dando un portazo.

Volvió al hotel (le contó a Jurié), sabiendo que, a su paso, un bulto, el cuerpo del recepcionista —una fila de dientes blancos, una librea impecable — corría a esconderse detrás del mostrador.

—¡Sal de ahí, rata de cloaca! —le gritó desde el otro lado, dando una patada en el suelo.

Pero el recepcionista, agazapado entre las patas de una silla, no respondió.

—¡Sal, marrano!

(La agresividad, le dijo Jurié a Coco, pone en juego el hipotálamo, esa parte del cerebro más primitiva que se asimila al cerebro del reptil).

Al ver que el otro no saldría de su trinchera, llamó al ascensor. Entonces oyó la voz del recepcionista: espere. Esto es demasiado.

El hombrecillo se puso en pie. Lentamente, sacudiéndose el traje y colocándose los cabellos, caminó en dirección a Coco. Y cuando estaba a pocos pasos de ella, se atiesó. Temblaba. Cogió aire; dijo:

—Como todos los infelices, alberga usted resentimiento.

Ella cacareó:

—¡Qué me dices, mequetrefe!

El otro permaneció inmóvil y, sin mover un solo músculo de la cara, añadió:

—Quiero decir que usted no soporta que el resto de las personas vivamos normalmente. Usted no soporta nuestra existencia apacible y su mayor deseo sería vernos en su misma situación, es decir, cubiertos de mierda. Y eso es todo lo que tengo que decirle.

Coco enmudeció (luego, le contestó a Jurié, insinúa usted que tengo cerebro de reptil...). Con el dedo tembloroso, volvió a llamar al ascensor. Mientras lo esperaba, le pareció reconocer a la persona que tenía a su lado, y que también se disponía a subir. Se trataba de aquel hombre que años atrás, muchos años atrás, en el Salón de los Independientes de 1914 (¡sí, sí, sí!), había quedado prendado de su hermosura y la había invitado a un café. Entonces ese hombre tenía los cabellos negros, salvo unas elegantes canas en las sienes. Ahora eran completamente blancos, pero no importaba. ¡Porque se iría a tomar un café con él ahora, o mejor una copa, vaya si lo haría! ¡Y después de la copa se revolcarían en una de las habitaciones del hotel! ¡Se demostraría que era una mujer amorosa, capaz de conquistar a cualquier hombre, capaz de que su sangre fluyera de modo salvaje, de que sus músculos se movieran! ¿Quién era ese Westminster para opinar que no era tierna? ¿Y quién era ese recepcionista para llamarla resentida?

Se colocó la chaqueta y se atusó los cabellos para llamar la atención: nada. El hombre permanecía inmóvil junto a ella, ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia. La Flaca resopló un poco, dejó caer el bolso al suelo, él lo recogió y se lo dio: nada de nada. El hombre la había visto pero seguía inmerso en sus pensamientos, la vista puesta en el panel con las plantas iluminadas del ascensor.

—¿Nos conocemos? —dijo Coco por fin.

El hombre giró la cabeza y la miró un momento.

—No —dijo—, me parece que no —y volvió a concentrarse en el panel del ascensor.

—Pues lo voy a sorprender —dijo ella soltando una especie de gallito—: Salón de los Independientes, Braque y Picasso, 1914, usted ministro de Economía... *Madame de...*

El hombre volvió a girar la cabeza. Ella le escrutaba con expectación.

—¿Es usted *Madame de...*?

La Flaca volvió a colocarse la chaqueta. Sonrió.

—La misma —dijo.

—Ah —dijo el otro echándole un vistazo de arriba abajo—, pues ya me acuerdo...

En ese momento llegó el ascensor. Subieron. Antes de salir, el hombre dijo:

—Cómo pasa el tiempo para todos ¿verdad?; buenos días —y salió.

Coco lanzó una risita de compromiso (casi fue un rebuzno) y subió hasta su habitación. Entró buscando a un lado y a otro con los ojos redondos y grandes, aturdida (¿pero la había reconocido o no la había reconocido?), buscando sin buscar (¿pero qué buscaba?). Se dedicó un buen rato a recuperar el resuello, sin saber qué hacer con tanta dignidad escarnecida. Luego entró en el baño y se arrancó la ropa hasta quedar desnuda: contempló su apariencia en el espejo.

Estaba delgada, muy delgada y vieja (reconoció ante Jurié). Los pechos le colgaban flácidos, y tenía el vientre algo fofo. Se contempló el rostro: bolsas bajo los ojos, dos ranuras ratoniles que la miraban desde el otro lado con aspecto asustadizo, las cejas arqueadas de aspecto amenazante y las narices abiertas como las de una yegua, la carne de las mejillas suelta, seca como un racimo de uvas secas, agostada, ésa era la verdad. ¡Ah, pero todavía era hermosa! Y vendrían muchos hombres, claro que sí, muchos más. A contraluz, sus cabellos algo desgredados por el sofocón formaban una especie de extraña aureola angelical. Sólo tenía que arrancarse esas dos, *esas dos* canitas que se veía y volvería a ser la de antes, la del Salón de los Independientes de 1914. Tenía demasiada energía y a causa de ese *exceso* de energía se había vuelto un poco resentida.

Se las arrancó. Primero una, luego la otra. Pero no se detuvo ahí. Invasa por una furia eufórica que era incapaz de dominar, que la llevaba a soltar grititos, sus manos comenzaron a tirar de sus cabellos, a puñados: ¡duele!, decía, ¡duele mucho!, ¡duele!, pero era incapaz de detenerse. Usaba las manos con furia, como si fueran tijeras. No cesó de arrancarse pelo hasta que apareció el cráneo. La cabeza adquirió aspecto de patata y la expresión del rostro le cambió por completo. Desnuda y de perfil, frente al espejo, pensó (y con estas mismas palabras se lo contó al psicoanalista) que en determinados momentos, la historia escoge de entre las masas de millones de gentes una única figura para cumplir una misión: ella tenía un talento enérgico, despierto, era bella, distinta, única (¡única, Jurié!), perfecta, y como broche de oro, le caía bien a Dios, estaba convencida. Sentía que su madre hubiera muerto sin saberlo. Eso —y no el rechazo del duque—, era lo que sentía, y por eso, todavía de pie, hipando un poco, medio calva, se puso su batita de seda, se la puso, salió lentamente del cuarto de baño y se encaminó, derrengada, hacia su

cama (que su madre no hubiera conocido a la gran *Madame de...*) para tumbarse y llorar con ganas y rabia.

En ese momento, llamaron al teléfono. Se precipitó sobre él. Era un señor que preguntaba por Marie Dwezaysca, la doncella. Coco se sorbió los mocos.

—Soy yo —dijo sin dudarlo un momento con una ridícula y, sin saber por qué, renovada ilusión.

—Le llamamos del departamento de reservas de la estación de trenes —se oyó al otro lado del aparato.

Coco sentía el latido de la sangre en la cabeza y las sienes.

—Pues díganme —dijo.

—Tiene usted aquí su billete París-Varsovia y tiene que abonarlo y recogerlo hoy mismo; ya le dijimos que había mucha demanda en estos momentos, y si no tenemos garantía de que lo quiere, nos veremos forzados a vendérselo a otra persona.

Marie no estaba. Seguramente estaba en la calle, haciendo los últimos preparativos para el viaje, la *muy perra*. Por un momento, le explicó al psicoanalista, sentí unos celos terribles. Su doncella tenía una ilusión, algo por lo que luchar en la vida; ella ahora no tenía nada. Su éxito, sí, su carrera, su suite privada, su dinero para despilfarrar, para lanzar por la ventana si le daba la gana: yo era yo y mi fama, se dijo.

—Iré a recogerlo ahora mismo —soltó sin pensarlo dos veces—. Porque ¿sabe usted? Tengo tres hijos que me esperan. Me esperan como agua de mayo.

Julian Jurié descruzó las piernas, separó las manos del estómago y se giró en su butacón haciendo que su traje verde alga se arrugara un poco. Escrutó a Coco con cierto terror en los ojos:

—¿Fue usted? —dijo.

—Naturalmente que no —fue la respuesta de Coco.

—¿Fastidió usted a su doncella, hizo imposible el sueño de su vida sólo porque usted misma estaba fastidiada?

—Pues... si usted quiere verlo así... sí; así es. De todos modos no sé qué tiene de malo. A eso nos dedicamos todos, ¿no?, a aprovecharnos de las debilidades de los demás en cuanto tenemos la mínima oportunidad, a fastidiarnos y destrozarnos mutuamente... Porque si vemos a alguien que sufre, ¿qué hacemos? Pues aprovechar la ocasión para posesionarnos de él. Esto es lo que hace usted conmigo, ¿no?, aprovecharse de que soy una desgraciada para sacarme el dinero. La pena de los demás nos atrae, Jurié, como ciertos perfumes atraen a las abejas.

El psicoanalista se removió en su asiento.

—¿Y no lo siente? ¿No siente haber dedicado la mitad de su vida a *fastidiar* a los demás? —preguntó.

—Pues no. No lo siento, como tampoco lo siente usted. Ya le he dicho miles de veces qué es lo que siento. Si fuera un buen profesional ya se habría dado por enterado.

Jurié quedó pensativo. Por primera vez en todos esos años, el rostro de piedra, la boca atrofiada parecía haberse movido. La máquina oscura y chirriante de su intelecto se puso a funcionar.

—¿Que su madre no tuviera alcurnia alguna? —dijo con cierta indignación—. ¿Siente que su madre de origen humilde no haya estado a la altura de sus aspiraciones de duquesa y sus aires de grandeza? ¿Siente que, a los ojos de otros, no ha llegado *a lo más*, por culpa de ella?

—No sea simple, Jurié. Ése no es, ni ha sido nunca mi problema.

—¿Cuál es entonces su problema?

—Después de diez o doce años, usted debería estar contándomelo. Pero le diré algo que seguramente su Sigmund Freud no le enseñó: lo que uno tiene por sí mismo, lo que le acompaña en la soledad sin que nadie se lo pueda dar o quitar, esto es mucho más importante que todo lo que posee o lo que es a los ojos de otros.

¿Cómo recordar al mundo que la alta costura seguía existiendo aunque la materia prima fuera escasa y la legislación severa?, que la ropa se conseguía con cupones, que los visillos se convertían en faldas y los cortinajes en vestidos de novia, recuerda Coco en el Hotel Ritz, a punto de desplomarse sobre el suelo, cuando le parece que su asesina es una vieja como ella. ¿Cómo producir un vestido que costaba 30.000 francos cuando la mayoría de las mujeres no tenía ni para comprar leche para sus hijos?

Durante la guerra, todo estaba prohibido. Prohibidas las joyas, las pieles, las puntillas. Cantidad de tela por prenda, largo y ancho máximos de las faldas, número máximo de botones, hebillas, pliegues. Prohibidos los puños de vuelta y vueltas en los pantalones. Y, sobre todo, prohibido el maquillaje. Prohibidos los trajes de noche y en su lugar, los *robe d'ambassade*, mucho más discretos. Prohibidos los zapatitos a juego con otros complementos; en su lugar: los zapatos de corcho sujetos con tiras, los cinturones de pedazos de madera, las bolsas de mano hechas con restos de alfombras.

Sin embargo, se dice La Flaca en el pasillo del hotel, mientras el resto del mundo se aprieta el cinturón, las francesas están dispuestas a demostrar que son las que mejor visten del mundo: labios pintados de rojo oscuro, vestidos de colores vivos, faldas campesinas, turbantes para el cabello. Su doncella Marie pasaba ahora a engrosar la lista de las asesinas sospechosas. Por aquel entonces, piensa (y había que pensar, pensar más rápido, la bala ya rozaba la nariz) eran muchas las mujeres con motivos para odiarla, con motivos para salir de su casa con una pistola, un frío 1 de enero de 1971 y dirigirse al Hotel Ritz. Con motivos para llamar al ascensor y subir hasta la séptima planta. Con motivos para esperar hasta que saliese la víctima, mirarla fijamente y disparar: motivos para matarla.

Cuando entró Marie en la suite con regalos para sus hijos y una maleta que acababa de comprarse, La Flaca cacareó desde el butacón de la esquina:

—No te vas.

(Pero no se odia a quien se considera inferior: si estorba, se le da una patada).

—¿Cómo dice?

Un mes después de que Coco se hiciera pasar por su doncella por teléfono renunciando al billete para viajar a Polonia, las fuerzas alemanas, apoyadas por la masiva potencia aérea de la Luftwaffe, invadirían la parte occidental de Polonia y someterían a los mal equipados ejércitos. Simultáneamente, la Unión Soviética, actuando de acuerdo con las cláusulas secretas del pacto nazi-soviético, penetró en la mitad oriental de Polonia, dos semanas después de la invasión alemana; esos movimientos privaron a Marie de toda posibilidad de regresar y de volver a ver a sus hijos (si es que aún estaban vivos) porque su país fue, literalmente, borrado del mapa. No había podido irse por una rabieta más de La Flaca.

—Lo que oíste: no te vas.

—Pero *mademoiselle*.

—No te vas.

Aunque la moda sufrió estragos en todo el país —el racionamiento obligó a decretar normas estrictas, del 3 de septiembre de 1939 al 10 de mayo de 1940—, París vivió la guerra sin que la rutina cotidiana cambiara gran cosa. El *black out* (apagar las luces al atardecer) y el toque de silbato de los encargados de mantener todas las manzanas a oscuras, así como la distribución de máscaras antigás que nunca se utilizaron, eran prácticamente los únicos inconvenientes. La mayor parte de los franceses consideraba que no había necesidad de derramar sangre para salvar Dantzig y, por tanto, de meterse en una guerra mayor.

—Vampiro —dijo Marie.

—¿Cómo dices?

—Digo que es usted un vampiro. Y le diré más...

Coco no la dejó acabar. Sabía que lo que venía a continuación no le iba a gustar. Por lo que la interrumpió con un:

—La guerra ha cambiado muchas cosas. Adiós, Marie, estoy segura de que volveremos a vernos en alguna ocasión. —Y se encerró en su habitación mientras la sirvienta recogía sus cosas.

Una mañana muy temprano, antes de que llegaran las empleadas de la calle Cambon, veinte días después de que Francia entrara en la Segunda Guerra Mundial, Coco comenzó a ordenar el taller. Doblaba las telas sueltas y las clasificaba por calidades (tul ampuloso, por aquí; liso satén por allá; hilo suave en este cajón, poliamida y poliéster ligeros, licra elástica por allá),

silbando de felicidad metía los rollos y los trozos de tweeds campestres sobrantes en las repisas, los fruncidos y los ribetes, las franjas de colores, tiras de lentejuelas, las plumas, la chenilla, las flores de tela, los hilos dorados, los botones de strass, las joyas falsas en los cajones. Desnudó los maniqués que llevaban cartelitos con el nombre y medidas de las clientas habituales y los tapó con mantas (ea, les dijo, a dormir). Luego se dedicó a barrer y a dejarlo todo como los chorros del oro. Y luego, echó un vistazo a su alrededor.

Volvió a sacarlo todo, lentejuelas, tules, chenillas, y a descubrir los maniqués que arrastró hasta la ventana. La abrió y lanzó todo el material a la calle. En dos minutos el taller estaba vacío. Inútiles ternuras, se dijo, para hacer espacio, espacio, espacio y silencio; zonas de silencio y sombra.

A las diez hizo llamar a la delegada de las trabajadoras que se quedó perpleja al ver la estancia vacía. Le dijo:

—Siéntese. —Y a continuación, esbozando una sonrisa radiante—: ¿Qué tal sus brazos?

La delegada se miró los brazos y luego se giró y la miró a ella, extrañada.

—¿Mis brazos?

—Sus brazos —contestó Coco llevándose los codos a la cintura y ahuecándose como una gallina—: Los bracitos, mujer. La «huelga de brazos caídos».

—¡Ah! —dijo la otra—. Se refiere usted a eso...

Jefa y empleada se escrutaron en silencio.

—La he hecho llamar para que sepa que ya no tendrá que dejarlos caer nunca más —sentenció Coco.

Ese día se tomó la revancha de la huelga vivida en la calle Cambon que tanto daño le había hecho y dejó a sus empleadas de patitas en la calle. Cerró el negocio argumentando que estaba arruinada. No era exactamente así; habrían hecho falta veinte guerras para arruinar su economía. Era su corazón el que estaba arruinado.

Por aquel entonces, la llamaron de la National Broadcasting Corporation (NBC), la radio norteamericana, para hacerle una entrevista en un espacio de entretenimiento. Cuando le preguntaron por el duque, ella explicó al país entero que habría podido ser la mujer más rica del mundo, en el sentido literal del término, pues Westminster le decía todos los días: coge todos esos Rembrandt, esos Frans Hals son tuyos, *my darling*.

Cuando quisieron saber qué motivos la habían llevado a romper las relaciones, ella se encogió de hombros y contestó:

—Simplemente, le dije: no te quiero. ¿Te gustaría acostarte con una mujer que no te quiere? —y añadió—: Gracias a mí comprendió que no podía tener todo lo que quería, que la alcurnia no significaba nada frente a una francesa insignificante que le decía que no. Fue un duro golpe para él; como consecuencia ha perdido el equilibrio.

—Pero entonces —insistieron—, ¿no estaba usted enamorada?

Ella adoptó un aire solemne. Contestó soplándose un mechón de la frente: enamoriscada.

También le preguntaron por su competencia, Marcel Rochas (el creador de las hombreras), por Mainbocher que también vestía a las actrices de Hollywood, por el joven Balenciaga y, sobre todo, por la Schiaparelli. Circulaban rumores de que si finalmente había decidido cerrar su casa de modas era porque la italiana le había hecho sombra, por la envidia que sentía hacia esa mujer que había conseguido eclipsarla con sus esplendorosos desfiles, y no por la guerra, como había dado a entender a todo el mundo. La Flaca contestó:

—No creo que ningún pavo real envidie a otro su cola, porque todo pavo real está convencido de que su cola es la más hermosa del mundo. En consecuencia, los pavos reales son aves muy apacibles.

—¿Y qué piensa —le preguntaron entonces— de que sus vestidos hayan empezado a ser plagiados por modistos de poca monta?

—Me parece muy bien.

—¿Muy bien?

—Muy bien porque detrás del plagio hay siempre admiración y amor.

—Luego puede decir usted que está usted satisfecha con lo que ha conseguido en la vida.

—Nadie está nunca satisfecho con lo que ha conseguido.

Los dejó fascinados. Le preguntaron si podían hacerle una foto y ella dijo:

—¡Me encanta que me fotografíen!

Se despidió firmando autógrafos a los periodistas y preguntó dónde estaba la salida.

—Vaya usted hasta el fondo del pasillo y luego tuerza a la derecha —le dijeron—. No tiene pérdida.

Ella les miró.

—Es más fácil «perderse» que «encontrarse» a sí mismo —sentenció entonces.

Y mientras bajaba la escalera del edificio, los redactores —sobre todo las mujeres— comentaban que era encantadora, despierta, extraña y fiera,

sorprendente. Ingeniosa. Sobre todo ingeniosa.

Al pisar la calle, Coco se puso los guantes blancos y unas gafas oscuras. A continuación giró la cabeza a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie la observaba y arrancó a llorar amargamente.

Volvió a verse con Misia y Sert que siempre la recibían de buena gana, ignorantes de que en lo más íntimo de su ser, desde que descubrió que su amiga había sido amante de Erny, La Flaca la odiaba. También, de vez en cuando, iba a ver a Picasso quien, como otros artistas, sufría porque no podía viajar a la Costa Azul o a Royan, además de las cotidianas consecuencias de la guerra, como la imposibilidad de encender la calefacción en invierno. En otoño de 1940, el pintor se mudó al taller vivienda de la calle des Grands-Augustins, que sería su único campo de acción durante esos años oscuros. Era un espacio lúgubre, tan estrecho que no había sitio ni para columpiar a un gato de un extremo a otro de la pared. Había jaulas de pájaros, platos, hornillos y azulejos españoles, pero todo presentaba un aspecto no sólo frágil sino también vacío. Abría el taller para las visitas de los alemanes y solía repartir entre ellos tarjetas con reproducciones del *Guernica*. En una ocasión, al preguntarle un oficial alemán si los suyos habían inspirado la terrible escena del cuadro, Picasso le respondió: oh, usted, no.

En todo caso, el París ocupado no tenía por qué serle hostil a Coco, y se quedó a vivir en el Ritz, aunque sin Marie, claro está. A fin de disponer de unas dependencias más íntimas, encargó al hotel la construcción de una escalera desde su suite de dos habitaciones hasta un dormitorio en la buhardilla. La nueva habitación era pequeña y estrecha como la celda de un convento, pero a ella le gustaba. En cuanto entró empezó a cambiar los muebles de sitio. Miró los nuevos espacios desde distintos ángulos y se sentó a pensar.

Después de un rato, como hiciera la primera vez que se instaló en el hotel, abrió la ventana y lanzó a la calle todo lo que le sobraba. Las cómodas, mesas, armario, sillas, alfombras. También tiró la ropa, abrigos, jerséis y vestidos, vació sus cajones de ropa interior, cosméticos, revistas de moda, libros, cartas. Aunque en realidad no eran muebles y objetos personales lo que lanzaba; era la rabia, sus mentiras, sus celos, el resentimiento, su incipiente soledad y el miedo. Fuera, pues, y muy lejos, el miedo a equivocarse, el miedo a la censura de los demás, todo iba cayendo a tumba abierta, fuera, fuera, fuera, todo se estrellaba contra el suelo con la fuerza de ese *gesto de grandeza* que consiste en tomar y arrojar cosas a manos llenas. Fuera el miedo a querer. Y mientras regalaba y arrojaba, comprendía. Comprendía que

la esencia de la vida estaba en ese «arrojar», en ese deshacerse. Un ir *arrojándolo* todo. O, en ese «deshacerse». O en esos espacios vacíos y en el rigor. Tan sólo conservó un icono que Stravinsky le había regalado en una ocasión y un reloj de pared que había pertenecido a Erny.

La calma chicha parisina se acabó el 4 de junio, cuando las fuerzas alemanas bombardeaban las afueras. Diez días después, París era ocupado y el gobierno francés, que ahora dirigía el mariscal Pétain, pedía el armisticio el 17 de junio desde su refugio de Burdeos. Miles de personas huyeron, entre ellas Coco, quien al oír que los alemanes ocuparían el hotel, embaló sus pocas pertenencias en cajas que marcó con su nombre y se guardaron en los sótanos del Ritz. Después de mucho buscar, consiguió un chófer, un hombre de mediana edad que accedió a sacarla de París en el Rolls a cambio de una cantidad, pero ¿adónde ir? Mientras guardaba sus cosas, se acordó de que su hermana la había invitado miles de veces a su casita con jardín, funcional y fácil de limpiar. Alzó la vista para mirar por la ventana —sí, allí podría refugiarse por un tiempo— y se quedó bloqueada: justo enfrente, en un edificio de la calle Cambon, un hombre estaba a punto de lanzarse desde el séptimo piso. Dirigió la vista hacia abajo; había gente corriendo de un lado a otro, con gran frenesí ya que había que escapar lo antes posible, pero nadie parecía haberse apercebido de lo que estaba a punto de suceder.

El hombre había conseguido situarse en la marquesina, sólo le faltaba dar el salto, caer contra el suelo en el hervor del alquitrán. Coco no podía moverse, ni gritar no, no lo haga por Dios, mucho menos bajar a la calle para intentar impedirlo o pedir ayuda. Era incapaz de mirar por la ventana; de hecho, no lo hacía. De pronto cogió el icono de Stravinsky y lo contempló un rato con la cabeza gacha, forzando la vista para no desviarla hacia la ventana. Cuando acabó de hacer las maletas, La Flaca bajó a la recepción mirando al suelo, el icono entre las manos. Y mientras descendía en el ascensor pensó que aquello era así aunque también podía no serlo. Al cerrar la habitación, no había oído ningún cuerpo estrellándose, ni los gritos despavoridos de la gente en la plaza. Quizás el hombre seguía en la marquesina, quizá se había retirado. Si todavía estaba allí, en cualquier momento ella misma podría dar marcha atrás, volver a subir, salir al pasillo y gritar hay un hombre: hay un hombre que está a punto de suicidarse, bajar a la calle, llamar a los empleados del hotel para que secundasen sus gestos, situarse justo en el lugar donde el hombre estaba a punto de lanzarse y volver a gritar, gritarle: no, no lo haga, tiene usted muchos motivos para seguir viviendo.

Aunque, a decir verdad, ¿qué motivos tendría ese pobre hombre para seguir viviendo? Además, se hacía tarde. Había que huir lo antes posible. Y entonces, un poco más allá de la entrada, se oyó un grito y empezó a apiñarse la gente. ¿Qué pasará?, preguntó el chófer. Y Coco, sin atreverse a levantar la cabeza, la vista aún fija en el icono que apretaba en su mano derecha, ea, nos vamos, ya nos hemos entretenido demasiado, la gente anda muy alterada con esto de la guerra. Atajaron por las calles del centro, se cruzaron con gente que abandonaba la ciudad en coches, bicicletas, autobuses destartados e incluso carretas de bueyes repletos de colchones de hierro, maletas a reventar y rechinar de camiones, bolsas con ropa y jaulas, pavos, gallinas de Guinea, gansos mojados, palomas y faisanes. Todo ello acompañado de rebuznos y oraciones de mujer. Al enfilear la carretera en dirección a Paillers, una mujer con un hatillo y un niño en brazos les hizo gestos para que el coche se detuviese: pidió que la llevaran hasta el siguiente pueblo, Coco se negó en rotundo.

Medio kilómetro después, atormentada por el remordimiento, comenzó a argumentar su negativa.

—Si tuviéramos que montar en el coche a todos los que nos lo piden no llegaríamos nunca a ninguna parte...

El chófer no contestó.

—¿No le parece?

—Yo no he dicho nada...

—Nada ¿qué?

—Sí me parece.

En el interior del coche, volvió a reinar el silencio. La carretera estaba desierta como los pueblos que iban dejando a un lado. A medida que iba cayendo la tarde, una niebla lechosa descendía desde la cima de las montañas. Aquel paraje solitario, escabroso, con apenas un puñado de flores atrofiadas aquí y allá, parecía reproducir su paisaje interior.

—Porque si uno se pone a hacer obras de caridad cada vez que se le presenta la ocasión —prosiguió Coco desde el asiento trasero, inclinándose un poco hacia delante para que el conductor la oyera mejor— no haría otra cosa, sobre todo en tiempos de guerra, ¿no lo cree usted así?

El chófer no contestó.

—Y además —prosiguió ella—, nunca sabe uno a quién mete en su coche...

—Nunca se sabe...

—Deje de repetir mis palabras. Y deje de temblar, y diga algo. ¿Acaso no se atreve a hablar conmigo? ¿Puedo saber cómo se llama?

Pero el chófer volvió a callar.

—¡Está sordo! —chilló La Flaca.

—Alonso. Me llamo Alonso —se apresuró a decir el otro.

—¿No le parece, Alonso, que hay que ser cauto con las obras de caridad?

El chófer se limitó a asentir con la cabeza, y entonces Coco, que ya empezaba a estar cansada, desistió de su empeño de entablar conversación. Siguieron unos veinte minutos más, la mirada de ella fija en la niebla que lo envolvía todo con su bajura. Sentía aquel paisaje en los hombros, las caderas y las plantas de los pies, en los nervios: el follaje seco y gris, tembloroso, de los sauces enanos, las vacas pastando en el prado, el infinito prado pelado, el estiércol que se diluía por las cunetas, los cardos silvestres diseminados. Había pastores y campesinos, carreteros. Por fin dijo:

—¡Pare!, ¡pare usted, Alonso!

Le hizo dar media vuelta para recoger a la mujer.

—No estará —sentenció el chófer—, nos detuvo hace más de dos horas.

Y así era: no estaba.

—Pues yo he hecho todo lo que he podido —dijo Coco dejándose caer en el asiento, aliviada. Y al rato, incorporándose un poco, apoyando el índice en el hombro del otro—: ¿Sabe usted, Alonso? Las personas creen que destilo hiel y maldad. Juro que creen todo tipo de cosas, excepto que trabajo, pienso en mí misma y les ignoro.

Alonso se limitó a suspirar y Coco se removió en su asiento.

—Alonso... Alonso... supongo que es usted español —dijo.

—Así es —contestó el otro.

—Durante casi medio siglo he marcado la moda —prosiguió ella— y nunca he conocido el fracaso. Es más: he tenido un éxito rotundo en todo lo que he hecho. Y he dado a las personas más cosas buenas que malas... —Miró por la ventana—: Ello hace que me sienta libre como un pájaro. Por eso estoy decidida a ser feliz. Por cierto, tengo un amigo diseñador que es español, Cristóbal, hijo de una costurera del País Vasco...

—El País Vas... —intentó decir el chófer.

—¡Déjeme acabar! —exclamó Coco—. ¡Qué manía tiene la gente de interrumpir! Le decía que feliz. Feliz sin necesitar ese veneno cotidiano, recientemente inventado, llamado felicidad.

Cuando llegaron, al atardecer del día siguiente, lloviznaba un poco pero el cielo, atravesado de bucles de humo blanco que salían de las chimeneas,

presentaba un hermoso tono rosa pálido. Hacía una temperatura muy agradable. En Issoire vivía Antoinette con su marido, el notario, y su hija, en una casita con jardín muy cercana a aquella otra casa del tío, del tío de Issoire, recordó La Flaca, cuyas paredes estaban empapeladas de rojo.

Pasaron por el centro del pueblo desierto y preguntaron por la casa que resultó estar a medio kilómetro de allí, su tejado negruzco asomando apenas entre la vegetación. Antes de llegar, Coco ordenó al chófer que se detuviese. Bajó del coche, abrió el maletero y comenzó a rebuscar en su maleta. Sacó un sofisticado sombrero de plumas. Se lo puso y volvió a subir. Dijo:

—¿Le he dicho alguna vez, Alonso, que la felicidad es sospechosa?

El Rolls aparcó bajo la higuera de la casa, y entonces Coco sacó la cabeza por la ventanilla, echó un vistazo a su alrededor y plantó un pie en el suelo de la huerta como quien planta una pica en un territorio por conquistar: conquisto esto era lo que su hermana había comprado a cambio de su silencio.

Llamó a la puerta con nudillos impacientes. Después de cinco o diez minutos, apareció una niña de unos diez años, su sobrina Jeanne, se dijo, porque era exactamente igual que Antoinette a esa edad. Su madre, dijo la niña, estaba cogiendo higos en la parte trasera de la casa. Su padre estaba trabajando, sólo venía a casa los fines de semana.

Una enorme escalera de madera se apoyaba sobre el tronco retorcido de la higuera, y encaramada en el último peldaño, estaba Antoinette. Cogía higos y los lanzaba a una cesta de mimbre que había en el suelo. Por poco se cae al ver a su hermana ahí abajo. Durante unos instantes, las dos hermanas se escrutaron en silencio. Una brisa ligera movía las plumas del sombrero de Coco, a quien no se le ocurrió decir otra cosa que: Uy, uy, por Dios, qué alta estás, Antoinette.

—Pues ya ves —repuso ésta sujetándose un sombrero de paja mucho más discreto que el de Coco—, no es la Torre Eiffel, pero...

Entraron en la casa y dejaron sus sombreros sobre la mesa del distribuidor. Esa misma noche, antes de meterse en la cama, la pequeña Jeanne se dedicó a deambular por la casa con el abrigo y el sombrero de plumas de Coco.

A la mañana siguiente, Antoinette ya estaba trabajando cuando La Flaca bajó a desayunar. Al verla ahí, frente a los fuegos de la cocina, mientras preparaba un par de huevos duros y tostaba el pan, al ver cómo disponía la miel sobre la mesa con su sencillo y limpio recipiente de loza, cómo cortaba una porción del bloque de mantequilla casera, Coco sintió un malestar como una tenue enfermedad. Y mientras desayunaban, espiando cada detalle de la

estancia con el rabillo del ojo (un ramo de cardos secos, el armario abierto con las estanterías doblegadas por el peso de la ropa limpia, membrillos e higos en una cesta, olor a manzana y a café, la loza blanca, la mesa de cerezo violeta), La Flaca comenzó, una vez más, a hacer ante su hermana sus interminables conjugaciones: *yo* trabajo, *tú* dependes; *yo* soy libre, *tú* eres madre. Y para sí murmuraba: *yo* guapa; *tú* fea; *yo* lista, *tú* tonta.

A continuación, le habló de Westminster, de su riqueza, y en un falso alarde de humildad le dijo que, a pesar de todo, ella había optado por dejarle: tan malo es ser demasiado rico como demasiado alto, explicó. En el primer caso no se encuentra la felicidad y en el segundo no se encuentra cama. Como siempre, Antoinette la dejó explayarse en soliloquio. Y cuando la otra no tuvo más que decir, le habló de unas cartas. Unas cartas que había encontrado en la casa del tío de Issoire, muerto hacía unos veinte años, y que realmente eran lo más valioso que tenía. Coco escuchaba sin escuchar, más atenta a la pequeña Jeanne que acababa de salir de su habitación con el sombrero de plumas. De hecho, no se lo había quitado desde el día anterior.

—Las cartas —dijo Antoinette— eran de mamá.

Al oír esto La Flaca levantó la cabeza.

—¿De mamá?

Doce cartas de amor ordenadas por fechas, del 12 de agosto de 1886 al 2 de julio de 1900, el día en que murió. Porque su madre había vivido una historia de amor con otro hombre de un pueblo vecino sin que nadie lo supiese, ¿te imaginas? No, no podía imaginárselo, su madre no había vivido una historia de amor con nadie, ni siquiera con su padre, porque su madre era sólo eso, madre, trabajo, preñez, palabras, qué insensatez. En todo caso, no le interesaban, hacía mucho que no le interesaba ya nada de su madre. Pero Antoinette ya las había leído y releído y ahora se las entregaba a Coco: pues creo que te gustarán, a ti que tantos amantes has tenido, que tan experta eres en estas lides, es un amor puro, léelas, cambiarás de idea sobre mamá y te diré más, verás en ella mucho de lo que hay en ti. Así lo he visto yo.

Coco las cogió y prometió que las leería aunque, repetía, no le interesaba ya nada de su madre.

No las leyó. Las guardó en su maleta durante dos días, sin dejar de pensar en ellas. Al amanecer del tercer día, se levantó repentinamente, sacó la maleta de debajo de la cama, buscó las cartas, las contó (¡doce!) y se las metió en el sujetador, como si tuviera miedo de que alguien se las fuera a robar. Estuvo en casa de su hermana una semana, paseando de aquí para allá, sin horarios ni ocupaciones, asilvestrada, huyendo de las vacas que ahora eran toros feroces,

hablando con los paisanos o cogiendo higos con su sobrina, escuchando las emisiones de la Francia Libre emitidas por la BBC en casa del farmacéutico del pueblo que era el único que tenía radio y que sabía quién era ella. Se decía que Otto Abetz, embajador del Reich y gobernante de la Francia ocupada, había aprobado varias leyes antisemitas. También se decía que Hitler había visitado París y que Serge Lifar, el coreógrafo y bailarín de origen ruso protegido por Diaguilev y director de la Ópera de París, había improvisado en su honor una representación de gala en la Ópera. Pero lo que más le gustó a Coco fue acompañar a las mozas del pueblo a los campos, no a recoger patatas, ni coles, ni tomates, sino restos de paracaídas de nylon que utilizaban para hacerse medias y ropa interior. Aunque crujiera y rozara.

El sábado llegó el marido de Antoinette, el notario, y se saludaron fríamente. Por la noche, Coco oyó cómo él y su hermana conversaban. Las voces llegaban hasta el pasillo. Las voces llegaban hasta su habitación. Después de las voces, el silencio.

Cuando ya empezaba a aburrirse, decidió que volvería a París, a la comodidad de su Hotel Ritz, por muy patas arriba que estuviese la ciudad. Se las apañó para que el chófer viniera a recogerla y se despidió sin grandes ceremonias, con precipitación, negándose a aceptar las provisiones que Antoinette le ofrecía. De vuelta hicieron noche en Bourbon-L'Archambault —la ciudad de los manantiales de agua caliente que los romanos canalizaron—. Dejaron a un lado la fortaleza medieval y buscaron alojamiento en un hotel cercano a las termas.

Antes de acostarse, La Flaca se asomó al balcón para respirar un poco de aire fresco. Después de haber estado toda la semana en compañía de su hermana y su sobrina, le hacía falta pensar. Sentía nostalgia de aquella mujer que le hubiera gustado ser, aquella mujer que imaginaba cuando estaba en el internado de Auvernia. Quería volver a ser la que *nunca* había sido.

Se palpó el pecho, las cartas seguían ahí. Un amor limpio y puro, se dijo repitiendo las palabras de Marie. A veces, desde que las llevaba consigo, esas cartas hervían y se agitaban en lo hondo de su ser como un animal exuberante, devolviéndola luego a su estado habitual de loca solitaria. Se estaba bien allí. El aire era limpio y la temperatura agradable, ¿quería leer las cartas? No; hoy no. Mañana.

Un poco más allá, a unos doscientos metros, se alzaba el muro de una vieja iglesia derruida. Resentida, se dijo entonces. Le vinieron a la cabeza las palabras del pobre recepcionista del hotel, como todos los infelices, alberga usted resentimiento... Pues a lo mejor era verdad, tal vez sí fuera una

resentida. Una egoísta resentida. En ese momento, se percató de que había un niño subido al muro de la iglesia. Lo observó durante un rato. El niño comenzó a caminar de un lado a otro. Buscaba el equilibrio con los brazos extendidos y esquivaba las hojas de los árboles que se recortaban contra el ladrillo rojo. Pero había un ladrillo que sobresalía más que otro y se cayó: se oyó un golpe seco. La madre surgió de algún lugar oculto y comenzó a llorar. La Flaca salió del hotel y se dirigió hasta donde yacía el niño. Lo primero que dijo fue: no lo toque.

—No lo toque, por el amor de Dios. Se puede haber roto algo. Espere a que llamemos a un médico.

Buscó al chófer y le ordenó que fuera al centro de la ciudad a buscar a un médico. Mientras tanto, poseída por una extraña vena filantrópica nada usual en ella, comenzó a consolar a la madre. Le decía que no se preocupara, que enseguida llegaría el médico, seguro que no era nada. Pero el chiquillo yacía inmóvil en el suelo, y a Coco le pareció más muerto que vivo. La señora comenzó a decir que no tenía dinero para pagar al médico, es más, no tenía dinero ni para alimentar a su hijo. Por eso se había caído, porque estaba débil. Un niño bien nutrido no habría tenido ese accidente.

Sin pensarlo dos veces, La Flaca sacó un billete de cien francos del bolsillo.

—Tenga usted —dijo—. Para que alimente a su hijo y le compre un juguete.

Y al entregar el dinero, se sintió bien. Muy bien. Porque, ¿hacía cuánto que no daba una limosna? ¿Hacía cuánto que no hacía algo por los demás? En ese momento, el niño se levantó. Fueron dos segundos: se sacudió el polvo de los pantalones, lanzó una carcajada de mofa y salió corriendo. Detrás, la madre.

Coco regresó lentamente al hotel. Se acostó vestida, sin cenar nada. Permaneció toda la noche con los ojos abiertos como platos.

El Silver Ghost de llantas azules conducido por Alonso, el chófer, entró por el este de París. Atravesó los distritos pobres de Belleville y Ménilmontant, junto al Pare des Buttes Chaumont, la Porte des Lilas, el cementerio de Père-Lachaise y pasó por callejuelas de adoquines; Coco, acurrucada en el asiento trasero, vio las flores que crecían entre los escombros, la leña apilada para las hogueras, las fachadas románicas y los ojos grises y precisos como postigos de gente invisible que espiaba tras las cortinas de encaje.

Amanecía y las tiendas de ultramarinos abrían sus puertas: en el interior, acodados sobre el mostrador de zinc, uno o dos hombres con mono azul y gorra de tela piden un *vin blanc* para empezar el día, o una mujer pregunta si hay leña, café o carbón, también un niño con una cántara metálica compra leche para su madre. Es la hora en que los relojeros, tallistas, canasteros, ebanistas y marmolistas se ponen a trabajar en sus locales diminutos y pestilentes, bajo una bombilla colgada de un cable; la hora en que comienza el suave zumbido de la máquina de coser de los sastres; la hora en que el carnicero corta y reserva la mejor tajada de su entrecot para que el cliente más rico se lo pague *au prix fort*.

Por la Place de l'Étoile llegaron a la orilla derecha, y recorrieron los Campos Elíseos muy despacio, dejándose llevar por el ronroneo suave de los plátanos, casi a oscuras. Los letreros luminosos estaban prohibidos y las farolas apagadas de forma arbitraria, a causa del recorte en el consumo de electricidad. En la plaza de la Concordia reinaba una rara serenidad; los primeros oficiales con bigote y mejillas encendidas, y junto al Obelisco, sentados en una terraza, algún que otro civil alemán coqueteando con muchachitas francesas. Con la mano derecha alzaban las jarras de cerveza.

En el número 15 de la plaza Vendôme, en lo alto del Ritz, ondeaba una esvástica. Al entrar, se acercó el administrador para decirle a Coco que, de no tener un *ausweisse* alemán, tendría que presentarse ante el *Kommandantur*.

—¿Sucia como voy?

Su suite estaba ocupada, pero consiguió que le dejaran otra para asearse y cambiarse antes de ir a ver al comandante al que convenció de sus buenas intenciones sin grandes esfuerzos, con lo que consiguió quedarse en el hotel. La mayoría de las casas de alta costura habían cerrado; Schiaparelli y Mainbocher habían huido a Estados Unidos. Pero en París permaneció Lucien Lelong que, como presidente de la Chambre Syndicale de la Couture Parisienne, consiguió que la alta costura quedara exenta de racionamiento y no se trasladara a Berlín o Viena. Así se mantuvo viva la creatividad parisina.

Sin la obligación de trabajar La Flaca se aburría mortalmente y, sobre todo, se encontraba muy sola. Durante el día era esclava de la misma rutina: levantarse, asearse un poco, desayunar calabacín en tostadas y turnedó con salsa bearnesa, y ordenar las cartas de su madre que seguía guardando en el pecho. Después de comer bajaba a sentarse a los salones del hotel para espiar a los alemanes que bebían whisky, los ojillos azogados en las órbitas. Atrincherada en sí misma, exploraba un mundo hosco en el que ya no se reconocía. Echaba de menos sus momentos de gloria estentórea, las entrevistas, el calor de la gente que se congregaba en las puertas de la calle Cambon, cinco, diez o doce personas ahí donde ahora no había nada, afluían de todas partes para verla, un hervidero de curiosos que quería sentirla, tocarla, *palparla*.

Cuando esto ocurría, hace veinte años, ella no tenía necesidad de afecto. Y es que, pensó, así es la naturaleza humana, que da su simpatía con mayor facilidad a los que menos la demandan. ¿Se acordaría alguien de que ella era *Madame de...*? Un día, mientras almorzaba junto a la galería, vio pasar a un grupo de oficiales, el ministro de Asuntos Extranjeros Von Ribbentrop y sus secuaces, susurró alguien desde otra mesa, entre los cuales se destacaba un hombre alto, rubio y de aspecto aristocrático, vestido de paisano. Coco le observó durante un rato desde la ventana, mientras él y los otros charlaban (o más bien *ladraban*) estrepitosamente en corro a la puerta del Ritz. Cuando terminó de comer sacó del bolso un espejito y el carmín para retocarse los labios. No eres vieja, se dijo, todavía no eres vieja. Se frotó los labios, se palpó el pecho (las cartas seguían ahí), y se dirigió a la salida con intención de «cazar» a aquel alemán.

Pero antes de llegar a la puerta, un camarero la detuvo. Le traía un sobre en una bandeja de plata: para usted, *mademoiselle*.

—¿Para mí? —dijo Coco que lo último que esperaba en ese momento era recibir una carta de nadie.

Y de pronto, se sintió dominada por una extraña euforia. Esa carta cambiaría su vida. ¡Oh, sí!, se dijo dando unas palmaditas al aire. Ahí estaba su salvación en esos momentos de aburrida guerra. Así que se la arrebató al camarero y la abrió con dedos temblorosos, muy rápido, casi a zarpazos, rasgando el sobre, *Mi querida vampira*. Inmediatamente buscó el remite. No tenía, daba igual; siguió leyendo:

“ Mi querida vampira:

Me cerró usted la puerta en las narices y no pude decirle lo que a continuación le escribo. Espero que disfrute leyendo.

Es usted una vampira. Por si no lo sabía, es usted una vampira que durante toda su vida se ha dedicado a «extraer» lo mejor de las personas para sí, para lograr sus fines de manera egoísta y saciar su ambición sin dar absolutamente nada a cambio.

Pero la entiendo: es incapaz de querer, el miedo a entregarse, a que las personas la hagan sufrir más de lo que ya ha sufrido durante su infancia.

Le diré algo más, muy brevemente, para no abrumarla con sermones como hace usted. Se trata de la libertad, palabra que usted siempre tiene a flor de labios y con la que pretende aleccionarnos a todos.

Porque resulta curioso lo ciego que uno puede estar cuando decide estarlo: no hay persona menos libre que usted.

Yo también estoy segura de que volveremos a encontrarnos en algún momento de nuestras vidas.

Atentamente,

Su doncella Marie

Por las venas de La Flaca corría hielo. Rompió la carta en cuatro pedazos y se lanzó a la carga por la puerta principal del hotel. Tenía ganas de llorar, ¡ah!, pero no lo haría. Se contuvo (puta, Marie; ¡con todo lo que había hecho por ella!). Porque ahora que sabía hacerlo, llorar era vulgar. Como el racionamiento, la depresión, la miseria y el miedo, la escasez de combustible, los sabañones y las hemorroides, las cañerías que se congelan, revientan y dejan escapar un agua sucia y vieja, el odio: la guerra era vulgar. Y ella podía ser cualquier cosa menos vulgar. Resentida, solitaria, vieja, *vampira*. Pero nunca vulgar. Vio al alemán y acto seguido giró sobre sí misma, presa de una timidez que la hizo volver a entrar en el hotel con gesto lento y grave. Pero salió de nuevo. Trotando como una jirafilla hasta el grupo de alemanes, preguntó a aquel de aspecto aristocrático si quería tomar una copa con ella en su suite del hotel. Así, sin más.

Hans Gunther von Dincklage hablaba correctamente francés porque había sido agregado de la embajada alemana en la calle de Lille. Cuando entró en la habitación de Coco echó un vistazo a su alrededor y luego se quedó inmóvil junto a la puerta.

—Pero siéntese —dijo Coco.

El alemán volvió a lanzar miradas a su alrededor.

—Es que no hay sillas —dijo, y añadió—: ni mesas, ni lámparas, ni libros, ni cama.

—¿Y qué más da? —repuso La Flaca—. ¿No se ha parado usted a pensar que lo esencial no son las mesas, ni las sillas, ni las lámparas ni la cama? Siéntese de todas formas.

Finalmente optaron por bajar a la recepción, a pesar de que Coco habría preferido quedarse en su celda monacal porque abajo, en los salones, llegaba el olor a espárragos trigueros de la cocina y eso le irritaba. Mientras tomaban un gin, él le explicó que pertenecía a la aristocracia de la Baja Sajonia y que su madre era inglesa. Aquella purasangre fue más que suficiente para Coco. El amor era un buen pasatiempo en tiempos de guerra. Aunque él era doce años menor, se gustaron lo suficiente para convertirse en pareja.

La Flaca cumplió cincuenta y ocho años el verano de 1941, año en que la guerra europea se transformó en guerra mundial. En diciembre, mientras cenaba los exquisitos platos hechos con ingredientes del mercado negro en compañía de Hans y otros alemanes que hablaban francés, como el jefe de Propaganda Gerhard Heller, y el funcionario de la Wehrmacht Ernst Junger y Misia, Sert y el bailarín Lifar —que como ella pensaban que para sobrevivir había que hacer negocios con los alemanes, algo mucho más saludable que engrosar las filas de una Resistencia que atraía a jóvenes de escasa formación, o a colaboradores ávidos por borrar un pasado sospechoso—, recibieron la noticia de que Japón había atacado Pearl Harbor. Unos días después, el aburrimiento llevó a Coco a idear un plan; un plan que le haría pasar a la historia, pensó tumbada en la cama de su habitación, mientras deshojaba una de las flores frescas que disponían cada mañana en un jarrón.

No se me recordará como duquesa, pero tal vez sí como intermediaria de la paz entre los Aliados y el Eje. Nunca le había interesado gran cosa la política, pero ¿qué otra cosa había en esos tiempos sino política? Citó en su suite a su nuevo amante Von Dincklage para convencerle de que en el alto mando alemán tenía que haber forzosamente personas que creyeran que el ataque de Hitler a la Unión Soviética era una locura y que la provocación de Japón al atacar Pearl Harbor, que había provocado la entrada de Estados Unidos en la guerra, una bravuconada aún mayor.

Ella, dijo echándose un vistazo a las uñas recién limadas por la manicurista, era amiga del primer ministro británico, Winston Churchill, a quien conocía «a la perfección». Coincidió con él en gustos: sol y lujos,

cruceros por el Mediterráneo y carreras de caballos, explicó con gran afectación. Habían compartido almuerzos y cenas en La Riviera y Downing Street. Estaba segura de que le recibiría sin ningún problema. Y sabía que el inglés tampoco estaba nada conforme con esa maldita guerra que estaba acabando con los privilegios y tradiciones de su querida Gran Bretaña. Por tanto, su plan consistía en entrevistarse con Churchill en algún lugar seguro para convencerle de que escuchase a algún miembro del alto mando alemán y negociara un acuerdo. Von Dincklage la escuchaba con perplejidad mientras La Flaca se paseaba de un lado a otro de la habitación imaginando la conversación y las respuestas de Churchill.

—¿Acaso no interesa a todo el mundo acortar la guerra, salvar millares de vidas?

—Pues tiene usted toda la razón del mundo —dijo ella que diría Winston, imitando el gesto de su mano al sacudir la ceniza de su puro.

—Pero Churchill ha prometido sangre, lucha, sudor y lágrimas al pueblo británico... —la interrumpió Von Dincklage, que empezaba a conocer a La Flaca e intuía que no iba a desistir fácilmente de este nuevo entretenimiento— y proclamó en Casablanca su doctrina contra la paz negociada. Además... aunque seáis buenos amigos, bueno pues, no creo que el primer ministro británico tenga ahora mucho tiempo para verse con...

Pero Coco consiguió que el alemán convenciera a uno de los jefes pertenecientes a las SS, el comandante Walter Schellenberg, que desde 1941 ostentaba el cargo de jefe en funciones del servicio secreto extranjero, de que la enviara en «misión de paz».

Y así se hizo. A principios de otoño de 1943, un automóvil de las SS estacionó en la puerta del Hotel Ritz para conducir a *Madame de...* hasta la embajada británica en Madrid, lugar donde se sabía que estaría Churchill durante unos días. La Flaca mostraba tal seguridad en sí misma y en la empresa que iba a desempeñar que nadie consideró preciso avisar al primer ministro británico de la llegada de la francesa. Von Dincklage viajó con ella. Al llegar a Madrid —árido, vacío, desierto, horizontal— después de tres días y medio de tortuoso viaje, La Flaca pidió que la llevaran directamente a la embajada británica situada en una calle cercana al Paseo de la Castellana. Los funcionarios ingleses no vieron con muy buenos ojos que un alemán y una francesa pidieran permiso para entrar en la embajada, y no pudieron evitar la risa cuando Coco exigió que Winston Churchill la recibiera de inmediato, que era su amiga. Sin embargo, ante su insistencia, le prometieron que a la hora

del almuerzo, cuando el primer ministro acabara de despachar, le harían llegar su mensaje.

La Flaca cogió su maleta y se cambió en un cuarto de baño de la embajada. Para la ocasión había traído un vestido negro escotado y unas perlas de imitación Romanov. Antes de salir se echó un vistazo en el espejo: espantosa y magnífica, se dijo, una mujer de verdad. Durante tres horas estuvo esperando junto a Von Dincklage en una calurosa salita de la embajada, contándole a éste acaloradamente (tanto o más que la calefacción) lo bien que conocía las costumbres británicas, porque había estado a punto — no aceptó— de convertirse en la tercera duquesa de Westminster. Le contó que, de haber querido, habría podido ser la mujer más rica de Francia, porque el duque le decía: toma, nenita, coge todos esos Rembrandts, esos Frans Hals son tuyos.

Por fin, entró en la habitación un funcionario de la embajada preguntando qué era exactamente lo que querían. Von Dincklage se puso en pie y comenzó a explicar que venían de París y que la señorita, bueno, la señora, traía una propuesta de paz, es decir, apenas sabía qué decir porque al escucharse sentía una vez más que estaban haciendo el ridículo. En ese momento, Coco le hizo callar con un gesto. Dijo enrollándose el collar de perlas entre los dedos y mirándole con cara de esto-lo-arreglo-yo:

—Simplemente dígle al primer ministro Churchill que *Madame de...* está aquí.

Volvieron a esperar, aunque esta vez tan sólo dos minutos durante los cuales permanecieron en silencio. El mismo funcionario abrió la puerta.

—Dice el primer ministro que no conoce a nadie con ese nombre.

Entonces Von Dincklage y Coco se miraron de hito en hito. El rostro del alemán traslucía cansancio, entumecimiento y una chispa de desengaño. Intentó decir algo, pero al abrir la boca sólo salió un soplo, algo parecido al bufido de un animal. Coco fue la primera en reaccionar.

—¡Mira qué bien! —dijo—. ¿Vamos a pasarnos la vida mirándonos como un par de gatos?

Cuando regresó a París y le contó a Misia lo sucedido, ésta rompió a reír como una posesa. Decía: misión de paz, misión de paz, y parecía descuajeringarse. A La Flaca, irritada por esa risa demente, le palpitaban las orejas. No esperaba que su amiga de toda la vida reaccionara así ante algo tan serio. Se acordó de aquel personaje de su infancia: el dueño del ultramarinos que se fue a París a ver la Torre Eiffel y a defender a Dreyfus, y miró a Misia con desprecio. Y es que aquello era demasiado. Aquella carcajada hacía que

el rencor aflorase a su piel como un herpes latente. Ya le había perdonado muchas cosas a esa tonta polaca, ¡demasiadas!: ahora no tenía nada que perder y esbozó una sonrisa con los ojos. Dos días después, las autoridades alemanas se presentaron en casa de Misia para arrestarla por su origen judío.

Cuando, el 26 de agosto de 1944, París entero se lanzó a la calle para ovacionar la entrada triunfal de las tropas de De Gaulle, Coco y Lifar aplaudieron el desfile y aclamaron a los vencedores. Von Dincklage había desaparecido de escena.

Quince días más tarde, muy temprano, aparecieron en el Ritz dos jóvenes con brazaletes de las FFI y revólveres en el cinto. Llamaron a la puerta de la habitación de La Flaca y pidieron que les acompañase. Ésta preguntó a orden de quién estaban.

—Del Comité de Purgas —fue la respuesta.

El Comité de Purgas, que se ocupaba de ajustar cuentas con los colaboracionistas del régimen alemán y de ejecutar a los oficiales del gobierno de Vichy, era el resultado de una mezcla de indignación moral y rabia contenida de las gentes de la Resistencia. Escritores, periodistas, actores y artistas eran encarcelados sin tener derecho a un abogado ni a juicio alguno, o bien eran objeto de palizas brutales en plena calle. Lo peor era que aunque muchos de los detenidos sí habían colaborado con el régimen, en otros casos los delatores eran vecinos rencorosos que saldaban viejas rencillas. A las mujeres sospechosas de haber dormido con oficiales las despojaban de sus joyas y abalorios y les trasquilaban la cabeza como si fueran ovejas, incluso se les llegó a cortar los pechos. En el Hotel Drouot se organizaban subastas de joyas y pieles confiscadas. La concurrencia estaba constituida por señoras con aire de marquesas vestidas con los nuevos modelos de Lucien Lelong.

Coco había oído la historia de la duquesa de Brissac, cuyas amistades románticas eran de todos conocidas: cuando su marido estaba de viaje, se bañaba en Moët Chandon con los oficiales alemanes. Uno de los grupos de las FFI irrumpió en su apartamento y se la llevó despeinada con un abrigo de pieles sobre la ropa interior junto con su mayordomo, que temblaba de frío y miedo. Delante de éste y de un agitado gentío, en un edificio de piedra ennegrecida y torres cilíndricas sobre el Quai de l'Horloge, le raparon la cabellera y la hicieron beberse tres botellas de champán. Uno a uno, contó el mayordomo, fueron cayendo los ilustres rizos de la duquesa. Pero el escarnio mayor no fue ése; la duquesa de Brissac tuvo que compartir celda y jergón de paja con cuatro prostitutas que en cuanto la vieron le arrancaron el abrigo, y cuyo entretenimiento principal durante la noche consistió en sacudir los pechos a los oficiales que las custodiaban.

Al día siguiente, los FFI la empujaron a la calle. Bajo una lluvia mezquina, *mademoiselle* de Brissac tuvo que volver a casa embutida en una gabardina ajada, abrasada por la resaca.

Se decía que si la mujer en cuestión oponía resistencia, podían trasladarla al campo de concentración instalado en el Vélodrome d'Hiver, o bien al campo de concentración de Drancy, donde con anterioridad se había retenido a los judíos antes de obligarlos a subir a los camiones de ganado que iban a Alemania.

Pero la prisión emblemática adonde iban a parar los acusados de colaboracionismo era la de Fresnes. Allí estuvieron celebridades como la estrella de cine Arletty y el actor y dramaturgo Sacha Guitry, que se habían conocido en las fiestas de un general de la Luftwaffe. También Albert Blaser, jefe de comedor de Maxim's, por servir comidas a los alemanes. Los prisioneros no tenían derecho a un abogado, pero habida cuenta del estado de los registros y expedientes, muchos presos eran retenidos durante meses para después ser liberados por falta de pruebas.

La doncella que limpiaba la habitación de Coco rompió a llorar. Pero La Flaca se quedó mirando a los jóvenes y sin decir palabra, cogió los guantes y el bolso y se les adelantó por el pasillo. Ante todo quería evitar que los *fifis* registraran la habitación, pues Serge Lifar estaba escondido en el armario. Al día siguiente de que De Gaulle hiciera su triunfal desfile por los Campos Elíseos, Lifar se había presentado en la suite de La Flaca con la noticia de que corría la voz de que el Comité de purgas había empezado a arrestar a las primeras personas.

—Métete en el armario y no salgas —le dijo Coco sin caer en la cuenta (o más bien, sin querer caer en la cuenta) de que también ella debería meterse en el armario, y bien encerradita.

Y cuando, por fin, quince días después, avisaron desde recepción de la visita de unos jóvenes con brazaletes y revólveres en el cinto, Coco le susurró a Lifar desde la cama.

—Vienen.

Y el bailarín ruso, desde el armario:

—¿Dónde?

—Por la escalera.

—¿Cómo?

—Misía. Seguro que ha sido Misía. Puta Misía.

Coco estuvo una noche en la prisión de Fresnes: nunca olvidaría ese momento, un punto de inflexión en su vida. La mujer que durante veinte años había ocupado la mejor suite del Hotel Ritz, la que, sobre la puerta de su taller se hizo colgar un cartel que decía *Mademoiselle*, tuvo que dormir en una celda húmeda que apestaba a orines. La mujer esbelta, andrógina y bronceada,

la mujer vestida con atuendo de pescador, tricot oscuro o jersey chiné, la creadora del *petite robe noire* vestía ahora una bata guateada de dormir. La que para su servicio y cuidado se había rodeado de doncellas, manicuristas, peluqueras, cocineros y recepcionistas, tuvo que peinarse sola. La que se había alimentado de las lisonjas y adulaciones de los hombres y mujeres de París (y el mundo entero) tuvo que cenar una nauseabunda sopa de col. La mujer que había dormido con el multimillonario duque de Westminster, dormía ahora sola. La que fue hermosa, estaba fea; la que supo encandilar a todos con su encanto campesino, la que gozó del éxito, posición social, dinero, prestigio internacional, era ahora una prisionera más.

A pesar de todo, se comportó como una reina (como María Antonieta conducida a la guillotina, pensaron los oficiales que la arrestaron). Y cuando, al día siguiente, en el interrogatorio, le mostraron una fotografía de Von Dincklage y le preguntaron si lo conocía, respondió sin mostrar el menor indicio de debilidad, miedo o cólera:

—Por supuesto que sí. Hace ya muchos años que lo conozco.

Y a la pregunta de dónde estaba el oficial ahora:

—Es alemán; supongo que estará en Alemania. Cuando vino a despedirse, como es un caballero vino a despedirse de mí, me dijo que se iba a Alemania.

También quisieron saber si era verdad que había tenido relaciones íntimas con él. Ella replicó haciendo tamborilear los dedos sobre el brazo de su asiento:

—Mire, señor, no va a esperar que una mujer de mi edad pida el pasaporte a un hombre si tiene ocasión de acostarse con él.

Había sido acusada de acostarse con un alemán, y los argumentos que esgrimió en su defensa sin perder en ningún momento el dominio de sí misma fueron dos. Con explicaciones sutiles y astutas, y respuestas precisas y cortantes (¿quién tenía derecho a juzgarla?, ¿a quién debía rendir cuentas?), por un lado se comparó con el resto de los empresarios de moda. Por lo menos ella había cerrado su negocio al comenzar la guerra mientras que otros —Lelong, madame Gres, Balenciaga— no habían perdido comba vistiendo a las mujeres —ratones grises— de los capitostes nazis. Por otro lado, con muchas inexactitudes y falsos detalles, relató la misión de paz que había desempeñado en Madrid, haciéndose pasar por amiga-del-alma de Churchill y de Inglaterra. La dejaron libre.

Unos días más tarde, cuando los angloamericanos llevaban a cabo su ofensiva por aire contra la Europa hitleriana, Serge Lifar se sometía al Comité de Purgas pese a que corría el rumor de que había conseguido fugarse a

Montecarlo o América del Sur. Al principio se le prohibió pisar un escenario francés de por vida, aunque finalmente fue sentenciado a un año de suspensión de funciones en la Ópera (él iba diciendo por ahí que en lugar de condenarlo debían rendirle homenaje por haber salvado la Ópera de los alemanes...).

Poco después, el 25 de agosto de 1944, París era liberado y, a finales de año, los aliados rodeaban Alemania. La guerra había terminado y Europa se despertaba dividida en dos, como Coco que en modo alguno se parecía a la mujer de la posguerra de los años veinte. Ahora era una vieja dama con sombrero, una diseñadora de modas sin casa de modas, una abeja costurera con la colmena cerrada, una mujer cansada de amarguras, una mujer que entraba en una nueva era con muchas menos perspectivas.

Durante un tiempo dejó ver su figurilla de gorrión por los cafés de moda de Saint-Germain-des-Prés, como el Deux Magots, un antro con olor a mugre, uva y sudor, tan lleno de artistas, políticos y hombres de letras que resultaba casi imposible encontrar un sitio libre. A veces se encontraba allí con Camus o Sartre para discutir sobre la libertad (que es el terror) con Marguerite Duras, Simone de Beauvoir, Picasso o un Boris Vian concentrado en tocar la trompeta hasta el amanecer, momento en el que se marchaba a comer cruasanes al Café Tabou, en la calle Dauphine.

Pero no acababa de encajar en esos ambientes: últimamente, le aburría todo.

El aburrimiento era la sustancia de su vida. A veces, se manifestaba sólo en la mirada, que deformaba al otro: Sartre ridículo, feo, un grupo de *ridículos* discutiendo sobre el ridículo de la vida. Otras, de un modo oculto y bestial: buscaba a alguien a quien insultar y humillar, se arañaba su propia piel, o volvía a arrancarse las canas hasta que dejaba insinuarse una calvicie. Ya no existía el aburrimiento «sano», que la impulsaba a «crear», aquel estado de ánimo que la había convertido en una de las mejores diseñadoras del siglo xx con una gramática y un léxico que sólo le pertenecían a ella, una mujer terrible, magnética, irrepetible.

Finalmente localizó a Von Dincklage y se instalaron en Suiza, lejos de posibles y molestas reclamaciones de responsabilidades.

Durante varios años vivió en un continuo nomadeo: Lausanne, Zúrich, Niza, Montecarlo (París no será París y Europa no será Europa mientras las clientas sigan prefiriendo un salchichón a un vestido y vea entrar en mi tienda a oficiales americanos de uniforme, decía). Pero el mundo cambiaba, cambiaba la moda, todo estaba sucediendo sin ella, ¡sin ella! En 1950,

después de dejar a su amante alemán, comenzó a acariciar la idea del regreso. Tres años antes, Christian Dior, un cincuentón perteneciente a la burguesía francesa, irrumpía en el mundo de la moda con su *new look*.

Enroscada en una tumbona de la terraza de su hotel suizo, Coco había leído en *Elle* la noticia de un desfile en la avenida Montaigne que, se decía, ponía fin a la guerra y a sus secuelas: a la falta de gasolina, de carbón, de calefacción, a las faldas cortas y hombros recargados, a los zapatos tanque y los sombreros coliflor. El desfile mostraba faldas susurrantes que estallaban en pliegues, enaguas, drapeados, frufús, capelinas inclinadas sobre el ojo, una vuelta a la *belle époque*. Las faldas, decía *Elle*, emitían su susurro a un palmo y medio del suelo, las modelos llevaban medias de nylon transparentes, zapatos de punta muy fina y tacones altísimos: «Al empezar, la primera modelo envía a paseo los ceniceros con el torbellino de sus faldas», decía la revista. «Dior y sus empleados trabajaban dieciocho horas al día para proveer de ropa a la duquesa de Windsor y Eva Perón».

Espoleada a un tiempo por la curiosidad y la indignación (¿Eva Perón?, ¿qué hace esa vieja poniéndose faldas *belle époque*?), Coco viajó a París, donde acusó al director de *Elle* de ser el causante de la ruina de la alta costura francesa.

—No se haga la ilusión de que usted la representa —le respondió él.

Coco no regresó a París con intención de quedarse hasta la muerte de Misia, pero lo cierto era que, desde que supo de aquel primer desfile —al que siguieron otros igualmente aclamados—, comenzó a rumiar por las noches.

En lugar de rumiar hierba y flores, rumiaba talles. Rumiaba tobillos, senos, movimiento, aire. Rumiaba suaves redondeces y cinturas frágiles. El eterno retorno al femenino le irritaba. Y por encima de todo: Dior. Christian Dior le irritaba.

Sert había fallecido (como muchos de sus antiguos amantes y de sus viejos amigos y conocidos como Liébard, muerto también en accidente de coche; o el duque Dimitri, que murió de tuberculosis; Julian Jurié, que la palmó en un hipódromo, a consecuencia de una coz de caballo; o Westminster que falleció de repente, víctima de una trombosis coronaria sin dejar un heredero varón...), y Misia, una vez liberada, vivía sola en París. En el momento de su muerte tenía setenta y ocho años, y estaba medio chocha.

Alguien avisó a Coco de que había fallecido y que el velatorio tendría lugar en su propia casa. La Flaca no lloró, ni se dio golpes de pecho cuando oyó a alguien (seres dudosos) decir que aun muerta, conservaba su agradable sonrisa. Pero hizo por ella algo que no habría hecho por nadie.

Dijo: Misia sólo ha conservado lo que ha destruido, es decir, nada. Entonces la arrastró por las corvas hasta la cama con dosel de Sert, y ordenó a todo el mundo que saliera de la habitación.

Primero le recogió el cabello, y a continuación la desnudó. La colocó sobre varias toallas enormes y raídas. Mientras la sometía a una serie de restregones con jabón y una esponja áspera, primero los pies, luego las piernas y los muslos, hasta llegar al abdomen con piel de lagartona, le habló: aquí estarás tranquila, es importante que estés tranquila, y que no pienses en nada, son momentos para no pensar, y estar tranquila, Misia, muy tranquila. Luego le metió los pies en un barreño con agua tibia y le limó las asperezas y los callos de vieja.

Observó que tenía las piernas demasiado pálidas. Como no tenía medias para disimularlo, le dio la vuelta y le pintó sobre la piel la costura con perfilador, así lo hacen (o lo hacían) en los grandes salones de belleza, le dijo, durante la guerra. Siguió hablando mientras le arreglaba los padrastrós, le cortaba las uñas de las manos y se las pintaba de rojo: fuiste una cochina, acostándote con mi novio... pero ahora te perdono. ¿Sabes que estoy pensando en volver a trabajar? La peinó a tirones con un cepillo de púa dura y luego le limpió la cara.

En torno a los ojos habían cedido los párpados y tenía la piel de las mejillas apergaminada: el rostro estaba sometido por el cansancio, un cansancio que tenía la fuerza bruta del sufrimiento, pero ella se lo disimuló con una capa quebradiza de maquillaje. Le dijo: porque está el tonto ese de Dior que se cree Napoleón o Alejandro Magno de la costura... ¡pero si ni siquiera viste a las mujeres!, ¡las acolcha! Ya me dirás... *New look, new look*, ¿qué tienen de nuevo esas mujeres con forma de 8, H, A o Y y cinturilla de 53 centímetros que necesitan ayuda para subir a un taxi y que sin una sirvienta no logran entrar en unos vestidos de noche que pesan hasta treinta kilos? ¿Y qué es lo que quiere?, ¿que esas mujeres 8 y H pasen el aspirador embutidas

en una faja?, ¿que siempre y en todas partes, incluso ante el cartero, A e Y se muestren con maquillaje, laca y cardado?

Le mojó el cabello con un preparado de clara de huevo, y le puso rulos. Le dijo: se nota que mamá Dior acudía con el frufrú de sus faldas a darle un besito de buenas noches antes de asistir al baile. Por último, le hizo un peinado de ensueño, tipo Verónica Lake, aunque te diré algo más, le dijo: no te hago ningún favor porque hoy, todo el mundo tiene una nevera, un coche con aletas de tiburón, vacaciones en el mar, piscina con forma de riñón y peinado Verónica Lake. Cuando abrió la puerta de la habitación una hora más tarde, los que se habían congregado para el duelo vieron por última vez a una Misia elegante.

Era cierto que desde que Dior había «restaurado» el mundo de la moda con su *new look*, La Flaca comenzó a prepararse para el retorno. Habían transcurrido unos quince años de inactividad, suficientes para satisfacer su deseo de vivir ociosa. Pero el mundo de la moda era ahora distinto. Si durante la época anterior a la guerra, las mujeres como Vionnet, Coco y Schiaparelli habían liderado la escena, ahora dominaban los hombres. Hacía mucho que el corte a lo chico había pasado de moda y las melenas se recogían en moños o turbantes. La delgadez se asociaba a las penurias de la guerra, la ropa espartana al racionamiento, las mujeres querían lucir un tipo femenino en tejidos opulentos y suntuosos.

De la seda, la lana, el lino y el algodón, las telas con las que se trabajaba antes de la Primera Guerra Mundial, se había pasado a disponer de docenas de alternativas mucho más versátiles: telas resistentes a la grasa, glaseadas, que no encogían, impermeables, lavables. También estaba la viscosa, un regenerado de celulosa que gracias a un tratamiento químico se transformaba en una tela suave y brillante o el nylon, así como el acetato, el orlón, el rayón y otras fibras sintéticas que tenían la cualidad del secado rápido. Esto, junto a la introducción en Francia del *prêt-à-porter*, siguiendo el modelo *ready to wear* americano, permitía a todo el mundo copiar el estilo de los ricos.

La Flaca reapareció a principios de 1954, a los setenta y dos años, los pómulos entumecidos por el cansancio y la vejez, el cabello gris y el rostro devastado por los pensamientos atormentados. Se había convertido en un manojo de nervios cargado de perlas de jade, una chocha agria sin pelos en la lengua que escondía la mirada tras unas gruesas gafas de concha, que llevaba las cejas dibujadas con lápiz, siempre elegante. No sólo el físico; su carácter también se había agriado definitivamente. Si de joven había sido tornadiza y malhumorada, ahora se había convertido en una mujer antojadiza y obstinada,

una vieja caprichosa y extravagante. Un conjunto de crueldad, soberbia e ironía. Mientras «rumiaba» su criatura, es decir, su nueva colección, hizo remozar su taller de la calle Cambon e intentó localizar a algunas de sus costureras y cortadoras. Muchas habían mantenido el contacto y corrió la voz. Se encontró con la halagadora sorpresa de que todas, excepto las que ya no estaban en condiciones físicas para hacerlo, se afanaban en volver, y encima se sentían agradecidas de recuperar la que había sido, decían, la mejor experiencia de su vida. Tuvo incluso la satisfacción de contar con alguna modista que estaba trabajando con otro modisto, pero que prefería reincorporarse al taller de *Madame de...* Recompuesta la retaguardia, buscó modelos para su primer desfile. Quería muchachas de buena familia, bien alimentadas y elegantes. La condesa Mimi D’Arcangues, la princesa Odile de Croy, Marie-Hélène Arnaud y Nichole Franchomme fueron algunas de ellas. Luego desempolvó viejas gacetas y libros y compró todas las revistas de moda que había en el mercado (encargó todos los números posibles de las revistas americanas). Desempolvó las viejas relaciones. Sabía que en la escalera del local de Christian Dior se sentaban apiñadas como tontas, entre otras, Rita Hayworth, Ava Gardner, Marlene Dietrich, la duquesa de Windsor y la emperatriz Soraya, entre otras, y ella no podía ser menos. Llamó por teléfono a sus antiguas clientas, aunque se encontró con que el polvo que las recubría era difícil de quitar porque la mayoría estaban muertas y requetemuertas.

Se hizo con nuevos materiales, hilos de seda, cintas de todas las anchuras y texturas posibles, galones provistos por sastres que vestían a la oficialidad más rancia, ribetes traídos ex profeso de Normandía, botonaduras extravagantes. La calle Cambon parecía en ebullición. Se encerró en su taller durante quince días, en silencio, olvidando su malhumor y su incipiente artrosis, sus manías persecutorias, creía que la gente subía hasta el séptimo piso a «espirla», y hasta el persistente olor a espárragos procedente del restaurante del Hotel Ritz que ni la guerra había conseguido eliminar. Sólo dejaba entrar, de una en una, a algunas de sus costureras para hacerles encargos y darles instrucciones sin permitirles siquiera adivinar la magnitud del proyecto final. Al finalizar el decimosexto día, abrió la puerta y convocó a todas sus empleadas. La criatura había surgido: chaquetas sueltas sin tela de refuerzo, admirables sisas, blusas de seda de colores pastel, cadenas doradas que hacían inútiles los cinturones, faldas portafolio, bolso acolchado en bandolera, para dejar las manos libres, zapatos de salón con tiras, de puntera negra, que hace el pie más corto, botones-joya.

Un día fue a verla la directora del *Harper's Bazar*. La encontró de bruces en el suelo, con las gafas de sol puestas, probando su creación a las niñas de buena familia, recogiendo bajos, ampliando sisas, compensando y alargando. Se levantó un par de veces y se volvió a tirar al suelo mientras daba órdenes, pinchándose los dedos por culpa de la artrosis, acortando, poniendo en ridículo a las modelos.

Le dijo: *mademoiselle*, ¿no cree usted que está ya un poco mayor para esto?, se va a morir tendida en el suelo. Mirando por encima de las gafas y chupándose la sangre del dedo, Coco contestó: mire, no pienso morirme nunca, y cuando muera, pues me moriré.

El día 5 de febrero se presentó la colección. El desfile, programado para las dos de la tarde, se convirtió en el acontecimiento más esperado de París. El gran salón estaba lleno a rebosar de gente pudiente, prensa, fotógrafos y pocos amigos. Coco semioculta, erguida como una I (jamás, se dijo, hecha un 8, ni una H, A o Y). Desde allí espiaba los gestos de la gente, sus miradas de connivencia, intentaba entender sus comentarios y cuchicheos, y, desde luego, los aplausos, comprobaba si había venido Ava Gardner o Marlene Dietrich, tal vez se haya dejado caer Ingrid Bergman, ¿habrán venido Antoinette y su notario?, ¿y mi doncella Marie?, ¿y Lucienne Rebaté?; no, ninguna de ellas estaba allí cuando por fin salió la primera modelo caminando lentamente y se hizo el silencio.

Las críticas del día siguiente fueron demoledoras. A las ocho de la mañana Coco abrió un ojo y dijo: me llaman dinosaurio, lo sé, antes de leer la prensa, lo sé.

Se puso algo ligero y salió trotando (trotando no, galopando) a comprar *Vogue*, *Le Combat* y *Elle*. Al pagar las revistas se fijó en el rostro del quiosquero: él también me ha llamado dinosaurio. Volvió a su habitación y sin siquiera acordarse de cerrar la puerta, el corazón galopándole en el pecho, comenzó a leer: «A partir del primer vestido supimos que el estilo de *Madame de...* pertenecía al pasado»; «una colección para “mamás”» y «los fantasmas de 1930». Cerró de golpe las revistas y salió al pasillo sin pensar.

Apoyándose en el pasamanos bajó los siete pisos a pie. Iba diciendo: ¡vencida por mis enemigos!, ¡vencida por mis enemigos! ¡Todos los esfuerzos anulados por una guerra!

Al llegar al hall estaba casi sin aliento, pero dijo al recepcionista: quiero hablar con el director del hotel.

Al aparecer éste (que ahora era el hijo del que ella había tratado durante casi cuarenta años) le dijo: huele a espárragos. Huele a espárragos en el

restaurante, pero no sólo en el restaurante sino también en la recepción, en la escalera, en el pasillo del séptimo piso, en los salones y en mi suite. ¡Y no estoy dispuesta a pagar una suite con olor a espárragos así que hágalo desaparecer! ¡Ya!

También le explicó que la gente subía al séptimo piso a espiar su actividad en la suite, a «emularme» como persona y creadora, le dijo, y exigió que colocaran un espejo como el que tenía en su taller. Un espejo en un extremo del pasillo, de modo que, sin salir de la habitación y con sólo asomarse a la puerta, ella misma pudiera espiar a sus espías.

Ésa sería toda la energía que derrocharía ante el fracaso. Porque se había ilusionado con la posibilidad del éxito, sí, pero no hasta el punto de que el fracaso se convirtiera en una amenaza para su tranquilidad como ocurriera en su juventud. Tampoco iba a desesperarse, a convertirse en una mojigata como la Desboutin que había optado por disfrazar su frustración con frases religiosas acerca del destino de los hombres y cosas por el estilo, oh, no, no, no, su derrota no tenía nada que ver con ese tipo de fracaso. Uno tiene lo que se merece, y si a ella la llamaban dinosaurio por algo sería. En los cajones de una cómoda que era prácticamente el único mueble que le quedaba en la adusta estancia comenzó a buscar las cartas de su madre. Allí estaban. Las contó, una dos, doce. Las clasificó por fechas. Soltó una sonrisita vieja y maligna.

Al día siguiente dos operarios instalaron en el pasillo de la séptima planta el espejo que había pedido. En cuanto a los espárragos, no volvieron a entrar por la puerta del Ritz.

Como otras veces, fue incapaz de leer las cartas de su madre. Ni siquiera ahora, a punto de ser asesinada. No; ya había descartado a un par de personas: Meg *la Larga* criaba malvas, Misia también. La Desboutin, si es que aún vivía, era demasiado mayor, al menos quince años más que ella. Con motivos para odiarla, motivos para matarla ¿quién quedaba? Rebaté. ¿Era Lucienne Rebaté, su fiel dependienta convertida en *premiere d'atelier* su asesina? ¿Marie? ¿Dónde andaba Marie? Sin saber por qué, le vino a la mente otro asesinato, el de Kennedy, y también un vestido rosa ensangrentado que ella había confeccionado para Jacqueline, su querida esposa, que no se lo quiso quitar «para que todo el mundo viera lo que habían hecho a Jack». Para Coco, Jacqueline tenía un espantoso mal gusto y había difundido ese mal gusto por toda Norteamérica.

La Flaca aceptó el fracaso de su desfile como se acepta un día de mal tiempo: con resignación. Ya se había entregado demasiado al enfado y a la irritación, era tiempo de vivir. Pero vivir ¿cómo? Sola, sola consigo misma, sola para beber champán, sola para abrir los regalos, para reír, para disfrutar de una buena comida y dar gracias a Dios por ella, para recibir el año nuevo, para abrazar y ser abrazada, para morir. Ésa era la verdadera derrota, su derrota interior.

El teléfono sonó una mañana clara y luminosa de octubre de 1963, el cielo abriéndose en pedazos, cuando Coco miraba por la ventana de su suite. Se precipitó sobre él: alguien le anunciaba que su amigo Jean Cocteau había muerto. ¡Otro más!, se dijo. La última vez que le había visto estaba desintoxicado. Pero era cierto que últimamente era otro manojito de nervios como ella: no tenía un minuto de quietud, se levantaba y se sentaba una y otra vez, iba y venía, cerraba un postigo o abría una puerta.

La Flaca colgó el teléfono e inmediatamente marcó el número de Serge Lifar, que por entonces estaba en París. Le pidió que la acompañara al funeral y después lo invitó a cenar en el Ritz, una cena opípara en honor de Jean Cocteau.

—¿Jean, poeta? —rebuznó Coco, haciendo grandes esfuerzos por pinchar una patata con la mano temblorosa—. No me hagas reír. Los poetas auténticos fueron Supervielle y Reverdy. Cocteau no descubrió nada en su vida. Dame cualquiera de sus libros y en un abrir y cerrar de ojos te encuentro los versos que robó a otros... De todos modos: ¡brindemos por los muertos!

En los postres, desternillándose de risa, se acordaron del día en que los *fifis* vinieron a por ella, cuando él estaba escondido en el armario. Lifar quiso saber qué tal andaba Coco de amantes, ya que se rumoreaba por París que era lesbiana y andaba enrollada con la modelo Marie-Hélène Arnaud.

—¡Hay que estar mal de la chola! —exclamó ella—. Un diente de ajo como yo y encima un ajo viejo, ¿de dónde saca esas ideas la gente?

Pero Lifar seguía empeñado en que sus modelos eran demasiado guapas para poder resistirse y en que una mujer como ella no podía estar sola: sí, dijo ella haciendo temblar con un tintineo insoportable la cuchara contra el plato, mis chicas son guapas, muy guapas, por eso hacen ese trabajo. Si tuvieran una pizca de seso, dejarían de hacerlo. Y chasqueando los dedos (ha perdido peso, pensó Lifar, y se le caen los anillos) para que el camarero le trajera la cuenta, concluyó:

—*Finita la commedia*, mi amigo Serge, para mí se han terminado tanto los hombres como las mujeres. No me hacen falta.

Mentía. Durante los años siguientes, los últimos de su vida, Coco no deseó otra cosa con más intensidad que estar rodeada de gente. Seguía yendo a trabajar —el trabajo era su medicina contra la soledad— pero los fines de semana se le hacían eternos. Para llenar el vacío de los domingos, o bien veía la televisión (resplandor en los ojos, como el amor, una especie de lejanía), o iba a las carreras de caballos de Longchamp, Auteuil, Vincennes, a oler la hierba y a recordar sus años de juventud. Incluso se compró una potrenca a la que llamó *Romántica*, porque los animales, decía, son mucho más afables que las personas. Pero no fue lo único que compró. También compraba la amistad, y ahora no le importaba de quién fuera.

A cambio de una succulenta cantidad, el hotel puso a su disposición una doncella personal, Céline, para darle las medicinas (sedol contra la artrosis), vestirla y hacer el aseo de su habitación, aunque también para hacer el aseo de su alma porque le servía de interlocutora muda sobre la que «verter» su malestar y su resentimiento. Cualquiera que sea la edad de la mujer, le decía, joven, vieja, madre, amante... lo que quieras, Céline, la mujer que no es amada es una mujer inútil; se muere y el hecho no supone absolutamente nada.

Y como sufría de sonambulismo, también pagaba a otras dos personas, un mayordomo y un mozo de las maletas que debían permanecer en su habitación durante la noche. La arrullaban con sus voces mientras se entretenían jugando a las cartas para que La Flaca no franqueara la puerta de su habitación (desde su cama, ella encontraba alivio con la sola visión de las manos, las manos de los que jugaban).

—¿Quién ha hablado? —decía de pronto con un temblor de labios, semiincorporada sobre el lecho.

—Yo no —murmuraba el mayordomo.

—Yo tampoco —decía el mozo de las maletas.

—¡Has sido tú! —decía Coco sin referirse a nadie en concreto, y volvía a desplomarse sobre la cama.

Al Ritz le pareció bien que siempre estuvieran allí esas dos personas después de que una noche saliera al pasillo en camisola de dormir y comenzara a tocar en todas las puertas gritando a voz en cuello: ¡Hi, ha, fo, fan, aquí huele a espárragos! ¡Otra vez huele a espárragos en el Hotel Ritz!

El mayordomo que jugaba a las cartas acabó siendo algo más que mayordomo. Era casi cuarenta años menor que ella y estaba casado, pero a La Flaca le gustaban sus mejillas redondas y arreboladas de hombre de pueblo, su buen humor, su olor a boñiga, que la llamara de usted y *Madame de...* Por las noches, cuando se quedaban solos, ella le decía que se quitara la librea y se sentara a su lado. Le decía: ¡sírreme una copa, mayordomo, que la vejez da sed! Le hablaba de su vida, le daba las llaves de su caja fuerte para que le contara los billetes, lo llevaba a las carreras de caballos, le compraba regalos para su mujer. A veces lloraba en su presencia.

Cuando no se acercaban a ella por su dinero, lo hacían por la historia de su vida. Coco se dedicaba ahora de manera obsesiva a la alta costura. Lilou, su secretaria de prensa, debía estar a su disposición para acompañarla a comer al mediodía y llevarla de vuelta al Ritz; incluso a veces se quedaba en el salón hasta que su jefa se dormía. A veces la secretaria intentaba conversar con ella y le contaba cosas de su vida privada. Pero la otra cortaba por lo sano: cálese; me aburre usted, me aburre a muerte, Lilou, con sus felices historias de mujercita casada. Otras veces, la misma Coco le pedía que le hablara, que le hablara de cualquier cosa. Pero en general todo le aburría. Odiaba a los otros, odiaba la vida y se odiaba a sí misma. Odiaba los domingos porque no podía atravesar la calle Cambon y zambullirse en la preparación de su nueva colección. Cuando no trabajaba, era una anciana.

Un día se presentó en su taller un productor de Broadway que pretendía hacer un espectáculo sobre ella financiado por Paramount Pictures: sería mitad musical, mitad película y se llamaría *Coco*. A La Flaca, ahora escasa de agasajos, le pareció muy bien: siempre he soñado con esto, dijo. Preguntó entonces quién haría su papel.

—Hepburn —le dijo el productor.

Coco dijo que Audry era perfecta.

—Audry no —le corrigió el productor—: Katharine.

Ella montó en cólera: Katharine era más vieja que matusalén. Exigió que el espectáculo recrease su etapa de juventud y su primer amor, de otro modo no daría su consentimiento. El productor cedió, pero al final hizo lo que le dio la gana. El argumento de la obra —y así se anticipó a la prensa— era el de una mujer que se había sacrificado durante toda su vida en aras de su independencia personal, aunque a costa de pagar un precio: la soledad.

El estreno de *Coco* estaba programado para finales de diciembre y en Nueva York ya estaba todo preparado. La Flaca asistiría al estreno en Broadway y para ello se había confeccionado un vestido de lentejuelas, pero a medida que se acercaba la fecha se sentía más y más débil, incluso le costaba respirar. Poco antes de Nochebuena, y con motivo del espectáculo, le hicieron una entrevista para la televisión francesa. Se trataba de entrevistas a una serie de mujeres famosas entre las que estaban María Callas, Gracia de Mónaco, Marlene Dietrich y Françoise Sagan. Estar en ese programa le parecía sencillamente maravilloso y durante un día entero se sintió hinchada como un pavo de felicidad y orgullo.

Mientras los periodistas y la gente del equipo del programa bebían champán para celebrar la Navidad, ella se limitó a quedarse sentada en un sillón de ante, lugar en donde se desarrollaría la entrevista. Lo primero que dijo antes de que el periodista le lanzara la primera pregunta fue que tenía pensado hablar mucho, como una vieja.

El entrevistador quiso saber por qué.

—Porque me aterra tener que escuchar a los demás —le miró de arriba abajo—, escucharle a usted si es que tiene pensado ponerse a largar. Si un día me muero, sé que será de aburrimiento.

Habló sobre muchas cosas, pero a medida que iba avanzando la entrevista que duró dos horas y media, sus respuestas se iban haciendo más ácidas y concisas: empezaba a sentirse mal. Estaba cansada —no un cansancio común, sino algo parecido al dolor—, y aquel periodista y su equipo de tontos que celebraban la Navidad con champán, la enervaba. Empezó a sentir miedo.

Pero ¿de qué? No lo sabía. Simplemente lo tenía, como se tiene un dolor de huesos. Así que pasó de las largas parrafadas a las respuestas tajantes, alentando el relámpago en sus palabras.

Sobre la moda:

—La moda ha quedado reducida a una cuestión de falda corta o falda larga. La alta costura está acabada porque está en manos de hombres a los que no les gustan las mujeres.

Sobre los críticos de moda:

—Lo primero que tendrían que hacer es ir a la escuela y aprender a cortar una pieza de tela.

Sobre Pierre Cardin:

—Un chico muy simpático de verdad, en serio. En cuanto a lo que hace, será el final de la moda.

Sobre Paco Rabanne, que utilizaba en sus diseños materiales como el aluminio y el plástico:

—El metalúrgico.

Sobre Cristóbal Balenciaga:

—Es el único que se salva.

Sobre el tiempo libre:

—Lo detesto; lo detesto tanto como las casitas en el campo junto al lago con sus cisnes apestosos.

Sobre los amigos:

—Siempre tratan de sacarte dinero.

Sobre sus empleadas:

—Me roban.

Sobre sus modelos:

—¿Le parece divertido tener que arrodillarse delante de chicas jóvenes? Pues mire, ni siquiera huelen bien.

Sobre la soledad:

—Sería capaz de hacer subir al policía de la esquina para no estar sola.

Sobre la vida:

—Una carrera de mil metros cuya meta es la tumba.

Sobre la muerte:

—No temo a la muerte; temo a la *insignificancia*.

Al terminar la entrevista pidió que la llevaran al hotel. Subió sola en el ascensor, casi sin aliento, recorrió el pasillo y entró en su suite. La esperaba Céline para inyectarle sedol y ayudarla a hacer las maletas para viajar a

Broadway. Volvió a salir; miró el espejo del pasillo: no había nadie espiándola, menos mal.

Decidió que no iría en avión sino en barco. Pero una semana antes de la fecha programada sufrió un ataque de apoplejía que le dejó el brazo derecho paralizado. No podía existir para ella peor humillación que aquélla. Por retorcidas que tuviera las manos, su trabajo dependía de ellas.

Los periodistas se enteraron y rodearon el hotel en el momento en que la conducían, semiinconsciente, al Hospital Americano de Neuilly. Por la calle, en la camilla, se protegía el semblante como podía. Profería quejidos de vez en cuando. De pronto dijo: todavía es temprano, ¡lárguense!

Cuando se despertó en la habitación del hospital echó un vistazo a su alrededor. Se encontró con un cura en la cabecera de su cama.

Le agarró fuertemente de un brazo y farfulló: no soy mala; lo que ocurre es que llevo una contradicción dentro de mí.

Pasó la Nochebuena sola, viendo televisión y comiendo ostras con la mano en el pecho, donde guardaba las cartas de su madre, porque Céline le había suplicado que ese día, al menos ese día, se lo diera libre para pasarlo con su familia.

Los siguientes días, hasta Nochevieja, se sintió algo mejor. Brindó con el mayordomo y el mozo de las maletas con el mejor champán del Ritz, pero sin esperar a que dieran las doce porque estaba cansada y aburrida.

A las seis de la mañana del día siguiente, sintió la caricia de una bala fría rozándole la oreja y abrió los ojos de golpe.

Media hora más tarde, murió.

Alguien la vio atusándose el cabello y colocándose la ropa frente al espejo del pasillo que ella misma se había hecho instalar para espiar a sus emuladores. Tenía una pistola en la mano.



CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE (Santiago de Compostela, 1968) es escritora, crítica literaria, traductora y coordinadora de varios talleres de narrativa.

Hija de madre inglesa y padre gallego, está licenciada en Ciencias de la Información y en Derecho.

Escribió relatos que le valieron diversos premios literarios, como el de Cuentos de las Bibliotecas de la Comunidad de Madrid, y en el año 1999 publicó su primera novela, *Las lagartijas huelen a hierba*, una novela sobre la búsqueda de la identidad que sorprendió por su originalidad narrativa y su estructura.

Bueyes y rosas dormían, su segunda novela, está ambientada en un tiempo indefinido, en un lugar opresivo, ficticio y arquetípico, no en vano llamado Pueblo; esta deliberada abstracción se disfruta en el resto de su narrativa.

Con *Ya no pisa la tierra tu rey* obtuvo el Premio Sor Juana Inés 2004, otorgado por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara; la novela, con un protagonista colectivo, un conjunto de monjas, vuelve a dejar ver un tema recurrente de la autora, la asfixia de las protagonistas por parte de su entorno.

En *Coco*, novela la vida de la diseñadora francesa Coco Chanel y vuelve a utilizar este recurso para narrar la vida de Kristina de Noruega, princesa

medieval del siglo XIII que viajó a España para contraer matrimonio con el rey español Alfonso X «El Sabio»; esta novela histórica se publicó en 2010 con el título *Los escarpines de Kristina de Noruega* (finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica 2011).

Alejándose de la ficción, publica *El libro de Julieta*, una colección de anécdotas, y reflexiones sinceras, del día a día con su hija con síndrome de Down, Julieta.

De ella los críticos españoles han opinado: «Una escritura que trabaja con los sentidos, una leyenda a ras de suelo, salvaje y feroz... algo radicalmente nuevo en la literatura en castellano, original e insólita» (Manuel Rivas); «Es, sin más, una de las voces femeninas más poderosas que ha dado la literatura española» (Nuria Martínez Deaño, *La Razón*); «En el caso de Cristina Sánchez-Andrade puede hablarse, desde luego, de una escritora con un mundo propio e insólito y un estilo que sorprende» (Luis García Jambrina, *ABC*).

Su obra ha sido traducida al inglés, portugués, italiano, polaco y ruso, y combina sus colaboraciones en diferentes medios de comunicación, como columnista y crítica literaria, con traducciones de clásicos de la literatura inglesa.